

# XXVI CONGRESO

**NACIONAL DE MÉDICOS ESCRITORES - GRUPO SUEÑOS**

*Valdivia, 4, 5 y 6 de abril de 2025*





El Grupo Sueños de médicos escritores nació el 28 de abril de 1999, en la ciudad de Rancagua, por iniciativa del Dr. Juan Villalobos Narbona, quien se desempeñaba como director del departamento de Arte y Cultura del Colegio Médico Regional Rancagua. Desde su nacimiento ha congregado a una cantidad creciente de colegas provenientes de todo Chile, interesados en compartir con sus pares las creaciones literarias.

El Congreso Nacional de Médicos Escritores es la principal actividad anual organizada por nuestro grupo y tiene como objetivo el compartir las obras de sus integrantes en diferentes géneros literarios, en un ambiente de camaradería y amistad, en que la lectura de los trabajos presentados y los análisis y comentarios de los asistentes, se combinan con charlas de literatura y de temas de interés común, junto a sesiones artísticas, reuniones de análisis literario, lanzamientos de libros y actividades de esparcimiento y recreación. Estos encuentros nacionales se han desarrollado en Santiago, Cauquenes, Chillán, Los Andes, Temuco, Punta Arenas y Pucón, entre otras ciudades.

Cada Congreso deja como testimonio la publicación de un libro que contiene todos los trabajos presentados por los asistentes.

Además del Congreso anual, también se realizan reuniones más acotadas en diferentes ciudades del país, como lanzamientos de libros escritos por los integrantes y cenas para compartir creaciones e intereses literarios. De igual modo, el grupo se relaciona con organizaciones similares que reúnen a médicos escritores de otros países latinoamericanos, participando de los Congresos que ellos desarrollan en Argentina, Guatemala, Colombia, Uruguay y Brasil.

Durante la pandemia del Covid-19, las reuniones continuaron en forma telemática, tanto a nivel nacional como internacional, para mantener el contacto entre los socios.

Los integrantes del grupo se expresan en varios géneros literarios. En narrativa, mediante microcuentos, cuentos y novelas, cuyas temáticas abarcan diversos aspectos de la vida cotidiana, en múltiples estilos literarios y con creaciones que mezclan realismo e imaginación. La poesía tiene un lugar destacado en la agrupación, con gran cantidad de cultores, demostrando su fuerte conexión con los sentimientos más significativos del ser humano y con las realidades personales, laborales y sociales. También hay colegas que a través de sus ensayos comparten profundas reflexiones en temas de interés contingente.

El Grupo Sueños invita a todos los médicos interesados en difundir sus creaciones literarias, a integrarse con nosotros y participar de sus actividades, viviendo con sus pares la ensoñación que permite el juego integrador de las palabras, con la visión privilegiada que da la pertenencia al mundo de la salud.

Para obtener más información acerca del Grupo Sueños y solicitar su incorporación, pueden escribir al correo: [medicosescritoresdechile@gmail.com](mailto:medicosescritoresdechile@gmail.com)



**XXVI CONGRESO NACIONAL DE MÉDICOS ESCRITORES**

© Grupo Sueños

N° de inscripción: 2025-A-4120

Derechos Reservados

I.S.B.N: 978-956-420-573-1

Primera Edición, abril 2025

Impreso y editado en Rancagua por:

PRIMEROS PASOS EDICIONES

[editorial@ppediciones.cl](mailto:editorial@ppediciones.cl)

[www.ppediciones.cl](http://www.ppediciones.cl)

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización escrita de sus autores.

GRUPO SUEÑOS

***XXVI CONGRESO NACIONAL  
DE MÉDICOS ESCRITORES***

*Valdivia, 4, 5 y 6 de abril 2025*

**XXVI CONGRESO NACIONAL DE MÉDICOS ESCRITORES  
DEL GRUPO SUEÑOS  
VALDIVIA 4, 5 Y 6 DE ABRIL DE 2025**

**COMITÉ ORGANIZADOR**

Marco Antonio Medina Molina  
Karin Altermatt Saavedra  
Laura Caballero Canales  
Patricio Vidal Toro (PaViTo)  
Amparo Ramírez Tamayo  
Verónica Garay Moffat

**Organiza**

GRUPO SUEÑOS

**Auspicia**

Colegio Médico Santiago

**Patrocina**

Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad Austral de Chile

# ÍNDICE

Prólogo.....9

## POEMAS

### ALICIA MONTANO

ES SENCILLO..... 12

### c.a.jaque

lamiento.....13

pulku..... 14

### EDUARDO PRADO JEANRONT

DOBLE FRACTURA EXPUESTA.....16

### ENRIQUE FULLÁ CAPURRO

OLVIDO.....17

TRIKI TRAKA TRIKI..... 18

### FELIPE FERNANDO ZÚÑIGA HERRANZ

LA POESÍA..... 19

PARASOMNIA.....19

LO QUE QUEDA..... 19

ELOGIO DE LA SENCILLEZ..... 20

### FERNANDO DÍAZ GREZ

CAVILANDO.....21

ESTOY.....22

GRITO.....22

HUMO.....23

## G

MARSELLA.....24

### GUILLERMO CASTRO CONTARDO

RECURSIÓN..... 25

### GUILLERMO WITTO ARENTSEN

ALÉJATE.....26

EL GRITO.....26

MARCHAD OTRA VEZ.....27

### GONZALO VILLARINO

APOTEGMAS..... 28

### KARINA JIMÉNEZ SALAZAR

AGONÍA.....30

### KATIA VELÁSQUEZ

ODA A LA ESPERANZA.....31

TIEMPO PRETÉRITO.....32

### LAURA CABALLERO CANALES

FRIDA..... 33

KONSTANTINO KAVAFIS.....34

### LUIS ENRIQUE MENDEZ DUARTE

PRESIÓN EN PRECISIÓN..... 35

### MARCO ANTONIO MEDINA

CASUALIDAD... CAUSALIDAD..... 36

TE AMARÉ..... 38

### MARÍA NORAMBUENA DE PAPEL

LAS ESTACIONES DE UN ÁRBOL..... 39

CLAROSCURO..... 40

### NEDY VARELA

LA PLAZA..... 41

### PLUTÓN

COLOFÓN.....43

NIRVANA.....45

### RICARDO SEPÚLVEDA BAGÚ

ÁRBOL..... 49

PIEDRAS..... 50

### RODRIGO NARVÁEZ MORENO

TE MENTÍ.....52

### RONALD KAUFFMANN

INTERRUPCIONES.....54

LO QUE NO FUE..... 54

LO LEJANO.....54

SECRETOS.....55

AMENAZA.....55

### SOFÍA PADILLA BAFALLUY

UN MISMO SUFRIMIENTO..... 56

### VALERIO GONZÁLEZ

RECIÉN LLOVIÓ.....58

SIN MÚSICA DE FONDO..... 58

### VERÓNICA GARAY

NODOS..... 60

### VÍCTOR MOLINA FUENTE-ALBA

NO LE CREAS..... 62

## CUENTOS

### ABIDEL

APAPUCHARSE.....	64
PARA QUIEN LA ENCUENTRE.....	64

### ADELA DEL BARRIO GUERRERO

RECUERDOS Y OLVIDOS.....	66
--------------------------	----

### ALBA TESTART

DUELO 2020.....	69
LOS PIES.....	70

### ALICIA MONTANO

EL FANTASMA QUE VIVIÓ Y AÚN VIVE CONMI- GO.....	72
--	----

### AMPARO AURORA RAMÍREZ TAMAYO

CUANDO LA OSCURIDAD SE CONVIERTE EN UNA PELÍCULA.....	74
UN HUÉSPED DESAGRADABLE.....	74

### ANGÉLICA MONREAL

EVIDENCIA CIEGA.....	76
PERMISO, VENGO A CANTAR.....	77

### CATHERINE FIELDHOUSE ALARCÓN

DONDE ROMPE LA OLA.....	78
EN VALPARAÍSO.....	79

### EDITH ODALI CECILIA CONTRERAS LÓPEZ

UNA CITA.....	80
---------------	----

### EDUARDO PRADO JEANRONT

DOS COMA NUEVE.....	81
---------------------	----

### EMANUEL BENJAMÍN MELLADO VILLEGAS

BURNOUT.....	84
--------------	----

### ENRIQUE FULLÁ CAPURRO

ENTREVISTA A DOLOR.....	85
EL ESPEJO VENTANA.....	87

### FRANCISCA DERDERIAN

LA VUELTA.....	90
----------------	----

### GUILLERMO CONCHA G

CINCO OCÉANOS.....	93
SIMÓN EN EL TRAIL.....	95

### GUILLERMO WITTO ARENTSEN

EL ÚLTIMO PACIENTE.....	98
IN EXTREMIS.....	99

### JAVIER DÍAZ GRUBE

EL LARGO VIAJE DE MARTÍN.....	102
VIDA Y MUERTE DEL LOCO MERINO.....	104

### JAVIERA IGNACIA VERGARA GAJARDO

ADAGIOS.....	107
6:40 A. M.....	108

### JUAN CARLOS BUSTOS VIDAL

EL ÚLTIMO PASILLO.....	110
------------------------	-----

### JUAN RICARDO KELM

EL SUEÑO ETERNO DE CARONTE.....	111
---------------------------------	-----

### JULIO CONTRERAS

LACHESIS.....	113
---------------	-----

### KARINA JIMÉNEZ SALAZAR

AZABACHE.....	115
DESENGAÑO.....	118

### KATHERIN ESTER CARVAJAL CARLOS

LA PAUSA.....	120
---------------	-----

### KATIA VELÁSQUEZ MARTÍNEZ

¿CÓMO CANTA EL ZORZAL?.....	124
-----------------------------	-----

### LAURA CABALLERO CANALES

EL VIEJO PATO.....	126
--------------------	-----

### LUIS ENRIQUE MENDEZ DUARTE

SOMOS PALOS DE CARBONO, SOMOS HIERBAS DE CRISTAL.....	130
EL DESPERTAR DE LA EXISTENCIA.....	131

### MARCO ANTONIO MEDINA

AMOR.....	134
-----------	-----

### MARÍA NORAMBUENA DE PAPEL

COMO NAVEGANTES.....	140
----------------------	-----

### NEDY VARELA

ESTA VEZ EN LA OSCURIDAD.....	141
TORMENTA.....	142

### ORIANA VALENZUELA CASTRO

INSOMNIO.....	144
---------------	-----

### PERLA CALDERÓN

EL FUTURO DE LA MEDICINA SOBRE LA ELÍPTICA.....	148
UN CAFÉ CON LAS CHICAS.....	149

### RICARDO SEPÚLVEDA BAGÚ

LA INYECCIÓN LETAL.....	151
MONÓLOGO DE UN CONDENADO.....	152

### RODRIGO NARVÁEZ MORENO

EL PEDAZO DE PAPEL.....	154
EL SEMINARISTA.....	155

**RUBÉN ESCOBAR RAMÍREZ**  
NOS PERDIMOS EN EL FRAGOR MARINO.....157  
SEFENÍAS, COSITA RARA DE LA NATURALEZA..... 160

**VALERIO GONZÁLEZ**  
¿SON MALAS LAS BRUJAS?..... 163  
COPUCHA CÓSMICA.....164

**WALTER BROKERING ALACID**  
TURBULENCIAS..... 166

## RELATOS BREVES

**ABIDEL**  
SENSACIONES.....170  
TANGO..... 170

**ALICIA MONTANO**  
INOCENCIA..... 171  
LINOTIPISTA..... 171

**AMPARO AURORA RAMÍREZ TAMAYO**  
YAPER.....172

**ANGÉLICA MONREAL**  
SOFTWARE SOBREVIVENCIA..... 173  
CITA ESPECIAL..... 173

**CAMILA PAZ GALLARDO GÓMEZ**  
CUANDO LA PUERTA SE ABRE, EL AMOR REGRE-  
SA..... 174

**CATHERINE FIELDHOUSE ALARCÓN**  
SE IBA A PARTIR EN DOS..... 175  
DAME UN BESO Y NADA MÁS..... 175

**ENRIQUE FULLÁ CAPURRO**  
CÓMO-ESTÁS Y CÓMO-TE-SIENTES.....176  
CORAZONCITO QUIERE UN SOFÁ.....176

**FERNANDO DÍAZ GREZ**  
CAPERUCITA ROJA..... 177  
JB.....177

**G**  
COSTA DEL SOL..... 178

**GUILLERMO WITTO ARENTSEN**  
JUGARRETAS..... 179  
RUTINAS.....179

**KATIA VELÁSQUEZ MARTÍNEZ**  
HISTORIA REPETIDA..... 180

**LAURA CABALLERO CANALES**  
AUTO LIMPIO..... 181  
MIS VECINOS DEL CAMPO..... 181

**LUIS ENRIQUE MENDEZ DUARTE**  
UN GUERRERO INAGOTABLE..... 182

**MARCO ANTONIO MEDINA**  
PLACIDEZ Y PAZ.....183  
COMUNICACIÓN..... 183

**MARÍA NORAMBUENA DE PAPEL**  
SUPERPODER ADQUIRIDO..... 184  
MAGIA.....184

**NEDY VARELA**  
ESCAPE.....185  
LA OTRA MITAD..... 185

**ORIANA VALENZUELA CASTRO**  
ADN.....186  
HOGAR.....186

**RICARDO SEPÚLVEDA BAGÚ**  
TARDE EN LA MORGUE..... 187

**RODRIGO NARVÁEZ MORENO**  
EL OLOR DE LAS GARDENIAS.....188  
LA UBICACIÓN.....188

**VALERIO GONZÁLEZ**  
MENTIRAS.....190  
NECESIDAD VITAL.....190

**VÍCTOR MOLINA FUENTE-ALBA**  
LA SELFIE.....191  
PASADO TOESCA.....191

## ENSAYOS

**AMPARO AURORA RAMÍREZ TAMAYO**  
HISPANOAMERICANAS..... 194

**CAMILA PAZ GALLARDO GÓMEZ**  
LA MEDICINA DEL MAÑANA: RESCATANDO LA  
HUMANIDAD PERDIDA EN LA ERA DE LA TECNI-  
FICACIÓN.....195

**EDUARDO PRADO JEANROT**  
LA REVELACIÓN DE LA LENGUA REBELADA.....200

**LUIS ENRIQUE MENDEZ DUARTE**  
EL SIGNIFICADO ES INSIGNIFICANTE.....201

**NAYELY GARCÍA MENDEZ**

EL MALTRATO DE CETÁCEOS EN LOS PARQUES ACUÁTICOS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ÉTICA Y EL SUFRIMIENTO ANIMAL.....203

**NEDY VARELA**

ROSALÍA DE CASTRO LA PRIMER MUJER FEMINISTA EN GALICIA..... 206

**VERÓNICA GARAY**

LA IMAGINACIÓN DE LOS NIÑOS ANTE LAS CARICATURAS..... 212

**WALTER BROKERING ALACID**

¿ES LA MEDICINA UN ARTE?..... 214

**ANEXO**

Glosario de autores.....221

Trabajos premiados de la competencia literaria...225

## PRÓLOGO

Les damos la más cordial bienvenida a la lectura de esta antología que reúne todos los trabajos presentados al XXVI Congreso Nacional de Médicos Escritores, organizado por el Grupo Sueños y desarrollado en la hermosa ciudad de Valdivia, Región de los Ríos, los días 4, 5 y 6 de abril de 2025.

Nuestra pasión compartida por la literatura nos ha permitido reunirnos por vigésima sexta vez en torno a la magia y a la ensoñación de las letras. El ejercicio del lenguaje, manifestación esencial de nuestro ser, ha marcado nuestra ruta a través del tiempo, generando los poemas, cuentos, relatos breves y ensayos que quedan como testimonio de esta jornada.

Este año hemos contado con el patrocinio de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile, que nos facilitó sus instalaciones para desarrollar el Congreso, por lo cual le expresamos nuestra gratitud, en especial a su decana, doña Karen Alfaro.

El libro que tiene en sus manos fue editado y publicado gracias al auspicio económico de la Mesa Directiva del Colegio Médico Regional Santiago, a quienes agradecemos su ayuda, especialmente a su tesorero, el Dr. José Peralta. Esta colaboración se enmarca en un proceso de creciente apoyo del Colegio a las actividades literarias de los médicos, en especial, del Grupo Sueños.

También queremos reconocer a cada uno de los integrantes del Comité Organizador del Congreso, por su abnegado y eficiente trabajo para hacer posible este encuentro: Karin Altermatt, Laura Caballero, Patricio Vidal, Amparo Ramírez y Verónica Garay.

Y ahora, a disfrutar la lectura, de la misma forma en que nosotros hemos gozado con la creación de estos textos literarios.

Dr. Marco Antonio Medina



# POEMAS

## **ES SENCILLO**

Alicia Montano

Disfruto  
cuando intentas hablar en serio  
cuando crees que me río de ti  
y te derrites de tanto calor que te produce mi risa.

Y disfruto más cuando se acerca  
la fecha de nuestro aniversario.  
Por cierto que disfruto mucho  
que todavía la recuerdes  
o cuando andas nervioso preguntando a los hijos qué les parece  
qué diría yo si tú fueras un día o una semana a disfrutar de un paseo con amigos y sin mí.

Y disfruto cuando disimulas mis olvidos frecuentes  
y los de todos los días.  
Y disfruto cuando te encuentro mirando las fotos de viajes que hicimos juntos.  
Y más disfruto cuando veo las fechas y son las de cuando éramos dos que nos comíamos el mundo  
por ejemplo las de París.

Y cuánto disfrutamos bajo los puentes en los que de tanto disfrutar los besos quedaban pegados a los hierros.

Disfruto haber sido la compañera de aquella pareja de orgasmos que bailaba en las plazas.  
Y disfruto de que fueron tantos tantos que nacían como los girasoles de Van Gogh.

Pero lo que más disfruto y disfruto tanto que no entiendo cómo se puede disfrutar tanto  
es cuando después de terminar la cena me invitas.  
Me invitas a disfrutar de eso que va a ocurrir cuando estamos dispuestos a disfrutar.

Lo que me invitas a hacer  
cuando acaba la noche.

## lamiento

c.a.jaque

lamiento haber nacido de pies  
y al postrero segundo, no vi lo que pasaba.  
solo atiné a desfilar entre las grietas, estalactitas,  
gentes glaciales y estrellarme con  
pedestales de generales fabricados  
por patrioteros de sazón,  
encandilados por el dominio, la gloria  
y la codicia.

no supe a qué venía ni por qué.  
robé un carbón y rayé en la caverna  
lo que vi  
pero la metralla del imperio tachó la copla  
innecesaria, inquietante.

miré por la claraboya vaginal el aire  
y todo parecía inaudito, electrocutado, abstracto.  
no había nadie excepto un piélagos de nadies demolidos,  
con una careta sonriente. una máquina seguía sus pasos.

marchamos a conocer el juicio de los libidinosos  
de todo linaje, en una tarima de tronco noble,  
juzgados por otros libidinosos de zarpas sucias  
pontificadoras, suaves.

en el fango prometido, compartimos poemas  
con juglares asombrosos,  
alcahuetes de editores y librereros,  
versados en trata de trovas y coimas  
suculentas.

ya en casa, nos ojeamos al espejo  
que se quebró en leptones y bosones,  
que rebotaron en el cosmos,  
ventajosamente sin talante  
ni retorno.

**pulku**  
c.a.jaque

el fastidio buscaba su cara en el charco.  
el vino resbalaba a la cantina en almudes  
forrada en un chamanto blanco  
para ser confundido con el arcángel  
de la ermita de los difuntos vivos.

pero hay tufo a fudre de pellín  
y socorros presurosos acarrear colibríes  
a despejar el hedor  
a uñas machacadas.  
todos saben...

postigos atrancados, se rinden,  
suenan los goznes  
se acerca la hora de inflamar la lluvia de campanas.

se abren chuicos y damajuanas,  
danzan los requesones y se arrojan  
de las zarandas de mimbre  
a los platos afanosos de sabor.

se despedía la muerte, las sotanas,  
las vetas mojigatas, los filones  
agrios.

una vihuela con olor a chicha  
estira sus tripas sin tregua  
-y a moler las suelas-  
hasta abandonar capellada desollada,  
herida de canto y zapateo.

el amor fantasea siempre por ahí cerca  
hasta la hora de la ofrenda.  
los portones negros se regresan silentes.  
postigos regresan brazos abiertos,  
cautelosos.

calle de tamo y bruma.

## **DOBLE FRACTURA EXPUESTA**

Eduardo Prado Jeanront

Por andar hueveando te pasó,  
por pensar que tus patines sin freno, o tu Meche del próximo año, o tu feroz Mountain Bike  
jamás te fallarían,  
y por nunca imaginarte que lo más seguro que tenías en tu vida  
no era ni tu salud, ni tu seguro de salud asociado a un seguro de vida.  
Te traicionó el pago automático fallido  
y ahora ya no hay rubias sonrientes esperándote en la Clínica Tedesca  
sino una gorda bigotuda que arrastra las chalas,  
de un modo grotesco y con figura dantesca  
en el hospital público que queda al lado de la carretera privada.  
Ya no hay sala de espera con berger y control remoto,  
ni una remota encuesta de satisfacción,  
porque ya sabemos que la única satisfacción es saber que el doctor que te va a meter a pabellón  
de urgencia,  
era el mismo al que iban a llamar en la Clínica Tedesca,  
y el ayudante su mismo ayudante,  
y la arsenalera, otra arsenalera.  
La próxima vez, vas a pensarla bien antes de comprar patines en línea,  
antes de meter la chala hasta el fondo en la autopista privada,  
antes de comprarte zapatillas con enganche al pedal,  
antes de comprar un seguro de salud asociado a un seguro de vida con pago automático.  
La próxima vez lo seguro será automático: comprar la fractura de la doble vida expuesta.

## **OLVIDO**

Enrique Fullá Capurro

Olvido, ¿eres realmente cruel?  
¿Eres algo o eres vacío?  
Hoyo negro para muchos recuerdos,  
limpiador de escombros,  
dejando también lo valioso perdido.

Como moneda de dos caras,  
hijo de Descuido e Indiferencia,  
pero también aliviador  
de tanta carga en la conciencia.

¿Qué haría yo sin tu presencia,  
si no estuvieses presente,  
papelera de reciclaje  
retirando impertinencias?

Más, va cambiando tu estilo,  
llegas en cualquier momento,  
escondiéndome lo valioso  
cuando disperso lo dejo.

Me obligas a un orden rígido,  
a estar pendiente en mi hacer,  
perdiendo energías y fluidez  
en lo que pienso y digo.

¿Puedes venir menos tupido?  
¿Qué tal si tomamos distancia?  
Necesito un tiempo de respiro.

## **TRIKI TRAKA TRIKI**

Enrique Fullá Capurro

triki traka... Triki traka triki... Traka  
Avances, detenciones... Personas que suben y bajan.  
Algunas me sonríen o hablan, otras ni siquiera me miran,  
una que otra me asusta o empuja, más luego siguen su marcha.

¿Soy persona? ¿Soy vagón? ¿Soy parte de la máquina?  
¿O solo el carbón-combustible?  
¿O la voluta de humo que en el aire danza?

Miradas dulces o severas, transparentes o muy densas.  
Miradas que atraen o rechazan.  
¿Son mías o son ajenas, o son ambas que danzan?  
¿Excluyentes, inclusivas o integrantes?, ¿miradas comunitarias?

¡Tantos cruces, encuentros y desencuentros!  
¡Tantos llegares e ires!, desvíos de ruta, cambios de marcha.  
Por momentos soy conductor,  
luego máquina o vagón, o carbón combustionando  
o simple voluta de humo que ya su trabajo cumplió  
flotando libre en el aire, al tren continuar, dejando...  
¿Esa es mi vida?, ¿ese soy yo?

## **LA POESÍA**

Felipe Fernando Zúñiga Herranz

La poesía hablará, cuando ya no queden palabras en el mundo  
El verbo dará abrigo, abrirá esperanzas,  
en la explosión de las tardes  
Llegará sutil,  
sobrevolando a tientas, sobre el silencio de la pena.

Los Andes, 19/3/23

## **PARASOMNIA**

Felipe Fernando Zúñiga Herranz

Una Venus,  
de torso moreno,  
al centro de un descampado, en la Araucanía chilena.

Los Andes, 21/5/24

## **LO QUE QUEDA**

Felipe Fernando Zúñiga Herranz

Si desaparecen, los libros,  
la música de Burt Bacharach, los cafecitos acogedores,  
los equipos de alta fidelidad las callecitas elegantes,  
hermosas,  
de París o Puerto Varas.

Si desaparecen  
los cuadros de Velázquez los buenos vinos  
los vestidos vaporosos  
el olor de un buen perfume.  
Si desaparecen, los aeropuertos, los viajes,  
la ilusión de otra vida, los templos silenciosos.  
Si todo esto desaparece:  
¿Qué queda?  
¿Qué nos queda?

¿Qué somos, desnudos,  
tiritando en el bosque?  
¿Nos basta esta anatomía frágil, esta mente aterrada?  
¿Qué queda?  
¿Qué nos queda?  
¿Qué es lo verdaderamente humano?  
¿En serio podemos sobrevivir lejos  
del mundanal ruido?

¿Podemos tolerar el aburrimiento,  
la angustia infinita, de sabernos fugaces, sin relatos  
u objetos que nos calmen?

Los Andes, 18/12/23

## **ELOGIO DE LA SENCILLEZ**

Felipe Fernando Zúñiga Herranz

Elogio de la sencillez, de la vida tranquila,  
de la ausencia de planes y ambiciones.

Elogio de lo cotidiano, sacralizado,  
revitalizado,  
en la luminosidad del sentido.

Elogio de lo precario, de lo fugaz,  
del insecto ovillado en la noche, del almacén de barrio.

Elogio de lo pasado, de lo que nunca pasó, ni pasará.

Elogio, al final  
de un paupérrimo poema.

Los Andes, 21/12/22

## CAVILANDO

Fernando Díaz Grez

vivimos conscientes pensantes sintientes tenemos lenguaje  
superamos la animalidad nunca la vejez ni la muerte  
conservamos el ritmo vital alertas dormidos dormir  
ese disfraz de muerte día a día nos llega favorecido por la tiniebla  
luz oscuridad físicas simbólicas bajo ellas somos  
en el dormir soñamos nos llega una simulación de vida no solicitada misteriosa  
de cuando en cuando la creamos el ensueño  
la poesía llega a zonas abandonadas del habla común se hunde en el mar  
entre bellezas vivientes muertas y esperpentos salta a las estrellas observa  
resplandores neblinas sombras  
sigue los senderos de lo oculto indaga  
cae a la tierra dura entre escombros guerras incendios naturaleza ultrajada  
de un salto se levanta busca el amor une manos en ronda pasión canto ritmo  
goza con los matices da luz al sonido al signo ensueña recoge guijarros  
caracolas bocinas de antiguos barcos hundidos sopla llega la ayuda deseada  
los muertos respiran despiertan emocionados besan abrazan juegan  
su cuerpo tiene mil formas su alma es grande poderosa  
siente el dormir como reposo del que se vuelve para seguir volando  
preludio del otro sueño ese sin puerto sin agua ni tierra

## **ESTOY**

Fernando Díaz Grez

en una bahía amplia  
entre cerros rocas acantilados  
el mar azul y blanco cielo de iguales colores  
ruidos de corrientes en un ir y volver  
olor a sal suave brisa arena  
soledad  
cierta angustia por no abarcarlo todo duda  
entrar en ensueño o salir corriendo  
hacia donde me esperan

## **GRITO**

Fernando Díaz Grez

desaparece el sol es mediodía  
llueve gruesos goterones retumban el viento aúlla  
el agua empapa escurre por las ropas la piel los techos  
es una cortina dificulta la visión  
en los caminos carreteras la ciudad  
se expanden los cauces  
surgen arrítmicos los rayos y sus feroces ruidos asustan  
son un grito de alto el fuego escuchas ?  
a la agresión del hombre a la naturaleza

## HUMO

Fernando Díaz Grez

brilla y calienta el fuego quedan cenizas  
su humo escaso lento  
desplaza al aire puro se extiende por toda la casa  
se detiene ante un espejo coquetamente se mira  
sonríe es la muerte no tiene cara  
miro el espejo veo una mueca  
horrorosa  
mientras agonizo

## MARSELLA

### G

Reuniendo los sonidos  
Que conjuran tu recuerdo  
[ˈlaɣ.ra]  
Te espero sentado  
En algún punto equidistante  
Entre mi corazón  
La mar  
Y las letras de tu nombre

Cada ola evoca tu identidad  
En secuencia alofónica  
De modalidad doble  
Marea y viento

Esta vez será  
No la noche  
No mi mano  
No el apremio del tiempo

Será la brisa esta vez  
Quien nos reúna  
À la memoria de Agosto  
Y sus últimos pensamientos

## RECURSIÓN

Guillermo Castro Contardo

Me gusta  
Sembrar

Semillas

Árboles

Cuya sombra nunca veré  
Será la sombra cuando ya no sea  
Será  
Aunque yo no sea

Soy  
Aunque no lo quiera  
El primer verso  
De un poema que no leeré  
Pero

Soy

Somos

Al mismo tiempo  
Desenlace recursivo  
Del devenir que era

Nos sentamos a la sombra  
De árboles  
Que fueron semillas  
De lo  
Que fueron semillas  
De árboles

Somos  
El verso final de un poema  
Que empezó alguien  
Cuando aún no éramos  
En algún momento  
Antes de que fuéramos

## ALÉJATE

Guillermo Witto

Todos tus años, niña, caben en la mitad de los míos.  
Por allí pueden moverse sin premura y sin disimulo.  
Toda tu historia, tus días y sus auroras, tus noches  
y el infame crepúsculo que las provoca, caben en  
la intrusa y torpe esquina más oscura de mi memoria.  
No sé para qué viene la primavera a crecer el pasto  
tierno, si este buey cansado ya no tiene dientes.  
No sé para qué hay olor de mares y curva sinuosa  
si ya no tengo la nariz ni tengo mis ásperos dedos.  
No sé para qué hay labios rojos y risa en remolino  
si no hay más lengua en mi boca ni oídos en mi lado.  
Toda tu vida, niña, es la mitad de la mía y por eso  
busca la otra, en el espacio vacío que me traiciona.

## EL GRITO

Guillermo Witto

*(A Edvard Munch)*

Con A debiera ser escrito  
Con los labios bien separados, como si las mandíbulas quisieran exiliarse, para siempre, de las mejillas.  
Con A bien abierta, porque con I o con E parecería un susurro piadoso, aunque pasaran todo el  
hedor de tu hálito por los bronquios remeciendo tus cuerdas doloridas.  
Con A bien abierta y el cielo rojo sobre el desconocido puente a principios del siglo veinte.  
Con los amigos, ya no tan amigos, adelantados varios pasos y yo abrazando mi cabeza en una tarde  
de Oslo que no logro recordar.  
Con A debiera ser. Porque la O es para demostrar asombro y no dolor y no rabia.  
Con A de Aullido, como dijo Ginsberg hablándole a los desgredados perdedores en un parque.  
Con A de Alarido, de Asco, de Atención.  
Con A de taparse los oídos para siempre.  
El grito debe ser gritado con A, pero no sé cómo pudiera ser escrito.  
Y después de gritarlo, el silencio, las palmas en las sienes.  
Hacer como si estuvieran sordos los que te siguen o que, simplemente, no quisieran escucharte.  
Gritar y vaciar las venas. Y salpicar con la sangre el crepúsculo, la panza inútil de las nubes en el cielo.  
Gritar para que tu madre y tu hermana te escuchen bajo tierra.  
Gritar para escapar de la fusta de tu padre y su dolorosa estampida en la espalda.  
El Grito debiera ser cantado en coro, subidos todos en un estrado, mientras esperamos el cataclismo  
que nos encontrara arrodillados y piadosos.

## **MARCHAD OTRA VEZ**

Guillermo Witto

Del navío, con que anuncia sirenas en la niebla de la historia,  
van cayendo los fútiles personajes por la borda uno a uno,  
que se hunden en las aguas pestilentes del olvido,  
con sus corceles, sus espadas de hierro ennegrecido,  
desenvainadas sobre el cuello de los débiles inermes.  
¡Levantaos, de la tumba oculta en que os dejaron, hermanos  
aquellos que son dueños de la pluma, del garrote y el rosario  
y mostradle al ciego los muñones sangrientos ya sin manos  
y gritadle al sordo, el desgarró del vientre, por la estaca!  
Marchad otra vez, con las plantas firmes sobre las piedras  
de Lonquimay a Ranquil, y elevad la rama del canelo  
sobre el sol poniente, para pedir, contra ellos, un castigo eterno.

## APOTEGMAS

Gonzalo Villarino Herrería

1. Los verdaderos revolucionarios son aquellos que comienzan su reinado derribando guillotinas heredadas –aquellas con las que por décadas se ha oprimido y aterrado a un pueblo– con el inconfesado propósito... de levantar las propias.
2. Cargar con el pesado fardo de la existencia, no es tarea factible para acometer por un hombre solo. El drama, tampoco ayuda vivir en comunidad.
3. Duda de quien no dude. Cree en quien descrea.
4. Lo que horroriza de las utopías no es el que sean irrealizables, más bien, aterra la posibilidad que se lleven a la práctica.
5. Duro oficio el de fraternizar... ¡y tan mal remunerado!
6. Aunque se trate de un reino de miseria, podredumbre y perversión, siempre habrá candidatos dispuestos a matar por ceñirse la corona.
7. La noción de progreso, narcótico que comparten amos y esclavos.
8. A diferencia de cualquier mercancía acumulable, la generosa reserva de maldad humana, no se agota con el uso.
9. ¿Cuántos hombres han tenido el privilegio de asistir y presenciar el colapso de una civilización? Seamos agradecidos y disfrutemos en paz el desolador espectáculo que se presenta ante nosotros. Somos parte de una pequeña legión de afortunados.
10. Todo aquel que desesperadamente busca adeptos, que no cesa en sumar cófrades, cualquiera sea su causa, esconde tras de sí, presto a emerger, un monstruo delirante.
11. El progreso que no veremos: lobos y ovejas compartiendo una cena.
12. No existe nada parecido a un “sufrimiento universal”. Nada hay más individualista que el dolor, la desesperanza, el agobio, la amargura. En esas prisiones, los humanos se las batan en solitario.
13. Los hombres que pierden la vida luchando verdadera y honradamente por amor a la humanidad, que sin buscar recompensas ni halagos, se embarcan en benignos proyectos humanitarios que trascienden su propio destino, jamás terminan de morir completamente... porque aún no han nacido.
14. Un drama insoluble: la irreductible tragedia humana, que desde siempre han sabido utilizar en beneficio propio, sectas, cofradías, partidos, iglesias, cultos, religiones y demás charlatanes que proclaman un camino de redención.
15. Los humanos somos algoritmos sin finalidad, pero con un destino inevitable.
16. Una vez muerto, ¿quién querría volver a vivir?, sería como repetir de curso.
17. Se nos enseña, cuando jóvenes, que sin sacrificios no habrá recompensas. Cuando viejos, aprendemos que con sacrificios... tampoco las hay.

18. “Libertad, igualdad, fraternidad”, divisa inscrita en el cadalso que fraternalmente acogió a Luis XVI y a su amada esposa.
19. Quien a semejanza de La Nave de los Necios, de Sebastián Brant, se aventurase a escribir algo así como El Bajel de los Malvados, tendría material suficiente para la eternidad.
20. Atendiendo la experiencia histórica, la confusión impuesta por Dios para frustrar la construcción de la Torre de Babel, fue un exceso. No muy empinada habría resultado, si se considera que aun hablando la misma lengua, los humanos no consiguen entenderse.
21. Por fin un instrumento creado por la inteligencia humana, de incontrovertida utilidad: la guillotina. Versátil, de indesmentible espíritu democrático, cumplió con la misma y singular eficacia, la noble tarea de rebanar el cuello de monarcas y de revolucionarios.
22. Una sola idea llevada hasta el delirio, simple o compleja, absurda o lógica, no hace diferencia, es suficiente para incendiar el mundo.
23. ¿Quién es más responsable de degradar la convivencia social, aquel que en nada cree, o el que niega lo evidente?
24. Según un antiguo proverbio romano, “los libros hacen los labios”. En estos tiempos de nula lectura, la humanidad corre el riesgo de enmudecer.

## **AGONÍA**

Karina Jiménez Salazar

El tiempo suspendido esperando tu deceso.  
Hasta que el último hálito de vida salga de tu cuerpo  
hemos de contemplarte desaparecer un poco cada día  
hasta que llegue el final.

Pasiones infantiles se desatan reeditando arcanas contiendas.  
¿Cuál de tus hijos es el que estará presente en tu exhalación?  
Todas las cuentas han de saldarse ahora, mientras agonizas.

Tenías miedo a morir, sería un presagio  
de tu lenta, agitada, degradante agonía  
siento dolor y pena, se me enciende la ira.  
Siento miedo y alivio de tu ausencia definitiva.

Desgrano los días mientras espero, voy a verte y regreso  
te veo dormida, en el rostro se dibujan tus huesos  
aún responden tus manos tibias entre las mías.  
No te oigo respirar, imagino, suplico que te vayas.

## ODA A LA ESPERANZA

Katia Velásquez Martínez

¡Oh esperanza!,  
Ilustre bergantín de fuerza,  
estímulo oceánico,  
radar luminoso,  
princesa alada que hilvanas optimismo.

Tu vida es abrir caminos  
alumbrarlos de confianza,  
acercar fuentes y oasis,  
acortar túneles,  
alejear fantasmas  
mientras por el campo cantas  
satinando atardeceres.  
Ovillas ideales  
y el amor lo multiplicas.

Permanece en las madres,  
aguarda al padre,  
quédate con los hijos, los ancianos  
y no olvides al mendigo.  
Sigue entibiando los días de invierno,  
seca a los enfermos sus ojos llovidos.  
Dulce *estivalía*,  
existe siempre conmigo.

## TIEMPO PRETÉRITO

Katia Velásquez Martínez

Deja que te cante lo que fuimos,  
que recuerde sin dobleces,  
cómo urdimos añoranza  
en versos de infancia y juventud.

Fuimos juego y aire, dulzura y plenitud.  
Escalamos montes de incertidumbre y de verdad,  
desenterramos pérdidas y olvidos.  
En carros de fuego nos vio pasar la luna.  
Hallamos la cúspide en playas de invierno,  
en conciertos en graneros y castillos.  
Fuimos brújula perdida,  
amor desbocado,  
vid que no se agota.  
Construimos el mejor de los jardines  
en castillos de cristal,  
con fortalezas de hierro,  
para que nada nos dañare.

Fuimos dos,  
fuimos uno,  
fue inefable,  
sin esdrújulas.  
Sin sombras.

## FRIDA

Laura Caballero Canales

Harta estoy de este, mi estéril cuerpo mutilado  
pródigo en lienzos  
y dolores  
a la sombra siempre de un sapo infiel  
que nunca ha de trocar en príncipe  
y del que no quiero escapar.

Harta estoy de esta vida  
que no es vida,  
pero estalla en mil colores  
mil dolores diferentes.

Y mis ojos, esclavos oscuros  
los atrapan  
los impregnan en las telas.  
Mis pinceles aprisionan los azules  
y los rojos  
el verde árbol de la esperanza  
y el amarillo de Diego,  
para volar lejos  
dejando atrás la muerte  
que me amarra aún a esta vida.

## KONSTANTINO KAVAFIS

Laura Caballero Canales

Extranjero,  
extranjero de los tiempos y las ciudades,  
resignado combatiente en las Termópilas.

Eterno vocero de lápidas,  
de ruinas y de tumbas.  
Hermes, mágico correo  
de los dioses y de los mitos.

¿Por qué tus poemas  
me parecen escritos hoy,  
habitante eterno de Bizancio?,  
hijo renegado de Afrodita.

¿Por qué he de añorar Ítaca,  
si ahí no he nacido?,  
si la conocí a tu lado.

Dímelo tú,  
hedonista incorregible  
amante siempre oculto.

Dímelo tú,  
que encontraste la luz  
del verdadero faro.

## **PRESIÓN EN PRECISIÓN**

Luis Enrique Mendez Duarte

Las notas de esta canción  
no son la sensación  
solo una emoción  
que sale del corazón.

Revuelta de explosión  
sin intensión  
que sale con fricción  
y hiera con precisión.

Sin palabras en adopción  
ellas vuelan sin razón  
se escriben sin presión  
y se pintan en pasión.

Sentimientos sin explicación  
nacen de cada estación  
tambalean la estabilización  
y marean la concienciación.

Hay motivación  
también convicción  
mucho condición  
para la salvación.

Un hueco sin medición  
infinito a la expresión  
hace falta meditación  
para la iluminación.

Paz en un millón  
relajado sin flexión  
sofocado en el balcón  
la neblina en un rincón.

Ahogado sin respiración  
con aire en el pulmón  
oxígeno en circulación  
dióxido en expulsión.

Cansado de polución  
en toda la nación  
basta de corrupción  
que corrompe el corazón.

Sinceridad en personalización  
borrar la penalización  
evitar la encarcelación  
de aquel viejo ratón.

Frío en congelación  
caliente en evaporación  
líquido en movilización  
sólido en estabilización.

Entra en reflexión  
ama a la población  
ayuda a una fundación  
haz tu donación.

## CASUALIDAD... CAUSALIDAD

Marco Antonio Medina

Y sin saberlo ese día,  
te cruzaste en mi sendero  
para trocar el mundo entero  
y transformarlo en poesía.

El destello de tus ojos miel  
fue la caricia de tu mirada  
en mi corazón que temblaba  
al contacto de tu piel.

Contigo la palabra escrita  
oculta en un lugar escondido  
tuvo por fin un sentido  
dejando de ser letra marchita.

Desde el alma tu ternura  
permeó todo mi ser  
el que casi sin querer  
fue perdiendo la cordura.

En tus besos descubrí  
que la pasión no tiene meta  
al buscar mi boca inquieta  
tus dulces labios carmesí.

Y en cada noche al contemplar  
el fino titilar de las estrellas  
en un cielo de luna junto a ellas  
fui aprendiendo la magia del amar.

Y porque nada fue casualidad  
mi amor atrapó tu corazón  
y el tuyo desdibujó mi razón  
con una perfecta causalidad.

## TE AMARÉ

Marco Antonio Medina

Te amaré,  
por lo que hemos vivido  
en tus dulces balcones  
en todos tus rincones,  
aunque seas olvido.

Te amaré,  
enfrentando tus caras  
atizando el calor  
inventando el amor,  
aunque ya no me amaras.

Te amaré,  
para tenerte presente  
sin importar el lugar  
sin dejar nunca de amar,  
aunque persistas silente.

Te amaré,  
con mi alma embebida  
en tu dulce sabor  
de locura y amor,  
aunque no estés en mi vida.

Te amaré,  
con el corazón abierto  
latiendo tus alegrías  
hasta el fin de los días,  
aunque yo ya esté muerto.

## LAS ESTACIONES DE UN ÁRBOL

María Norambuena de Papel

Verdes ovalados se funden con el cielo y se mecen  
al viento suave y tibio igual que tú. El agua te despierta.

Parece que quisieras ver lo que yo, zarandeando desde la oscuridad amada.

Mi redondez tapa mis pies. El agua en mi cabeza me hace disfrutar cada momento. Cambia de primavera a verano y los verdes se acompañan de violetas redondos, entremezclados, borrosos.

También hay celestes sutiles, que cuelgan todos juntos a veinte metros del suelo. Me ausento  
unos días y vuelvo.

Me baño rápido, antes de que despiertes, tu sueño es ligero. La otra noche me has sonreído y el agotamiento se fue. Rápido largo el agua, has descubierto tus manos y tu entorno. Ahora descansas, en ese sueño de miel y galletas de maicena. El cielo gris acompaña tu desarrollo estos días. El viento mece a los violetas y los celestes que ya están deslavados, luego bailan para fundirse en la tierra. Cae la lluvia e intenta acabar con esa combinación. Ya te sientas. Me meto otra vez al agua y solo queda verde. Verde amarillo claro. Has comenzado a pararte solita. Miro nuevamente por la ventana y huele a tierra mojada. Cae el agua caliente en mi cabeza y la espuma suaviza mi piel por unos minutos. Solo veo ramas como hilos café unidos al tronco más oscuro con mis ojos miopes.

Dejo abierto solo un poco pues ya hace demasiado frío  
y anhelo ver qué lograrás hoy.

Por mientras duermes.

Han comenzado

a despuntar

nuevos colores

violeta y celeste,

meciéndose

con el ovalado verde,

y ya caminas.

Hoy entre balbuceos me has dicho mamá.

Respiro a través de mi ventana el tibio aroma  
de esa sensación de inmensidad perfecta de verte crecer.

## **CLAROSCURO**

María Norambuena de Papel

Tintineante pasea del verde a gris,  
del verde al gris,  
del gris al verde.  
crea la belleza armoniosa que mi caracola escucha.  
Del blanco al negro,  
del negro al blanco,  
a veces blanco, otro blanco y otro.  
Temporal de canto  
resonando como botas en una noche oscura,  
amargos sonos de congoja profunda.

## LA PLAZA

Nedy Varela

Mientras en una esquina  
zoncean la tarde y las palabras  
en el centro del pecho de aquel pueblo  
dominguea bulliciosa una plaza.  
La piel verdosa de su fuente  
se eriza.

Vibra con voces añiñadas.  
Amenaza con púas  
el palo borracho centenario  
al aire tibio  
que todo lo rodea.

Las calles y caminos llegan a ella.  
Juegan a la ronda y murmurando  
vienen a beberse su tibieza.

Mientras en una esquina  
zoncean la tarde y las palabras,  
las muchachas de sol salen a las ventanas,  
joven sonrisa y clara la mirada.

Hay encuentro de amores entre helados  
escondidos en esa vieja plaza.  
Las maderas de un banco  
recuestan su espalda a las promesas.  
Los besos no presagian  
que siempre el tiempo pasa.

En el centro del pecho de aquel hombre  
está erguida "su" plaza.  
Cruza, desde la ciudad, una distancia.  
Hoy siente, en sus piernas, un vértigo voraz  
lleno de nada.  
Entonces el hombre va y vuelve,  
busca ese centro.

Se sienta con el mate a pensar  
y escucha en calma.  
En sus ojos se refleja el bronce,  
y hay un brillo especial en su mirada.  
Siente la sencillez de aquellos pasos  
llevando una sonrisa  
que esparce dulzura en su jornada.

Escucha el rumor de la gente sin prisa.  
Siente los pájaros pintando trinos  
desde las copas altas.  
Entonces el hombre va y vuelve  
al centro de su pecho,  
hacia "su" plaza.  
Con extrañeza el asfalto lo mira  
sin mirarlo.  
En el cemento gris  
un verdor se levanta.

## COLOFÓN

### Plutón

Reflejos juegos  
espejos  
dos espejos  
reflejados a sí mismos  
se miran  
más allá de conceptos  
nos dicen y preguntan  
más allá de los sentidos  
potencial inescrutable  
infinito

¿Nos miran los espejos  
o al revés los miramos?

¿Quién mira?  
¿El reflejado o el reflejo?

¿Cuándo miramos al espejo?  
¿Qué miramos?

Dos espejos que se miran  
¿Qué reflejan?

Vacío contenedor pupila  
de toda no existencia vivida

Vacío es espejo  
reflejo del mirado

Ojo que a sí mismo se mira  
sin poder ser reflejado

Nadie con sus ojos mirando  
Buscador igual a lo buscado

Ese último mira  
a través del espejo  
su vacío revelado

Sus palabras invertidas  
se encuentran y asimilan  
como la figura y su sombra

la noche persigue el día  
juntos los opuestos giran  
en sus cantos olvidados

Las imágenes ilusorias  
sobre superficie del agua brillan  
las borra la brisa  
como aliento de sonámbulo

Así los pensamientos  
que la mente elabora  
conceptos ideas se deslizan  
y al instante desaparecen  
en abalorios transformados  
para sorpresa del que habita  
nuestros titubeantes pasos

## NIRVANA

### Plutón

Querida Dora:

Diminuta, enrollada como nudo de árbol envejecido, capullo negro encogido.

Extiende tu mano para regalar una gema a ese niño.

Algún siglo más adelante, él te escribirá una carta.

Te hablará el abuelo de ella en el pasado, dijo.

Por eso vuelo ahora en tu tiempo, como flecha sobre ruedas, hacia el sur y el norte.

De ese viaje del que nunca regresé, en el vaho de las tinieblas, guardo una intuición tuya, Isla Grande.

En el futuro, se presagia tu influjo transparente.

Adelante, el océano la esconde como tesoro.

Diamantes su respiración armoniosa emana.

Una lengua no hablada nos conduce al seno subterráneo de tu borrasca. Ya la veo.

Y no la veo.

Percibo tu silencio intermitente.

Con el cielo el viento se confunde.

La figura del oleaje vaga.

Ondina sumergida, atraes con tu canto misterioso a quien se acerca a tu túnica de rocas, espumas y algas. No sé si duermes o estás despierta por algo.

No sé de ti nada.

Pero sobre tu manto ayer ya posé mis pies.

Sin saberlo, había llegado antes, para navegar más allá de conceptos, ideas y palabras.

De los reflujos de tu vida, poesía flotante, has querido vivir separada. Eres faro guiando al angustiado que tu luminiscencia ampara.

—Para ver lo invisible, tendrás que sumergirte bajo el agua —me dijo imperturbable.

Sin mirarme, objetó la impertinencia de la pregunta.

Luego, enredada en volcanes, alargó una vasta mano de mar y apretó mi garganta hasta casi asfixiarme.

De pronto, en la nube ancha de la mortalidad, desaparecieron las imágenes, los colores, las rocas, las flores, los árboles.

Su materialidad, esfumada en el día más claro.

Ascendiendo, perdí el peso de mis miembros.

El sueño se quebró en un instante.

Sin pavor, sin miedo, la oscuridad como la luz llegó.

Sobre lo que alguna vez fue, a mi frente vino a posarse.  
El telón de lo indecible subió como de abejas un enjambre.  
El zumbido en los oídos fue apagándose hasta transformarse en música inaudible.

El puente del olvido se tejió en tus dedos eternos.  
Con la infinitud de las estrellas, prendió dulcemente un cometa en cada ojo, como dos monedas de oro; más siete arcoíris sobre la superficie de mi piel; ahora yace extendida como ánfora verde, llena de bosques, en el lomaje suave de la tarde, extinguiéndose lenta, al amanecer de un nombre tan antiguo como el tuyo.

Así fue como naciste, en ningún momento, sin que te viera nadie.

¿Riendo?  
¿Llorando?  
¿Quién lo sabe?

En el fondo, espacio vacío, poseedor de todas las formas y partes, que no son una y todas a la vez.  
Como las lenguas del fuego, en el fondo de la mañana arden.  
Nada comprensible.  
Nada para la razón ni la emoción del sentimiento cambiante.

Eras el sol con la luna dando vueltas.  
Al mismo tiempo, no estabas allí para llevarme al que nunca fue ni será.  
Atrás la existencia, también adelante.  
En un tiempo abolido por el semblante risueño, dibujado por tus labios.  
Navegando sin velas, con el viento como estandarte.

Ese es un adiós y un porvenir.  
La salutación del que no sabe con frases.  
Más la magia se condensa en su sangre, permitiendo morir en la vida de los que en tu seno parten.  
Sin los sentidos ni pensamientos.  
Sin mente, no hay días ni noches.

En la certeza de tus huellas se deposita la esperanza.  
Bella, grácil ave.  
Sin alas, te posas en la transparencia de las cosas, en el fondo de un cofre inefable.  
Como ahora el misterio se devela, sin temor al ignorante.

Así llegué al fondo del estuario, donde dicen que vive la isla, escondida tras una caverna.  
Allí habitan seres invisibles al tacto, mientras una reina-gato habla de su reinado y los cisnes bailan sobre las mareas, contando una historia fantástica que ahora solo entienden los pájaros.  
Estuvo escrita en tantos idiomas como el mundo es vasto, hasta perderse en los anaqueles de la librería del más juguetero de los magos.  
Del que relatan que la hizo desaparecer, por cuidar su belleza de los ojos humanos.  
Solo pueden percibir su sombra en la noche aquellos poetas iluminados.

Aquí las flores saben leer las estaciones.

Por eso llegan y van cuando corresponde, siempre a tiempo con la lluvia o el viento, que las lleva a todos sus rincones.

Nada se pierde de la sabiduría de esta ínsula.

En el engaste de tu anillo incandescente, una cuerda oscila entre la creación palpitante del músico y la inocencia impoluta del infante.

Juegas perdida en el jardín escondido, para el que no sabe, de tristeza y alegría y mira con ojo radiante.

Eres campana de navío anunciando tu presencia en la vacuidad hundida de tu sombra, quebrada para siempre.

¡Adelante!

en tu ausencia sin límites, mostraste la casa.

—Entra si te place —entendí.

¡Ve a buscar lo que buscabas, para encontrarte!

Entonces, el sol elevó ancla.

Después de apagar su sed, dejó el piélago seco, transformado en desierto.

Y ahora las hormigas atraviesan, guiadas por sus antenas, tras la búsqueda del agua, el más preciado de los tesoros en esta tierra congelada.

Un punto luminiscente no manifestado por la esencia del cielo indicaba caminar.

Comenzó a llover la furia de tu flama.

Incandescentes, tus pupilas se abrieron cual diana.

El cazador furtivo sus dardos apuntaba, buscando penetrar el negro profundo de tu mirada.

Escondida así, tras los velos azules de esa montaña.

Había que descender los valles más profundos, como heridas que reclaman el candor perdido. Este mundo, mancillado por ideas insalubres y vanas.

Las plumas blancas hace tiempo partieron de esas riberas.

Ya no danzan.

Han buscado refugio donde el frío petrificado de la mañana no permite ver más que el hielo profundo de tu alma.

Crucé el dintel.

La vi, menuda, sentada en el rincón de la plaza.

Alzó la vista.

Me indicó en el horizonte una línea blanca.

—Allá nació yo, en Ayacara —dijo.

Ahora estoy viendo el volcán deslizado más al sur.

En esa línea imaginaria que dibuja el mar y se quiere hundir en el fondo de los recuerdos, donde aún resuena la vibración de su voz.

Débil como trueno.

Traspasa décadas hasta este presente.

Un destello en la imaginación dibujó la silueta de su cara, que nunca vi.

Pero la rememoro como pintura abstracta.

¡Tan lejos, tan al sur, tan al norte!

No veo el este ni el oeste.

¡Estamos en ninguna parte!

El silencio es tan grande, no lo abarca ninguna mirada.

Ni pasión, ni sentimiento.

Solo se ve una guirnalda entre dos cimas tan altas, moviéndose con el vaivén de tu canto imperceptible.

La última respiración  
me deja suspendido  
aire

¡Todo arde!

¡¡Todo arde!!

¡¡¡Todo ardiendo está!!!

## ÁRBOL

Ricardo Sepúlveda Bagú

Eres madera,  
árbol original  
te han tallado las tormentas  
los rayos, el fuego y los vientos  
por tus vetas corre sangre de  
piratas, vikingos y corsarios  
tu madero recogió sangre divina  
soportó la lanza de la vergüenza  
sostuvo emblemas de un imperio  
llevó a la guerra  
a faraones y emperadores  
transportó la mies  
con el sudor de esclavos  
soportó el trasero de nobles y plebeyos  
ha sido teñida por vinos, vinagres  
sudores, lágrimas  
y piel de torturados.  
Nobles maderos  
quemaron a herejes, brujas  
e inocentes acusados.

Fuiste la rueda,  
alivio al castigo divino  
moliste avena maíz y trigo  
cuenco con sopas, caldos y caldillos  
yugo para bueyes y esclavos  
naves de intrépidos navegantes  
ambiciosos comerciantes  
valerosos combatientes  
mercenarios y corsarios.

En ti fueron talladas  
imágenes santas  
profanas efigies desnudas,  
desafiantes mascarones de proa.  
Tus tablas nobles olorosas u ordinarias  
arden en fogatas devolviendo al suelo  
las cenizas de cuerpos agotados.

## PIEDRAS

Ricardo Sepúlveda Bagú

Volcanes arrojaron  
las primeras  
las segundas y  
las terceras piedras,  
vinieron luego  
cientos  
miles  
cientos de miles  
miles de millones  
millones de millones  
moldeadas por  
vientos  
ríos y glaciares  
estuvieron allí por  
cientos  
cientos de miles  
miles de millones  
millones de millones  
días  
horas  
minutos  
segundos.

Llegaron los golpeadores  
golpearon  
cientos  
cientos de miles  
miles de millones  
de veces  
saltó el primer  
cuchillo alimentador  
cientos de miles de golpes  
una flecha cazadora  
miles de miles de golpes,  
el hacha matadora  
miles de miles más y  
llegaron los talladores  
tallan y tallan  
acumulan y acumulan  
amurallan  
piramidan  
torrean

columnnean  
puentean  
llegaron los disectores de las piedras  
develan sus figuras interiores  
emergen diosas, musas y centauros  
copian bustos de nobles y guerreros  
crean dioses, antidioses  
virtudes y pecados.

Llegaron los escritores  
esculpen las glorias y bondades  
de reyes, príncipes y guerreros  
a cambio de repletos monederos  
tallan lapidas de granito  
con los nombres de quienes  
en vida fueron  
y ahora yacen  
bajo su alero  
por cientos y miles bajo el suelo.

## TE MENTÍ

Rodrigo Narváez Moreno

Karen...

Con seguridad habremos cruzado  
una que otra mirada distraída.

Con seguridad entrecruzamos  
caminos, pasos y momentos,  
en los pasillos de nuestro  
Carlos Van Burén.

Mas de alguna vez,  
habremos dicho:  
—Buenos días.  
—Buenos días.

Ahora partiste.  
Veo tu fotografía en el diario.  
Quedo pegado en tu mirada  
optimista y serena.

Tu ausencia  
es tristeza,  
es emoción.

Estuve unos minutos  
en la sala COVID.  
Tan solo unos minutos,  
de profundo temor.  
Eran los tiempos primeros,  
donde el miedo atenazaba el espíritu.

Tenía que intubarte.

Me puse a la cabecera.  
protegido, *escafandrado*.  
un poco hipóxico, un poco ciego.

Me presenté,  
te expliqué lo que iba a hacer.

Estoy asustada, tengo miedo, dijiste.  
Tranquila, te dije.  
Todo va a salir bien, te respondí.

Ya no estás.  
En unos segundos,  
en tan solo unos segundos, te mentí.

*Homenaje a Karen Figueroa Rodríguez  
Primera funcionaria clínica que falleció por COVID-19  
Hospital Carlos van Buren de Valparaíso, Chile.*

## **INTERRUPCIONES**

Ronald Kauffmann

Camino de otoño pálido detenido en la orilla  
como manojos de uvas, a su manera.  
Camino punteado por un sol débil,  
de utilería, como vino blanco que gotea.  
Sol que arrastra sin propósito  
el costado sur de Chile.  
Sol mal resuelto, remendado por  
una niña convaleciente en su cama.

## **LO QUE NO FUE**

Ronald Kauffmann

Te esperaba,  
creía ser la forma en tus maneras  
y en la palabra que se escapa  
algo así como lo veloz  
entre adoquines y caballos.  
Busquemos, por un momento,  
la embarcación que llega sin registro  
y después en nuestra calle  
caminemos, como siempre,  
aceptando los supuestos.

## **LO LEJANO**

Ronald Kauffmann

En este río se mojaron sin deseo  
espectros de una infancia  
tan remota y tan viva.  
En un remanso se vincularon las aguas,  
esos recuerdos tuyos con  
afluentes que no eran míos.

## **SECRETOS**

Ronald Kauffmann

En una ciudad vestida con retraso  
donde las calles no tienen domicilio,  
en el patio de una casa  
donde la luz no tiene ventanas,  
donde no hay plantas ni ladridos  
y suben sombras por los muros,  
se llega al interior de un cuarto  
donde había una madre escondida  
¿recuerdas tú el olor de su pañuelo  
cuando nos secaba las lágrimas?

## **AMENAZA**

Ronald Kauffmann

Hace una semana se introdujo  
silenciosamente  
no lo supe, siempre estuvo ahí,  
temo mirar atrás y tropezar con su presencia,  
una mezcla de ladrón y monotonía  
espanta lo que queda de locura  
me lleva como amigo,  
su pie camina con mis pasos,  
su mano ordena los objetos perdidos  
de mi casa.

## UN MISMO SUFRIMIENTO

Sofia Padilla Bafalluy

En un rincón oscuro y silencioso,  
te acurrucaste casi sin vida,  
te arrastraste con cuidado,  
tu piel enferma y dolorida, colgaba inerte y repulsiva.

Y era tu desamparo tan grande y evidente,  
solo piel y costillas a la vista.  
Entonces vi tus ojos a lo lejos y presencié el dolor y la miseria.

Y aunque eras un animal abandonado,  
despreciado y sin hogar  
reconocí la mirada del sufrimiento  
aquella mirada que muchos, no quieren ver.

Sentí que el dolor que tú tenías,  
era algo que nos tocaba a todos,  
los seres vivos de esta tierra,  
al mostrar las cicatrices del fuego de la carencia.

Carencia de amor, carencia de luz,  
carencia de paz, carencia de salud,  
carencia de alimentos, carencia de descanso,  
carencia de un tibio y acogedor hogar.

En eso somos parecidos,  
sentimos y sufrimos por igual  
y el dolor se asoma a nuestros ojos  
con el mismo pavor y desaliento.

Y al contemplarlos yo veo,  
el sufrimiento de muchos seres reunidos  
y el desamparo es el mismo,  
seas hombre o seas animal.

Un mismo dolor nos traspasa el cuerpo  
y nuestro entero ser.  
¿Vecino perro, tienes alma?,  
dime, ¿sufre también tu corazón?

Tus ojos han perdido ya el brillo de la vida.  
Tu cuerpo se ha doblado con la enfermedad.  
Y al contemplar tu dolor y sufrimiento,  
veo el destino final de tu existencia.

Y es la misma mirada opaca,  
oscura, temerosa y doliente,  
de los hombres enfermos,  
abandonados y sin esperanza.

Y tú sientes y tú no lloras,  
pero tus ojos destilan pena  
y una tenue humedad los cubre  
aunque no los mojen lágrimas.

Y mi alma se estremece y sufre,  
al recordar el dolor humano inevitable,  
tan vívidamente presenciado,  
al vislumbrar tus ojos sufrientes  
en un rincón oscuro y olvidado de la calle.

## RECIÉN LLOVIÓ

Valerio González Rodríguez

Recién llovió,  
en este verde Cautín de luces  
y de sombras de bosques  
sobre el agua clara.  
Cuando hiere el silencio el grito del Treile oscuro  
se detienen las nubes en la cumbre del cerro.

El aire se persigue  
y se canta a sí mismo,  
se regocija en la danza de las hojas que caen,  
recoge los rituales de hechiceros antiguos  
y transporta el sonido de un beso inesperado.

Sumergido en raíces de quilas y arrayanes  
aún persiste el rumor de pies desnudos y ágiles,  
y bajo la sombra del pehuén centenario  
la inclinada figura de la mujer pehuenche  
que recoge el regalo del fruto generoso.

Recién llovió  
y me atrapa el olor de la tierra mojada.  
El coihue se engalana de gotas transparentes  
el canelo se sabe más sagrado que antes  
y el arrayan prepara su floración de nieve.

Recién llovió  
en mi verde Cautín de luces y de sombras.

## **SIN MUSICA DE FONDO**

Valerio González Rodríguez

Escondido me espero.

Es la noche.  
Desarreglado de angustias y camisa.  
Con algunas metáforas perdidas,  
con cansancio de ideas y de huesos.

Un café me llama en algún lado,  
yo reclamo por un trago de certezas,  
un instante de sueños,  
una silla,  
una voz compañera sin urgencias.

He ordenado las ganas  
y los libros  
con un brillo de estrellas que no duermen,  
y sacudo las manos y la noche  
y este polvo del día que se adhiere.

Con asombro escucho a las paredes.  
La noche tiene dudas y sorpresas.  
Un miedo de vampiros  
a la aurora,  
un deseo de sombras que no cesen.

Y cerrando los ojos  
me he asomado,  
con una red de caza mariposas,  
al nocturno misterio que provoca  
el secuestro de sueños y de versos.

## NODOS

Verónica Garay Moffat

Seres extraños recuerdan aniversarios  
a desmemoriados cercanos,  
de los distantes ni hablar.  
Asisto a la revisión,  
de niveles por nivelar,  
preguntas dirigidas  
hacia goce y su verdad.  
No hay amor  
si ruda escapa la pulsión,  
ni se empareja una cancha  
jugando a la diferencia.  
Se acepta lo sin remedio,  
... lo inevitable regresa.  
Latente travesía,  
subjetiva realidad,  
somos observados  
panóptico voyeur.  
Mismo libro  
leído de distinto modo  
una y otra vez,  
gracia de ver  
amorosos azules  
de amoroso caminar.  
Un día antes del respiro,  
aislarse será necesario,  
para airear pasiones y soltar.  
¿Quién serás para mí?  
Resisto no saber.  
¿Dónde en ti habito?  
No sé.  
Atenta a las consecuencias  
la sorpresa llegará  
de uno u otro lado.  
Vacío generando la ola  
del movimiento amoroso,  
música tras  
cada silencio mortuorio.  
Posible amar  
gracias a un otro.  
Mientras tanto,  
en el mundo de la materia  
ceden partículas

desviando el camino de algunas.  
Clínamen de los átomos,  
inevitable colisión de vacíos  
misterioso encuentro.  
La vida antecede al pensamiento,  
cosa de ponerse a revisar  
la historia y sus atrocidades.  
Nada tan calculado  
como la idiotez humana.

## **NO LE CREAS**

Víctor Molina Fuente-Alba

No le creas si está aquí  
para iluminarte  
con su arrebatado de seda

no creas si enciende velas  
–tras sesiones de alegría–  
descorchando  
las botellas que te indica

no creas en sus lágrimas oscuras  
danzando la impericia de su pena  
no te creas si se arrima a tu lección  
no creas si cela dientes y pellejo  
no le creas cuando desgaja su tedio  
e invoca a Schubert y su fantasía

no le creas la algarabía imberbe  
no le creas enhebrando disciplinas

no le creas lo que tiene en la mano  
no creas ni en el paquete  
del regalo que te anuncia  
no le creas las argucias  
no le creas a su falta de experiencia

ten cuidado

mira solapado la otra mano

fíjate en el filo del cuchillo.

# **CUENTOS**

## APAPUCHARSE

Abidel

¡La puerta de la casa estaba abierta! En su mano temblorosa, la llave y en la palidez de su cara, el miedo.

¡Correr?! ¿¡Llamar la policía!? Ráfagas de pensamientos, mientras permanece clavada en el escalón.

Del interior de la vivienda, aparece una mujer rubia, cuarentona y regordeta. ¡NO! ¡NO!, se dice restregándose los ojos y con la boca abierta.

Dos gotas de agua, la otra y ella.

El estupor la mantiene inmóvil, sorda y muda. Se le acerca, la toma de la mano. Ella, Amanda, se deja conducir a su sillón preferido debajo de la ventana

—¿Te traigo un vaso de agua?

Cuando se aleja, la observa. Sus mismos movimientos de caderas, las mismas piernas gordas que tanto detesta, el mismo balanceo de brazos. Desliza su mirada por la habitación. Todo en orden, impoluto, como lo deja ella: la mesa del comedor con su centro, el cuadro de amapolas derecho, el fresco perfume de siempre a lavanda que la envuelve. Se recuesta, respira profundo, sus pensamientos se le arremolinan.

El alivio del agua en su garganta reseca permite el paso de preguntas que salen a borbotones como de un surtidor. ¿Quién eres? ¿Qué haces en mi casa? ¿Cómo entraste? ¿Cuándo?

Sentada frente a ella, la mira fijo a los ojos y le contesta con mucha calma. Le cuenta una historia demasiado conocida:

Se llama Amanda, tiene cuarenta y seis años, trabaja ocho horas diarias en el ministerio, no pudo tener hijos, su marido viaja con frecuencia, es un casi ausente... y agrega que se siente muy sola, triste y harta de rutinas y fracasos...

¡Basta! Y, agarrándose la cabeza, llora amargamente. La abraza y Amanda se deja, se acurruca como una niña y se abandona plácida, mientras la mujer le canta con suavidad.

## PARA QUIEN LA ENCUENTRE

Abidel

Si lees esta carta, estás viviendo una historia igual o similar a la mía. Te espera el corredor de la muerte y de allí el infinito. Por eso te escribo. Esta confesión solo la puedo hacer a un desconocido, que pronto desaparecerá del mundo de los vivos.

Cumplo la sentencia de un crimen que no cometí. Cuando me llamó mi hermana, la encontré en la casa de mi ex cuñado, golpeada, ensangrentada y espantada. En el suelo yacía el cuerpo inerme, cosido a puñaladas, en un charco de sangre. La saqué de un brazo. Limpié todas las pruebas inculminatorias contra ella y diseminé las mías.

Yo era un hombre solo, sin trabajo, destrozado por las drogas. Con varios antecedentes de rapiña. Ella una joven madre atropellada. Me declaré culpable. Me negué a toda defensa o apelaciones. Mi sentencia fue rápida y contundente. Nunca me arrepentí.

La noche anterior a mi ejecución, me sentí otro hombre, lejos de aquella escoria que había sido. Mi cuerpo limpio y mi mente clara para entrar en lo desconocido.

### DE UN ASESINO A OTRO

Encontré esta carta escondida en la celda de su hermano. Le pertenece. Es el último pensamiento del que generosamente murió en su lugar.

Yo sí soy culpable de homicidio premeditado. Pero fui indultado, después de muchas apelaciones y abogados que me esquilmaron.

No me importa, sigo siendo igual de rico y poderoso.

Pero no dejo de pensar que la muerte lo liberó y yo sigo encarcelado, en la misma basura de vida.

Temeroso siempre del chantaje las represalias y la muerte.

Por favor no se confunda, no es bondad la que me mueve, sino envidia y de la mala.

P. D.: Cualquiera día paso a visitarla.

## RECUERDOS Y OLVIDOS

Adela del Barrio Guerrero

Era una tarde gris del mes de diciembre, me abrigué bien y tomé la determinación de salir a visitar a mi compadre. El largo y crudo invierno propio de estas latitudes iba entrando con fuerza. Las ramas de los árboles parecían venas plateadas dibujadas en el cielo cerrado de amenazantes nubarrones. El antejardín de la clásica mansión victoriana de ese tranquilo barrio residencial tenía el césped amarillo por el frío y la humedad, un conjunto de coníferas combinaba el verde, el bermejo y el azul plateado. La puerta de madera noble y barnizada tenía un precursor adorno navideño.

—Ding-dong —sonó el timbre y abrió la puerta una mujer bonita con una sonrisa tan hermosa y espontánea que invitaba a entrar.

—Buenas tardes, señor De Toledo. Víctor lo espera en el saloncito que está aquí, a mano izquierda.

—Buenas tardes. ¡Qué agradable es escuchar su voz saludándome en español! Me ha alegrado el día. ¿Es usted de Colombia?

—Sííí ¿cómo adivinó? ¡Qué bueno es haberle producido alegría! Soy de Bucaramanga, me llamo Gladys, para servirlo —escoltó mi entrada al salón caminando con esa gracia rítmica de las mujeres del caribe. Tendría escasos cuarenta años, pero su figura era aún despampanante, usaba cabello largo, ondulado y bien peinado, uñas de acrílico, labial discreto y pestañas maquilladas enmarcando unos ojos vivaces. Vestía un blue jeans viejísimo, pero apretadito y un blusón blanco impecable, amplio pero acinturado. Le sentaba perfecto ese uniforme de cuidadora de ancianos.

—Víctor —dijo su nombre con familiaridad y entusiasmo—. ¡Mire quién ha venido a verlo!

Víctor estaba sentado en un bergere. Mirando el jardín casi absorto.

—Buenas tardes —sonrió como si se alegrara de verme. Me dio la mano y siguió mirando por la ventana. Después tomó un cuaderno de espiral, en el que parecía más interesado que en mi presencia.

—Hola compadre Víctor. ¿Acaso no te acuerdas de mí?

—¡Compadre Poncho! ¡Qué gustazo! —exclamó reaccionando con un repentino arrebató de felicidad. Se paró del asiento para abrazarme, por su tambaleo y merma física pude darme cuenta de su fragilidad.

Otra vez puesto en su sitio, tomó de nuevo el cuaderno, me pidió que le acercara una mesita auxiliar y se reconcentró a hacer números y símbolos matemáticos.

—¿En qué estás tan atareado? —le pregunté.

—Estoy preparando mis clases.

—¿Clases? ¿Dónde estás dando clases?

—Aquí mismo, en este campus. Me dieron un curso de cálculo integral y diferencial. También enseñé latín.

—Víctor, creo que estás trabajando demasiado. Te va a hacer mal.

—Eso no es todo, porque además estoy organizando un sindicato con los trabajadores.

—Qué bien, te felicito —frase que una vez dicha, yo mismo la juzgué, tal vez por el tono, algo irónica—. Pero ahora a lo mío, a lo que vengo. Edith me pidió que te dijera que no ha podido venir, porque está muy atareada por todo lo que tiene encima y procesando aún la muerte de Juliette.

—¿Juliette? —se puso la mano en la frente para recordar —¡Ah... la gata!

Se produjo un silencio un tanto molesto, mientras yo trataba de enjuiciar su respuesta y le dije con el mejor de mis tonos.

—No. La gata de Edith se llama Justine. Te recuerdo que Juliette es mi ahijada. Es la hija de ustedes. De Edith y tú.

—Juliette, Justine. Sí, son nombres que a Edith le gustan —comentó a la ligera y fue a buscar una muñeca. Una negrita con aros, collares y turbante, vestida de brasilera—. Esta es mi hija —dijo orgulloso y la sentó en su regazo.

Recordé que Pablo me había advertido que la mente de su padre pasaba por altos y bajos difíciles de aceptar. Así es que opté por hablarle lento, claro y con énfasis.

—Vine especialmente para decirte que Edith está ya muy mayor para vivir sola en esa casa tan grande; está muy deprimida por la pérdida de Juliette. Pablo está encargado de arrendar la casa antes de irse a Vancouver.

—Sí ya sé que Pablo tiene que arrendar su casa para irse a Vancouver con su familia. Es lógico.

—No te hablo de la casa de Pablo. Tengo entendido que Pablo y su mujer arriendan. Te hablo de tu casa, de la casa de Edith y tuya. Edith no puede vivir sola ahí.

—¿Qué casa? Edith y yo vivíamos en Villa Alemana, en la casa de mi mamá. Hasta que tuve que venirme al campus. El Domingo si tengo tiempo iré a ver a mi mamá a Villa Alemana, iré temprano para ayudarla en la pastelería.

Me di cuenta de que era yo quien debía tener paciencia con el compadre. Edith me lo había dicho, porque hablamos todos los martes por teléfono, por el fijo, ya que el móvil la pone nerviosa. Me había comentado que Víctor ya no la reconoce. Que una de las veces que había ido con Pablo, ella le había dicho:

—Pero Vitito, si soy Edith. Y... ¿sabes tú, Ildefonso, lo que me dijo?... <<Mi señora también se llama Edith, pero ella es más alta y gordita que usted>>. ¡Date cuenta tú, po oye! Llegué a mi casa deshecha, me acosté y lloré hasta que me dormí.

Con esa evocación, consideré de que estar con mi compadre no daba para más.

—Ya me tengo que ir compadrito. Hasta la próxima.

—Hasta luego doctor gracias. No se olvide de dejar una receta para los dolores de las piernas.

Ya había caído la noche y aún no eran las cinco de la tarde, el antejardín ahora era un manto cada vez más blanco, obra de los copos de nieve que caían livianos como plumas. La temperatura era grata, entre tres y cinco grados bajo cero. La nieve cambió por completo la imagen de la ciudad, ahora destacaban los adornos y luces de las casas y de las calles.

—Con la primera nevada, ya se siente la Navidad —pensé.

Conocí a Edith y Víctor y también a Pablo, en el Douglas DC-10 de la CP Air. La incertidumbre del futuro era el equipaje que más nos pesaba. Salimos de Pudahuel con destino a Dorval. En Santiago al igual que en Montreal, ya les han cambiado el nombre a estos aeropuertos. Yo iba en el asiento del pasillo derecho del avión, en el grupo central de cuatro asientos. Se sentó a mi lado una señora, preocupada de acomodar y asistir a un niño, y al final de esa fila, en el pasillo contrario, un señor alto, corpulento y de tez clara a cargo de los bultos. Durante la travesía, aparte de los motores y el trajín de la tripulación, había un silencio inusual, la mayoría de los pasajeros estaban ensimismados. Apenas se oían unos rumores y bisbiseos, toses y de cuando en cuando algunos sollozos. Eran las circunstancias naturales del momento. Los pasajeros que abordaron al final habían sido llevados hasta la escalerilla del avión, no en los buses, sino que, en vehículos militares, apuntados por fusiles y metralletas.

Ahora que conozco tanto a Edith, comprendo por qué pudo más su naturaleza extrovertida que el desconcierto que nos agobiaba, así que en cuanto se durmió su hijito me buscó conversa-

ción.

Descubrimos que ambos habíamos estudiado pedagogía en castellano, ella en Valparaíso y yo en Santiago, y sido exonerados de la Universidad de Chile, ella de la sede Valparaíso con el cargo de estar casada con un comunista y a mí, en Arica, me había llegado *el sobre azul* porque el interventor militar de la universidad consideró que era subversivo y peligroso, enseñar a Unamuno, Lorca y Antonio Machado... a los estudiantes de pedagogía. El marido comunista de Edith era *el oso* que roncaba junto al pasillo opuesto al mío.

Llegamos a Montreal como refugiados, en la primavera de 1974. Los profesores que nos enseñaron francés se enfrentaron a un grupo variopinto, entre los que aprendían otra lengua fácilmente porque habían cursado las humanidades en Chile, cuando la enseñanza de las asignaturas de inglés y francés eran obligatorias, pero muchos otros refugiados, apenas habían logrado completar siquiera la sexta preparatoria, abandonando niños la escuela para trabajar.

Víctor Donoso Müller, aprendió francés con una velocidad asombrosa, desde pequeño hablaba en alemán con su madre y había aprendido muy bien el latín en los años en que fue seminarista. Abandonó el seminario para estudiar Licenciatura en Matemáticas y en la universidad, de jesuita pasó a formar filas en el partido comunista y se enamoró de Edith.

Llegamos de un país pobretón, donde por un largo tiempo había sido difícil aprovisionarse de las cosas más básicas, a uno en que los supermercados ofrecían todo tipo de abastos, de diversas partes del mundo. *Les centres d'achats*, eran lugares de verdad alucinantes para los chilenos de esa época. Faltaba una década aún para que comenzaran su adicción a los *Malls*.

Vivir en Montreal cambió mucho a los refugiados. Se vieron insertos en un país cosmopolita y de economía sólida. En cuanto al trabajo, las reglas del juego estaban definidas: salarios, horarios, beneficios, vacaciones, subsidio de cesantía, salud, vivienda, buena red de movilización pública, escuela y transporte para los niños. Edith, Víctor, Pablito y yo, nos abocamos a incorporarnos a nuestra nueva realidad. Trabajamos en lo que nos tocara, pero con el tiempo convalidamos nuestros títulos y grados académicos y logramos posicionarnos en nuestras profesiones. En la primera Navidad blanca Edith anunció que estaba embarazada y llegó mi ahijada Juliette, que me llamaba *pinino*, era una niña grande, gordita y rubia como su abuela alemana, pero expansiva, risueña y dicharachera como su mamá. Pablo en cambio era moreno, serio, estudioso, buen deportista, crack de hockey en patines sobre hielo.

Por muchos años probamos todo lo que se puede hacer en un país como este. Guerra de bolas de nieve, practicar esquí de fondo, patinar en el hielo, deslizarse en trineo en las pendientes suaves de los macizos de Las Laurentides, caminar con raquetas en los pies por los campos nevados, disfrutar de los paseos en trineos tirados por caballos percherones, los paseos a pie o en caleza por el casco antiguo de Montreal, donde con más dedicación que a todo lo anterior, nos dedicamos a degustar la gastronomía de la provincia de Quebec, de base francesa: *crepes, la quiche lorraine, la poutine, la tourtiere, le creton, la tarte au sucre, la soup aux pois, etc.* Nos olvidamos de Chile para siempre.

Mi compadre Víctor, que nunca dejó de ser un marxista fundamentalista, me manifestaba su desazón de ver que los refugiados chilenos cada vez estaban menos interesados en pontificar a Marx, Engels, Lenin, Trotsky, sopesarlos, con Mao, Fidel o el Che. Le costó mucho aceptar la Glasnost de Gorbachov, la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética con Boris Yeltsin.

Pablo y Juliette se hicieron adultos, canadienses típicos. Los viejos jubilamos. Edith y yo fiel a nuestra pasión literaria leíamos mucho y compartíamos libros. Víctor se compró un ordenador, frente al cual pasaba horas y horas. Hasta que un 18 de septiembre se le ocurrió hacer un asado y prendió el fuego en el salón para sorprender a Edith.

—Su enfermedad de Alzheimer es peligrosa —dijo el neurólogo—, hay que internarlo.

## DUELO 2020

### Alba Testart Tobar

Un chaparrón de melancolía me ha empapado hasta la ropa interior. Todo me hace llorar. Cualquier recuerdo me entristece y mirar al futuro también. Se pusieron de pie todos los momentos de niebla y nubes grises de mi vida. Y ni siquiera llueve. ¿Será la resaca de la pandemia? ¿De las muertes sin despedida? Muchos acontecimientos parecen gotas retenidas a punto de caer. Se ha acumulado la humedad hasta formar esos goterones en suspensión que luego deberían precipitarse y deshacerse para ser absorbidos por la tierra. Me cobijo bajo el árbol de mi vida y me acomodo en las raíces, abrazando a mis ancestros. He quedado sola. Ni padres ni abuelos. Estoy sentada en primera línea. Algún reparo tiene la muerte conmigo que no me permite despedirme de mis seres queridos. O porque era muy pequeña o porque me muestra con engaño obligaciones impostergables que no me dejan llegar o por extrañas circunstancias inimaginables como una prueba positiva en medio de una pandemia, sin tener síntoma alguno de enfermedad y un guardia en la puerta que no me deja salir, algo inviable de introducir en la imaginación seis meses antes ni seis después. Y la imposibilidad de dar un beso, de tomar esa mano que me acunó y cuidó, que también acaricié en su vejez, que vi mancharse poco a poco, temblar de manera tenue, pero siempre ofrecerse a servir. No la pude tocar. No la pude vestir. No la vi en sus últimas horas, en sus últimos días, pareciendo tan seguro que estaría con ella. Nos habíamos preparado las dos, lo conversábamos con soltura, con desparpajo y la muerte se enojó por eso. Logró crear el escenario más impresionante para impedirnos hacer de ese momento algo preparado, ya que “ella” es la gran desconocida, la misteriosa, la impredecible. Nunca me preocupé de anticipar o programar lo que debe ocurrir en su momento, como la llegada de los hijos, pero era inminente que quedaba un tiempo breve. Pocos viven más de cien años, por lo que era lógico disponerse, ponerlo en el tapete, evidenciar que lo sabíamos, ella y yo. Rezábamos, conversábamos con Dios y con nosotras mismas, compartíamos ideaciones y sensaciones.

—¿cómo será la muerte?

—Mmm, la que parta primero que le cuente algo a la otra, ¿te parece?

—Ay hija, no seas absurda, ¡si yo voy antes de todas maneras!

—¡Nunca se sabe!, pero no es lo que importa, igual estaremos juntas otra vez en el más allá.

Y mi madre anciana, católica y rezadora, con su fe entusiasta y confiada de todo, me replicaba:

—¿Tú crees? ¿Será en realidad así? ¿Qué certeza tienes?

—¡Estoy segura que sí nos encontraremos! Tengo la certidumbre porque la siento aquí en el corazoncito, tú me lo enseñaste, ese convencimiento me lo has dado toda la vida, además he vivido acompañada del abuelo Marco y la abuela Carmen y ¡sé que los voy a ver otra vez y que conversaré en francés con el abuelo Jorge también!

Entonces callabas, con mirada pillada y una tenue risa en exclamación. Pero te quedabas más tranquila luego, cuando los fantasmas te acosaban. Y le escribí a la muerte, en esos tiempos.

Carta a la muerte:

“Muerte esquiva y traicionera, a la hora en que no tenemos más opción que tu abrazo. ¿Por qué te escondes y apareces disfrazada de monstruos que nos atemorizan? Te burlas de nuestras mentes dispersas, que conservan apenas recortes de memoria que no alcanzan a formar un rompecabezas coherente. Te gozas en los miedos que nos paralizan y nos rozas sin tomarnos, nos dejas caer y te ríes, sabiendo que ya no podemos erguirnos sin tu ayuda. ¿Por qué no te presentas de

una vez, limpia y bien vestida, luciendo tu dignidad, si aún la tienes? Nos obligas a llamarte aunque nunca te deseamos. Sabes que eres la última y la única puerta que podemos abrir para salir de la propia celda, pero juegas poniendo cerrojos difíciles, apagas la luz y nos haces ver fantasmas inexistentes. Nos vas despojando de todo lo digno que nos quedaba y, pausadamente, disfrutas nuestro desvalimiento que te busca casi con locura. Muerte esquiva y traicionera. Cuando nadie te espera, apareces con traje de gala. Cuando clamamos a ti, te burlas de nosotros haciendo larga la agonía. ¡Ay muerte! Compadécete de los hombres alguna vez y sé parte de sus vidas con naturalidad, con soltura, con amistad sincera que sabes indispensable para que lleguemos a ser almas libres al fin”.

Pero no me contestó la pelada. Me traicionó por llamarla traicionera. Usó sus peores artilugios para mostrarme quién domina, su siempre inefable misterio de aparición sorprendente.

## LOS PIES

Alba Testart Tobar

Los miro o los pienso, encontrándolos demasiado ásperos, en exceso morenos, pequeños, extraños. Ajenos en demasía, eso es. Los atiendes más que nunca, tú que apenas te bañas una vez a la semana, cuidando el planeta, dices. Es perentorio, cuando te sacas los zapatos me doy cuenta que ya no te amo. ¿Cómo no lo vi venir? ¡Cómo no lo advertí cuando sobrepasó el nivel de las rodillas! Pero es ahí donde está anclado el desamor. Sabes que adoraba tus pies, deseaba sentirlos jugar con los míos, pero ahora son otros en tu cuerpo. Solo los toca la podóloga o la terapeuta de reflexología (no sé si son la misma). Algo te arrancó esas extremidades del resto del cuerpo. Me son desconocidos, en la cama, al verte en el sillón, cuando los imagino. Yo que ayer fantaseaba con ser tu geisha o tu amante o tu humilde servidora para lavarte los pies y besarlos, solo porque eran tuyos, hoy no puedo retenerlos. ¿Y si nos abrazamos con calcetines? No, es definitivo, ha llegado al borde de las uñas el cariño, te las corta mañana (la podóloga) y se acaba todo. Ahora peino las emociones sueltas que se enredan en mi cabello, cada vez más corto. Tal vez mi pelo te es foráneo, no lo reconoces, te gustaba largo y, por eso no me miras. Siendo fiel a la verdad, tus pies son ahora demasiado suaves, muy irreales. ¿Dónde van cada sábado, toda la tarde, hasta la noche? Y tantos domingos después de almuerzo y algunos viernes, ¿dónde acuden? ¿Quién los reclama? No me importa, si ya no son míos, ni para mí, ni para sentirlos junto a los míos, pero sí me importa y demasiado. Te estoy desentrañando por los pies, ¿cómo no lo entendí antes? Si tu zócalo ya no me busca, ¿qué puedo esperar de los brazos o la boca? Recién comprendo el enigma. Es posible que solo tus pies me sean infieles, pero te he perdido entero. Nos hemos extraviado en la rutina de cortar las uñas y el cabello, sin contemplarnos.

—Ya no me gustan tus pies, te digo.

—¿Ah? —contestas en modo automático, sin levantar la vista.

Sigo hablando sola como tantas tardes, mañanas, horas, días. A la mayor parte de mis preguntas y comentarios no hay respuesta ni emoción que se evidencie.

—¿Dónde vas? —expresé por instinto alguna vez cuando comenzaste a salir de pronto los sábados o domingos, luego del almuerzo y el acostumbrado café.

—A podología. A reflexología —fueron tus respuestas.

Volvías un par de horas después, pero luego fueron tres y cuatro horas o más, cinco en la actualidad. Se agregaron los viernes.

–¿Te quedaste dormido en la sesión? –pregunté también en alguna ocasión en que demoraste más, sorprendiéndome.

–Sí –contestaste indiferente después de un silencio extendido.

Luego no ha habido más interpelaciones. Nos vamos acostumbrando a todo, desde los dos lados de la vereda. Nos acomodamos, arrellanándonos en el sofá de siempre. Es más fácil, sin duda. Regresas exhausto y relajado, sonriente por la suavidad de tus pies. Te descalzas aquí, en el living que huele a esencia de naranja, acaricias tus propios pies con lentitud, uno y otro con rostro sereno y alegre. Amaba seguir tu perfil, con la mirada o suavemente con mis dedos, pasando por tu nariz con esa tenue saliente tan masculina, punta bien definida, mentón marcado y seguir hacia abajo por donde se escapase mi mano hasta alcanzar esos pies para acariciarlos. Hoy te recorro con la mirada distante, desde los pies recién masajeados a tu boca que mantiene el dedo índice encima o se aprieta, desde tus labios finos y perfilados a los pies calzados y rígidos sobre la alfombra. No hay percepción de ascenso ni descenso, es una caída libre y no recogimos a tiempo lo que quedaba para evitar el derrumbe. Pronto te irás, con esos mismos pies.

## EL FANTASMA QUE VIVIÓ Y AÚN VIVE CONMIGO

Alicia Montano

—¿Que si te quise? No sé.

—¿Y tú me quisiste? Tampoco lo sabes.

Hace tiempo, quizás.

En aquella época los dos éramos jóvenes, pasábamos largo rato haciendo nada, pensando mucho, quizás imaginando una vida juntos.

Yo volando y tú escapando, siempre escapando, esquivando el momento.

Fuimos creciendo, bueno, al menos los años pasaban, pasaba el verano, pasaban los trabajos, los amigos, pasaban los festejos, nacían personas y otras morían.

A eso algunos lo llaman crecer. Para nosotros creció la costumbre.

Tu estabas disponible algunos meses, días, noches y yo te aceptaba, bajaba hasta ti y te cubría. Fantásticas orgías cuando los dos queríamos.

Fuimos dos que se unieron sin pensar para qué.

Yo me pegaba a tu vida cuando no tenía otras páginas en blanco en dónde dejar mis palabras. Vos te doblabas en cuatro pedazos para recibirme. Tan destrozada quedaba la pareja de noches de orgía en cielos de candombe.

Quizás fuimos torpes y creímos que aquello era ser felices.

Pero fue lo que supimos hacer, tú luz desplazada, yo sábana de muchas batallas.

Diremos que fuimos algo más que medio felices. Teníamos un cuarto de fantasías. Formamos una pareja aceptablemente estable. Yo mirando por los redondos agujeros y vos tragando de un golpe agrios desvelos. Una familia aceptablemente normal. La luna, el rayo y los medios luceros. Miedo, quizás diversión.

Y vos a veces llorabas. Y vivimos un tiempo así, sin más pensar, sin más desear. Vivimos. Yo entrando por cualquier resquicio y vos saliendo a buscar la paz.

La tormenta comenzó cuando la vida quiso hablar, soñar, reír, querer, extrañar, disfrutar, llorar, dejar de volar. La sábana se arrugó y vos aullaste. De rodillas vos, yo colgado de la noria. Y ellos sin saber. Nunca supimos que esa vida acomodada iba a pedir algo más. Con poquito la habíamos parido, con menos la supimos mantener. Pero no siempre se acierta.

Y ese día en que ella pidió tanta cosa nos miramos, ese día.

Yo te miré, vos casi me miraste. Y quisimos hablar, quisimos. Tu boca sangrando, la mía borrada. Y buscamos en los cajones que jamás habíamos abierto, un libro, un mapa, un silbido, una foto para encontrar el camino.

Fantasmas y mujeres de vidrio no resisten fotos. Nada encontramos.

Las noches perdidas, las risas guardadas, los silencios enormes, la soledad, el aire danzando, nada de eso nos vino a ayudar.

Yo te asfixié y vos lloraste.

Y entonces decidimos negarle a la vida el derecho a pedir.

Y elegimos otra vez huir.

Y ese día yo te llevé hacia el techo de esta casa que guardaba tanto y tan poco tanto. Y vos me ataste al festón de los sueños rotos.

Los dos corrimos buscando viejos libretos.

Otra vida que no fuera esta, que no exigiera, que no asfixiara, que no pidiera cuentas, que no se cansara de no ser, de no saber querer.

Y ya lo ves acá estamos, logramos seguir, logramos callar, no hablar, no preguntar, domar a esa vida que intentó vivir.

—¿Quién ganó? —preguntas—. ¿Ganó la costumbre?

Ganó el fantasma de eso que alegres y sin risas vos y yo, llamamos amor.

## CUANDO LA OSCURIDAD SE CONVIERTE EN UNA PELÍCULA

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

Una noche muy oscura puede convertirse en una película, en un sentir de terremoto o simplemente un ligero temblor.

–Esta madrugada tembló, ¿sintieron?

–Sí, pero fue leve –contestó alguien en el comedor. Era la hora del desayuno en un hostel de dos pisos.

Nadie más hizo referencia al hecho.

Días después, estando todos en otro lugar, Esther hizo alusión al temblor, pero ninguno le prestó atención, nadie hizo referencia al comentario del jueves. Ni los conocedores de la situación.

Para el protagonista fue una película de terror. Tan oscura era la habitación que no se veía un rayo de luz por ningún lado. Se levantó con la idea de que conocía muy bien el trayecto y para no despertar a los demás se aventuró a llegar a la puerta del baño con las manos extendidas en la punta de las muñecas. Sus dedos apuntados hacia la oscuridad encontraron las puertas abiertas del closet e intentaron cerrarlas, pero sobre ellas había ropa colgada y por supuesto siguieron abiertas.

En el intento de continuar explorando el lugar se dirigió a la puerta deseada, sin embargo, se encontró con cierta cantidad de estructuras teatrales: bultos de cortinas, andamios, escaleras y otros estorbos que le impedían caminar libremente. Le extrañó, pero como estaban a punto de viajar a otra ciudad concibió que todo estaba preparado para salir temprano. Eran las vacaciones de la familia e iban de hospedaje en hospedaje.

De pronto sintió un vacío, un empujón que le hizo golpearse con mucha fuerza con la punta de una banca que daba a la altura de su rodilla. Un grito de ultratumba despertó a sus acompañantes quienes de inmediato prendieron la luz eléctrica y le ofrecieron las manos para levantarlo. Estaba en el suelo adolorido por el golpe recibido en una nalga, de manera inexplicable se golpeó con el ángulo del borde de la banca y el moretón que le produjo fue bastante amplio. Cuando miró a su alrededor, el lugar estaba totalmente despejado, no había trampa alguna a la vista.

Las vacaciones se terminaron. La idea del temblor quedó en quienes escucharon el grito y el golpe de la caída. Los involucrados nunca aclararon la situación.

## UN HUÉSPED DESAGRADABLE

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

Tres de la mañana. Ladran con insistencia los perros. Me levanto, recorro la casa. Mi hermana salió de su cuarto al patio. Por la ventana le pregunté ¿Qué pasó? Un animal. Me respondió.

Observé el comedor, regresé por el corredor, crucé la sala y regresé a mi cuarto. Difícil conciliar de nuevo el sueño. Me senté al computador hasta el amanecer. Me bañé y fui en toalla al garaje. Allí tenía la ropa sin planchar. Abrí. Noté un olor diferente en él, como a yerba. Observé y me acordé de la respuesta de Clara. ¡Un animal! Detuve la mirada en algo grande y oscuro. Un animal. ¡Qué grande Dios mío! Observé de nuevo. Ese objeto era una abundante cabellera. Mis ojos recorrieron el resto del camarote y encontraron un cuerpo y unos pies. ¡Un hombre! Retrocedí sigilosa. Salí. Cerré la puerta del garaje, me aseguré de que la falleba impidiera su apertura y fui al cuarto de Clara.

¡Clara! No era un animal. Es un hombre y está dormido en el camarote. Voy a vestirme e iré a llamar a la policía. Espere, yo voy, me dijo y salió. Por el camino informó a los vecinos del acontecimiento.

Una detective, vecina, llegó con su arma en alto y me dijo: no dejes salir a los niños. Uno de ellos quería ir al baño. Me agarré a dos manos de la perilla de la puerta para que no abrieran. Desde allí miraba la salida de la casa por donde debían entrar los salvadores.

La policía llegó en una radio patrulla. Detective y ellos entraron al garaje. Mi huésped dormía. ¡Levántese que no está en su casa! Lo llamaron varias veces hasta despertarlo.

Lo llevaron a la radio patrulla. Los vecinos empezaron a llegar. Hacían comentarios. Le tomé la foto al muchacho. Miriam dijo que era su alumno de bachillerato. Deberían darle su paliza, dijo otro. Uno de los dos policías abrió la puerta y dijo: ahí lo tienen. Nadie tiró la primera piedra.

Alguien notó su par de zapatos muy bien puestos al pie del árbol por donde subió a la casa y se los alcanzó. El muchacho solo miraba arrinconado en la jaula que al final se cerró. Los policías se subieron y todo pareció finalizado.

Reflexioné. Era un ladrón ¿Qué se llevó? Un celular de muy baja gama, un monedero y unas gafas de sol que estaban en el comedor, lo único de valor. Los alcanzó a guardar en su bolsillo antes de que los perros lo persiguieran, él corrió a resguardarse en el garaje y Clara le cerró la puerta suponiendo que perseguía a un animal.

Mi sobrino, estudiante de derecho llegó, preguntó y se fue al CAI (Centro de Atención Inmediata) donde tenían al ladrón. Cuando regresó informó. No se puede hacer nada, es un delito menor y solo lo retendrán por 24 horas. Pero le revisaron los bolsillos, devolvió el celular, el monedero y las gafas.

¿Sin tomar ni agua? ¿Sin comer? Fue mi expresión. Mis hijos empezaron a llamar por celular. Irónicamente me decían: “¡Mami! Llévale desayunito”.

## EVIDENCIA CIEGA

Angélica Monreal

Los primeros diez casos de ceguera en neonatos se registraron en Londres, en la Unidad de Maternidad del Hospital Whittington. Luego surgieron veinticinco en la Maternidad de Port Royal de París y sumando maternidades de China y Japón, alcanzaron la alarmante cifra de ochenta casos en tres meses. Se fue multiplicando la incidencia por todas las maternidades del mundo. Rápidamente se entendió que se trataba de un problema de salud pública global que sorprendió a obstetras, neonatólogos y matronas, por la aparición simultánea y el misterio que rodeaba las causas de la deficiencia.

Los lactantes son producto de embarazos normales, nacen no videntes, sin otras deficiencias sensoriales. Mostraban normalidad en todas las áreas de funcionamiento y una sorprendente capacidad de adaptación no vidente al medio ambiente físico y psicosocial. Las conductas de apego a sus madres no exhibían diferencias con los lactantes videntes.

Se activó a nivel mundial la investigación científica y se echaron a andar las iniciativas de colaboración. Se descartaron de inmediato etiologías infecciosas. No se comprobó falencias ni anomalías orgánicas del cerebro ni de las estructuras nerviosas del sistema oftálmico. La neurociencia no dio ninguna luz. Estudios genéticos avanzados y del sistema inmunitario no entregaron señal alguna que pudiera explicar el fenómeno.

La incertidumbre hizo surgir las más variadas hipótesis en los medios. En Londres un periódico difundió que el fenómeno podía encontrar explicación en el hecho de que a mediados del siglo XX la Maternidad estuvo instalada con vecindad al Real Instituto para la ceguera. En París se publicó que en el siglo XIX Elizabeth Blackwell, la primera mujer médica de Estados Unidos, que se formó en la Maternidad de Port Royal, quedó ciega tras examinar a un neonato que tenía una Oftalmía.

La ausencia de explicación no otorgaba posibilidades de evitar o tratar el problema en forma efectiva y precoz, es decir durante la vida intrauterina del nonato.

Las mujeres comenzaron a expresar temor a embarazarse en todos los niveles sociales y en todos los países del orbe, para alarma de políticos y demógrafos.

Al principio nadie prestó atención a las investigaciones de un grupo de mujeres psicólogas y matronas que inició una cruzada mundial para apoyar a las madres y los pequeños no videntes en su desarrollo.

Tras acoger y estudiar la biografía de estas mujeres, se dieron cuenta que en todas ellas existía durante el embarazo una desesperanza común: no podían visualizar con certeza el futuro para sus hijos.

## PERMISO, VENGO A CANTAR

Angélica Monreal

Había venido por si acaso. Eso dijo cuándo se iba. Pero lo dijo cuando llegó, o más bien lo dijo al irse. Que se iba por si acaso. Acaso pudo decirlo. Eso no es lo importante, porque lo importante es que se fue y para irse tuvo que haber venido y luego haberse ido, si es que acaso llegó de verdad. Entonces “por si acaso cobró todo su valor de verdad”, dijo un Señor presente. “Es una gran disquisición. Porque evidentemente para decir por si acaso habría que estar presente. Entonces si lo dijo al irse, después no estaba presente, entonces también cobra valor de falsedad”.

Él estaba convocado, por cierto. “Por si acaso yo me voy”. Fue lo que dijo y se fue. No, dijo que “había venido por si acaso” y luego dijo “yo me voy por si acaso”. Luego replicó: “acaso me obligaron a irme”.

Por si acaso también vino ella. Acaso bailó sola.

Y vinieron las de pañuelo blanco, por si acaso.

Antes de irse el Convocado agregó:

–No se olviden acaso que “los muertos que vos matasteis gozan de buena salud”.

–¡Que frase! –replicó el Señor participante.

–Acaso dicha por alguien muy célebre. Se la atribuyen a Zorrilla, en “Don Juan Tenorio”, pero también a un tal Zorrilla argentino. Por si acaso habrá que tenerla en mente cuando lleguemos al tema que nos ocupa –agregó el Convocado.

–Sí, los muertos, acaso bien muertos. Porque si gozan de buena salud no han de estar bien muertos. Tal vez los medio muertos gozan de buena salud –exclamo una Señora presente.

Y el Señor rememoró:

–Aunque si acaso alguien los mató y no están bien muertos, como dijo un militar argentino: “Habrá que repasarlos, o rematarlos, siete veces, acaso vayan a aparecer vivos”.

Por si acaso, un bus, cuarenta y tres estudiantes normalistas. Acaso llegaron nunca. Vivos no están ni gozan de buena salud.

Muertos-vivos, ya tenemos bastantes en esta América nuestra. Acaso bien muertos, pero ni por si acaso enterrados. Entonces no bien muertos, si acaso no se ha podido darle sepultura. Acaso enterrados dos veces, acaso lanzados al mar. No muertos, no vivos, acaso desaparecidos.

Muertos-vivos, muertos-vivos.

Y rematando, el Convocado replicó:

–Por si acaso vine, acaso voy retratado en la pancarta.

## **DONDE ROMPE LA OLA**

Catherine Fieldhouse

Miraba el mar desde dentro. Cerrando los ojos y deslizándose en la música de cada gota, formando parte y sonriendo en su espera.

Su bebé era solo de ella. Había amado a rabiarse a su hombre y se había acabado.

Ahora en su espera, avanzando y zambulléndose donde rompe la ola, era una con el mar, animándolo a seguir el curso de su oleaje en cadencia constante una a una y cada cual tan parecida y diferente a la que le seguía.

Donde rompe la ola.

Cada día.

Sonreía y vivía acariciando su barriga que crecía mes a mes, mientras flotaba en su juego con las olas al amanecer, al atardecer y a veces a cualquier hora si podía.

No sabía casi, que su niño, ya en el momento de iniciar su desarrollo, de los arcos faríngeos, había olvidado desbloquear el quinto, el que no deriva en estructuras reconocibles y se pierde totalmente, por lo que fue desarrollando, a la par de su humano cuerpo, algo que parecía una fístula detrás y abajo de su mayor músculo del cuello. El segundo arco, también en los juegos de la madre con las olas, quiso colaborar y a parte del hioides, nervios y músculos faciales, aportó una segunda hendidura paralela, muy irrigadas ambas y no como fístulas alocadas, sino como proveyendo un futuro de un pasado olvidado.

De arcos faríngeos pasaban a ser arcos branquiales, desarrollando branquias respiratorias hermosas y saludables.

El momento del parto los encontró a los tres: a ella, el mar y a su esperado hijo, en una puesta de sol delgada y silenciosa. Las primeras contracciones las tomó en un piquero cruzando una gran ola, donde rompía a la vez aguas. Se detuvo y flotó mirando el cielo, que apresaba sus temores y esperanzas, como a las estrellas. Aparecían una a una, puntos brillantes a medida que transcurrían las horas y las contracciones se fusionaban y acertaban el tiempo. El mar mezclaba sus olas distintas, se cruzaban interfiriendo su trayecto, se sumaban o anulaban, se calmaban, la mecían, la volcaban o arrastraban raspando la arena.

En el momento de asomarse al resto de su centro, el nuevo Poseidón, ayudó su salida con un salto, como desde una piedra hacia el mar, esto la empujó, aunque no pudo ir muy lejos unidos por el cordón, cual huir rosado. Tosiendo y trastabillando, ella lo acercó a su pecho y se reconocieron, envolviéndose en su sonrisa y en las tibias aguas que se pintaban de rojo en su azul y su esmeralda, apareciendo rizos verdes en el cielo ya estrellado en pleno, mientras miraban el mar y el cielo desde dentro, cerrando los ojos y deslizándose en la música de cada gota, sabiéndose parte de la memoria de todo.

## EN VALPARAÍSO

Catherine Fieldhouse

Cuando me muera voy a echar de menos la Limón Soda, hasta su color de neblina cerrada de una mañana fría, en un camino angosto y silencioso, me llevaría.

Estoy infiltrada en esta vida y lo sé. Los demás casi no son infiltrados porque no saben que lo son y la realidad, al final, la construye uno en la interpretación de los hechos y la mayoría termina por acostumbrarse a la vida como si fuese la única realidad o la realidad.

Acelero el auto, adelantando a otros que van por mi camino. Mi camino, que ocupan ellos, su camino que ocupo yo. Somos lo mismo.

La clandestinidad de mi situación tiene poca importancia y hasta puede ser un artefacto de mi conciencia, aunque es lo que tengo y partiendo de la base de aceptarlo como una verdad, puedo ordenar mi situación.

Como la mañana que conduzco hacia el mar, aliñada con la dulzura ácida de la bebida y aunque no predecía el incendio que cruzaría, uno cree que el sinsentido tiene sentido y le presta ropa la emoción.

El sol es una bola roja que va acompañando cual luna en el trayecto, la neblina es reemplazada por el humo y pese a cerrar bien el auto y programar que circule solo el aire del interior, se filtra su olor a apocalipsis y ya imagino afuera como picaría los ojos y la garganta.

Sigo avanzando.

Soñaba hacía poco, caminando hacia la luna por un camino de luz.

Se parece a este.

Es tan distinto a este.

El sinsentido es el sentido que nos amarra a mirarnos con desconfianza. Por lo menos tenemos eso.

En mi sueño ya no era clandestina, desgarradoramente yo me miraba a mí misma en la desnudez de mi alma imperfecta que como consuelo llamaríamos en desarrollo.

Alma imperfecta es perfecta.

Y así se dan las cosas, el humo y el calor de las llamas, envuelven mi auto en un abrir y cerrar de conciencia, en la que recuerdo los versos de Violeta Parra, que decían que la vida es mentira y la muerte es verdad, junto a otros en sus autos detenidos y atrapados en un final rotundo no buscado.

## UNA CITA

Edith Odali Cecilia Contreras López

Estoy leyendo un libro que encontré en la casa de mis padres. “La insoportable levedad del ser” se llama y hasta ahora, no sé muy bien si me gusta o no. Lo bueno es que tiene algunas frases que han llamado mi atención.

Definitivamente lo que más amo de los libros es que tengan frases interesantes, de esas que pueden describir lo que sienten los personajes a lo largo de la historia, lo que sintió el autor al escribirlo o lo que siento yo al leerlo.

La otra noche encontré una que decía y cito: “*Delante había una mentira comprensible y detrás una verdad incomprensible*”. Me gustó. Es ese tipo de frase que, cuando la relacionamos con nuestra historia, termina convirtiéndose en toda una revelación. Es del tipo que nos hace creer que el autor pensaba en nosotros al escribirla y nos hace sentir afortunados de encontrarla entre tanto párrafo. Decidí compartirla con mis cercanos, citándola, para que la disfrutaran tanto como yo y así fue. En ese momento, nació mi fascinación por las “citas”.

Si yo fuera una cita, me gustaría hacer sentir a mi lector, ponerlo incómodo o feliz, según sea el caso. Esa es una buena cita. De esas que fotografías y se las envías a quien creas que las pueda entender (que te pueda entender), en quien confías sabrá leer entre líneas y reconocerá ese grito desesperado de atención, esa necesidad de comunicación implícita y te responderá con lo que esperas que responda.

Pero no toda cita va y viene con un grito desesperado. Hay algunas que no tienen nada detrás. Son un mero conjunto de letras y tildes y puntos y comas, utilizadas por gente ilusa que se cree capaz de reconocer lo hermoso en estos escritos y que las consideran dignas de recordar. Y no todas se envían esperando algo a cambio. A veces solo lo hacemos para compartir con el otro lo bello que es encontrar una que nos emocione en tan poco, en una frase corta. A veces solo queremos que el otro vea con sus propios ojos lo que vimos y que sienta con su propio cuerpo lo que sentimos, que sea tan iluso como nosotros lo fuimos.

Entonces, querido lector, ahora te pregunto: ¿te gustaría tener una cita conmigo? Sin miedo, quizás sea solo una *cita*.

## DOS COMA NUEVE

Eduardo Prado Jeanront

Su cara perfecta me había seducido de una manera inadmisibile. Ya no sabía qué más decir, qué otro antecedente indagar, qué recóndita parte examinar. Maquiavélicamente decidí dejar mal escrita la receta. Se comprendería que un error como aquel lo comete cualquier médico y así tendría asegurada al menos una visita de vuelta de mi paciente para que yo enmendase el error.

Cuando bajé a la calle a tomar el café de siempre, me puse a mirar con detención los rostros de los transeúntes. Mientras comenzaba a reparar en la cara de todos y cada uno de los que pasaban por mi lado, llegué a la fatal, aunque sabida conclusión, de que la belleza no es un don de mayorías. Se me ocurrió una original idea (al menos para mí esto era novedoso) que consistía en clasificar a todos los que se me cruzaran de acuerdo a su grado de belleza, según una escala tan personal como arbitraria. De ese modo, esa sana entretención de mirar por mirar ya no culminaría en sí misma, sino que sería la fase inicial para un ritual casi científico.

La clasificación consistiría en asignar una puntuación del cero al tres. Por lo tanto, habría cuatro categorías. El grado cero correspondería al del grupo de gente lisa y llanamente “inaceptable”, el grado uno se lo otorgaría a quienes fueran “aceptables”, con grado dos calificaría a las personas “agradables” y con tres a las “deseables”. A veces se prestaba para disquisiciones, tales como “aquí hay alguien entre uno y dos” y entonces, para evitar la dicotomía, preferí empezar a usar los decimales y decirme a mí mismo “uno coma tres”, “dos coma cinco”, etc. Por lo general entre el cero y el uno no había problema. O era cero o era uno, pero nunca cero coma siete. No sé por qué.

Volví a la consulta y había por lo menos diez pacientes en la sala de espera. Algunos de ellos bordeaban el grado dos, lo cual me generó cierto nerviosismo. Pensé por un instante que, más que encontrar gente en verdad “agradable”, yo estaba siendo muy condescendiente con la puntuación. Pero no, no me estaba mintiendo a mí mismo. Había dos de entre ellos que, por lo estilizado de sus rasgos, estaban para portada de revista. Me dije a mí mismo “Ojalá que me toque atenderlos”. Entré a mi oficina y revisé la pantalla de personas en espera y nada. Seguro que eran para otros colegas. Llamé a la secretaria con la ansiosa y oculta esperanza de que estuviera atrasada en los ingresos al sistema, pero me dijo que solo había gente para otros médicos. Nada para mí. Me dio pesar. Me senté y me giré hacia la ventana. Me puse a mirar desde lo alto a los transeúntes que caminaban por la calle como hormigas.

A los cinco minutos, el citófono sonó. En realidad, me despertó, pues me había quedado semidormido en mi sillón. Era la secretaria que me llamaba para comunicarme que me habían asignado un paciente extra, sin cita previa. Se trataba de uno pediátrico. “Qué lata”, me dije mientras iba abriendo la puerta, para ver cómo se acercaba el impertinente escolar con sus dos padres aprensivos. Pero, para mi sorpresa, uno de ellos era grado dos.

El niño no tenía nada importante. Era un simple control de rutina y lo más bien la consulta podría haber demorado diez minutos. Creo —estoy seguro, pero pienso que es menos descarado decir “creo”— que al menos tardé media hora con el insignificante muchachito. No a causa de él, desde luego. Intenté disimular mi pulsión escópica. Ya no sabía qué más decir, qué otro antecedente indagar, qué recóndita parte examinar. Maquiavélicamente decidí dejar mal escrita la receta. Se

comprendería que un error como aquel lo comete cualquiera y así tendría asegurada al menos una visita de vuelta para que yo enmendase mi falla... y, en fin...

No pretendo hacer una dilatada relación de casos (además, ya se enterarán de que se me impuso una dificultad técnica para usar el computador donde escribía mis cosas personales), pero sucede que este asunto de las recetas empezó a repetirse con cierta frecuencia. Lo que partió siendo una entretención disciplinada con los ciudadanos que se topaban frente a mis ojos por ahí, terminó constituyendo una rigurosa seguidilla de clasificaciones también con mis pacientes, amigos y familiares. Decidí, en consecuencia, que haría una exhaustiva lista de todos los sujetos de mi “estudio” y la misma escala decimal aplicada en mi mente sería anotada en una tabla de cálculos. Y así fue. De a poco se fue llenando mi planilla. Cada cierto intervalo de tiempo, la actualizaba para que me diera en orden el ranking de mayor a menor.

La tabla ya llevaba muchos casos anotados y como yo estaba ocupando el mismo computador que usaba para ver mis pacientes en espera, siempre tenía tiempo para afinar los parámetros de mi estudio. Configuré una rutina que consistía en que apenas llegaba en la mañana a mi oficina y veía la lista, la copiaba en los casilleros de mi propia planilla, así me era más fácil después dedicarme a mi clasificación. Todo iba bien hasta que un día decidí bajar a la calle de improviso a tomar una botella de agua mineral y olvidé minimizar la página de mi tabla antes de salir, la cual quedó abierta para quien quisiera verla.

Cuando volví me encontré con que la señora del aseo había ingresado a mi oficina. Me pidió disculpas y me explicó, asustada, que para ella fue estrictamente necesario entrar en mi ausencia porque se le había quedado, desde el día anterior, un manojito de llaves en mi armario. Le sonreí y le expliqué que no había problema y que, de ser necesario, volviera a hacerlo cuando lo necesitara. Noté que se sintió un trato amable de mi parte y me devolvió la sonrisa alegre. Luego se acercó a mí y me dijo que la perdonara, pero que ella admiraba lo inteligente que yo era, que se notaba que era una persona precavida porque ya varias veces había visto que —a diferencia de otros doctores— en vez de tener abierta la página de los pacientes en espera o algún artículo científico, tenía una planilla de cálculos y que en estos tiempos de crisis, más que de ciencia, había que preocuparse de sacar cuentas. Mi sonrisa se tornó agria y la pobre señora no tardó en percibir que su comentario no tuvo la acogida que ella esperaba. Y en el acto se retiró.

Este pequeño incidente me hizo dudar de la discreción que yo estaba teniendo con mis documentos personales y decidí que, en adelante, mejor llevaría un registro mental de los pacientes vistos en el día, con sus respectivas puntuaciones y completaría la tabla en el computador de mi casa, el cual pocas veces encendía por lo cansado que solía llegar del trabajo. Pensé que la señora del aseo —y quien sabe si alguna de sus colegas chismosas— no solo se habrían enterado de mis planillas, sino también de mis otros escritos privados, así es que vacié la carpeta de mis documentos en un pendrive.

Unos días después volvió a control el paciente de la cara perfecta del inicio de este relato. Estaba sentado en la sala de espera mirando el televisor, como tantas otras personas. Los enfermos y sus acompañantes, salvo que se dieran vuelta a propósito, no veían llegar a los médicos (esto no es una mera casualidad, sino que suele ser diseñado así a propósito). Como aquella mañana del primer encuentro yo aún no tenía claro las reglas de mi asignación de puntaje, este paciente no tenía todavía uno asignado, así es que corrí hacia la pantalla de mi consulta para recordar su nombre. Su cara perfecta merecía un tres, pero pensé que era mejor reservar la máxima nota para algún ros-

tro más perfecto aún, del que yo tuviera la certeza absoluta que nadie jamás superaría, así es que decidí ponerle un dos coma nueve. Como ya no tenía la planilla en mi oficina, tuve que memorizar su nombre con su correspondiente clasificación. Abrí la puerta y lo llamé. Dije en voz alta “dos coma nueve”.

Todas las personas –eran como veinte– se dieron vuelta a mirar. Yo me quedé con la vista perdida hacia no sé dónde, tratando de meditar en lo que había dicho. Sentí un calor instantáneo en mi cara, que creo solo haber experimentado (las pocas veces) en que me pillaban haciendo travesuras de niño. Al principio no supe qué hacer. Repetir la misma ridiculez, por supuesto que no.

Me devolví rápido hacia mi escritorio para ver el nombre de nuevo. Pero me detuve. Medité. Y en vez de marcar el anexo de la secretaria del piso para que ella misma hiciera entrar a quien le correspondía (avergonzado frente a la eventualidad de haberme convertido en el hazmerreír de la concurrencia), decidí contactarme con la encargada de Psiquiatría para que adelantara un nuevo control para mí. Ya estaba siendo hora de que me subieran la dosis.

## **BURNOUT**

Emanuel Benjamín Mellado Villegas

Algo empezó a arder. No sé cuándo, dónde, cómo ni por qué. Solo sé que siento abrasadoramente su calor.

Desconozco el momento en que comenzó el fuego. Si me obligas a pensar, tal vez fue cuando mi tutor, en tercer año, me humilló frente a toda una habitación llena de gente. O quizá fue el día en que, a pesar de todos mis esfuerzos, vi morir a mi primer paciente.

No tengo claridad sobre eso, pero sé con certeza que el maltrato diario en el internado solo avivó las llamas. Ingenuo fui al pensar que el egreso sería el respiro que tanto necesitaba, un refrescante amago de salvación. No podría haber estado más equivocado. Lo que vino después no hizo más que empeorar.

La vida laboral fue un combustible que lo devoró todo. Los malos tratos, la violencia física y psicológica, la muerte, la enfermedad... todo contribuyó a propagar ese incendio que arrasó con todo lo que encontraba a su paso.

Intenté con desesperación cambiar de rumbo, creyendo puerilmente que un simple vaso de agua podría apagar un tanque de gasolina.

Al final, el fuego lo consumió todo. Solo quedaron cenizas negras, tan intensas como el vacío mismo. Un vacío que se instaló dentro de mí. Si fuera un terreno, podría reconstruir. Si fuera un cultivo, podría volver a sembrar.

Pero ¿qué se hace cuando lo consumido es el alma?

## ENTREVISTA A DOLOR

Enrique Fullá Capurro

Yo esperaba encontrarme con una persona delgada, de aspecto plomizo, frágil, de rostro plañidero, insegura, centrada en sí misma, desesperanzada, que inspira compasión y necesita de fuerte acogimiento... y resulta que estoy frente a un hombre de mediana edad, silencioso, pero atento, de gesto meditativo, que pareciera estar siempre alerta, tanto a lo que lo rodea como consigo mismo... no es sonriente, pero tampoco está triste... Y pareciera esperar sin apremio mi intervención, por lo que lo saludo e inicio esta entrevista con mi pregunta clásica:

**—Dolor, ¿Cómo te definirías?**

Casi no cambia de posición, manteniéndose sentado, con sus antebrazos entrecruzados... Vira fugaz su mirada hacia su interior para luego fijarla directa a mis ojos, que se amilanan ante su fortaleza.

—Antes que todo, mi esencia no es la que los demás creen... Causo más susto que un carabnero deteniendo los vehículos en la carretera y la gran mayoría de las personas no encuentra sentido a mi presencia y me rehúyen.

Sin embargo, soy el grito de alarma del organismo o del alma, que avisa que están sufriendo, siendo atropellados en su integridad, que requieren tregua y cuidado adecuados... Sin mi presencia no habría noción de daño o esta sería muy tardía.

Soy como las castañas o las tunas, con envoltura espinuda y dolorosa al tacto, que hay que aprender a maniobrar, pero que una vez abiertas permiten el acceso a su interior rico y nutritivo”.

**—Lo que dices suena bonito, pero es bastante distinto al concepto que en general se tiene de ti... ¿Podrías explayarte un poco más?**

—¡Sí, por supuesto! Por ejemplo, cuando me instalo en una rodilla es porque ella me llama: Ha recibido un golpe y está congestionada, cada paso que soporta le aumenta su inflamación, sus vasos sanguíneos sangran con más facilidad, sus ligamentos contusos y debilitados deben hacer un mayor esfuerzo con las fibras sanas... Ella requiere de reposo inmediato para dedicarse a su propia sanación y es probable que necesite de ayuda externa, como masajes, inmovilización, calorcito o frío según las circunstancias. Sin embargo, el humano insiste en seguir con sus planes de soma íntegro y la presiona a seguir funcionando. Entonces ella me llama y yo comienzo a alzar mi voz hasta que el cuerpo me escucha y me hace caso.

De este modo, soy el defensor de cualquier parte venida a menos y desoída en su limitación.

**—Sin embargo, con cierta frecuencia apareces en un determinado lugar donde no se observa una lesión...**

—¡Sí!, en parte es cierto. Lo que pasa es que también soy el vocero del alma y del corazón. Ellos también sufren de heridas, a menudo profundas y prolongadas en el tiempo, que la mente rechaza o anula con sus argumentos, pues no entiende su lógica tan distinta. Y estas pueden deberse a rollos del pasado, soledades e incomprendimientos del presente o temores e inseguridades sobre el futuro y, como ellos son mudos, solicitan a alguna parte del organismo que reclame por ellos y los más solidarios al respecto son los intestinos, el estómago, la columna y la cabeza, que de inmediato me llaman o también el sistema inmunológico, que con su genio irascible reacciona como terrorista, agrediendo articulaciones, piel u otros órganos, que también rechinan conmigo.

**—Otras veces te consideran exagerado en tus peticiones... alaraco.**

—Si el humano me interpreta por el aspecto físico, puede parecer cierto, pero cuando reclamo en forma que pareciera exagerada es que no solo lo estoy haciendo en nombre de ese órgano, sino que también estoy actuando en representación y por encargo de demandas del corazón o del alma.

**—Hasta aquí te estás presentando como un ser protector y benéfico, sin embargo, hay muchos que te consideran intolerable, inmisericorde, tirano, ladrón del “amor por la vida”, desanimador y más de alguno preferiría morir para librarse de ti. ¿Cómo explicas eso?**

—Tienes razón, pero me gustaría comenzar a explicártelo en forma indirecta: ¿Qué crees tú que piensan y comentan los propietarios cuando los mapuches se toman por la fuerza su fundo maderero? ¿Qué opinan los dueños de una fábrica cuando sus empleados hacen un paro indefinido por demanda salarial, deteniendo por un tiempo la producción? ¿O qué argumenta el gobierno y la clase gobernante cuando los profesores o el gremio de la salud van a la huelga prolongada en demanda de mejores sueldos? ¿O los conductores, cuando la carretera está tomada por varias horas o días por pobladores que se oponen a que el basural de otros se instale en la vecindad de sus tierras? A menudo, ante estas dificultades nos desalentamos o enrabiamos como chilenos, pues no vislumbramos solución social definitiva, tomando en cuenta la limitación económica que tiene el país y pedimos “soluciones-parche” con tal de que no siga esta efervescencia social que interrumpe el funcionamiento habitual de la sociedad. Quisiéramos deshacernos de los paros y tomas, acallando a los protestadores, aunque, interiormente, reconozcamos que tienen la razón.

Del mismo modo, muchas lesiones me contratan para que abogue con vehemencia por ellas ante los tribunales sensibles del organismo, reclamando solución para sus demandas, aunque este no tenga las herramientas para resolverlas, viéndose inmovilizado y frenado, por lo que se frustra, enrabia y rebela, queriendo acallar de cualquier modo a este demandante insistente y tan molesto. Y me culpan, por ser el abogado insistente de esa lesión tan porfiada.

Y la que primero se retira indignada es Paciencia, cuando su presencia es tan necesaria para calmar los ánimos de Temor, Ansiedad, Angustia y Desesperación, que en su ausencia se potencian entre sí.

En esos momentos intento llamar a Esperanza, que sabe calmar muy bien a Desesperación y neutraliza en parte a los otros tres.

En resumen, creo que soy “la cabeza de turco”, al culpárseme de algo que yo no origino, sino que estoy tratando de resolver a nivel global.

**—Y qué podemos hacer para evitar o disminuir la alteración anímica y física que provoca tu acción?**

—Lo principal es la prevención global y a largo plazo, respetando el bienestar y desarrollo adecuado de cada parte del cuerpo y del espíritu, como por ejemplo: evitar el cigarrillo que es demandado por una insatisfacción social o por la ansiedad, pero que perjudica a mis pulmones; hacer el quite a esas comidas sabrosas, pero saturadas en colesterol, que a la larga promueven la arteriosclerosis y el infarto cardíaco; a pesar del entusiasmo momentáneo, no ingerir el suficiente alcohol que me haga peligrar un accidente capaz de perjudicar tanto a mí como a otros; evitar las relaciones sexuales irresponsables, que pueden ocasionarnos el sida o el embarazo no deseado, o el derrumbe de la relación previa, etc.

Pero si a pesar de haber cumplido lo anterior, o por no respetarlo, yo me hago presente en forma crónica o intensa, es importante tratar de encontrar un sentido positivo a mi presencia... Si ven en mí un signo de muerte, buscar también en mí un signo de resurrección:

Un ejemplo más claro lo tienes tú mismo, que me estás entrevistando: ¿Recuerdas cuando te visité para la muerte de tu hijo? Te las ingeniaste para alojarme el menor tiempo posible... Esa misma noche tomaste un cuaderno y te explayaste escribiendo tus emociones a tu hijo fallecido, haciendo que Paz también te inundara... Y descubriste el valor de la amistad y del acompañamiento a los deudos, lo que empezaste a hacer desde entonces... ¡Convertiste mi presencia en ti en un arma de esperanza y servicio para otros! ¿Cuánta alegría te ha traído esto? ¿Cuánto creciste como persona, gracias a mí?

Del mismo modo, un cirrótico alcohólico regenerado, un inválido en su silla de ruedas, un diabético ciego, el padre de un hijo mongólico, una esposa abandonada, un adulto que es huérfano desde su niñez o que ha sido hijo adoptado, una persona amputada, todos tienen en común que me llevan en su interior y esto los puede conducir al masoquismo de la desesperanza y autocompasión o a la sensibilidad tan propia de cada uno de ellos que les permita usar su experiencia para ayudar a prevenir o mostrar caminos de curación a sus semejantes.

Y mientras Dolor sigue hablando, me sumerjo en mis reflexiones:

Todo este argumento me ha descolocado... ¡Con razón Dolor me sorprendió al comienzo de la entrevista con su apariencia que yo imaginaba tan distinta!

¡Es impresionante su fuerza interna y lo que es capaz de generar en aquel que es visitado por él, en la medida que lo comprenda y le dé sentido!

Ahora creo comprender que Dolor, igual que Satisfacción, son parte integrante del Sentido de Vida, tal como la muerte también es una experiencia indispensable de la vida.

De todos modos, no es mi intención invitarlo en forma espontánea a mi casa, pero si llega, creo que ya no me causará tanto pánico.

## **EL ESPEJO VENTANA**

Enrique Fullá Capurro

Me encontraba apoyado displicentemente en la jamba de la puerta, con un cigarrillo colgando en forma despreocupada de una de mis comisuras y mis manos sumergidas en los bolsillos del pantalón... dejaba correr el tiempo. Contemplaba el flujo callejero con esa sonrisa burlona, apagada y desesperanzada, casi cínica.

Mi entretención es el soliloquio:

«Mira ese viejo cojo, arrastrando en forma penosa su cuerpo, apoyado en el bastón... ¿Por qué los viejos no morirán más jóvenes? ¿Qué gracia puede tener vivir en esas condiciones? Y esa mujer regañona y agria, tirando a empujones a su hijo harapiento y sucio, mientras con su otra mano arrastra el bolso con los escuálidos alimentos que acaba de mendigar. ¿Por qué se esfuerza en vivir y dar vida a más renacuajos sin esperanza?

Y esos cabritos gritones, ¿cómo pueden jugar tan alegres en las charcas, ensuciándose más de lo que están, mientras inundan el aire con sus gritos agudos y persistentes? ¡Supieran lo que les depara el futuro!

¡Qué sentido más limitado puede tener la vida para ellos! ¿Para qué, entonces, insisten en conservarla? ¿O es que son inconscientes de sus limitaciones, de sus dolores?».

Tan absorto estaba en mi diálogo interno, que cuando escuché la voz curiosa del personaje estrambótico, me sobresalté.

—¡Hola! Te traigo un estupendo regalo. Un valioso objeto que cambiará tu vida...—.

El individuo plantado frente a mí, por su aspecto y sus gestos, parecía salido de algún cuento de Las mil y una noches, o tal vez fuese un gitano. Su cercanía, cuyo aliento me rozaba el rostro, no me permitía contemplarlo con mi acostumbrada frialdad indiferente y esta invasión de mi espacio me impedía descubrir sus intenciones o mantenerlo a distancia con mi sorna.

—Es un regalo milagroso, que te permitirá ver la vida desde otro ángulo... Y es tuyo solo por cinco mil pesos —y agitaba, con energía ese objeto grande, cuadrado y plano, envuelto en papel de periódico—.

—¡Ahí está la razón, intenta hacerse de unos pesos a mi costa por un objeto que no puedo ver y que quizás sea robado!

—No pienses así, pues te impedirá gozar del cambio... Solo te cobro esa mísera cantidad para que te consideres partícipe activo del regalo que recibirás—.

Los gestos y personalidad del personaje habían anulado mi defensa irónica, así que solo me atuve a preguntar, sin carga emotiva, pero con gran curiosidad.

—¿Y en qué consiste este regalo?

—Su magia radica en que te arriesgues a comprarlo, confiando, sin haberlo visto ni probado previamente. Solo te puedo contar que es un ESPEJO-VENTANA MÁGICO... Espejo por un lado y ventana por el otro. Y deberás contemplar primero el lado del espejo, con la mayor acuciosidad posible, dejándote impregnar por lo que descubras, pues una vez que lo voltees dejará de serlo—.

Mis pensamientos giraban como en un torbellino, mi voluntad estaba frenada y mi corazón hervía de curiosidad ante lo novedoso de la situación. Mis manos, sonámbulas, buscaron en el bolsillo trasero y “desperté” con mis manos aferrando el bulto... El personaje había desaparecido, y todo parecía igual que siempre, salvo el bulto. ¡Fue una experiencia real!

¡Qué curioso! Es como salir de un sueño. Lo mejor será desenvolverlo. ¡Sí! Es un espejo y ese soy yo. La instrucción es que mire con detalle, pero solo me veo a mí y ya me conozco, pero algo me impulsa a mirarme con detención.

Esos son mis labios con sus comisuras caídas, despreciativas, desesperanzadas, con la sonrisa abortada y el pucho colgando de su comisura, como ramo de flores marchitas apoyado en un féretro.

Ese es mi cuerpo displicente, aletargado, nauseado de presente, anclado en un pasado mustio y sin semillas de futuro. Manos acostadas entre las sábanas de los bolsillos, sin esperar nada, adormiladas, sin voluntad de esfuerzo, como manos abiertas que dejan escurrir el manantial de la vida entre sus dedos.

Pies entrecruzados y bostezantes, que han olvidado su misión, cual ebrios tirados en una cuneta.

Y ojos... esos ojos, que más que ojos son agujeros de madriguera vacía, sin vida.

¿Y no dicen que los ojos son las ventanas del alma? ¿Es que no tendré alma?

Pero, ¿qué pasa? ¡Este espejo es mágico! Agranda mis ojos, me acerca a sus pupilas y puedo entrar por ellas ¡Puedo contemplarme también por dentro!

Mi lucidez me aplasta, por el “sin-sentido” de mi vida, ¡es desde aquí que nace el manantial de mi ironía y mi desesperanza, mi ausencia de ánimo, mi morir respirando! Mi alma está flaca y agonizante, desfallecida, sin ánimos de sobrevivir, “sufriendo” su inmortalidad. Quiero arrancar de

este calabozo mal-oliente, quiero abrir las ventanas de mi alma al mundo, quiero que entre su luz y calor. Necesito volver a alimentar de sentido y esperanza a mi alma, para que se restablezca.

Y tal como comenzó, desapareció este embrujo del espejo, dejando una profunda huella en mí. Vuelvo a contemplar mi cuerpo, que parece otro, pues se ha enderezado, los pies se han descruzado, el cigarro ha caído al suelo y ya hay sonrisa de búsqueda esperanzada. Mis ojos vuelven a cobrar vida ¡Esto ha sido un toque mágico!, y ahora me encuentro capaz de voltear el espejo... ¡Y es cierto!, por este otro lado es una ventana. ¡Y qué ventana!

Vuelve a pasar el viejito cojo, con esa gran sonrisa, en la que antes no me había fijado, sus ojos relatan su amor por la vida, sus pies vacilantes están sedientos de avanzar sereno hasta el día de la despedida, su mente aún se alimenta de los cálidos recuerdos que su corazón atesora y cuya riqueza comparte a los demás con su sonrisa serena y su saludo sencillo. En él leo que vale la pena envejecer de ese modo.

La mujer chillona retorna mostrando sus brazos corpulentos y dispuestos al esfuerzo, que en su rusticidad protegen a su hijo, que es su mayor esperanza. Ella no le tiene miedo a la pobreza, al frío ni al hambre, pues sabe enfrentarlos con coraje. Sus ojos irradian una fuerza interna que la induce a avanzar por la vida sin quejas ni resquemores.

Los chicos juguetones irradian su alegría y vitalidad natural que, de ser tanta, se esparce a raudales sonoros. Están festejando con entusiasmo desbordante su capacidad corporal, la riqueza de sus movimientos, la fuerza de sus músculos, la agilidad mental de sus bromas. No les importa el barro ni el frío, ni la fragilidad de sus harapos, solo su alegría y su presente, pues el futuro no tiene aún límites para ellos.

¡Soy otro!... ¡Me siento otro! Otro inmensamente mejor que el que era hasta hace pocos momentos. ¡No estoy vacío! Tengo un motor interno que de nuevo ha comenzado a funcionar y que me impulsa a llenarme de esperanza y planes. ¡Quiero sonreír! ¡Necesito sonreír! Necesito irradiar mi esperanza y mi amor por la vida, porque si no lo hago se convierte en dolor. Quiero chapotear en el barro con los niños, acompañar al anciano para seguir descubriendo su riqueza y decirle que su ejemplo silencioso ha sido importante para mí, acercarme a la mujer para decirle que su esfuerzo vale la pena, mientras le sonrío al niño, para inspirarle ánimo y hacerlo sonreír.

Quiero danzar con todos esta alegría de vivir.

Y envolveré con periódico este espejo mágico para ofrecerlo de igual modo a otro desesperanzado.

—¡Hola!... Tú que estás leyendo. Te traigo un estupendo regalo. Un valioso objeto que cambiará tu vida...”.

## LA VUELTA

Francisca Derderian

Quizás la historia fue así, cuando menos deberían haber salido de la cueva desesperados por el calor, la falta de comida o el acecho de las bestias, los primeros homínidos salían sin advertir las consecuencias. Claro está que no es la misma situación, no hay bestias, ni falta de comida, pero la desesperación de la incomodidad me hizo partir sin saber.

Al despertar ese día, una sensación de humedad tibia inusual, confusa, fue suficiente para marcar el tono de somnolencia y agobio del resto de la jornada. Debe ser el desajuste del reloj interno, el peak de cortisol no logró altura, no lo sé. Lo cierto es que la conducta humana está determinada por el ambiente, y este caso es una prueba de ello. El aire fresco habitual, la bocanada fría que logra llenar el volumen pulmonar y con ello no solo despertar, sino que planificar, pensar y finalmente actuar en consecuencia, no existió.

La mañana se pasó sin aviso y a eso del medio día el niño lloraba inquieto en la casa. Decidí sacarlo a pasear. Una vuelta corta, ver si se dormía en su cochecito. Unos minutos antes del medio día, el sol pegaba quemante sobre toda superficie. Sin pensarlo y con el desconcierto que llevaba, lo senté en el coche y partí. La pequeña explanada caía como un embudo en la huella de las vacas entre zarzamoras y otros arbustos que, sin taparnos el sol, nos refrescaban la vista. El cochecito avanzaba a la par que el ruido agudo de sus ruedas, dando saltos que al principio eran un juego para el pequeño. Cruzamos cercas, alambres, portones de palos, avanzando sin pensar, o más bien, creyendo que mientras más nos alejábamos, el niño por fin se dormiría y encontraría la calma y la paz de la siesta infantil. Parecía que el mediodía era infinito, la única sombra que lograba dar era bajo mis pies. Las piedras en el camino ya no eran un juego para él, acalorado y sediento me alzaba los brazos, pidiéndome con su llanto que terminara el paseo. No podía sacarlo, el calor era insoportable, el sol quemaba fuerte y no veía ninguna sombra. Apuré el paso, las pequeñas ruedas se trababan entre las piedras y el polvo. El vaivén que debería haberlo adormecido ahora lo asustaba. Busqué con una mano mientras seguía avanzando contra el sol quemante, la botella de agua en el bolsillo del cochecito, con angustia solo saqué una figurita de goma. Miré a mi alrededor buscando alguna casa. Añoraba encontrarme con alguien y pedirle agua para el niño que ya no aguantaba. Y como era de esperar, nadie. Me detuve para sacar algunas moras, fue peor. El niño lloraba aún más fuerte, aunque me recibió algunas, quería que lo sacara como fuera de ese lugar. Hasta que lo tomé en brazos, sentí su espalda mojada, lo dejé solo con su polera, traté de darle sombra con mi cabeza, mientras dejaba el coche en medio del camino, como prueba y guía por si alguien nos venía a buscar. Entonces empecé a caminar a un paso aún más rápido con él en brazos, una especie de trote corto, como lo vi alguna vez en mujeres del altiplano, sentía mis pies adoloridos y empolvados. El niño empezó a calmarse con esa cadencia y con su cabeza buscó mi pecho. A lo lejos se divisaba un árbol que lograba dar un poco de sombra. Apuré el paso con desesperación y el bamboleo se fue convirtiendo en pequeños golpes secos, dolorosos, agobiantes, hasta que el niño ya no aguantó más. Sin otra alternativa a la vista me senté en una orilla, encorvé lo más que pude mi espalda y me lo puse al pecho. Casi ya en un ahogo por la apertura de su boquita posó sus labios calientes en el pecho y empezó a calmarse, a cerrar sus ojos, tragaba con intensidad, haciendo un pequeño quejido que se fue extinguiendo hasta que por fin vino la calma de la siesta. Miré sus pies descalzos expuestos al sol, estaban tibios. Miré mis pies blanquecinos, reconocí un hilo de sangre el que antes no había precisado. Mi boca en extremo seca, mientras el

niño seguía plácido succionando de mi pecho más generoso que nunca. Anhelaba que alguien reparara en nuestra ausencia, ¿cuántas horas llevábamos en ese estado?, que alguien nos trajera una botella con agua. El aire que respiraba estaba cada vez más seco, podía sentir el contorno de los ojos tensos, intenté mirar por donde veníamos, el solo hecho de desviar la mirada dolía, raspaba. Dejé la vista fija para aliviar la mirada, con los ojos entrecerrados. Escuchaba solo la respiración del niño, corta, larga, corta, larga. No sé muy bien si fue un recuerdo o qué, una especie de espejismo quizás, cuando reabro los ojos ahí estaba frente a mí, una empalizada de botellas llenas de agua, yo he estado ahí otras veces pensé. Miré ya sin dolor hacia la izquierda y vi unas manos que reconocí sobre el manubrio, es mi padre. Una brisa fresca choca en mi cara, con los ojos achinados por un resplandor profundo de afuera, blanco, frío. Otra empalizada de botellas plásticas afuera.

–Son ofrendas –escucho la voz de mi padre quien sigue manejando y como si hubiera leído mi pensamiento–. Los camioneros le dejan botellas, agua –agrega.

–Quiero bajarme, quiero ver –le digo con impaciencia.

–No podemos parar, está malo el motor de partida, y con este frío... nos quedaríamos aquí. Voy a pasar despacio para que mires.

Y así junto a los movimientos sacádicos de mis ojos aún secos, una tras otra, pasaron botellas, botellas plásticas, blanquecinas, traslúcidas, unas viejas y otras nuevas, entre las paredes erguidas, vi chupetes, cascabeles, zapatitos de niños, colgando entre cintas de colores desteñidas. No alcanzaba a leer, pero había placas brillantes y blancas con diminutas letras y textos. Di-fun-ta alcanzo a leer.

–El hijo sobrevivió, ella murió. Murió de sed –dice mi padre.

Quiero preguntarle algo más, pero no puedo. Tampoco puedo ver su cara. Sigo recorriendo el muro, pasando por las distintas botellas que juntas, no se diferencian. En una esquina, distingo colgada una cabellera larga y oscura, flotando inerte. El pelo sigue creciendo una vez muerto, pienso. Eso me estremece. Necesito cerrar los ojos y respirar. La piel tirante de la cara me hace ver inexpresiva, creo, o más joven. Qué expresión tendría, me pregunto.

–¿Quién? –Responde mi padre.

Lo escucho desconcertada, pensé que lo había pensado. Entonces sentí como si el frío o el calor, ya no lo distinguía, me bajara por la garganta. Estuve unos minutos así con los ojos cerrados, intentando respirar, corto, corto, corto, corto. El aire denso, era como el polvo de mis pies, quedaba atravesado en el cuello. Conocía tan poco de esa historia, de esa mujer. Y del niño, no me había preguntado por el niño. ¿qué habrá sido de él?

El aire denso ahora estaba tibio, casi como un fluido, bajé la barbilla y de pronto vino una calma inexplicable. Podría ser la del sueño de mediodía. El sosiego terminó con un sonido que me sonaba familiar, un chirrido agudo a lo lejos. Levanté la mirada y vi que alguien se acercaba con el coche, no podía distinguir quién a la distancia. Tampoco en la cercanía. Enfoqué con dificultad la vista y con dolor quemante en cada parpadeo, vi que hacía un gesto levantando una mano. Es una mujer, camina avanzando con el cochecito. Pareciera que no le afecta el sol quemante, me vuelve a hacer un gesto que no respondo. No le quiero gritar. Acercó mi mano para hacer un poco de sombra y se me atraviesa el reflejo de mi reloj que marca mediodía, aún. Levanto la mirada y veo como la mu-

jer se aleja sin esperar mi respuesta, sigue caminando, ahora la veo de espaldas, se ve pequeña. ¿Es una niña? Lleva una falda y el cabello largo y oscuro se mueve con su ir y venir. Algo lleva en sus brazos, envuelto, no distingo, pero algo carga entre sus brazos. Siento un llanto a la distancia, no puedo dejar de mirar el péndulo de su cabello tomado en un moño, se cada vez más pequeño a la distancia, cuando caigo en cuenta en mi niño, el que yo llevo en mis brazos, inmóvil, plácido. Algo me estremece, ya no es el calor, acerco mis dedos desesperadamente bajo su pequeña nariz, no siento el aire caliente que busco, vuelvo a mirar a la mujer, para gritarle, pedirle ayuda y ya no está. No puedo gritar, levanto al niño con movimientos bruscos, los brazos y pies blanquecinos, debe ser el polvo pienso, hasta que, tras varios segundos, eternos, rompe en llanto. Lo abrazo y aunque tengo el llanto en la garganta, no quiero equivocarme más, me levanto y tropiezo con el coche que nos espera casi al frente y que cae. Se escucha un ruido sordo. Con la mano libre lo levanto y siento el peso profundo en el respaldo. Tanteo con los dedos, ahí está. La botella de agua.

## CINCO OCÉANOS

Guillermo Concha G

En el inmenso océano Pacífico, crisol de vida y cuyos vientos alisios determinan climas y corrientes marinas, en ese vasto mar azul, destaca una aislada isla de origen volcánico, repleta de conos que comunican hacia el origen de la tierra en su centro magmal. Sus estatuas, han sido expresión del camino de la historia a través del tiempo, donde el hombre en forma ancestral a buscado la eterna adoración y comunicación con sus antepasados.

Un pequeño poblado, permite la interacción con el mundo a través de ese avión, que trae cientos de pasajeros llenos de expectativas en la isla más aislada del planeta.

Ese mar que la rodea, fue la convocadora al importante evento de caza submarina, que atraía a deportistas de diferentes rincones del mundo.

Habiéndose concretado la llegada de ellos, unos del viejo continente, otros de América del Norte, otros del norte de nuestra América del Sur, otros del continente de los koalas, y también representantes de la polinesia misma, así como Erwin, gran deportista, conocedor de todas las costas del norte de Chile.

Se indican las instrucciones del certamen de caza submarina en apnea, dos unidades de Mahi, cuyo plateado color refleja la luz al infinito, de Nanue, ovalado pez que busca con afán su alimento en los corales, de Nanue Para, cuyo intenso amarillo lidera los cardúmenes de su especie, de Ruji, graso cuerpo deleite de la polinesia, de Matahuira, ojos de gigante tamaño para moverse en sus recónditos fondos marinos y una unidad de Toremo, hábil pez de las profundidades del mar abierto.

Ya todos instruidos, en recorrido por esa isla cubierta de generoso y verde pastizal, frondosos Tipanies, de exuberante fragancia, coloridos Hibiscos, todas flores fruto de la magnífica lluvia tropical, entre los diferentes volcanes a la distancia, en bahía La Perousse, se observa un mar impresionantemente prístino, calmo como una laguna.

Cada océano representado en su embarcación, que lo emplaza junto al patrón de bote a la búsqueda de los peces. Y súbito el navío nacional se desintegra, al estar la polinesia en un bote y Erwin en otro. La historia, expresión de la cultura de la sumisión y segregación, podría explicar este desenlace en un evento culto a la fraternidad, sana competencia y búsqueda del triunfo.

Nueve a. m., se inicia el avance de los botes en ese mar que refleja la luz hacia todas las estatuas que celosas protegen la isla, el Poike, sagrado volcán, en el extremo de la triangular isla que albergó a la cueva de las vírgenes, que año a año, en el ritual del Tangata Manu, hombre pájaro, quien fuera el ganador de esa desafiante prueba de descender el majestuoso e imponente Rano Kau, por los más impresionantes acantilados, logra cruzar el Pacífico, encontrarse con los islotes, motu Nui, motu Kao Kao y motu Iti, donde el Manutara, pájaro sagrado, que en cada primavera nidifica sus huevos, para ser capturados por el más hábil representante de las diferentes familias y tomar ese núcleo de ave, fijarlo en su frente envuelto en un receptáculo que asegure su integridad, para regresar por dicho mar, nadando en forma armónica y ascender por esos abruptos acantilados, para coronarse como el Airiki para el año a iniciar. Dichos ganadores han quedado reflejados hasta la eternidad en los petroglifos y tallados en piedra que cubren la meca del mencionado volcán, en

esa ocasión el coronado rey elige una de las musas, poseedora de una piel de color blanco extremo, muy apreciado, inducido por el largo periodo de oscuridad vivido en la cueva del Poike, en especial para esta ceremonia.

Durante el certamen, el descenso de los buceadores es impecable, como el oscilante movimiento de la prolongación de sus pies, aletas que permiten ondular y empujar el agua en forma armónica, hasta las transparentes profundidades, donde esperan los peces con sus ojos móviles, escabullirse de ser cazados con una fugaz flecha, para luego ascender, con esa adrenérgica sensación de oxígeno al límite. Ventilar esos alveolos para recuperar ese anhelado gas, esencial para toda la vida, una y otra vez, permite transportarlo hasta los más recónditos espacios, aun así, son las mitocondrias las más sedientas de aquel vital elemento.

A las doce horas, los representantes de la polinesia ya han capturado las piezas acordadas, únicos en el breve periodo de tiempo, los demás competidores bucean aún en su búsqueda a través de las aguas prístina, transparencia que no permite medir con precisión la profundidad, solo el anhelo de descender y buscar entre las rocas, cuevas y corales, el anhelado pez, Ruji, Matahuira, Nanue, ¿cuál de todos?

El tiempo avanza y los músculos de cada buzo, su conciencia del desgaste natural del intenso y exigente ejercicio, son superados por la adrenalina de capturar las presas designadas, nada detiene esa sensación de límite, de hormigueo en las fauces, a cambio de mirar a través de esa máscara con refracción marina, los escondidos lugares del fondo marino polinésico.

Y en esos momentos, avisan que se observa un cuerpo flotante, de inmediato se acelera la embarcación de rescate, a toda fuerza para encontrarse con él, se sube veloz por la popa, se ve el rostro con ese color violáceo, que solo nos hace reaccionar a dar lo máximo para buscar y generar su latido del corazón y nada, una tras otra de las maniobras que aprendimos en la escuela, todo en un retorno veloz a la orilla, para dirigirse al único hospital en todo el Pacífico. Juanito, a toda velocidad por favor. Ya sabíamos que sus pupilas no se movían, eran rígidas como una inmutable estatua.

La ceremonia de despedida se lleva a cabo en una iglesia cuyo cristo y ángeles están inspirados en la fusión de la historia cristiana y polinésica. Al canto del coro, liderado por el papa Kiko en su lengua nativa, se logra en forma sublime sentir el espíritu de Erwin como asciende al cielo, en búsqueda de las profundidades del universo, su tránsito terrestre sepultó la promesa de Chile en este hermoso arte de la apnea y caza y así Cinco Océanos cierra su debut en aquel aislado paraje del Pacífico.

Sin embargo, todos los buscadores del límite del silencio profundo de los cinco océanos se darán encuentro en algún lugar del mundo en forma infinita.

## SIMÓN EN EL TRAIL

Guillermo Concha G

Era un día de inicio de primavera, una mañana soleada con un infinito cielo azul, que motivaba a ir al anual Trail de Requínoa, en un sector montañoso, en cuyos pies se encuentra una localidad llamada Aurora, donde conviven pequeños agricultores, para subsistir de la naturaleza, del sol, la tierra, el viento, el trabajo obrero que día a día permite dar vida desde las profundidades de la tierra.

En dicho paraje había muchos asistentes dispuestos a participar en sus respectivas categorías, para así sentir el premio al esfuerzo, perseverancia, compromiso de llegar a una meta de igual origen que la partida. Entre los corredores, estaba Simón, escolar de diez años, de pequeña altura, de cabello negro, ojos hundidos y nariz ancha. Él había vivenciado la carrera muchas veces en su mente, al ver cada año, a través de esa puerta de madera retorcida, un mundo de personas ajeno a su realidad, todos con sus vestimentas pertinentes para superar el desafío, lo que alumbraba en él, que algún día estará corriendo en su propio espacio.

Su madre lo llama de pronto para tomar su desayuno, pero él continúa atónito mirando a través de la ranura de la puerta, el mundo de cada corredor, transeúntes de la vida, lo que hace que sus arterias titilen con ese sagrado flujo que permite llevar el infaltable gas de oxígeno para existir.

Se inicia la corrida, desde la partida, corriendo en forma descontrolada, como caballos desbocados, cada paso en las tierras fértiles del valle, regado por las aguas de la madre natura, lluvias que fueron insaciables en cubrir todos los terrenos y desbordar los cauces de los cordilleranos ríos. Cada corredor que pasaba frente a la puerta de Simón, cultivaba su participación, algún día en su propia tierra.

Hasta que llegó el día, su madre compró especialmente las zapatillas para dicha jornada, eran con planta para agarrarse con furia de esa tierra, tantos años que veían el mismo sendero, que ya lo conocía como la palma de su mano.

Ya está en la partida, junto a las decenas de corredores, ¡listos!, ya! Y se inicia el galopante recorrido, como si estuviera obnubilado por avanzar por sobre los demás, con ascensos y bajadas, detrás de los árboles que dan escasa sombra, entre algunos caballos que pastan en su destino. En su mente está el llegar, completar ese recorrido, algunos ya se detienen por el cansancio, otros bajan su intensidad de avance para recuperar ese vital gas que permite alimentar cada célula, todas indispensables, quizás algunas más que otras.

En algún momento hay que bajar el tranco a caminar, para así recuperar la energía que permite subsistir ante este magno desafío.

Queda el último ascenso, abrupto, sin fin para luego continuar por la ladera de la montaña frontal cubierta de arbustos y algunos árboles que a esa hora son el refugio de sombra del implacable sol. Simón, va con ese entusiasmo y energía indescriptible, que solo los niños en su cuerpo pueden tener, llega a la meta.

Tras él van llegando participantes de múltiples edades y categorías y de diferentes latitudes de nuestra tierra, todo eso confluye en un encuentro fraterno, donde el deporte convoca a reconocer

al otro como legítimo participante, vencedor o ganador, en fin, todos aprendemos, porque en este mundo, eso sí que es importante, cultivar el posicionarse en el lugar del otro.

Es así, que se inicia la premiación, donde las diferentes categorías son galardonadas, al esfuerzo y perseverancia. Parte desde las edades más pequeñas y entre ellas, el primer lugar para Simón. Sintió una sublime emoción, el ser reconocido en su propia tierra, su casa, su ruta, que tantos años había visto transitar con otras personas, ahora él era premiado con una medalla y galvano que reconocía su participación, perseverancia, energía y victoria en su categoría. No podía creer lo que estaba viviendo. Su madre cargada de lágrimas de emoción, señala, ¡lo has logrado hijo mío!

La puerta de su casa continuaba abierta a medio andar, para ser parte de la historia del Trail.

## EL ÚLTIMO PACIENTE

Guillermo Witto

Es viernes. Último día hábil de diciembre. Hoy, el Dr. Marambio, conocido en el Consultorio como “don Antonio”, realizará su última sesión. Tiene sesenta y siete años y está cansado. La edad, la Diabetes y el Cáncer de próstata metastásico, pero bien controlado, le han minado sus fuerzas. Por él, seguiría trabajando hasta caer muerto, pero ya el porfiado cuerpo no le permite a la voluntad llevarlo a cabo. Estaciona su pequeño Toyota rojo en el lugar reservado que le adjudicaron, no por ser médico, sino por su edad y trayectoria. Ahora, con una parsimonia desconocida, se dedica a observar todas aquellas cosas que, en el día a día, pasaban desapercibidas y recuerda como era el entorno cuando comenzó sus labores hace cuarenta años. Se percata que ahora, el antiguo parquecito con árboles al costado del edificio se transformó en un peladero baldío para estacionar autos. Que el edificio del consultorio, salvo la pequeña ampliación que realizaron para instalar el SAPU, sigue siendo el mismo. El mismo color gris lúgubre que transmite una sensación de frialdad hasta en el día de verano más cálido.

Ingresa por la puerta principal cinco minutos antes de la primera cita programada. Siempre ha sido puntual y hoy, no tendría por qué no serlo. Saluda a la Sra. Miriam, la única funcionaria más antigua que él, pero seis años más joven. Ella le contesta el saludo amablemente con una inclinación de cabeza y una sonrisa. La noche anterior fue la despedida. Un encuentro con todos los estamentos, donde los paramédicos y auxiliares aprovechan el minuto de confianza para realizarle varios tipos de bromas y tallas. Ella fue la que organizó todo el evento y piensa, avergonzada, que de repente se les pasó la mano. Abre la puerta de su oficina y se sienta. Al frente tiene la lista de los dieciséis pacientes que deberá atender. A un lado, el montón de fichas clínicas en papel para llevar el registro. Aunque hace tres años inauguraron el nuevo sistema digital, él siempre dijo que no lo ocuparía porque le quita tiempo en la entrevista con el paciente escribiendo datos, a veces inútiles, en la ficha clínica electrónica. Que él prefiere seguir anotando las cosas importantes a mano, con la misma pluma que le regalara su difunta esposa en su aniversario de bodas de plata y dedicarle más tiempo a conversar con el paciente.

La mañana transcurre plácida y luego del cafecito de las once, lo comienza a invadir una ansiedad progresiva. Deberá atender a su último paciente. ¿Quién será?, se pregunta, ¿cuál tipo de molestia lo habrá llevado a consultar? ¿Podrá él resolverlo por su cuenta o deberá derivarlo a un especialista? Entonces llega el momento. Ingresa al box de atención un sujeto de cuarenta y nueve años de edad quien consulta por lumbago persistente. El doctor, luego de investigar sobre síntomas de alerta, enfermedades previas y tratamiento realizados se percata que no existen muchos antecedentes de importancia. El paciente ha sido sano hasta ahora. No consume ningún fármaco en forma regular y trabaja como obrero de la construcción. Entonces abre la ficha clínica para registrar los datos de la entrevista. Solo se registran cuatro atenciones previas. La primera la ejecuto él. Se da cuenta que la fecha coincide con su primer día de trabajo en el consultorio. –¡Que coincidencia! –se dice para sí–. Resulta que mi último paciente podría ser que haya sido, también, el primero–. Revisa con minuciosidad lo allí anotado. La caligrafía es bastante diferente a la actual, pero siempre legible, virtud que escasea entre los médicos. Textual se lee: “Se trata de un niño de nueve años sin mórbidos y con vacunas al día que consulta por ojo rojo izquierdo muy doloroso. Diagnóstico: Conjuntivitis aguda. Tratamiento: colirio con antibióticos y corticoides”. No hubo controles posteriores.

Levanta la vista y recién se percata que en el ojo izquierdo tiene una cicatriz opaca sobre la córnea. Le invade la angustia. Con el corazón latiendo acelerado y un rubor en sus mejillas le pregunta:

– Oiga, ¿y ese ojito?, no lo veo bien, ¿qué le pasó?

– Doctor, cuando tenía nueve años fui atendido en este consultorio por un médico muy joven, quien me indicó unas gotitas para el dolor del ojo. Como a las dos semanas el dolor no había desaparecido y había comenzado a ver borroso, me llevaron con un especialista. Me diagnosticó queratitis herpética. Después de un largo tratamiento quedé con secuelas. Veo solo luces y sombras con ese ojo y me dijeron que la única alternativa sería el trasplante de la córnea. No he tenido los recursos para efectuarlo.

Su cabeza se convierte en un torbellino. Durante varios minutos se queda pensando, haciendo como que lee y escribe en la ficha. Luego de eso, se pone de pie, le extiende una receta por paracetamol y celecoxib, una orden de kinesioterapia, una licencia médica por 15 días y se despide del paciente advirtiéndolo que el próximo control lo realizará otro colega. Cuando se retira el paciente, arranca la hoja que tiene el registro de esa primera atención, la rompe en mil pedacitos y la bota a la basura. El reloj marca las doce y media. Retira algunas cosas personales del primer cajón del escritorio, su fonendoscopio, un martillo de reflejos y el tazón para tomar café que le regaló el personal cuando cumplió treinta años de profesión. Los introduce en una pequeña caja, se coloca la chaqueta y deja el delantal en el respaldo del escritorio. Aunque tuviera sus iniciales, otro podría utilizarlo en adelante. Mira a su alrededor, lanza un suspiro y cierra la puerta por fuera. Ya en el estacionamiento se percata que su último paciente está sentado en una banca fumando un cigarrillo.

– Oiga –le dice–, el tabaco hace mal.

El paciente le responde:

– Es solo un puchito para relajarme doc. Para aprovechar la licencia que me dio. Hoy no tengo ningún apuro. A veces son los médicos los que hacen más mal que las enfermedades. Que tenga buena tarde –y soltó una fuerte carcajada–. El doctor Marambio camino unos pasos y se giró. – Que usted también la tenga, gracias –le dijo mirando el suelo.

Al abrir la puerta de su automóvil, se dio cuenta que traía, aún, en el llavero, una pequeña imagen de Hipócrates, padre de la medicina occidental y sus valores asociados. Durante muchos años le había servido de amuleto. Nunca había tenido que enfrentar una demanda por mala práctica. La extrajo del manajo de llaves y la arrojó a un tarro de basura cercano. Ya nunca más la necesitaría.

## IN EXTREMIS

Guillermo Witto

Después que el Dr. Iturra se diera mil vueltas para decir lo que ya todos sospechábamos, me quedé mirando, absorto, el cuadro colgado en la pared tras de su butaca de cuero con rueditas móviles. Era una pintura con un estilo que se me hacía familiar. Una Madre acunando a un niño, sus dedos largos y huesudos arropándolo en una manta de colores tropicales.

—¿Guayasamín? —le inquirí, mientras señalaba la obra detrás suya.

—No —me respondió—, es la técnica muy parecida, pero la pintó mi nieta en su primer año de la carrera de arte y, por la cual, ganó un premio. Ella ahora estudia Ingeniería comercial, su madre —es decir mi hija— no le quiso seguir financiando una aventura con la cual se moriría de hambre. Me quedé mirando fijo un tiempo que pareció eterno y que terminó por incomodarme.

—¿Usted entendió lo que le dije?

—Por supuesto doctor —le contesté, mientras me reacomodaba en el asiento—. Que tengo cáncer de páncreas, que hay metástasis en el hígado y el peritoneo, que por eso estoy de color amarillo y barrigón, que lo mío no tiene tratamiento curativo y que me quedan unos seis meses de vida.

—¿Y a usted eso no le impacta, no le preocupa? —Miré sus pálidas manos de pianista, de dorso surcado por una red de pequeñas venitas azules, mientras escribía con una carísima pluma “mont blanc”, pero con una letra ilegible, una serie de órdenes y formularios que, después me explicó, eran para activar el seguro catastrófico y hacer la denuncia para hacer efectivas las garantías del programa de salud de cuidados paliativos a las que, por ley, era beneficiario.

—Recuerde usted, doctor, que ahora hay acceso a ver el informe de los exámenes de imágenes por vía remota y que existe internet y el “Doctor Google”, que nos ayudan a adelantar el significado de lo que allí dice. Además, usted recordará que yo soy médico, que ejercí otra especialidad, pero que sé interpretar lo que los cientos de artículos que leí, antes de venir a su consulta, me decían sobre el diagnóstico, pronóstico y posibilidades terapéuticas. Entenderá que no iba a tolerar la ansiedad durante estas dos semanas de espera. Hasta el último momento estuve esperando que solo fuera un gran cálculo vesicular atrapado en el colédoco. Venía emocionalmente preparado para esta noticia que más parece una sentencia.

—¿Qué le preocupa entonces?, ¿cree que necesitará de apoyo psicológico o espiritual? Nuestra clínica cuenta con un nuevo programa liderado por profesionales de la salud mental y sacerdotes de diversos credos.

Traté de recordar mi primer acercamiento al concepto de la muerte. Mi abuela materna acababa de fallecer lejos de nuestro hogar. Había vivido con nosotros desde mis primeros meses de vida y era quien nos cuidaba, junto a mis hermanos, mis padres estaban en sus respectivas labores. Era quien, todas las mañanas, rallaba zanahorias y exprimía naranjas para hacernos ese zumo que, según ella, nos prevendría de resfríos y otras pestes. Recuerdo, con mis siete años recién cumplidos, parado al lado de mamá quien, frente al espejo del botiquín del baño, redelineaba sus párpados de aquel rímel escurrido por las lágrimas, que eran más de rabia que de pena, cuando supo

que su familia, primos y tíos, pertenecientes a una secta evangélica, la habían convencido que dejara de tomar aquellos medicamentos que eran imprescindibles para ayudar a la insuficiencia cardíaca originada en una valvulopatía mitral reumática contraída, muy precozmente, en su juventud. ¡Dios te va sanar, niña! ¡Deja esos venenos y solo reza! Después de cinco días de oraciones falleció, por fortuna, en el sueño.

—¿No voy a ver nunca más a la abuela? —Pregunté, con inocencia infantil. Mamá, que nunca fue, a diferencia de papá, de largas conversaciones me dijo: —No mientras tú estes vivo—. Luego tomó un bolso de mano y bajó con rapidez las escaleras. Abajo, papá la esperaba para llevarla, en su destartalada Citroneta, al terminal de buses rumbo al sur.

Sin embargo, no fue hasta mi infancia tardía, que yo vi el rostro de un muerto por primera vez. Tendría unos 13 o 14 años, cuando Juan Carlos, mi compañero de curso, compinche y vecino, me dijo:

—En la capilla del colegio están velando al papá de la secretaria del director, la Señora Gladys, ¿quieres que vayamos a verlo? —Me susurró dándome una mirada sibilina—. Al principio dudé. Me invadió una mezcla de temor y pudor muy extraño, pero mi curiosidad infantil la superó y corrimos a introducirnos por la puerta de la sacristía. Dentro del templo no había nadie. Nuestros pasos producían un eco duro y persistente. Frente al altar había urna de madera con seis manillas de bronce, cubierta con una bandera de una compañía de bomberos. Sus esquinas tenían cuatro imitaciones de cirios con sus ampolletas encendidas y una de ellas, titilando con insistencia. Abajo, había un gran retrato del que era, en vida, quien yacía en esa caja y al costado, varios canastos con flores, de preferencia gladiolos con su característico olor mezcla de campo y acequia. La tapa superior del ataúd estaba abierta. Juan Carlos, que en aquellos tiempos —lo mismo que yo— no tenía una gran estatura, acarreó la primera banca y la acercó hasta casi topar el ataúd. Se encaramó en ella y miró hacia adentro.

—¡Mira! —me dijo— es muy diferente al señor del retrato, ¿no será otra persona?—. Mi corazón latía con un galope incontrolable. Sentía las manos sudorosas y una especie de náusea invadía mi boca. Pensaba que, si miraba al muerto, este se me aparecería en las noches, tal como mi abuela se me apareció los tres meses siguientes a su funeral. Mis piernas habían perdido fuerza para subir a la banca de madera y casi caigo sobre los arreglos florales. Juan Carlos me sujetó desde la falda de la chaqueta y me aproximé, con los ojos cerrados, al vidrio que cubría el rostro del difunto. Cuando los abrí vi a un señor muy pálido, de tez cerúlea, que tenía la boca semiabierta con sus fosas nasales rellenas de unas grandes motas de algodón. Vestía camisa blanca, traje azul marino y una corbata color granate con un nudo muy grande. No fueron más de diez segundos, tenía un miedo irracional. Pensaba que, de pronto, el muerto abriría los ojos y me gritaría un impropio. Ese rostro nunca he podido olvidarlo.

Después me percaté que a todos los muertos los enterraban con sus mejores prendas. Su mejor traje y corbata siempre, como si fueran los novios de un matrimonio imaginario con la muerte o que fueran a ser receptores de algún premio importante o a dar un discurso imperecedero. Como en la película japonesa "Okuribito", existe una ritualidad para despedir a quienes nos dejan para siempre. A mi padre, incluso, lo sepultamos con sus lentes ópticos puestos, su reloj de pulsera en la muñeca izquierda y su billetera —con los veintisiete mil pesos que contenía— dentro del bolsillo interno de su chaqueta. Un acto que a simple vista parece estúpido, ya que donde iba no se mide el tiempo ni se necesita leer ni comprar nada.

—¡Alejandro!, le hice una pregunta. —El tono de voz aumentado luego del carraspeo inicial, me hizo retornar de mis cavilaciones.

—Le pregunté si hay algo que le preocupe, alguna duda que yo le pueda disipar, ya que esta será nuestra última visita. A contar de mañana su médico de cabecera pasa a ser el Dr. López, el encargado de Cuidados paliativos.

—Doctor... ¿voy a bajar de peso lo necesario? El Doctor Iturra inclinó la cabeza hacia un costado y entrecerró el ceño.

—Sí, bajará de peso, no sé cuánto, cinco o diez kilos tal vez, pero me hace ruido el término “lo necesario, ¿a qué se refiere usted?

—Doctor lo único que me preocupa, en este momento, es si me cabrá alguno de mis trajes, los que no uso desde que me jubilé, hace seis años y si me cerrará el primer botón de la camisa. No quiero que mi corbata parezca desajustada como si yo pareciera, el último día sobre la faz de la tierra, un obeso oficinista soportando una veraniega mañana de calor—.

## EL LARGO VIAJE DE MARTÍN

Javier Díaz Grube

Cuando a Martín lo expulsaron del colegio de los jesuitas por pelear a puñetazos, más de una vez con más de un compañero, nunca imaginó cuál iba a ser el devenir de su vida. Él atribuía su conducta simplemente a que así eran las cosas en la escuela, que era lo natural para arreglar los conflictos, lo esperable, lo bueno. Cuando sus profesores le recriminaron una y otra vez y al final lo exiliaron, quedó con el corazón dividido entre el sentimiento de haber sufrido la más grande injusticia de su vida y el de ser un fracasado sin destino.

Así, el primero que se sorprendió cuando entró a la Universidad a estudiar medicina fue él mismo, luego sus padres y después todos quienes le conocían. Terminó la carrera con honores y con la firme convicción de tener por misión cambiar su sino y el de la humanidad enferma. Tal vez fue su espíritu rebelde o su afinidad por el riesgo lo que le condujeron a dedicarse a trabajar en un sanatorio de tuberculosos, herencia de tiempos pasados mantenida en nuestra época por la aparición de cepas ultra resistentes y de pacientes inmunodeprimidos. Sin darse cuenta transitó de enfrentarse a microorganismos asesinos a pararse frente a personas marginadas y sufrientes cuyas almas atormentadas siempre encontraban un reflejo sintónico en el palpitar de su corazón. Siendo el único facultativo que permaneció años y años en el hospital, terminó a cargo de conseguir los implementos básicos, pero siempre difíciles de obtener, para que el centro siguiera funcionando mínimamente. Entre el contacto con los enfermos y las luchas con la burocracia, su carácter fue cambiando y de a poco se fue replegando en un extraño estado de ensimismamiento del que solo salía para trabajar y dedicarse a la construcción y cuidado de un estanque para plantas acuáticas y peces. En ese pequeño cosmos logró el control que tanto anhelaba, transformándose en un pequeño dios que manejaba la cantidad de algas patógenas que crecían, la calidad de los nutrientes del agua, la población total de carpas, el filtrado y recambio del líquido, el delicadísimo equilibrio entre acidez y alcalinidad del medio, llegando a un extremo de virtuosismo que le hizo sentirse de nuevo satisfecho con la existencia.

Recobrado en parte su talante luchador de antes, le daba la impresión que sus pacientes mejoraban más y que podía comprenderlos mejor, lo que le aliviaba el constatar el camino ominoso y sin salida que muchos tomaban. Sin embargo, algo intangible había ya muerto en su ser y había transformado la pasión de su profesión en un acto mecánico. De manera casi imperceptible fue sintiendo que no encontraba en su día a día el entusiasmo de antes. Ni en la clínica ni en el estanque.

No es posible decir que un hecho fortuito cambiara el ritmo de los acontecimientos, pues la muerte no es un hecho fortuito, sino la única y negada certeza de la vida de cada uno. Su tío René, marino mercante, murió y le dejó como ofrenda, a él, su sobrino favorito, un viejo reloj Tissot que no funcionaba. Fue solo verlo para que una pasión desenfadada se desencadenara en su interior. Se prometió aprender a arreglar el aparato para usarlo tal como lo llevara su tío siempre en la muñeca derecha. Sin más presentación que sus ganas, se entrevistó con un relojero y le solicitó ser su aprendiz. Fue tal el ansia con la que pidió ayuda al viejo joyero que este le adoptó y enseñó las bases de su oficio. Luego Martín entró en un frenesí de cursos y tutorías y no solamente pudo ser capaz de solucionar el desperfecto del objeto legado, sino que dedicó todo su tiempo libre a componer cientos de mecanismos de los más variados tipos que le llevaron a ser considerado el hombre más experto en el arte de la relojería en el país. Aun así, era un ermitaño que no compartía

con sus congéneres ni la formación ni la profesión, pues siempre se mantuvo trabajando en su taller respondiendo a encargos de amistades o proyectos personales sin incursionar en el verdadero mercado de la relojería. De apoco fue aprendiendo a gobernar el paso de las horas y entonces sí que apareció en su mente la idea más loca de su existencia. Habiéndose enamorado de la artesanía en esta época de microchips y osciladores atómicos, teniendo la férrea idea que medir y manejar el tiempo van de la mano, pensando que de piñones, engranajes y resortes se obtienen intangibles solo medibles matemáticamente y soñando en crear una máquina en la que pudiera modificar, además, las variables del espacio y la materia, se dedicó a construir un artefacto sin nombre y nunca antes visto. Escogió como material la arcilla para usar aquello que había servido a Dios para crear el hombre y fue a recolectar el barro a la zona de los geoglifos gigantes de Nazca, solo visibles desde la altura, para ocupar las tierras de un lugar cuya esencia se ubicaba en el interregno entre molécula y espíritu, forma y contenido, mensaje y mensajero.

Abandonó su trabajo.

Descuidó su estanque.

Pasó noches insomne.

Después de meses de labor y terminado el artilugio, llamó a Marcelo, su único amigo, para que grabara y documentara el nacimiento de su invento. Llevó a su compañero a un inmenso hangar donde le mostró la invención en reposo. Marcelo quedó desorientado. Lo que sus ojos veían no tenía la forma de nada conocido para él y el material del que parecía estar confeccionado no le parecía familiar. Martín arrastró su creatura fuera de su matriz y la expuso al sol. Dio unos pasos y sin que su compinche comprendiera cómo, desapareció en su interior. Marcelo comenzó a sentir una extraña vibración en el ambiente, a percibir incluso dentro suyo una sensación perturbadora, a ver cómo la luminosidad del día se trasformaba y de pronto aparecían en el cielo estrellas y oscuridad interrumpidas por una especie de aurora boreal hasta que al final una explosión le lanzó lejos haciéndole perder el conocimiento.

Cuando despertó solo vio caos a su alrededor. Se puso a vagar en medio de esa atmósfera enrarecida, a llorar y gritar maldiciendo quién sabe a quién y gritando al vacío: "Martín, desgraciado, por qué no te quedaste disfrutando lo que hacías en vez de querer ir por más".

Tardó meses en atreverse a contar a su mujer lo sucedido y nunca develó a quienes buscaban a Martín alguna pista para encontrarlo. Para ser sincero, él tampoco tenía pista alguna y jamás superó la inquietante duda de si su amigo había terminado su viaje o si recién lo había comenzado.

## VIDA Y MUERTE DEL LOCO MERINO

Javier Díaz Grube

Una brisa calma y muy fría soplaba desde el mar. Las olas emitían un sonido regular y tranquilizador y fuera del ruido ocasional del choque del agua con el borde de la base del pequeño muelle, el silencio era total.

En el horizonte aún podía verse la luna y si alguien hubiera mirado hacia la cordillera hubiera podido ver cómo un tímido añil comenzaba a infiltrar el azul profundo que aún cubría la madrugada. De a poco una incipiente claridad fue mostrando el contorno de todo lo visible en la caleta y el movimiento de la vida de un nuevo día se comenzó a notar. Aquí se escuchaba el canto de las gaviotas, allá el sonido metálico de la cortina de una de las casetas de los pescadores, más allá y bien lejos, el traqueteo de las primeras micros que llevaban a los trabajadores a sus faenas.

Miguel González terminó su café y se dispuso a llevar sus aparejos al bote. Caminó con sus botas de goma sobre la arena húmeda y se encontró con el cuerpo sin vida de Roberto Merino. El loco Merino yacía tirado en el suelo, en pleno sueño eterno, con su pelo largo, grasiento y desordenado, la ropa vieja, el cuerpo aún rígido y un botellón grande de vino a su costado. Un compañero igual a cualquiera, salvo que finado y no como cualquiera porque nadie era como él. Murió en su ley, pensó González, aludiendo a que el frío, el mar y el alcohol habían acompañado a su amigo desde la infancia.

Merino venía de una familia de afuerinos. Su abuelo había sido un pintor de brocha gorda que llegó cuando la caleta recién se construyó y fue necesario embellecer todas las fachadas para la inauguración, a la que llegó el mismo alcalde de Concepción. El hombre se enamoró de la zona, encontró una mujer y formó familia. Todos sus hijos se hicieron pescadores. Incluso uno de ellos, el mayor, murió en la mar, para la famosa tormenta del año 50. Roberto Merino, el menor, fue padre también de una familia numerosa y bautizó al primogénito con su propio nombre, ignorante que en el futuro todos le tildarían de Loco. Su fama entre los suyos partió cuando, en la época de los gobiernos progresistas, aparecieron los programas sociales de capacitación para obreros, campesinos y pescadores y Roberto Merino hijo decidió irse a la capital y formarse como grabador. Nadie podía creer que perpetrara semejante descriterio, pudiendo estudiar gasfitería, electricidad o peluquería y salir de la vida plena de sacrificios de todos quienes vivían de la pesca. Alguno pensó que tal vez el fantasma de la muerte de su tío le hubiera llevado a tomar tan extraña decisión. Otro pensó que querría emular a su abuelo, quien era conocido por los cuadros que hacía, sobre tablas y que con el mismo óleo con que pintaba casas retrataba en colores planos y deslumbrantes paisajes que representaban con mirada infantil la caleta, el pueblo y el campo que les rodeaba. No faltó quien aseguraba que escapaba del marido de una mujer casada de quien se rumoreaba era el amante. Chismes y conjeturas aparte, Merino se halló en la capital con una beca que le permitió arrendar una pieza cerca de La Vega y asistir a los cursos que el maestro Nemesio dictaba para los escasos miembros de las clases populares que querían aventurarse por los caminos del arte. No pasó mucho para que este reconociera el talento de su peculiar discípulo y apenas terminó su formación, le invitó a compartir con él en su taller personal, donde Merino se codeó con quienes serían la avanzada del grabado en Chile desde la década del 70 en adelante.

Sin embargo, Roberto, joven trasplantado en un mundo ajeno, pronto sucumbió a la nostalgia. Después de las extensas jornadas en que dibujaba, se perfeccionaba en el uso de gubias, buriles, ácidos, tintas y prensas y en que coincidía en conversaciones y algunos afectos con los artistas capitalinos, volvía a su barrio y notaba cómo se sentía más a gusto en los bares, compartiendo

vinos y anécdotas con los cargadores que vivían en su pensión. Así fue como más temprano que tarde llegó el día en que emocionado se despidió de su mentor, disculpándose por no aprovechar más su tutoría, pero explicando que la añoranza podía más. Don Nemesio, generoso, le regaló pliegos de papel y las herramientas básicas para que prosiguiera solo de ahí en adelante.

Grande fue el choque cuando Roberto volvió a su caleta. Claro está que no tenía un lugar con su arte. Para imprimir sus grabados debía viajar a Concepción y una vez terminados, no había en su pueblo mucha gente dispuesta a comprar sus imágenes de estilo sombrío que eran incapaces de competir con los coloridos calendarios que la gente solía poner en su sala de estar al lado de la radio. Mas el arte era su pasión y se prometió no dejarlo, promesa que cumplió. El grabado se transformó en una especie de amante, pues para sobrevivir debió hacer lo que todos: pescar.

Con veintitantos años y una personalidad magnética, con el verbo de quien ha recorrido mundo y la chispa del local, Merino pudo darse el gusto de escoger a la más bella chica del lugar para convertirla en su mujer. Padre de seis hijos, la familia de Roberto pasó las penurias de muchos en la zona. Su esposa se la pasaba en casa inventando cómo hacer rendir el dinero, mientras él salía temprano a la mar. Huía del frío y el miedo bebiendo, como casi todos. De regreso se dedicaba a preparar los aparejos del día siguiente. Cuando estaba inspirado seguía la jornada trabajando en su arte y siempre terminaba el día con sus colegas en los oscuros bares aledaños al muelle, animados por cantoras y una que otra chica de las que se decía que hacían algo más que servir las mesas. Los fines de semana se iba a Concepción a imprimir sus grabados y a intentar venderlos, logrando juntar bastante más dinero que sus compañeros, lo que sabiamente ocultaba pues temía que la envidia le significara algún desencuentro o alguna maldición. Sus hijos apenas le veían, pero el Loco tuvo la genialidad de guardar toda la plata extra en una cuenta de ahorro que ocupó para darles educación.

Fueron pasando los años y la vida comenzó a pedirle cuentas. El cigarrillo, el vino, los enfriamientos en el trabajo y los trasnoches fueron deteriorando su salud, pero no así su espíritu. Seguía siendo el mismo tipo conversador y atractivo que animaba los encuentros y el hombre de aspecto primitivo que llegó a sorprender a los escasos galeristas que había en la ciudad con una producción que no tenía igual gracias a su extraña mezcla de perfección en la técnica y de ingenuidad en los motivos. El Doctor Chandía, uno de los más grandes coleccionistas en la zona, era quien le aseguraba el sustento, llegando incluso a comprarle por adelantado cuando Roberto estaba necesitado. El galeno, sabedor de su talento, le ofreció presentarlo en Santiago para que pudiera desarrollar una carrera que auguraba prometedora. Cuando Merino le decía que él venía ya de vuelta, el mecenas le miraba con cara de intriga y pensaba que le estaba tomando el pelo.

Todos dicen que la vida del artista es triste. El Doctor suponía que el Loco llevaba una existencia desgarrada. Se lo imaginaba como un hombre de ninguna parte, sin patria ni en la caleta ni en la academia, subsistiendo en la pobreza, sumido en el alcohol. Nada más lejos de la vivencia de Merino, quien en cada momento se sentía pleno. Su mujer y sus hijos, ya adolescentes o adultos, se quejaban de su lejanía, de su egoísmo, de nunca ser vistos en realidad por él. Alguna vez, llegando tarde y borracho a casa, el hijo mayor se lo gritó. Roberto cambió la expresión embrutecida por una de calma y lucidez y le respondió que él era así.

Y ahora, tendido frente a González, es justo como está el Loco. En su esencia, solo en la arena. O tal vez no, pues le acompaña la muerte.

La mañana se ilumina. Las gaviotas vuelan y se posan en la playa respetando el reposo del pescador.

Miguel González llora. Sabe que era lo esperable, pero lo hace con desconsuelo ante la pérdida de un amigo único. Lloro con estertores porque la caleta nunca será la misma, porque sabe que, aunque sus existencias han sido tan diferentes, su suerte será la misma.

Las desgracias se saben de inmediato y ahora están la mujer de Roberto y su hija menor contemplando el cadáver. La esposa piensa en cómo se las va a arreglar de aquí en adelante y a la vez no deja de experimentar algo parecido al alivio. La chica, heredera del don de su padre, se angustia. Siente que su papá pudo haber sido un gran artista. Se dice que ella lo será. No puede soportar la idea de terminar en el fracaso como él. No advierte la semisonrisa con que el rigor mortis premió al grabador.

## ADAGIOS

Javiera Ignacia Vergara Gajardo

Pero la puta del lado (su lado) no sabía, ni olía, ni mucho menos se parecía a Fernanda y él siempre supo que no se parecía, ni olía, ni mucho menos sabía a Fernanda.

Y cerraba los ojos y Fernanda no estaba.

La buscaba penetrando una, dos, cinco, cien veces, o más bien el conteo de lo que le duraría (el mal) polvo (a)pagado y Fernanda seguía sin estar (por y para él).

Y porque la vida mil veces más puta, que la triste puta (de oficio obligado) al lado del triste cliente que buscaba a Fernanda (y quien quería creer, que ella creía ser buscada por él), compartía la puta pues nombre con la ausente (que a veces él también llamaba puta por cuestión de despecho, no por oficio).

Y él nunca supo aquel alcance de nombre, pues no era (ni sería) parte del contrato, del que no se habló ni firmó, pero que existía de todas formas, de esos implícitos que se firman al momento de pagar.

Y de todas formas también, en toda esta situación, había un denominador común: la persona que no está en esta historia, ni en su cama, lastimosamente compartía nombre con la contratada.

Y Fernanda, Fernanda la original, seguía sin estar y de haber sabido el alcance de nombre para él no hubiera sido mera coincidencia, sino más bien epifanía. Una revelación que buscaba (mala y de pésima manera) perdurar, así le hubiese llamado a este golpe certero y de mal gusto, como esos que la vida disfruta dar no por cuestión propia, sino que confirmado por la periodicidad de su ocurrencia que a uno le hacía escupir el nombre de cualquier Dios, pero no, él no caería en esos dueños.

Quiero escribir que al vestirse sació la sed de su carne (la suya que deseaba la de ella), pero no. Y al final del acto (el sexual, porque para él todos los actos se trataban de una historia centrada sobre por y para ella) había perdido para ese entonces el dinero de la luz, el internet y un pedazo (de lo que le quedaba) del alma.

Y la puta con alcance de nombre cogió el dinero después de haber sido cogida, con el que pagó el internet y la luz, del otro componente que se menciona, el etéreo ese, nada se sabía, desde mucho antes inclusive que su primer corte de luz y de eso ya, una vida entera.

**6:40 A. M.**

Javiera Ignacia Vergara Gajardo

Llevaba tres horas y un poco más mirando el techo cuando giró con suavidad su cuerpo hacia el costado en dirección a su velador, tomó su celular que automáticamente iluminó su pantalla: seis cuarenta de la mañana, por fin tendría que levantarse, aunque para ese entonces hubiera utilizado cualquier excusa con tal de abandonar la cama. A su derecha y ocupando casi la totalidad del lecho matrimonial, yacía Él. Ni siquiera fue capaz de mirarlo, hubiese sido imposible fingir su ausencia, aun cuando llevaba una eternidad en ese mismo ejercicio, con el concierto de ronquidos que hubiera imposibilitado a cualquier ser humano conciliar el sueño, Ella no era la excepción tampoco. Se la pasaba cada noche en vigilia intentando comprender cómo es que esa vía aérea no colapsaba. Aunque si de honestidad se trata, lo único colapsado en esa habitación parecía ser Ella.

Se preparó a salir lo más rápido que pudo, sentía la necesidad imperiosa de dejar la habitación atrás y a todo lo que contenía, Él inclusive por dos sencillas razones que de sencillas poco: era jueves y los jueves eran sinónimo de Mariana. Esperaba cada semana sagradamente los jueves y algún otro día por coordinar para su encuentro. La otra razón era la misma por la que se había pasado la esponja con tal fuerza sobre su cuerpo intentando sacar su piel o de limpiarla de su rastro: limpiar su conciencia. Mientras venían los recuerdos vagos y reprimidos de lo que había sido el recién pasado encuentro sexual entre ambos y eso que poco abría sus ojos, dejando de respirar cuanto soportara con tal de no sentir su olor nauseabundo que tanto le pudría el alma, los besos sobre su cuerpo que tenían el mismo efecto del agua oxigenada sobre una herida abierta. Un par de lágrimas siempre rodaban silentes sobre sus mejillas, lágrimas que Él tampoco veía, no por discapacidad, sino por desconocer la realidad con la que convivía y en parte a Ella.

“La prostitución es el oficio más antiguo”, se decía en la ducha mientras dejaba correr el agua que se llevaría los fluidos que aún quedaban en su cuerpo. «Pero las prostitutas al final de la transacción se van», pensó y comprendió que su situación corría desventaja en términos comparativos, ellas transaban su cuerpo por dinero, Ella por sostener una mentira.

A las siete con treinta y cinco llenó de café su termo, sacó su pastilla diaria que la mantenía libre de cualquier riesgo que tuviera relación con la maternidad, que bien escondía en el tarro de té al fondo del mueble contiguo al refrigerador. Llevaba todo lo esencial, incluso un traje clínico extra en caso de manchar ese, había aprendido la lección después de un par de años de turno en el cuerpo, la urgencia era una caja de pandora y ella bien lo sabía, mejor estar preparada, aunque la ropa más importante era la que llevaba al momento de salir del turno de doce horas, que Él siempre pensó que era de veinticuatro y es que la mitad de esas horas le pertenecían a Mariana, honestamente el resto también.

Puso su fonendoscopio en el bolsillo de su pierna derecha, en el bolsillo de su izquierda dos lápices.

Ese día cumplían tres años desde su primer encuentro. Todavía recordaba cuando la presentaron en el servicio, nunca más pudo dejar de mirarla (al poco tiempo Mariana tampoco a Ella) ni pudo soportar el rastro de una barba rozando su mejilla, porque Mariana tenía la piel más suave del mundo –según Ella–, duerme silente como un niño de antaño siendo velado con alas de ángel sobre una mesa a la luz de un par de velas, huele dulce y sabe a miel y su cabello cobrizo largo siempre terminaba enredado entre sus dedos cuando la tenía encima de sí...

A las ocho con diez recibió la entrega de turno, guardó sus cosas en el casillero de la residencia médica, firmó el libro y se dispuso a contar las horas que faltaban por salir como acto de motivación. Hasta que, en un momento de caos, tan rápido que me imprecisa poder describirlo de forma correcta para situar al resto de los personajes que carecen de relevancia en esta historia, se encontraron corriendo, algunos reanimaban previo a designar roles, otros lloraban, más y más gente fue llegando hasta la camilla en donde yacía el cuerpo mal herido de una mujer, empapada en sangre, inerte, pálida.

Ella solo pudo distinguir su cabello a distancia –y entonces supo–, aunque hubiera sido capaz de reconocerlo a cuerdas, kilómetros, se dijo, «yo te reconocería a kilómetros...».

Dos enfermeras se abrazaban fuera del reanimador mientras Ella seguía inmóvil, como un ser omnisciente mientras comentaban que el marido de Mariana continuaba prófugo, que no podían creerlo si el día de ayer ella misma había entregado turno, con la dulzura de siempre.

Y entonces Ella dedujo con claridad los eventos, pudo haber visto cualquier regalo, cualquier carta, cualquier mensaje, la cautela nunca fue una característica ni cualidad entre ambas fuera del hospital, dentro de este, solo quedaba fingir como ambas lo hacían en lo que llamaban malamente: hogar.

En el momento en que supo que el alma de Mariana ya se había separado de su cuerpo, le venció su muerte la capacidad de sostenerse en pie y cayó sobre sus rodillas, inerte, silente, invisible.

Alguien más llenaba el formulario de defunción de Mariana, alguien también debió llenar el formulario de muerte en vida de Ella.

## EL ÚLTIMO PASILLO

Juan Carlos Bustos Vidal

El médico cerró con cuidado la puerta del dormitorio para no despertar a los demás compañeros, tomó su mochila y vació en una gran bolsa las cosas inútiles que guardaba en su casillero. Eran las ocho de la mañana de un domingo de julio y era el último turno de su vida, más aún, era su último día de trabajo. Había presentado sus papeles de jubilación, su retiro había sido aceptado, no quiso decirle a nadie, ni siquiera a su familia, ni a su jefe, por alguna razón que el mismo no entendía, no quería despedidas, ni aplausos, ni eternos discursos.

A los saludos de las enfermeras que le deseaban buen fin de semana, contestó con un gracias apenas audible. Enfrentó el pasillo ajedrezado, caminó hacia la puerta del hospital, por las ventanas repiqueteaba la lluvia. Cabeza abajo miraba las baldosas blancas y negras. Recordó el día que lo cruzó por primera vez, las ilusiones de una vida mejor que en la capital, luego los fatigosos turnos, las noches sin dormir y las tardes tediosas de siesta, las innumerables fiestas y feriados que no estuvo con su familia, las celebraciones cuando alguien llegaba o se despedía, los compañeros de turno –los buenos y los malos–, aquel efímero amor que se diluyó entre pabellones y terminó con un mail que aprobaba un traslado al norte, las amarguras de su separación y luego de su arremetido, también los pacientes que había salvado, recompensados con gallinas y huevos y sonrisas de señoras ancianas y también sus errores castigados con pesadillas y torvas miradas en las calles. Aún no llegaba a la salida, el pasillo parecía más largo que nunca.

Cuando cruzó la mampara de la puerta del hospital, el portero murmuró “Abrígete doctor, que hace frío”. Llovía copiosamente, no le importó mojarse, avanzó unos pasos, miró hacia atrás y pensó en voz alta “No te debo nada, ni tampoco me debes nada, estamos en paz”. Arriba el letrero desvencijado se balanceaba con el viento y se leía “Hospital San Juan de Dios de San Fernando”.

## EL SUEÑO ETERNO DE CARONTE

Juan Ricardo Kelm

*“El ciego, al lavarse la cara, se reconoce”.*

*Roberto Fontanarrosa*

A lo largo de los milenios, Caronte, el legendario barquero, había amasado una enorme fortuna. Nadie podía navegar la Estigia hacia el reino de los muertos en la Grecia de los dioses antiguos, sin pagar el óbolo instituido por Zeus en el principio de los tiempos. Aquellos que no pudieran hacerlo y se presentaran sin la moneda en la boca, sus almas vagarían por siempre sin llegar al Hades. Caronte no era tan horrible como lo describían los que alguna vez lo vieron, ya que la fama de su aspecto siniestro y desarreglado, estaba relacionado con su extraño oficio: llevar a las almas de los difuntos al otro lado de la laguna Estigia, para que pudieran acceder al reino de las tinieblas, donde Hades, hermano de Zeus, era el dueño absoluto. También es cierto que era muy viejo y eso contribuía a su fama y si bien para aquellos seres mitológicos el tiempo corría distinto, los rasgos que nos pintan aquellos que en su imaginación alcanzaron a verlos, muestran barbas canosas y facciones arcaicas en sus rostros.

Sin embargo, a pesar de su fortuna, Caronte estaba triste. Hacía ya un largo tiempo, dentro de esa vida eterna de marinero de agua dulce, que no encontraba distracciones en su trabajo. Era una rutina alienante. En sí, la laguna tenía una calma chicha, que no alteraba ni siquiera alguna rara creciente del río Aqueronte. La inercia de aquella vida lo había saturado y soñaba con algún cambio. No sabía hacer otra cosa que conducir la barca, pero ambicionaba navegar en un mar tempestuoso, atravesar cataratas en medio de un diluvio, zozobrar en un río caudaloso y sobrevivir aferrado a alguna rama costera. Sus sueños eran tumultuosos, alocados, con variados naufragios, pero nunca se ahogaba en ellos. Aquellos sueños eran la única forma de romper en algo la acostumbrada repetición de ese acto que ya era mecánico y anodino. Tampoco ambicionaba riquezas, ya que le sobraban y no tenía donde gastarlas. Definitivamente estaba desmotivado. Cuando sus quejas llegaron a oídos del rey de los dioses, Zeus se puso furioso.

—Es el único que gana fortunas en este duro oficio de ser dioses y encima se queja —decía con las orejas rojas de rabia.

Y entonces pensó en darle una lección al sombrío Caronte. Lo haría naufragar, pero en la realidad, no en los sueños. Cuando debiera luchar por su existencia, volvería a vivir, pensó el Dios mayor del Olimpo. Pero la idea del castigo se diluyó como una voluta de humo en una corriente de aire, ante la cantidad de preocupaciones que lo aturdían todos los días, y se fue adormir sin tomar una determinación definitiva.

Ese día Caronte llevaba la embarcación cargada hasta el tope. A duras penas el agua no entraba por el borde y aunque debería agradecer la calma de aquella laguna, despotricaba en voz baja.

—Siempre la misma cosa, jamás ocurre algo interesante.

En eso estaba cuando comenzó a oír un lejano retumbo, como cientos de tambores sonando al unísono y cuando buscó el origen del ruido a la distancia, vio una nube que parecía pegada a la laguna. Aquel nubarrón se paseaba delante de sus ojos, desde unos días antes sin dejarle observar con claridad el horizonte. De pronto notó que las lágrimas de impotencia le impedían aún más la visión y comenzó a preocuparse. ¿Estaré quedando ciego?, ¿qué haré en la eternidad sin mis queridos ojos? Entonces le entró la duda, ¿pero, seré yo el único que ve esa nube?, se volvió e interrogó a sus pasajeros.

—¿Algún ve una nube en la distancia, flotando sobre el agua?

—No —respondieron al unísono. Es un día soleado y claro.

Levantando sus manos callosas de remar, se tocó la cara, con su barba revuelta y sus rasgos angulosos y duros, y supo que era la misma de siempre y entonces lo comprendió.

—¡Carajo!, ¡me estoy quedando ciego! —gritó aterrorizado.

Recordó que entre sus pasajeros iba un persa llamado Abb In Sina, médico famoso de oriente, al que en occidente conocían como Avicena, el autor del canon. Lo llamó y lo consultó sobre su problema.

—Es Cataratas —le dijo apenas lo revisó.

—Con razón escucho ese ruido. Debe haber una catarata cerca.

—No, palurdo ignorante, ese sonido es de la fragua de Hefestos que trabaja los metales, fabricando armaduras para los guerreros. Lo que tienes es una enfermedad de los ojos.

—¡Oooh!, ¿y tiene solución? —Preguntó ansioso— ¡Me aterra quedar ciego!

—Sí, pero va a costarte tu dinero. Esta cirugía es cara.

Al barquero no le importaba cambiar esas montañas de monedas, por la posibilidad de salvar su visión. Dio varias vueltas por su barca y al final accedió. Avicena lo operó en el piso de la misma, luego de hacerle inhalar una esponja con una mezcla de opio, mandrágora y beleño, asistido por un médico judío que había sacado montañas de cristalinos en Granada y Toledo.

Y se cargó con la fortuna de Caronte.

Y este volvió a ser pobre y tuvo el estímulo que le faltaba para volver a trabajar día y noche, a fin de recomponer su fortuna. Pero no fue el único feliz por el desenlace de aquel episodio.

Avicena comentó con el médico judío:

—Por fin me pagan por una existencia de estudio y esfuerzo. Estuve una vida trabajando para aquel califa miserable, que como todo el mundo, creía que los médicos debemos trabajar gratis.

Zeus, agradecido por haber recuperado a su barquero eterno, también era feliz y al eminente sabio persa, le consiguió con su hermano Hades, tráfico de influencias mediante, una clínica de primera y Avicena llegó a la fama también en el inframundo. Y por toda la eternidad.

## LACHESIS

Julio Contreras

—¿Cómo se siente cuando le viene una crisis de asma? —Se atrevió a preguntar al paciente que ya le había contado que estaba usando unas pelotitas dulces llamadas Sulphur que agravaron los ataques al comienzo, pero que ahora ya eran más distantes y menos intensos.

—Siento mucho calor —respondió—, se me vienen unas llamaradas de fuego por toda la cabeza y tengo que salir al aire libre. Entonces se me alivian las calenturas y ya puedo respirar un poco mejor, a veces hasta se me olvida usar el inhalador que usted misma me recetó. Lo bueno doctora y se lo digo con mucha sinceridad porque quizás usted no cree en estas cosas, es que me siento bastante mejorado con esas pastillitas mágicas que me dio el naturista.

Unos meses antes se instaló frente a su consulta privada un negocio de medicinas naturales y al comienzo se inflamaba de rabia cuando supo que muchos de sus pacientes frecuentaban los servicios de “esos charlatanes que sin ninguna ética engañan a la gente porque nadie los controla”. Sin embargo, algo extrañamente novedoso en el detalle del relato de este enfermo removi6 sus esquemas del ejercicio clínico y, en sus reflexiones íntimas, empezó a encontrar un caudal de similitudes de su propia existencia con las espontáneas confesiones de Sulphur.

El permiso que se otorgó para escuchar con más atención los relatos de distintos pacientes tratados con esos globulitos comenzó a impactar y resquebrajaron la solidez de sus creencias acerca de las terapias que con bastante desdén eran llamadas “alternativas”. Para sacarse esas ideas raras de la cabeza leyó algunas divulgaciones de la medicina convencional que desacreditaban sin piedad la validez de la homeopatía.

No comentó con ninguno de sus colegas más cercanos las crecientes dudas de la validez de esta disciplina, se hizo más habitual su preferencia por el diálogo interior sin interlocutores, rumiando sola y en silencio sus preocupaciones. Una noche cualquiera estaba feliz escuchando el sonido de la lluvia sobre los techos... y más todavía cuando los truenos le hicieron recordar una poesía de su temprana niñez. En el sueño se le revelaron intensas fantasías de posesión de grandes poderes sobrehumanos, pero también escuchó voces más débiles, como desgastadas, que le decían: Sepia es tu similitum.

Despertó con la idea de una revelación mesiánica, su mente era un torbellino de imágenes, una y otra vez recordaba a Sulphur. No quiso consultar a los homeópatas más reconocidos, tenía vergüenza y se resistía dar crédito a todo el alboroto que estalló con estos pensamientos rebeldes que sabía que no eran suyos. Además, igual sentía temor que los terapeutas de cualquier índole le hicieran daño. Todo lo que ocurría en su cuerpo, los delirios y alucinaciones que se atropellaban como nunca antes, los deseos inconfesos y sus preferencias indecentes estaban descritos en los tratados de los más ilustres maestros de la homeopatía unicista. Sílicea y phosphorus eran personalidades que le agradaron mucho, pero al profundizar sus estudios en la materia médica comparada del Dr. Candegabe, se dio cuenta que era demasiada la distancia del genio de estos medicamentos con su iracunda personalidad.

Incrédula aceptó el diagnóstico del naturista del consultorio de la vereda de enfrente. No le informó ni su profesión ni otros detalles de su vida cotidiana, su desconfianza se había acentuado, pero este homeópata era la persona que mejor conocía por las referencias pormenorizadas de sus

propios pacientes y que frecuentaban también los servicios de su vecino. Para entonces, la exacerbación de sus impulsos agresivos se entremezclaban con obsesiones eróticas que en más de una ocasión estallaban en crisis de celos con expresiones hirientes y maliciosas. Su marido le insistió en la necesidad de tratarse, pues con ese carácter ya no se podía vivir en paz.

Dudó mucho antes de consumir la pócima indicada. También era cierto que su contenido, el veneno de la temible serpiente Surukuko, pondría nervioso a cualquier humano normal, pero se tranquilizó suponiendo que esas dosis diluidas en cifras infinitesimales no eran capaces de hacer daño y que, en el peor de los casos, ningún efecto le ocasionaría. Su plan B era entonces aceptar una terapia hormonal de reemplazo y alguna que otra benzodiazepina para dormir bien y mejorar su genio “hasta que pase todo este huracán que Dios sabe por qué se nos da a esta edad, cuando solo se quiere descansar y olvidarse un poco de todo, para ojalá, seguir haciendo lo mismo por un buen tiempo más”.

## AZABACHE

Karina Jiménez Salazar

Dos hombres se encuentran en el funeral de una mujer y sin decirse palabras se abrazan conteniendo las lágrimas. Ambos habían amado a la que con amargura despedían. Víctor conoció a Romina muy joven, eran compañeros de curso en secundaria, juntos descubrieron el amor en una intensa relación que prevaleció durante años. En la universidad ella conoció a Fernando, fascinado por su exótica belleza desde el primer momento, la siguió sin cejar en su empeño hasta conseguir que se casaran, al terminar los estudios.

Pasado medio año desde el fallecimiento, Víctor propone a Fernando un encuentro, lo invita a pasar un fin de semana en su hacienda, en un paraje remoto profundamente agreste y apenas habitado, donde podrán hablar de la compra de caballos en la que Víctor dice estar interesado. La propuesta lo sorprende, se trata de un lugar de difícil acceso en una pequeña isla del archipiélago de Chiloé. Se accede cruzando en transbordador desde Chonchi, una vez ahí, aún es necesario sortear un largo tramo hasta llegar al poblado.

Fernando se dedica a la cría de caballos de raza en su estancia cercana a Santiago, cuya casona ha sido arreglada con dedicación por Romina para acoger a la familia los fines de semana. Desde que ella enfermó, Víctor la visitaba, era recibido allí como un amigo de la familia, solían hablar de equinos hasta que Fernando se retiraba con discreción a sus quehaceres, bien llevados por su naturaleza inquieta y fornida, más tarde regresaba para despedirle.

Tras los difíciles meses de la enfermedad y la agonía, inmerso en la devastadora sensación de que la vida se le había roto, la propuesta es como un tenue rayo de luz. Algo en lo que pensar que le distrae a ratos de la oscuridad y el dolor en los que le ha sumido la pérdida. Pese a su abatimiento, al pasar de los días una intriga va calando en él, tal vez en ese encuentro podría revelársele algo desconocido de ella, lo cual se le antoja un modo de retenerla un poco más, de hacerla todavía presente, de asirse a su existencia. Sin embargo, le parece una propuesta extravagante, ¿qué iban a decirse? ¿De qué hablarían? Un fin de semana da para mucho y no le gusta la idea de estar frente a Víctor en un silencio empalagoso, cargado de palabras omitidas. Ahora los une el dolor por la pérdida, pero ambos son conscientes de lo mucho que ignoran el uno del otro en relación a Romina.

Ella había amado a ambos. Era una profesional competente y dedicada, llevaba una vida familiar con Fernando y sus hijos, además cultivaba un territorio propio, un universo personal y femenino junto a otras mujeres, donde su carismática presencia emitía luz, como un faro en la niebla.

Conforme transcurren las jornadas vacías, Fernando va persuadiéndose de que le vendría bien alejarse unos días de la casa y de la ciudad. Además, está en juego el dinero de la posible venta, una suma considerable.

Se reúnen en el muelle para cruzar juntos a Chonchi, al otro lado les esperan las monturas que les llevarán hasta la hacienda. El tiempo es soleado esa mañana, las retamas amarillean el paisaje con la luz nimbada que resplandece sobre la vegetación baja. Cabalgan al paso para apreciar el terreno que Víctor va explicando. Después del almuerzo hacen un breve descanso, el cielo se va cubriendo de nubes, no hace frío y deciden salir con los caballos. Marchan en silencio disfrutando de la extensión de tierra surcada de arbustos hasta el borde de un bosque tupido y húmedo. La bruma es

ahora lluvia franca que los empapa. Refugiados bajo los árboles, andan largo rato con el ruido ensordecedor del agua cayendo sobre la foresta, ensimismados, a distancia, viéndose aparecer y desaparecer entre los troncos sobre sus monturas. Antes de oscurecer regresan al galope, los caballos jadeando uno al lado del otro, también los hombres, mojados y exultantes.

Tras asearse, se reúnen en el amplio comedor calentado por el fuego crepitante de la chimenea. Fernando tiene su cabeza recostada en el sillón mullido frente al fuego cuando Víctor se agacha a acomodar los troncos con el atizador, la llamarada sobresalta y pone a Fernando instintivamente en guardia, justo en el momento en que Víctor se voltea con el hierro en la mano. Sin embargo, este no parece darse cuenta de su desconfianza, lo cuelga en el soporte y camina hacia la cocina para indicar a la asistenta les sirva la cena. Pasado el momento de tensión, Fernando come con el apetito desmesurado de siempre, comentando el umbrío espesor de los bosques nativos y destacando la nobleza de las cabalgaduras.

—Me impresiona el verde profundo de los bosques de esta zona, el clima y la humedad debe mantenerlos así.

—Llueve muchos meses, incluso en verano —explica Víctor—. La humedad es difícil de soportar para los afuerinos, pero el fuego ayuda.

—Los potros que montamos mantuvieron buen trote, aunque al principio parecían mansos. ¿Hace tiempo que los tienes contigo?

—Años. Los traje al poco tiempo de comprar la parcela, cuando aún eran potrillos.

Víctor dispone el vino y rellena con frecuencia las copas, cansados, los hombres se retiran pronto a sus habitaciones.

Al siguiente día recorren la estancia en sus monturas observando el ganado ovino pastoreado por los campesinos y sus perros, Víctor va describiendo cómo se organizan las faenas. Llegan hasta los palafitos de la costa para degustar el marisco recolectado por los pescadores, al atardecer regresan en silencio, mirándose a veces de reojo. Antes de dirigirse al comedor para la cena, Fernando explora la casa asomándose a los cuartos sin tener idea de lo que busca, se acerca a la pared de una habitación donde cuelgan fotografías, se detiene en una en blanco y negro donde aparecen dos adolescentes tomados de la mano. Una punzada le atraviesa, reconoce a Romina en un tiempo anterior a que él la conociera. Junto al dolor, asoma en su rostro un gesto contrariado.

Durante la cena hablan de los potrillos que han nacido este año.

—Fueron cuatro, el último parto fue complicado, nos pasamos toda la noche con la yegua, acariciándola y hablándole. Temblaba —dice Fernando—, parecía suplicar ayuda, la veterinaria temía pudiéramos perderla. Recién al amanecer salió el potrillo y de inmediato se puso de pie luego de desenredar sus patas. Impresionante.

—Es increíble lo acabados y competentes que nacen los animales —acota Víctor reflexivo—, tan distintos de las crías humanas nacidas como si fueran prematuras, dependiendo por completo de otro para sobrevivir.

—Es cierto, aunque a ese potrillo debimos alimentarlo a biberones, con una dedicación total, sino no hubiera podido salir adelante.

Después quedan hablando largamente de Azabache, la hermosa yegua negra propiedad de Fernando en la que Víctor está interesado, una pura raza árabe cuyo pelaje la hace excepcional y única. Querría comprarla, aunque está advertido de que no está en venta. Ensalzan su espléndida figura y el disfrute de contemplar su estampa, sus extremidades estilizadas, sus ancas torneadas y potentes, el temple sereno, la armonía de sus movimientos y la vivacidad de sus ojos oscuros que parecen pensar cuando miran. Ninguno de los hombres se atrevió a mencionar siquiera el nombre de Romina, aunque su presencia gravitaba entre ambos. No hubo confidencias esa noche frente al fuego, tampoco compra de caballos.

Despuntaba el día cuando Fernando inició el regreso, Víctor lo acompañó hasta el transbordador, de allí seguiría en coche al aeropuerto de Castro donde tomaría un vuelo a Santiago. No se relajó durante el trayecto, permaneció de pie contemplando el paisaje desde la barcaza, tampoco pudo descansar durante el vuelo sin dejar de preguntarse qué había sido ese encuentro. Porque lo había propuesto Víctor. Para qué se habían reunido.

En las noches de vuelta a sus insomnios, Fernando pensó que en realidad no deseaba conocer a una mujer distinta de la que había amado. Supuso, que al igual que Víctor, cada uno deseaba seguir amando a la suya. Supo, ninguno soportaría conocer a la que fue del otro.

## DESENGAÑO

Karina Jiménez Salazar

La señora Mercedes se afana entre los regalos de boda que en los últimos días llegan con frecuencia a la casa, ha tenido que habilitar varias habitaciones para exponerlos, cada uno con su respectiva tarjeta indicando el remitente, los cercanos pueden acercarse a contemplarlos, según la costumbre. Se nota en su agitación alborotada que disfruta de todos los detalles del evento: las invitaciones elegidas en papel apergaminado, la preparación del salón donde se realizará el baile, el sitio asignado a la orquesta y la esmerada atención a la iluminación del caserío estilo andaluz. Se preocupó personalmente con esmero del menú, de los jardines que embellecen la hacienda, de los adornos y las flores. Por supuesto del traje de la novia y del suyo propio, encargados a una selecta diseñadora en la ciudad, como corresponde a una familia de posibles. El señor Efraín y la señora Mercedes están dichosos y agradecidos por el enlace, veían con inquietud la soltería de su única hija que se mostraba desinteresada de los hombres, temían que sin nietos se extinguiría la estirpe. Fue una auténtica sorpresa cuando Isabel les dio la noticia, se les ha puesto en el rostro una sonrisa permanente ante la promisoría perspectiva. Además, disfrutaban de la posibilidad que la ocasión les ofrece para atender los numerosos compromisos sociales que la vida militar les ha deparado, la lista de invitados de la novia supera las seiscientas personas.

Isabel pasa de los treinta años, había tenido un novio a los veinte, una relación que no prosperó. Se volcó entonces en la cría de caballos en la hacienda de sus padres, donde solía vérsela sola o en compañía de alguna amiga, hasta que conoció a Joaquín. Fue en una feria rural en Málaga, territorio donde coexisten las atrevidas vanguardias con la tradición más conservadora. Ella acudía a exhibir sus caballos y Joaquín sus mejores ejemplares bovinos, ambos serían premiados por sus animales. Nada más conocerse se prendaron el uno del otro en medio del alboroto, un encandilamiento mutuo. Les entusiasmó descubrir tanto en común, sobre todo el gusto por la vida rural y el cuidado de los animales, para ellos fue como un juego comenzar a compartir los mismos intereses y preocupaciones.

Joaquín es el hijo menor de una fratría de diez hermanos, cuyos padres ancianos han visto mermar su situación económica a medida que los hijos se han ido marchando sin posibilidad de apuntalar a los dos menores, los jóvenes han tenido que endeudarse para iniciar su propio emprendimiento. De adolescente Joaquín había pasado por una etapa de promiscuidad en la que cambiaba con frecuencia de pareja. Desde hace años, el joven mantiene una intermitente y apática relación con una muchacha, antigua compañera en el instituto, una mujer que disgusta a su madre porque la ve demasiado “*suelta*”. Tras conocer a Isabel, sumido en el embeleso de la novedad, se desinteresó de la chica.

No habían pasado dos meses cuando seducida por la idea de colmar el deseo de sus padres, Isabel, en un arrebatado, propone:

—¿Por qué no nos casamos?—.

Joaquín vislumbra un horizonte lejos de la zozobra de las deudas, arropado por una familia que lo recibe con los brazos abiertos, se deja fluir entre el encanto y la prosperidad de una relación imaginada como alma gemela.

Comunican la decisión a sus respectivas familias, que aunque sorprendidas, celebran las posibi-

lidades del nuevo enlace. Fijan la fecha dentro de tres meses, tiempo que la señora Mercedes considera indispensable para los preparativos.

—¡Gracias a Dios habrá fiesta en esta casa y podremos celebrar una boda! —La fiesta está en el alma de Andalucía.

Aunque los quehaceres apremian según se acerca la fecha, Isabel y Joaquín permanecen ajenos a todo ese revuelo, ocupados con los animales y la cosecha, descubriendo el placer de compartir ambiciones y desvelos, persuadidos de haber encontrado el amor en esa conjunción de tareas e intereses. Entre el trabajo y la rutina de los días el entusiasmo y la convicción de los jóvenes van menguando, sustituidos por la mutua intuición de un espejismo. Pero ya están lanzados hacia adelante, han comprometido su palabra e involucrado a muchas personas.

El día de la boda la madre va muy temprano al cuarto de su hija, por acompañarla y ayudarla a engalanarse, le extraña la actitud reservada de Isabel y que no se haya probado el vestido que permanece extendido sobre la mesa en que lo dejaron. Pero prefiere no decir ni preguntar nada.

«¡No vaya a ser que en el último momento...!», piensa para sí.

Es sabido que las novias se ponen nerviosas antes de la ceremonia, siempre se ha oído de extrañas reacciones ante la inminencia de una boda. Opta por no turbar el silencio de su hija temiendo que se arrepienta, conocedora de sus caprichosos impulsos. Permanece junto a ella, la mira caminar como una autómatas de un lado al otro de la habitación. Por su parte, Joaquín aún está durmiendo cuando llega su hermano para ayudarlo a vestir y prepararse para el matrimonio, le cuesta sacarlo de la cama, como si le pesara afrontar un día tan señalado.

Pese a la extraña actitud de los novios la boda discurre como estaba previsto, todo es fiesta y ornamento. Llegan los elegantes invitados, los compañeros de armas del padre acuden con el uniforme de gala y hacen el esperado corredor con sus sables por donde pasan los novios. Se sirve el banquete, suena la música y se anima el baile, los contrayentes se reparten entre los saludos y felicitaciones de los congregados. La hacienda luce iluminada y repleta de gente, la fiesta ha resultado espléndida, a entera satisfacción.

Al día siguiente Isabel y Joaquín parten al viaje de novios por Roma y Egipto. No pasan diez días cuando están de vuelta, regresan antes de lo previsto para desconcierto de ambas familias. Joaquín vuelve a su casa donde permanece recluso y solo, Isabel se refugia llorosa en la hacienda de sus padres.

No hubo explicaciones, tampoco se devolvieron los regalos, pero Isabel y Joaquín no volvieron a juntarse, su decisión fue irrevocable. Los padres de ambos, desolados, no se atrevieron a dilucidar el desencuentro de los jóvenes.

## LA PAUSA

Katherin Ester Carvajal Carlos

*"Enciende tu magia, Umi solía decir: lo que deseas está a un sueño de distancia y somos leyenda cada día"*

Es increíble cómo la memoria puede guardar momentos, fragmentos e instantes que, al ser evocados, nos llevan a otro tiempo, nos transportan a otro lugar, como si el multiverso fuese real. El cerebro humano pesa alrededor de un kilogramo y es una estructura tan compleja que aún conserva áreas cuyo funcionamiento desconocemos. Aun así, es capaz de almacenar millones de recuerdos, como una base de datos en un sistema operativo. Miles de historias, anhelos y anécdotas quedan registradas día a día en un camino sin fin que solo se detiene con la muerte.

Cuando se conocieron, sonaba esa canción:

*"Siento mi corazón latiendo, siento mi corazón bajo mi piel..."*

Isabel era una mujer de unos treinta años que vivía en un lugar tranquilo y apacible. Había dejado atrás su hogar con la esperanza de encontrar un nuevo comienzo. Ya habían pasado cinco años desde aquel día en que su madre, entre lágrimas, la despidió en el terminal de buses de su ciudad natal. Pero ella no daría marcha atrás, con un nudo en la garganta, emprendió un camino que marcaría el inicio de su propia historia.

Su destino fue una pequeña localidad en las costas de Caldera, donde la recibió Carmen, una mujer de unos cuarenta años que trabajaba en una agencia de viajes, que le abrió las puertas al mundo de la aventura, le transmitió el sabor por lo desconocido y la llevó a descubrir rincones maravillosos que solo ella conocía. Durante los años que trabajaron juntas, forjaron una amistad profunda y se convirtieron en confidentes de sus secretos más ocultos.

Como una "hermana mayor", Carmen sintió la necesidad de ayudar a Isabel, tal como en el pasado alguien lo había hecho con ella. Era una mujer fuerte, independiente y solitaria, que por años había vivido con el anhelo de formar una gran familia, tener hijos y encontrar un amor. Aunque las cosas tardaban en llegar, nunca perdía la esperanza. Siempre fue generosa con quienes la rodeaban y esta vez no sería la excepción. Su vínculo había nacido mucho tiempo atrás, cuando Isabel tenía apenas once años, una conexión que el destino reforzó con el paso del tiempo.

A medida que crecía, Isabel sentía una conexión cada vez más fuerte con Carmen: con su historia, su vida y la esencia que transmitía. No dudó cuando, en uno de sus viajes juntas, surgió la idea de hacer una pausa, un respiro para reencontrarse con lo realmente importante.

Sin embargo, la compañía de Carmen no fue eterna. Se había enamorado y también había perdido la cabeza por amor. Inició una relación con Daniel, un antiguo amor de la infancia que regresó de manera repentina. Seis meses de noviazgo bastaron para que planearan su boda y en efecto, se casaron un día de otoño.

Aquel día, ella lucía radiante, había un brillo especial en su mirada mientras sus seres queridos la acompañaban al altar. A pesar de su imagen de mujer independiente y ruda, detrás de esa fachada siempre había existido alguien que deseaba amar y ser amada. Su matrimonio fue breve e intenso de principio a fin. Y cuando todo terminó, comprendió el verdadero significado del amor. Como

una melodía lejana, escuchó dentro de sí un sonido que reconoció como su propia voz, ahogada por años, que por fin gritaba lo que siempre había anhelado: ser madre y experimentar un amor incondicional.

El matrimonio de Carmen tomó por sorpresa a Isabel. Aunque se alegraba por su amiga, no podía evitar la inquietud que le generaba. Ahora estaba sola y debía aprender a convivir con sus luces y sombras. Pero los años junto a ella le habían dado la confianza que necesitaba para continuar su propio camino. No regresaría a su hogar, no daría un paso atrás. Veía este nuevo escenario como un desafío, un impulso para ir más allá.

Una tarde de invierno, mientras corría con sus audífonos puestos, vio un rostro familiar que la observaba entre la multitud. Era Andrés.

Había estudiado con él en el pasado y ahora el destino los reunía de nuevo. En sus audífonos sonaba una melodía, la misma de antes. Ahora, ambos estaban frente a frente, con miradas expectantes, llenas de nostalgia y una invitación tácita al reencuentro. Tras unas breves palabras, acordaron verse otra vez.

El lugar elegido fue “El Rincón de Alberto”, un pequeño local a orillas del mar, cálido y sencillo. La luz de la luna iluminaba la noche fría de invierno. Isabel no podía ocultar su emoción: deseaba estar allí, volver a ver a Andrés. No comprendía del todo cómo había ocurrido ese encuentro, pero no podía dejar de pensarlo.

Andrés llegó tarde. Caminaba apresurado, tan distraído que pasó por su mesa sin verla. Ella lo observó con una sonrisa divertida antes de llamarlo. Entre risas y miradas cómplices, la conversación fluyó con naturalidad: hablaron de sus planes, sus sueños y todo lo que había cambiado en sus vidas.

Después de unas copas, caminaron por el borde costero, uno al lado del otro, sintiendo cómo sus manos se rozaban hasta que, al fin, sus dedos se entrelazaron. Continuaron el camino así, tomados de la mano, con sonrisas nerviosas y un latido acelerado en el pecho. Isabel sentía la brisa marina, el olor a sal y el calor de Andrés junto a ella.

Y mientras la melodía seguía resonando en su mente, supo que, cada vez que la escuchara, volvería a ese instante. Sin importar el tiempo ni la distancia. Esa noche soñó con Andrés.

Los días siguieron y sus encuentros se volvieron cada vez más frecuentes. En cada conversación, Isabel sentía que descubría una faceta nueva de él. Pero los sueños también empezaron a tomar protagonismo en su historia.

Cada noche lo veía junto a ella, durmiendo a su lado. Hasta que un sueño la descolocó.

Veía a Andrés acostado en una cama de sábanas blancas. Ella lo miraba fijamente y de pronto, él ya no estaba. Se había convertido en espuma. Desesperada, lo buscaba, gritaba su nombre. Pero entonces la escena cambiaba: veía a gente de su pasado y ella, en medio de todo, esperando. Lo llamaba una y otra vez, pero él nunca aparecía.

Despertó con el corazón agitado, sintiendo una angustia punzante. ¿Había sido aquel sueño una profecía de un final inminente? ¿O solo era el reflejo de sus propios miedos, autosaboteándola ahora que era feliz?

No pudo evitar recordar a su abuela Maya.

Maya sabía de dificultades. Siempre fue una mujer fuerte y trabajadora. En la última etapa de su vida, había adquirido una sabiduría que le permitía aconsejar a sus hijas, nietas y todo aquel que acudía a ella en busca de ayuda. Tenía el don de los sueños: podía predecir lo que sucedería y, siempre, acertaba.

Su historia también estuvo marcada por el dolor. Se casó con un hombre de origen quechua, con quien no compartía el idioma, pero sí el miedo. A través de golpes e insultos, aquel hombre se las ingeniaba para dominarla.

Hasta que un día se armó de valor.

Tomó a sus hijas de tres y cuatro años y huyó de aquel lugar donde había sido tan feliz.

Muchos años después, cuando cerró los ojos por última vez, lo hizo con serenidad. En su mente desfilaron los recuerdos de una vida plena, marcada por luchas, aprendizajes y afectos que dejaron huella. Observó su legado reflejado en las generaciones que crecieron bajo su amor y comprendió que cada risa compartida, cada gesto de ternura y cada sacrificio habían valido la pena. Con la certeza de que su historia permanecería en aquellos que amaba, partió en paz, llevando consigo el eco de todo el amor que había dado y recibido.

Isabel había crecido bajo la influencia de Maya, quien le transmitía sus historias, tradiciones y leyendas a medida que ella iba creciendo. Entre ambas, compartir los sueños de la noche anterior se había convertido en un ritual casi sagrado. Isabel también tenía ese don, esa capacidad de leer en los sueños mensajes ocultos. Por eso, aquel sueño no solo la inquietó, sino que le dejó una herida invisible, un presentimiento que no podía ignorar.

Desde su segundo encuentro, el tiempo con Andrés había sido casi mágico. En su mirada, Isabel encontraba seguridad y en su abrazo, sentía que le envolvía el alma. Su presencia, sus gestos y sus sonrisas se habían convertido en un tesoro invaluable para ella. Compartían el gusto por la cocina, los viajes y esas salidas improvisadas a rincones que Isabel conocía a la perfección. Andrés la observaba con ternura, intentando comprenderla, descifrar sus silencios y miedos. Desde pequeño, había aprendido a perder: la muerte de sus padres a temprana edad dejó en él una herida imborrable, una marca que, sin saberlo, lo acercaba aún más a Isabel.

Con el paso de los meses, su vínculo se volvió tan estrecho que Andrés aprendió a leer a Isabel sin necesidad de palabras. Sabía cuando estaba feliz, algo le preocupaba o necesitaba refugiarse en un abrazo. Había aprendido su lenguaje silencioso, sus pausas y matices y eso lo hacía sentirse más cerca de ella. Sin embargo, un día, sin previo aviso, Isabel comenzó a distanciarse.

Al principio fueron detalles sutiles: respuestas más cortas, miradas esquivas, silencios que antes no existían. Andrés sintió una punzada en el pecho, una mezcla de confusión y tristeza. No entendía qué estaba ocurriendo. Él intuía que Isabel luchaba contra algo dentro de sí, pero no quería presionarla. Sabía que, si la acorralaba con preguntas, ella se cerraría aún más. El temor de perderla lo mantenía en vilo y por primera vez en mucho tiempo, sintió el peso de la incertidumbre.

¿Serían capaces de enfrentar juntos sus inseguridades? ¿Podrían despojarse del miedo y confiar plenamente el uno en el otro? ¿O terminarían atrapados en sus propias sombras, incapaces de darse la oportunidad de un amor sin reservas?

El temor a lo desconocido se convierte en un muro que nos impide avanzar, una barrera construida con incertidumbre y temores. No obstante, la memoria es caprichosa. Aquello que no nos atrevimos a vivir del todo regresa en forma de ecos y melodías. Canciones que, con sus notas y versos, nos devuelven a ese momento preciso en el que estuvimos a un paso de cruzar la línea, en el que el universo parecía alinearse para ofrecernos un destino distinto. En esos acordes se esconden los latidos acelerados, las manos que no se tomaron, las despedidas que nunca fueron definitivas.

## ¿CÓMO CANTA EL ZORZAL?

Katia Velásquez Martínez

Ester es una niña común y corriente, que vive en una casa común y corriente, con un patio común y silvestre, en una isla muy verde. Vive con la dulce compañía de un gato, un perro y muchos pajaritos. Además, se acompaña de un caballo y del sol que nace junto al río y se acurruca en la noche en el mar.

Ester pensaba qué lindo es que existan tantos pajaritos y conocer sus nombres y a la vez qué triste no saber reconocerlos por su canto. La niña solo conocía algunos trinos como el de las bandurrias, los queltehues que anuncian que lloverá o va a amainar la lluvia y los chucaos que todo el mundo sabe que si cantan por la derecha darán buena suerte y al revés por la izquierda. Las Huet huet tienen una forma de cantar inconfundible. Pero, ¡los zorzales! ¿Será que nunca voy a conocer como cantan los zorzales se preguntaba Ester?

Ese día llegó a la hora acostumbrada a la puerta de su casa, la misma que antes había estado en casa de su madre y muchos años antes en la de su abuela, era lo que llama una puerta vieja en su casa común y corriente.

La criatura estaba inmóvil ahí, a centímetros de la entrada. Las extremidades no se movían, el pecho no se movía y estaba en absoluto silencio. Ester la tomó en brazos, le hizo unos pequeños movimientos repetidos sobre el pecho, le dio su aliento y luego le habló bajito y le dijo cosas bonitas. Algo así como si quería seguir viviendo, ella le podía ayudar con tibieza y un poco de alimento, lo más que podía ofrecerle en realidad era compañía. La acurrucó, le fabricó una cama que parecía confortable y abrigada. Pasaron las horas, en realidad todo un día y la pequeña criatura respiraba, se movía, era capaz de ir de una habitación a otra por si sola y cantaba.

Cantaba una melodía especial, a veces con tonos muy agudos, luego un sinfín de notas más apuradas como si fuese una historia muy interesante. Ester se imaginó que el pequeño le contaba su vida en una canción irrepetible, le decía lo feliz que era teniendo tantos arboles diferentes y poder treparse a lo más alto y otras veces estar más cerca del suelo, pegado a la base del tronco, donde todo se vuelve menos verde y más café. Pensó que también le agradecía la cama que parecía hecha toda de algodones como si estuviese acostado en una nube y más que nada, esos instantes sagrados en que la niña le compartió en un tiempo extendido la tibieza de su pecho y lo llevó al columpio de madera de la entrada de la casa.

Así como Ester disfrutaba de dormir en su casa común y corriente pensó que el pequeñito querría volver a la suya, pero, poco antes de que anocheciera se dio cuenta que estaba demasiado frágil, le faltaban fuerzas, no podía mantenerse en pie, incluso era incapaz de sostenerse en uno de los árboles que más le gustaba.

Entonces lo tomó con suma delicadeza, lo acurrucó en ternura, mientras le agradecía por el canto, porque esas notas se quedarían en su memoria para siempre, esas notas melodiosas agudas y a ratos más rapiditas como si fuesen una historia.

Luego, se animó incluso a decirle que si estaba muy cansado podía tomar esa otra puerta ancha que lleva al otro espacio donde podía descansar y seguir soñando.

La camita improvisada y la cama de Ester estaban juntas, así que cuando la niña apagó la luz del velador no hubo inconvenientes en seguir conversando, Ester hablaba lento y la criatura cantaba cada vez más bajito hasta que se hizo el silencio.

Al despertar, la niña tuvo un presentimiento, había un olor extraño y frío, dio un salto y fue a ver la camita improvisada y comprobó que el pequeño estaba sin moverse, helado, con la cabeza totalmente aplastada contra las hojitas del nido que ella le había construido.

Ester no lloró, pero tuvo mucha tristeza. Se había ilusionado con que el zorzalito viviría, recuperaría fuerzas y volvería a volar, ella lo dejaría en total libertad y a pesar de eso su amigo volvería a saludarla cada primavera. Pero el pequeñito no tuvo tantas fuerzas, solo alcanzó su entusiasmo para vivir un día y una noche para enseñarle el verdadero canto del zorzal.

## EL VIEJO PATO

Laura Caballero Canales

Pensé que el Viejo Pato no me iba a perdonar re nunquita que le hubiera fallado... Pero con tanto tiempo que se lo ha pasado encanado estos años y aquí una con las hormonas locas y el cuerpo dispuesto, tenía que pasar no má... Le rogué y le rogué en varias de las visitas, hasta que me pidió la visita conyugal y nos abuenamos. Le hice re jurar que no le iba a mandar a hacer nada al cabro del consultorio. El pobre pájaro juraba que soy un poquito mayor que él, pero no sabe ná que podría ser su mamá. Claro que su mamá seguramente no está tan bien recauchá como yo, porque cuando nos juntamos con el Pato, ya van a ser sus veinte años, como estaban llegando las colombianas que son bien pechugonas, me llevó donde un cirujano plástico conocido de él y me puso unos implantes boniiiiitos. Yo creo que debe ser buen cliente el doctor, porque lo tuteaba. Y, aparte de la familia, nadie más se atreve. Hasta los gendarmes nuevos le dicen “Don Patricio” o “Interno Soto”, porque se ha ganado el respeto de todos. Además, mi Pato no consume nada. Eso fue lo primero que me enseñó, que trabajo es trabajo y hay que dejar que los lesos se echen a perder la cabeza, pero uno no.

Para el San Patricio del año pasado, que fue el primero de hartos años que pasó en la casa, encargó unas cervezas sin alcohol. Su buena comida, sus buenas tortas, pero ná de tomar. Además, el Yuyo, el hijo de la segunda señora, está en la rehabilitación por el trago y no se puede ni comer cebollas en escabeche delante de él. Así que ley seca no más. Y si no les gusta, la puerta es bien ancha.

“Pero no salís ná en la foto”, me dijo, así que me quedé sin platita por un tiempo, hasta que me perdonó bien perdoná y me volvió a incluir en la repartija. Eso sí, nunca les ha fallado a los hijos y ellos de vez en cuando me tiraban sus luquitas, porque con sus cabros sí que es manirroto. Sobre todo, con la menor, la Darlincita, que para dorarle la píldora le puso Patricio a la guagua que tuvo. Está tan re orgulloso de su Patricio Soto Soto, Patito Soto Tercero, como le dice, aunque lo conoce por las puras fotos que le imprimimos, porque hace poco allanaron todo y le quitaron el último celular. O sea, no se puede entrar con celulares a la visita, pero mi viejo siempre se las arregla. Dijo que tenía las fotos del broquita en la pared del dormitorio y que hasta la yuta le decía que era igualito a él. Le mandó a hacer un broche de oro con cadenita para el chupete que dice eso.

En realidad, debería ser Mamani Soto, pero el Yerson se volvió a Bolivia porque se enfermó grave la vieja y no lo ha podido venir a reconocer. Al final la otra abuela se murió igual y el Yerson no puede volver porque estaba con visa de turista no más y ahora están bien jodidos en la frontera. El hijo mayor del Viejo Pato, que tuvo con la primera señora, está moviendo a alguien para que lo pueda entrar, pero eso toma su tiempo y no es muy seguro. A esperar no más, en este trabajo hay que puro saber mantener la calma, porque el que se pone nervioso y se apura, pierde. Eso es lo que le digo a la Darlincita, que, total, si el Pato está tan re baboso con tener por fin un nieto con su mismo nombre y apellido, pa qué se va a apurar en que se lo reconozcan, si plata no le falta.

No salió tan morenito que digamos y tiene ojitos de uva, como mi Pato. Ojalá que salga avispa y vivito, como él, porque el Yerson es buena persona, pero calmao calmao, y nadie le saca dos frases de corrido. Mis cabros le dicen el “carrera de caracoles”, pero mejor así, porque es menos atado para mi hija. En esta familia, las riendas de todo lo relacionado con ella, más la casa y el negocio, siempre las hemos llevado las mujeres. Y somos todas vivitas.

Al Yuyo le decimos así porque creció como ese pasto amarillo que hay en la carretera, solo, sin que nadie le tirara ni un poquito de agua siquiera. La segunda señora, que en paz descansa, no cachó que la gracia del negocio era no consumir y se fue cortada de una sobredosis cuando este cabrito tenía sus ocho años, más o menos. A la Rosa, la primera señora, aunque no es legal tampoco, que tiene hace años a cargo el sector de Puente Alto, le cayó mal que el Pato llegara con este huacho y nunca lo recibió bien. Así que el Pato lo dejó encargado con una hermana que tiene en el campo, allá por Campos de Ahumada, cerca de Putaendo. Y el marido de la Estrella era bueno para tomar y de chiquichicho le daba vino con azúcar y harina tostada para que echara cuerpo, porque era re flaquito. Así que ahora está en rehabilitación en una clínica re cara del barrio alto, allá por Isabel la Católica.

Por eso, cuando yo me junté con el Pato y me compró la casa aquí en Colina y me contó, le dije que lo fuera a buscar y lo trajera pa acá. Porque esto de no tener a nadie es tan re triste, po. Una que ha vivido de allegada sabe lo que es que le mezquinen el pan y no pueda nunca llevar a alguien ni a tomar onces.

La Estrella era buena persona, pero el Alberto era el que cortaba el queque y tenía al pobre Yuyo trabajando de sol a sol en el tractor, flaco y bueno para tomar. Así que el Yuyo me prende velitas a mí, porque cuando lo recogí tuvo casa, echó cuerpo y hasta lo llevé al dentista. Porque era re bonito el cabro, igualito a mi Viejo Pato en las fotos de joven y no se podía ni reír porque se le habían picado los chocleros. Pero cada sus dos o tres años le da la weá, se le calienta el hocico y toma hasta quedar botado. Y ahí partimos nosotras con la Darlincita a buscarlo y a llevarlo para la casa de nuevo. Porque por algo es su hermano y la sangre tira.

En el fondo no es mala persona, es que lo echaron a perder de chiquichicho y hay que tenerle paciencia y enriarlo. Pero ahora es hasta cariñoso conmigo, claro que a su manera. A veces pasa al terminal pesquero y si encuentra me trae cholgas, que ahora casi no se ven y me dice que hagamos un cocimiento. Y él es más de carne, porque el Alberto era matarife allá en Campos de Ahumada y siempre que faenaba un animal de los vecinos le quedaban los interiores en maquila. La buena para el marisco soy yo, nacida y criada en Chiloé.

¡A mí no más se me fue a ocurrir venirme para Santiago! Con lo tranquilo que se vivía allá... Pero donde manda capitán no manda marinero y a mi mamita, que en paz descansa, cuando se le murió su marido, que no era mi papá, porque a él nunca lo conocí y me decían siempre en la escuela que era del Trauco, no le quedó otra que volverse a Santiago. Anduvimos dando bote en casa de sus hermanas, hasta que pilló al marido de la tía Sarita arrinconándome en una pieza de atrás, donde nos habían acomodado, y me pusieron en una residencia por vulneración de derechos. Y la tía Sarita, en vez de hacerle un párele al marido, las agarró conmigo porque decía que era yo la que lo andaba provocando. Y yo debo haber tenido unos doce años no más. Y era flaca y despechugada. Pero eso tenía arreglo, me dijo mi Patito. Bueno, injusticias de la vida no más... Y de ahí mi viejita fue decayendo. Me iba a ver cuando podía y yo le pedía que me llevara, pero no tenía adonde. Yo creo que el cáncer le dio de pura pena e impotencia.

El mes pasado fui a Renca a dejar unos encargos del negocio en el auto que me había comprado el Pato, pasé por la Costanera Norte cerca de la casa de la tía Sarita y me entró la curiosidad por saber qué había sido de ella. Pasé despacito por el frente y no me reconoció. En auto lindo, con tremendas pestañas, uñas de esas con hartos brillos, sus buenas pechugas y bien vestida, con ropa de marca. Y ahí estaba la pobre vieja, limpiándole la baba con una toalla al marido sentado en una silla de ruedas al sol. Bien merecido que se lo tenía el muy desgraciado. Ojalá que no se muera muy luego, para que sufra. ¡Miren que andar toqueteando a una *broquita* chica!

Por eso estoy agradecida de mi Patito, porque desde que lo conocí nunca me ha faltado nada. Y tiene la casa y el auto a nombre mío. Y cuando llegue el “carrera de caracoles” de la Darlincita, le tiene echado el ojo a una casa en la misma villa, para que los chiquillos vivan en lo propio. Además, es bueno que sea casa esquina, porque se le puede hacer salida para las dos calles, una para la familia y los clientes por el otro lado. Y en caso de urgencia, mientras allanan por una calle, el Pato se puede arrancar por la otra que es un pasaje piolita. Claro que el Yuyo no es tan avisado para el negocio como ella, que es la más parecida de carácter. Con tener una moto grande le basta y sobra. Y ni departamento ha pedido, porque le gusta estar en la casa, es buen cabro, tranquilo. Claro que ahí en su pieza tiene su tremenda tele y sus equipos de música. Le gustan las rancheras y es fanático de Juan Gabriel. Siempre me dice que le da rabia no haber podido ir a verlo al Festival de Viña el 2004, porque en ese tiempo vivía allá en el campo.

La otra vez tuve que ir a la terapia allá en el centro donde lo rehabilitan, porque el Pato estaba encanado, la Darlincita que es la hermana, no podía ir porque estaba en reposo por el embarazo y quedaba yo no más. Y él me presentó como su mamá, así que me sacó sus buenos lagrimones, porque yo iba a decir que era la pareja del papá no más. Y como el Yuyo está medio arrugado por el sol que tomó allá en el campo y yo ni aparento la edad que tengo y que soy abuela, porque el Pato me dice que compre esas cremas caras no más, que para eso él trabaja, para que se pueda lucir conmigo, parecemos más hermanos o primos.

Y la señorita esa de la clínica nos explicaba que no hay que tentarlo teniendo trago en la casa, así que lo poco que había lo guardé en un closet con llave que tengo en la bodega, en una caja de papas fritas y yo no más tengo la llave.

Es medio bruto el Yuyo, por eso el Pato no le ha soltado pegas grandes y me dice que lo tenga cortito, que lo mande a entregar mercadería, pero de a poco. Jura que no reconocen la moto, con lo tuneada que la tiene. Es callado y como es maceteado, le tienen respeto aquí en Colina y nadie se mete con él. Lo bueno es que no ha vuelto a tener otra recaída y la última vez que me trajo cholgas, le dije que las íbamos a hacer con queso en el horno, para que no se fuera a tentar si las preparaba con vino blanco.

¡Por la cresta! Le dije al Yuyo que tuviera cuidado, que por mucho que tengamos aceite en todas partes, la moto era reconocible desde la otra cuadra. Si aquí no hay tantas tuneadas y mucho menos roja. Y pasó lo que tenía que pasar: alguien se fue de lengua y lo revisaron. Tenía poco, menos mal, porque venía de vuelta, casi sin mercadería. Así que me hice la simpática y les dije en la comisaría que era para el consumo personal no más. Y les expliqué que yo soy la pareja del papá y les conté todo lo que el pobre Yuyo había sufrido con los tíos, hasta me pegué su lagrimeada. Y me puse un chaleco suelto, para que no se me notaran las pechugas operadas, porque ahí cachan al tiro que una dispone de dinero y piden mucho.

Y entre lagrimeada y lagrimeada, conseguí que lo soltaran antes del control de detención, porque la chiquilla que me hace las uñas conocía a alguien y entre amigos se puede conseguir casi todo. Mejor amigos que plata... Claro que me tuve que sacar las extensiones recién puestas, porque con las uñas así como comidas parece que trabajara en el campo, en un packing o en las cosechas. ¡Supieran que no me lavo ni los calzones! Mejor dar trabajo a una señora más necesitada que una y aquí en Colina, muchas se han venido siguiendo a sus parejas desde el norte. ¿Cómo aguantarán tanto, digo yo? Porque yo quiero harto al Pato, pero no me iría siguiéndolo para otro lado. Claro que le estoy agradecida, porque quizás dónde estaría ahora si no fuera por él. Así es la vida, una tiene familia en las buenas y en las malas, aunque no esté casada por las leyes ni menos por la iglesia.

¡Qué tenga una que hacerse cargo de todo, por la chita! Menos mal que al Patito me lo sueltan a fin de mes, porque es cansador llevar el negocio, aunque la Darlincita es seca para la pega. Mañana me van a venir a hacer las uñas de nuevo, con una manicura rusa, porque al viejo lo vuelven loco las uñas laaargas. Y una tiene que darle gusto a su hombre, para que no se le desbande. Pero con el Patito tercero lo tenemos asegurado. Parece que ahora el dicho es “Un nieto tira más que una yunta de bueyes”.

*Los nombres y lugares han sido cambiados para proteger a los (no tan) inocentes.*

## **SOMOS PALOS DE CARBONO, SOMOS HIERBAS DE CRISTAL**

Luis Enrique Mendez Duarte

Para escribir solo se necesitan palabras, no hace falta arreglarlas como todos esos poetas famosos, solo saber entenderlas, cada quien tiene una interpretación o quiere entender lo que quiere, pero ¿en realidad entiendes lo que quieres o entiendes lo que quieren que entiendas?, ¿eres manipulable, maleable, un juguete o crees tener autonomía. Yo pienso que la mente humana es un misterio, la religión y la vida en sí, nada es exacto, quizá solo las matemáticas. Aunque capaz que en un par de años aparezca un genio que refute algunas leyes de la ciencia, algo crudo, pero real, nada es absoluto.

Creemos que entendemos la mente humana, pero ni tú mismo te conoces, no estoy hablando de nada ni nadie, pero sí de todo y de todos. Filosofía, no, patrañas, quizá qué planeamos en nuestras vidas, nuestro futuro dicen, pero qué futuro quieres tú, qué aportas a la humanidad, qué aportamos como grupo, como conjunto, cada quien tiene visiones, expectativas, metas, tal vez personales, académicas, humanitarias, económicas, pero la naturaleza humana es de pensar en sí mismo, qué diablos importa la humanidad dicen unos, el prójimo, pero cuando ese prójimo es un familiar o un ser querido en esos momentos sí importa, ¿no?... Duro. Pero cierto. Pero ya lo dije nada es absoluto.

Me pregunto ¿qué estás pensando en este momento? Quizá podría saber qué es, quizá no, nunca lo sabrás o tal vez...

Qué es la vida, ¿amor? ¿Felicidad? ¿Fe?, nada ni nadie lo describe, simplemente es un regalo, hay que saberlo apreciar, ese regalo que te dio tu dios, el de tu preferencia. Qué hiciste para ganarte ese regalo, qué harás para agradecerlo.

Simple cursilerías, patrañas, bazofias, el sin sentido de las palabras tiene sentido del modo que lo veas, tal vez nadie nunca lo vea.

Muerte, política, sexo, religión, amor, cosas naturales comunes, estamos embriagados con ellas, convivimos, hablamos de ellas, pero es sorprendente que ninguno tenga razón al respecto, temas tan básicos, sabemos tanto de ellos que no sabemos nada, o tal vez sabemos tanto que no se llega a un consenso. He ahí otro problema, es necesario dos personas para estar en desacuerdo con algo y bueno, somos miles de millones de seres humanos, imagínense el caos, cada quien quiere tener la razón, unos más orgullosos, más cascarrabias, otros más dóciles, maleables, quizá tu seas uno de ellos o no...

Piensa en ti mismo, cree en ti, quiérete, analízate, pero no te aísles busca en personas especiales aquellas cosas que te complementen y te hagan mejor persona, pero recuerda la solución solo la tiene uno mismo. Ya que, en vez de adelantarnos, nos atrasamos y al final nadie tiene la razón.

## EL DESPERTAR DE LA EXISTENCIA

Luis Enrique Mendez Duarte

Las cascadas hacia las que me dirigía eran mi refugio en tiempos de agobio, representaban un escape a la cotidianidad, llegar a ellas dejaba un respiro de triunfo.

Yo trabajo en otro estado, pero cada vez que voy a mi pueblo natal por unos días, lo primero que hago es dirigirme hacia aquellas cascadas rejuvenecedoras y reconfortantes, situadas en un pueblo montaña arriba, a una hora y media de allí. El tiempo que tengo siempre es poco, pero trato de ir al menos una vez al año. No sé qué poseen esas cascadas, pero al salir de ellas, me siento descansado, aliviado, con ganas de continuar con la presión laboral.

Soy un importante empresario, manejo grandes cantidades de dinero, y se imaginan lo que ello representa, estrés en su máxima expresión. Ser el responsable de trescientos empleados y hacerse cargo de todos los problemas que ello acarrea, además de pasar tiempo con mi esposa y mis tres hijos. Con 35 años, aún me siento joven, con muchas metas por delante y material e intelecto para ejecutarlas y sigo creyendo que mi secreto han sido las cascadas de aquel pueblito cuyas temperatura y ambiente frío, hace que aquellas aguas sean lo que uno llama heladas, como las mentes de algunas personas, como los sentimientos de otras, pero acogedoras como otras tantas.

Impresiona lo que la naturaleza puede influir en una persona, en su ánimo, su mentalidad, creatividad, en un mundo lleno de tecnología arrogante, que se ha adueñado de nosotros en la ciudad y hasta en los más pequeños pueblos.

Hubiera querido vivir siglos atrás, donde todo era más simple, sin tanta globalización, eran pequeñas cosas las que mantenían ocupados a los habitantes de aquellas regiones en el pasado, sin tener que enfrentar tantas crisis y desastres causados por el mismo hombre. Debió ser muy interesante e inquietante la vida de aquellos personajes, que debían cosechar su propio alimento, caminar grandes distancias, elaborar utensilios, jugar con la creatividad para ejecutar ciertos trabajos, eso que aún se consigue en algunos campos y montañas donde los agricultores o campesinos, como solemos llamarlos, pues realizan. Siendo contemporáneos con sus antepasados, realizando todas esas actividades que fueron heredadas de generación en generación, una pizca del pasado en el futuro reflejado en el ahora, todo aquello que nos hace recordar lo que fuimos y lo que somos, lo que hemos evolucionado, siendo copia fehaciente de lo que aquellos libros de historia recalcan.

El camino elaborado por los lugareños por su continuo paso me hacía pensar, ¿cuántas personas habrán cruzado este camino?, ¿cuántos pasos se necesitó para que esta tierra fértil abarrotada de vegetación, fuera más que una simple huella de arena de medio metro de ancho?, ¿quién sería el primero en descubrir aquellas cascadas y red de cuevas de aquellas montañas?, ¿en qué año? Quizá nunca lo sabré o tal vez algún día me encontraré un lugareño sabio, el cual responderá aquellas preguntas y otras tantas que poseo.

Cinco minutos después de haber pasado el pueblo, me adentro a la montaña, casi virgen, rebosante de naturaleza, expresada en miles de flores de variados colores, matices, morfología, innumerables especies de arañas y otros insectos, que dejarían petrificado a más de uno, árboles frondosos que datan de cientos de años atrás, olores que penetran tu cerebro y dan satisfacción instantánea, aves que dan sonoridad al silencio, mezclándose con el cantar del agua que discurre por el

río, el choque de las piedras que vaticina la crecida de la corriente, un alma gritando en sentido metafórico, es lo que se me ocurre de esa naturaleza de miles de años. Con cada paso que doy, respiro el aire puro, el agua rozar mi piel, siento la caricia de las ramas al borde del camino, hasta la más simple piedra posee más vida que algunas personas que he conocido, unas forradas de vegetación, otras formando refugios para los insectos, dan forma a la montaña, sirven de base o sostén de las cascadas, algunas con una inmensidad indescriptible, que él solo pensar el cómo habrán llegado allí, me resultaba un enigma. Las incansables funciones que ejercían las rocas en ese ecosistema, sin duda son una lección a los individuos holgazanes e inútiles.

La primera vez que conocí aquel refugio escondido fue hace 15 años, apenas mi personalidad estaba formada, esa vez gracias a un amigo y su insistencia de llevarme a conocer lo que él llamo “las grandes caídas de agua”. De inmediato quedé impresionado.

En aquellos años las visité por hobby, luego fui descubriendo que las necesitaba y después las fui queriendo, entendiendo su significado. Era un reto subir las cascadas, el choque del agua con el cuerpo ejercía una presión tremenda, las rocas eran resbalosas, para escalarlas se debía escoger la adecuada, no había lugar para errores, al subir la primera debía prepararme para la segunda, implacable, elevándose cuatro metros de un empinado eje vertical. Un tronco viejo y un poco agrietado daba la señal de que debías apoyarte de él para subirla, sin este aspirar a la última cascada era solo un chiste, pese a que estaba circunscrito por una sustancia resbalosa, ganada por aquella humedad que reinaba, que daba paso al asiento de vegetación. Muchos se caían allí, solo los ágiles lograban vencerla. Pues sí, yo soy ágil...

La última cascada representaba el último reto, los murciélagos daban la bienvenida a los que se acercaban, como un aviso de lo tenebroso que encontrarían a su paso más arriba. Esta era más interesante ya que poseía una cueva en su interior que tenía como huéspedes a los mamíferos voladores que iban quedando atrás, además era un tanto más grande que la anterior, el agua corría con más fuerza en ella, el golpe del agua podía tumbar a cualquiera, llegar a la cueva no era fácil, pero con sentido común y creatividad, al primer intento podías ser su nuevo huésped. Medía algo más de un metro y medio, me sentaba ahí por horas a solo ver bajar el agua, el frío era satisfactorio, reducía mi frecuencia cardiaca.

¡Que belleza!, pensaba y al salir de allí intentaba subir dicha cascada, las primeras veces no lo logré, el miedo me ganó, luego descubrí el truco. Río arriba se encontraban alrededor de tres casas separadas, se debía caminar varios minutos para llegar a la siguiente. La primera estaba abandonada, la segunda era habitada por una señora de ochenta y tantos llamada Rita, la última se situaba al lado de una pequeña capilla, que intersectaba con tres caminos, uno hacia una carretera que comunicaba con otro pueblo, otra hacia una hacienda y el último era la ruta de regreso.

Me senté frente aquella capilla y pensaba: «¿Cómo han hecho estas personas para construir sus casas?, caminar todo eso para vivir en tranquilidad es admirable, cuando mis hijos se casen y ya no necesiten de mí, vendré a vivir acá». No era la primera vez que pensaba en ello, ya simplemente esperaba a que mis hijos crecieran para ejecutar mi idea. En ese momento giré hacia mi lado y divisé a unos lugareños dirigirse a la hacienda, los saludé con la mirada, bebí un sorbo de agua de mi cantimplora y seguí mi rumbo de vuelta. Me adentré río abajo y divisé la cascada de la cueva, la bajé con facilidad introduciéndome con habilidad en la cueva y saltando dos metros. Abajo me esperaba la segunda cascada, me seguí dejando llevar por el río y a solo pocos pasos descubrí una horrible realidad.

El tronco ya no estaba, grité maldiciones al aire y profanando aquel santuario natural. En ese momento quede en shock.

¿Cómo pudo desaparecer aquel tronco que me había acompañado por años?, ¿sería que una corriente sumamente fuerte pudo desalojarlo de su sitio?, pero en tan pocos minutos no había crecido tanto la corriente. «¡Qué incógnita!», pensé, «¡qué más da!, ya veré eso, ahora mi problema es cómo bajar aquella cascada».

No llevaba ningún tipo de cuerdas conmigo, solo me acompañaba mi coala y mi cantimplora decidí hacer estas expediciones así, después de perder varios documentos y equipos celulares, desechos por el agua. No tenía comunicación. ¿Cómo bajaba sin aquel tronco?, ¡nunca lo había hecho! Sorprendente lo que hace la adaptación, hacía diez años que dominaba la técnica de subir las cascadas, los primeros cinco fueron de aprendizaje, pero ya era todo un experto y ahora un hecho impredecible acababa con esa facilidad. Así somos nosotros los humanos, nos toca algún tiempo aprender, pero cuando nos acostumbramos a algo y se nos quita ese eslabón, pues todo se nos viene abajo.

Yo sabía que dentro de la cascada se encontraba variaciones en las rocas, que permitían adosar las extremidades a ellas, pero sin ayuda del tronco era inevitable el fracaso. Luego de minutos de análisis, decidí intentar. Mala decisión.

Estaba al borde de la cascada de cuatro metros de profundidad y uno y medio de ancho, el agua helada corría con fuerza y el río había crecido una enormidad, de manera que no tenía retorno, mi única salida era bajar, pero en el primer intento fallé y en grande, resbalé y la corriente me llevó, mi pierna golpeó una roca y al levantarme el dolor avisó lo que el agua con su color rojo ya me había dicho, mi hueso expuesto estaba y yo allí yacía, helado, sangrando, con un dolor tremendo, sin poder moverme. En ese momento vi mi fin y también me descubrí. En ese momento desperté.

## AMOR

Marco Antonio Medina

Me habría gustado contarles una historia más estimulante y llena de alegría que esta, pero las cosas no siempre se dan como uno quisiera. En especial, cuando son ajenas, como en este caso, en que se trata de mi bisabuelo.

Nuestra familia se ha caracterizado por la precocidad en todos los sentidos. Lectores, estudiantes y profesionales precoces y por cierto padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, todos con sus primeros hijos antes de los veinte años. Como si la vida fuese una carrera que hay que terminar lo más rápido posible.

Después de cumplir los dieciocho, hace ya algunas décadas y cuando mi bisabuelo se aproximaba a los 80, me contó una parte de su vida que nadie más conocía, con excepción de los involucrados. Nunca supe por qué razón lo hizo y tampoco se lo pude preguntar, pues se murió de improviso al día siguiente, llevando consigo quizás cuántos secretos más.

Por el lado de mi padre éramos una familia enorme, un familión deberíamos llamarle. Desde mi bisabuelo, que inició la tradición de tener tres hijos, toda la descendencia había tenido igual número de vástagos, separados tan solo por un año, más hombres que mujeres. Cuando nos reuníamos en el campo de mi tío Carlos, solo entre tíos y primos juntábamos cuatro equipos de baby fútbol y quedaba una cantidad similar de mujeres que podían incorporarse como reservas.

En esos encuentros tan frecuentes, casi sábado por medio, me fui acercando cada vez más a mi tía Angélica. Su nombre no podía haber sido escogido con mayor acierto. La delicadeza y femineidad de su trato, el timbre dulce de su voz, junto a la belleza y armonía de su rostro, la convertían en un ser angelical. Era la hermana mayor de mi padre y por ello parecía ejercer una influencia especial sobre él. Pero al mismo tiempo, se dejaba proteger por su hermano menor.

Nadie podía decir con exactitud qué la había llevado a ser la única tía que permanecía soltera. Algunos lo explicaban por su profesión y los constantes viajes que le demandaba. Pero otras cinco tías tenían ritmos laborales semejantes y no habían faltado a la tradición de los tres hijos.

¿Algún desengaño amoroso? ¿Una desilusión retenida en el alma con una herida que el tiempo no había logrado curar? No lo sé. O mejor dicho, no lo supe hasta que mi abuelo me llevó a un lado después del último partido en la cancha de tierra y me lanzó su verdad, como quien descerraja un tiro a boca de jarro en la cabeza de su peor enemigo.

A sus veinte años, mi tía Angélica, la nieta favorita de mi bisabuelo, ya había destacado por la cantidad de pretendientes que la perseguían impulsados por su gran atractivo. De estos, solo un reducido círculo había podido acceder a su compañía, en intensos y cortos romances. El más prolongado se extendió por apenas dos meses. Todos conjeturaban que la joven era exigente y hacía valer sus múltiples atributos.

Otros tíos ya me habían comentado que, a pesar de sus cortos noviazgos, sus amistades se mantenían por más tiempo y algunas parecían imperecederas, como el caso de una compañera de colegio, tan hermosa y dulce como ella, cuya compañía se extendía desde los doce años. Artemisa, extraño nombre para su época. Aunque quienes la conocieron sostienen que la joven representaba en plenitud la personificación del espíritu femenino independiente, ese que no requiere estar

en pareja para sentirse plena y completa, como la antigua diosa griega. La verdad es que yo no la conocí. Recién daba mis primeros pasos cuando esa amistad ya se había extinguido en forma sorpresiva y para siempre.

¿Qué había sucedido para que terminara de manera tan abrupta?

La cercanía de mi tía Angélica con su abuelo, mi bisabuelo, parecía ser mayor que con su padre. Siempre era el primero en saber lo bueno y lo malo de su existencia. Era su soporte y contención emocional para los momentos duros y las caídas. Y los brazos elegidos para compartir las grandes alegrías del alma. Fuente inagotable de consejos sabios y la mejor guía racional para enfrentar las situaciones complejas de la adolescencia y luego, de la joven adultez.

Aún jadeante por el esfuerzo del partido y sentado en un banquillo de madera, escuchaba con atención a mi super tata. Partió diciéndome que ya hacía varios años que había reparado en la estrecha relación entre su nieta y Artemisa. Una amistad entrañable y sólida, generadora de una fuerza capaz de sostenerlas con firmeza ante cualquier embate del destino, sin importar su dureza ni intensidad. Para él también era evidente la influencia que la joven ejercía en los romances de su nieta preferida. Muchas veces le pareció que el término o continuidad de ellos, pasaban más por su amiga que por ella.

Sin embargo –continuaba contando–, él siempre pensó que esa relación tenía algo más que pura amistad. La cercanía física era intensa y permanente, siempre abrazadas o tomadas de la mano, lo que no extrañaba siendo dos jovencitas tan cercanas. Pero si uno ponía atención a sus miradas compartidas, podía adivinarse en ellas un carácter más cercano a la complicidad del erotismo que a la de la simple amistad.

Y sus sospechas fueron confirmadas por la misma nieta, cuando luego de la celebración familiar de sus dieciocho años le confesó a su abuelo que Artemisa no solo era su gran amiga, sino que también su novia desde hacía un par de años.

Imagino la sorpresa del pobre viejo, criado en una familia llena de tradiciones y estereotipos resistentes al cambio.

Pero al parecer, el amor permite aceptar muchas más cosas que el simple raciocinio y superar convencionalismos añejos, que solo tienden a romper la armonía que siempre debería prevalecer en las relaciones familiares. Y así lo hizo mi bisabuelo. Al comienzo a regañadientes, según me confesó, pero terminó aceptándolo bien, a juzgar por la forma en que me describió el estrecho abrazo con el cual acogió la revelación de su nieta. Y eso me hizo sentir que, a pesar de la época, la esperanza había brillado.

–Pero las cosas no terminaron ahí, en realidad nada terminó allí –prosiguió él–. La confesión de mi nieta fue aparejada con un gran acercamiento de Artemisa hacia mí –dijo dando una mirada perdida hacia el fondo de la cancha, como intentando buscar las palabras precisas para continuar el relato.

Imaginé que intentaba decirme que había adoptado una nueva nieta. Pero las cosas no eran así. Se giró de nuevo hacia donde yo estaba y en ese momento pude apreciar sus ojos húmedos y la desazón en su rostro.

–En esa pequeña muchacha no había nada de dulzura, en verdad, ella era la personificación del diablo –me espetó con sus ojos abiertos e inyectados de sangre y una mueca, que, de no haber sido mi bisabuelo, habría pensado que era propia de un loco.

Intenté tranquilizarlo tomando sus manos, como él lo hacía conmigo cuando yo era pequeño y estaba asustado. Posó su mirada directo en mis ojos y me preguntó: –¿Tú crees que es lógico que una jovencita que apenas se empina a los 20 años intente seducir a un viejo cercano a los 60?

En ese momento no supe qué responderle. Intenté imaginar el cuadro y me pareció poco creíble. Además y fuera de toda pacatería, también me resultó repulsivo. Miré a mi tía Angélica que se desplazaba despreocupada por el otro borde de la cancha, con un colorido sombrero de ala ancha protegiéndola del sol. Intenté pensar cómo habría lucido hace 20 años atrás. La vi radiante con su belleza juvenil y reflejando la misma seguridad que ahora mostraba al caminar. Sin duda debe haber sido una mujer muy atractiva y deseada por su círculo cercano de amigos.

Él aún me miraba a los ojos, esperando mi respuesta. –No logro imaginarme lo que me cuentas, si es que ella era tan cercana a tu nieta predilecta –respondí casi balbuceando.

–Al terminar una de las tantas celebraciones familiares en mi casa y cuando ya todos se habían marchado, ellas dos se quedaron conmigo –continuó.

–Pero ellas no vivían contigo –le dije.

–Claro que no, mi nieta vivía con mi hijo y Artemisa con su madre, que era viuda. Pero mi nieta se quedaba con frecuencia en mi casa, aunque nunca con su amiga, como ese día –respondió.

–Ya en esa época su cercanía conmigo era muy estrecha. Me demostraba tanta confianza como mi nieta, pero había algo que me molestaba mucho en ella y que no lograba identificar. No era una cercanía sana, como la de mi querida Angélica. No había un lazo de sangre de por medio.

–¿Y qué sucedió esa noche? –pregunté curioso.

–Después de una larga conversación acerca de sus planes para el futuro, ellas se fueron a dormir a la habitación de huéspedes y yo a mi dormitorio –contestó–. Al darme vuelta en la cama, luego de algunas horas de sueño, desperté asustado por el contacto de otro cuerpo. No podía diferenciar si era parte de un sueño o era real. Sentí la tibieza de una piel suave y luego una mano que tomaba la mía y me abrazaba mientras se acercaba a mí –concluyó con la voz temblorosa.

–Pero eso fue un sueño, super tata. Hace muchos años que vives solo –le respondí.

–Yo también lo creí al comienzo, pero no era un sueño. Mientras sus brazos me aprisionaban, sus piernas se enredaban con las mías y un aliento tibio me llegaba a la cara. Ahí me di cuenta de que mis manos tocaban una piel tersa y cálida –dijo el anciano, mientras se llevaba las manos al rostro y dejaba escapar un suave sollozo.

Desde joven acostumbraba a dormir desnudo porque la ropa lo hacía sudar mucho. Por eso sé que pudo captar todos los detalles de quien yacía a su lado. Mientras seguía con su relato, yo intentaba ponerme en ese escenario, tratando de imaginar que habría hecho yo en su lugar y a su edad. Y me resultaba muy difícil pensarlo. No era una situación esperable.

Las luces del jardín que se colaban por la ventana le permitieron vislumbrar el rostro dueño de ese cuerpo y su garganta ahogó un grito mezcla de sorpresa y desesperación. Era Artemisa quien estaba desnuda y abrazada con firmeza a él.

–La despegué con fuerza de mi lado y la zarandée intentando separarla. En ese instante vi la negrura de su alma reflejada en el fondo de su mirada. Sonrió con displicencia y me dijo que tuviese cuidado, que si la contrariaba comenzaría a gritar y a decir que yo estaba intentando violarla. Y Angélica aparecería de inmediato –me dijo con la voz cada vez más baja.

–¿Y qué hiciste? –le pregunté.

–La empujé hacia el lado e intenté levantarme, pero solo logré echar la ropa de cama hacia atrás antes de que ella saltara como una gata salvaje y se montara a horcajadas sobre mí, diciéndome que solo quería sentirse poseída por un hombre y no por un mocosito como los que había tenido hasta ahora –dijo finalmente, antes de hacer una pausa que me pareció eterna.

Solo atiné a decirle que estuviese tranquilo, que yo lo escucharía con calma y lo confortaría, que siempre había sido mi super tata y lo seguiría siendo. Nada de lo que me contara me haría cambiar la admiración y el amor que sentía por él.

El sudor recorría su frente, como si hubiese estado corriendo detrás de la pelota, a la par con nosotros. Por suerte, solo yo podía verlo así, ya que daba la espalda a la cancha donde se encontraban los demás.

Luego de un profundo suspiro, continuó su relato.

–Con gran ímpetu comenzó a moverse en forma rítmica, restregando todo su cuerpo sobre el mío, mientras me besaba en la boca con una destreza y pasión que desde hacía muchos años no había experimentado. No pude determinar el momento exacto en que perdí todo control sobre mí y me entregué a la alegría y el placer que estaba despertando en mí esa joven mujer. Mirando hacia atrás, no podría decir quién violentó a quién o si alguien, en verdad, fue violentado –concluyó.

Mientras lo escuchaba, pensaba en mi tía Angélica. ¿Se enteró en algún momento de esto que me estaba contando? No creo que Artemisa ni él se lo hayan dicho.

–¿Y qué pasó después? –pregunté con curiosidad natural.

–Lo que nunca imaginé cuando esto ocurrió –respondió con desazón–. Volvió a suceder en innumerables ocasiones, durante más de un año, en que las visitas a mi casa fueron cada vez más frecuentes, siempre juntas y a menudo para quedarse alojando hasta el día siguiente. Y por supuesto, en cada noche se repetía la escena de la primera vez. Y mi nieta nunca pareció sospecharlo –remató.

–¿No te pareció extraño que mi tía Angélica no sospechara ni preguntara nada? –le consulté.

Mi bisabuelo respiró profundo y me dijo, señalando a mi tía: –Creo que ella siempre lo supo y no solo lo aprobaba, sino que también estimulaba a Artemisa a hacerlo, por razones que ignoro.

Me resultaba difícil aceptar esa explicación. Si mi tía y Artemisa eran una pareja formal y al decir de él, se amaban y respetaban, ¿por qué mi tía aceptaría la relación de su amante con su abuelo? Por lo que relataba, esta última relación no había atenuado el amor ni la pasión de las jóvenes amantes femeninas.

Mientras miraba a la distancia a mi tía Angélica, que continuaba paseando y ahora leyendo un libro, sentí la curiosidad de preguntar por qué razón Artemisa desapareció de improviso de su vida. La consulta lo sobresaltó. Quizás no estaba en sus planes llegar hasta ese punto. Se miró las manos y comenzó a hablar con lentitud, como si quisiera evadir la respuesta.

–El amor y la pasión se agotan, en especial cuando la novedad se transforma en rutina. Y creo que eso le ocurrió a Artemisa conmigo. Yo no puedo decir lo mismo con respecto a ella, porque siempre hubo algo nuevo y apasionante en cada uno de los encuentros. En algún momento comencé a sentir que yo era su vía de escape para mantener un toque de femineidad heterosexual por fuera de su relación lésbica con mi nieta y allí entendí que solo había sido utilizado y seguiría siéndolo mientras yo lo permitiera. Era indudable que ella aún estaba enamorada y apasionada por tu tía Angélica y su curiosidad e interés por mí iba menguando con el paso de los días –infirió respirando profundo.

–¿Y qué hiciste para frenar todo eso? –le espeté.

–Yo no hice nada, en verdad no hice nada –respondió y se mantuvo en silencio, mientras se daba la vuelta para quedar con su mirada fija en mi tía, quien ya iniciaba un nuevo recorrido bordeando la cancha.

Volví a insistir con mi pregunta, lo que generó su evidente incomodidad.

Se dio vuelta hacia mí y me habló con mucha calma, como si hubiese ensayado repetidas veces su respuesta. –Esa última noche, finalizando el mes de marzo, llegó igual que siempre, mientras yo dormía. Se metió en mi cama con sigilo y me despertó con la suavidad erótica de sus dedos en mi piel. Me volví para abrazarla y en ese momento percibí la sombra de otra figura femenina reflejada en la pared, al lado de la puerta abierta de mi dormitorio. No podía ser otra que mi nieta, no había nadie más en la casa.

La molestia reflejada en las palabras de mi bisabuelo era evidente. Y también su agitación al recordar el momento, a pesar de lo cual continuó con el relato.

–Intenté incorporarme en la cama y el ruido hizo que la sombra se desplazara de inmediato. Le dije que no podíamos continuar así, que esto nos dañaba a todos, pero en especial a mi nieta. Intenté separarla de mí y durante el forcejeo cayó al suelo el collar con el colgante de medio corazón que Angélica le había regalado tres años antes, en señal de compromiso y que ella nunca se retiraba del cuello –terminó de decirme.

–¿Y que hizo Artemisa?

–Me enterró sus uñas en el pecho y me mordió el hombro derecho, enfurecida por la caída del collar. Enseguida se levantó y lo buscó en la cama. En medio de la oscuridad, recogió algo del suelo y salió de la habitación corriendo desnuda por el pasillo.

–¿Qué pasó después? ¿Hablaron al día siguiente? –pregunté intrigado.

–Nunca más volví a verla. Cuando me levanté en la mañana, ya no estaba en la casa y mi nieta parecía desconocer todo lo que había pasado. No quise preguntarle por su novia. Preferí el silencio y esperé a que Angélica me dijera algo. Pero no me habló más de Artemisa. Fue como si nunca hubiese existido esa mujer –terminó.

Las arrugas parecían marcarse más en su rostro de ceño fruncido, sus labios apretados y los ojos enrojecidos. Una delgada lágrima escapaba zigzagueando entre los surcos de su mejilla. En ese momento reparé que en su mano derecha apretaba algo con fuerza y le dije: —¿Qué tienes ahí, super tata?

Bajó su vista y de a poco abrió su mano. La figura de plata de un corazón partido, unido a una fina cadena, reflejó el brillante sol de la tarde.

## COMO NAVEGANTES

María Norambuena de Papel

Llegar hasta aquí nos ha llevado un largo tiempo. Fue un viaje extremo surcar de orilla a orilla. El clima no fue un buen amigo, solo a ratos. Parecía que la tormenta siempre estaba sobre nosotros. Los intentos fueron esperanzadores en un comienzo y luego, como una tela transparente que se desvanece ante nuestros ojos, se nos desarmaba la ilusión. Como una risa burlesca de no sabemos quién, que nos tendía una trampa de no poder usar los salvavidas cada vez que nos lanzábamos. El destino nos mostró que debía ser distinto a cómo queríamos. Deseábamos atravesar el océano simplemente a remo, sin llevar carbón ni otro combustible. En una tormenta perdimos uno de ellos y luego de unos días, se nos rompió el que quedaba, hasta que una noche, se soltó y quedamos a la deriva.

Mientras el clima era inclemente, en la cubierta nos abrazábamos para sentir calor y el dolor del agua fría del viento salobre huracanado, a ratos necesario, nos hacía entrar en razón. Al calmar la mar, lo volvíamos a intentar, renacía en nosotros el anhelo de llegar a puerto pronto, pero siempre con menos recursos que la vez anterior. Al levantarse una nueva tormenta, intentábamos mantenernos firmes, pero siempre nos volvía a despojar hasta casi el alma. Y parecía siempre que era de noche. Se no acababan las provisiones, las fuerzas. Ya no quedaban chocolates, azúcar ni miel y la fruta se iba poniendo arrugada, oscura, con un sabor deslavado, luego amargo, picante, incomible. Se ponía áspera y luego afelpada. La tirábamos al agua e intentábamos no comer lo que nos hacía mal, solo a veces lo lográbamos, el resto de las veces, lo llevábamos puesto, muy adentro, podrido. Nos arropábamos en las noches frías, nos acurrucábamos, nos olíamos. Estábamos pestilentes, y ese olor nos unía más y más. Una vez, intentamos tomar un bote de rescate, pero no tuvimos buen resultado. Tambaleamos, nos caímos, casi nos ahogamos. Puede que haya sido un delirio como el canto de una sirena. Tragamos agua salada, tanta, que el agua nos inundó por dentro y de paso, nos ardió las grietas de la piel reseca. Pero ahí estábamos de vuelta, en nuestro bote de madera. Esa vez fue porque intentamos cambiarlo, pues pensábamos que estaba embrujado y nos pareció que finalmente la embarcación no nos quería dejar.

De pronto, el agua se calmó. La profundidad azul oscura se volvió calipso. El vaivén se hizo suave y el sol brilló por primera vez luego de tanto tiempo. Nos secó la ropa, nos puso sonrisas en las caras y nuestra sangre se volvió roja rutilante, pulsátil, viva. Nos abrazábamos eufóricos. Pescamos reinetas, las cocinamos a fuego lento y pudimos disfrutar de una velada maravillosa. Y como si fuera un chiste, la última botella de vino, rodó por la cubierta y frenó ante nosotros en el mástil. La abrimos, brindamos, celebramos ver tierra firme, y llegamos en la madrugada a la orilla.

## ESTA VEZ, EN LA OSCURIDAD

Nedy Varela

¿Qué dijiste? ¡Ni loca! Sabés que no me animo.

Ya sé que intentamos hacerlo en el jardín de tu tío, pero eso fue hace mucho tiempo... La vieja, que nos corrió con la escoba, ya no vive. Imagino que se estará riendo, a más no poder, en el cielo. Mirá, venís insistiendo con este asunto hace tiempo. Pero pensá: vos te casaste, yo también, pasaron muchos años. Enviudé, te divorciaste...

¿Querés hacerlo y tiene que ser hoy? ¿Te picó el bicho justo hoy?

No me dejó seguir hablando, me tomó del brazo, y mirándome fijo me dijo —Quedate tranquila, esta vez, todo va a salir bien. No tenemos nada que perder.

Sabés que nos quedamos con ganas...

—Vos te habrás quedado con ganas, yo ya estoy para cuarteles de invierno —respondí. Aunque, por adentro, la adrenalina bullía como volcán...

Me tomó la mano y una electricidad nerviosa me recorrió todo el cuerpo.

Como siempre, mi mano estaba helada y la suya tibia, muy tibia.

Entonces busqué una excusa... ¿Encima querés que sea de noche y en el parque? Mirá que de noche es peligroso ¿Y si nos agarran? Además, la oscuridad me asusta.

Todavía no sé cómo me convenció, la cuestión es que lo hizo.

Ahí estaba yo, haciendo caso a una invitación alocada y esperando a que pasara la hora para ir al parque...

Cuando volvió a mi casa eran cerca de las diez de la noche.

¿Estás pronta? —preguntó con ansiedad.

Yo sacudí la cabeza como negando todo lo que iba a suceder.

Éramos dos idiotas tratando de recordar lo que no pudo concretarse, en un jardín, hacía como cuarenta o cincuenta años.

Su voz solo repetía: no tenemos nada para perder. ¡Dale! ¡La vida es riesgo! Yo lo espero hace tiempo ¿y vos?

Les juro que me temblaba todo cuando nos adentramos en el parque. Solo un farolito en una esquina, lo demás, noche cerrada, oscuridad absoluta.

Caminamos casi a tientas entre los árboles. De pronto ella me dijo: ¡Acá hay un buen lugar! ¡Dale! ¡No puedo esperar más!

Como pude, me fui apoyando contra un tronco para poder bajarme la bombacha. Creo que ella a mi lado hacía lo mismo. Nuestros muslos se tocaron y ella puso su mano sobre el mío y la corrió lentamente. Solo podía sentir su respiración excitada y aunque no veía su rostro sé que sonreía.

El pasto húmedo y frío me tocó el trasero y me estremecí.

Acariciándome el pelo aseguró —esta vez tenemos más experiencia, calmate...

Suspiré diciéndole, sí, ahora somos dos viejas locas.

Me habló con voz suave y se acercó como para darme coraje. En la oscuridad, sus manos tocaron mi rostro.

Mi voz sonó un poco infantil —¿Seguís estando tan segura como aquella vez?

Antes de que respondiera, sentimos un ruido y pasos que se aproximaban.

De pronto, una linterna nos iluminó y un vozarrón lanzó un bramido, ¡qué están haciendo ustedes ahí!

El guardaparques, nunca nos creyó que habíamos ido a orinar junto a un árbol.

## TORMENTA

Nedy Varela

Son las tres de la mañana y el teléfono no deja de sonar, una y otra vez.

Mmm... no te dejan dormir.

Acomodás tu cabeza en la almohada y seguís durmiendo. Tratás de no sentirlo.

El sonido se detiene unos segundos y recomienza como un taladro.

Quizás sea algo urgente. Dale, contestá. ¿Quién llamaría a esta hora si no fuera algo importante?

¿No te parece?

—¡Hola! ¿Quién es?

En unos instantes, en la semi penumbra y con el sueño aún pegado a la almohada reconocés la voz... Te pide que vayas.

Casi con un gruñido respondés —Y ahora, qué te pasa.

Mientras, ella habla:

¿No te parece que sos demasiado brusco?

Disimulas tu arrepentimiento justificándote: que son las tres de la mañana, que estás fundido y que encima te plantea semejante problema.

Sé sincero, en realidad no querés ir...

Tendrás que poner en marcha la Ford del viejo. ¿Cuánto hace que no la sacás del garaje? ¿Y ahora? ¿Vas a decir que te pesan los recuerdos?

Pero... ¿Te vas a acostar de nuevo? ¿Pensás en ir para allá a las ocho?

Ahora sí que enloqueciste. Ella te necesita...

Pará, no te duermas y pensá.

Te pareció que estaba un poco grande para tener otro hijo. Si ya te tenía a vos, ¿para qué otro crío? ¿Solo para satisfacer a su “nuevo hombre”?

Pero cada uno es dueño de su vida... Vos lo dijiste.

No seas cabeza dura y levantate.

Bueno, ahora un buen café, tratá de despejarte.

Ella te quiere y vos lo sabés. Apurate.

¿Qué? ¿Tenés miedo de que no arranque el auto?

No seas infantil y no busques excusas... No seas testarudo como siempre.

Ponlo en marcha para que el motor se vaya calentando.

¿Ahora estás mirando el cielo? ¿Que se ve encapotado?

No digas que ahora te va a achicar una lluvia. La peleaste duro cuando te fuiste de la casa y ahora estás más o menos bien ¿y te preocupan unas gotas?

Mirá, ella dijo lo que dijo y por eso te fuiste. No razonaron juntos, no hablaron para poder entenderse.

Ahora, con el auto en marcha, tomás la carretera. Son más de cien kilómetros de ruta y las gotas empiezan a golpear el capó y el parabrisas.

¿Temblás? Te parece increíble ese relámpago que atrona la noche. No te alcanzan los ojos para ver esa luz que ilumina las nubes amenazantes, pesadas y violetas.

Te dije, cuando todo sucedió, que te ibas a arrepentir.

Ese asunto siempre te ha trastornado y no hay quien te lo saque de la cabeza.

Vos diste un portazo y te fuiste. Mal hecho, debiste dejar pasar el momento de enojo y volver para aclarar. No volviste y ahora pagás las consecuencias de tu orgullo.

Tenés merecido lo que te pasa. Solo pensaste que otro hombre se iba a meter en su cama. Te portaste como un cavernario. Hasta tu abuelo lo tomó mejor que vos.

La tormenta sigue y casi no se ve la ruta.

Sí, claro, vos sos un hombre y tenés los huevos bien puestos y nadie toca a tu mamá. ¿Pero no entendés? Tu viejo hace como cinco años que se fue.

¿Qué te pasa entonces? Ni tus amigos podían creerlo y se preguntaban: Y a este loco, ¿qué le picó?

Pero vos seguís todavía con tu cantinela: ¡No tenía que casarse de nuevo!

Estuviste en la boca de todos los vecinos del barrio. Sos un inmaduro.

Los ojos fijos en la ruta solo veían una cortina de agua que resonaba fuera del auto como queriendo entrar, quizás para diluir tanta bronca acumulada.

Hasta que te llegó la noticia de que estaba intentando quedar embarazada... Y lo tuvo. Entonces, la culpa fue de ese mocoso llorón, cagón y meón que todos insisten en que es tu hermano.

Como cuando jugabas a la lotería con tu viejo pensaste: ¡Cartón lleno!

¡Cuidado! Que la ruta en esa curva tiene un aviso de peligro.

¿Qué haces abriendo tu chaqueta? ¿Qué estás mirando?

Tu madre tenía razón, sos un loco bravo.

En cuanto al niño, ¿qué mal te hizo? Encima, dicen que es igualito a vos.

¿Ahora que ella te necesita qué pensás hacer?

¿Estás seguro?

Ya falta menos... La tercera casa después de la siguiente señal, a la izquierda.

La lluvia es una furia desatada y el vapor se condensa en el vidrio y te obliga a detener el auto.

A los costados de la carretera corre un río de barro y hojas.

Aunque el cielo sigue encapotado y está oscuro ya son casi las ocho, tal como lo indica tu reloj pulsera.

Este trayecto lo hubieras hecho en menos de una hora. Quizás, ella crea que ya no irás. Pero vos sabés que es inteligente, paciente y razonadora. Seguro piensa que la lluvia te detuvo y que esperarás que amaine.

Parece que la cortina de lluvia se abrió un poco y te da paso. Arrancá.

Las luces de los relámpagos continúan iluminando los árboles y las sombras.

Vos que solías mostrarte firme y frío ¿por qué mirás nervioso la figura que aparece bajo la luz del portón?

Ahora que ves que es ella ¿qué sentís? ¿Te parece que tu madre fue tan cruel contigo?

Ella te llamó con ternura, y vos la maltrataste.

Ahora bajá y hacete cargo. ¿Podrás tenerte en pie sin que te tiemble todo?

Seguro que no vas a tener muchas ganas de hablarle y vas a echarle la culpa a la lluvia, a que estás casi sin dormir y...

Tu madre te abraza y te besa con cariño.

El arma sigue allí, en tu chaqueta.

## INSOMNIO

Oriana Valenzuela Castro

Todos me aseguraban que el cansancio y las vicisitudes del retorno a la actividad laboral harían el prodigio, pero no se cumplía.

A las tres de la mañana estaba siempre despierta, ya sea por una interrupción precoz o porque aún esperaba que acudiera el descanso. Y cuando lo hacía, era breve y superficial. Durante meses probé técnicas respiratorias, ejercicios de relajación, conteo sistemático de ovejas y un sinfín de consejos, pero nada resultó.

Decidí entonces abordar el asunto de manera científica. Me aboqué a estudiar cada uno de los factores, los analicé con esmero, realicé coléricas búsquedas en internet y comencé a implementar una serie de medidas con el objetivo de que al momento de pulsar el interruptor se presentasen de inmediato las condiciones óptimas para el sueño absoluto. Para mi contento, todo comenzó muy bien. Ni una brizna de luz se lograba filtrar por la tapa de madera que mandé a instalar en la lucarna, aquella ventanita ridícula empinada entre las vigas del techo a través de la que tantas veces escudriñé con deleite el tránsito de las estrellas o bañé mis manos en el pálido chorro de la luna.

Con gruesos antifaces cubrí esos inquietantes ojillos verdes sin párpados, que una vez a oscuras, me espían sin descaro desde las esquinas de los aparatos electrónicos.

Luego pasé visita al otro costado de mi habitación. Allí también las cosas estaban controladas. Ni un mínimo rayo lograba atravesar el black out que cubría rebosante la amplitud del ventanal donde ni siquiera se lograba dibujar su perfil.

Podría decir que el factor luz estaba dominado. Al oprimir el interruptor, una negrura completa caía sobre mi cabeza sumiéndome en una oscuridad perfecta, como la que debió haber existido cuando el Espíritu divino aún no se decidía a disipar las tinieblas y aleteaba lleno de dudas sobre la superficie de las aguas.

—Ahora vamos por los sonidos—me dije, mientras intentaba despejarme de otra mala noche.

El ruido ciudadano nunca ha constituido un problema grave, ya que al estar mi casa alejada de la calle solo escucho de vez en cuando el ronquido agónico de un motor engullido por el cemento. Algunas veces ladridos remotos rompen la quietud. Otras, y esas siempre me han gustado, un leve estremecimiento llega de puntillas hasta mi cama. Un temblor de moléculas, que conforme pasan los segundos se va haciendo más y más patente, más ronco, más alienado. Unos cascos de hierro repican a lo lejos; un animal cansado viene bufando su carga mineral y rocosa. En esos instantes me quedo quieta, aguzo el oído y siento acercarse su larga cabalgadura atravesando los campos. Me gusta escucharlo hasta el final, hasta que el último soplido expira en la distancia. Imagino sobrevolarlo hasta ver su vagón de cola tragado por la soledad, y yo parada en la vía, decirle adiós con el pensamiento.

Siempre me pareció que los sonidos nocturnos tienen algo de animal de guarida. Durante el día permanecen soterrados como si temieran arder a la luz del sol y solo cuando el cielo desnuda su vacío se asoman temerosos entre grillos e intervalos de desvelo. Como en aquellos, en los que

enroscaba mis piernas en la tibieza de las tuyas y me hacía cóncava para acoplar mi cuerpo a la curva de tu espalda.

Ahora son diferentes, ya no crujen a maní tostado ni a burbujas de aire que se revientan con los dedos. Con tu partida perdieron su sabor, su redondez, se desfiguraron en un gemido que vino a agujinear el relato de mis noches. Un sonido doloroso que debo acallar para conciliar el sueño.

La solución vino de la tecnología. Un día desempaqué una apacible esfera negra del tamaño de un melón o más bien de un coco tropical y la instalé en mi mesita de noche como le dicen al velador. Me saludó inmediatamente y yo le respondí presentándome. Nos comprendimos desde el primer momento. Tenía unos signos de suma y resta sobre su superficie, innecesarios por completo, ya que no necesitaba tocarla para que me hablara más alto o me susurrara al oído, bastaba con que se lo pidiera.

A medida que pasaban los días le fui descubriendo innumerables talentos. Respondía mis preguntas, me hacía sugerencias y cumplía mis órdenes con buen ánimo, sin mostrar nunca signos de hastío o incomodidad, por lo que le tomé confianza y comencé a darle mayores responsabilidades. Ya no solo le preguntaba por la hora, el clima o las últimas noticias, sino que le solicitaba me recordara eventos, me tocara música o relajara mis oídos escuchando caer una cascada de agua o arropándome en el chisporroteo de una fogata imaginaria. Pero lo mejor ocurrió cuando le pedí que me leyera un cuento. Fue un gran hallazgo. Poseía un repertorio increíble y tenía una memoria privilegiada. Si en la sesión anterior habíamos quedado en la mitad de algo, a la siguiente bastaba con decirle “continúa” y reanudaba el relato sin ningún tropiezo.

De los cuentos nos pasamos a las novelas. Era capaz de condensar en una hora un libro completo utilizando sus propias palabras y por añadidura explicándome algunas particularidades del autor. Pero si quería que me leyera el texto original también podía hacerlo, dividiéndolo en capítulos los que le iba solicitando a mi entero capricho. Sin duda una trabajadora invaluable. Con su presencia discreta y su buena voluntad se me fueron amainando poco a poco esas tormentas eléctricas que me dejaban empapada y tiritando de espanto bajo las sábanas.

Pero aún no lograba el sueño anhelado.

Me quedaban circunstancias por vigilar, pensé, por ejemplo, la temperatura. Si bien el vivir en este borde entorchado de América del Sur, latitud 32º y más o menos equidistante entre cordillera y mar, otorga la mayor parte de año una climatización nata, en mitad del invierno y en pleno verano no basta con cerrar o abrir el ventanal. Hube de adquirir ayuda. El frío fue domeñado por un calentador infrarrojo silencioso y eficaz, y la masa inmóvil de aire caliente que se estaciona en las viviendas durante los días tórridos, removida con facilidad por un aparato de aire acondicionado de última generación. Con estos elementos en pocos minutos la habitación alcanzaba su temperatura de excelencia.

Tampoco dejé de lado los otros órganos de los sentidos. Para tranquilizar el olfato, que en más de una ocasión me hizo levantar de la cama buscando afanosamente un angustiante foco de incendio o una hipotética emanación tóxica, llegó a mi saber la existencia de la *lavandula angustifolia*, un regalo de la naturaleza que en forma de aceite esencial colocado sobre la piel de las muñecas o en flores metidas dentro de pequeños sacos permeables, aromatizan la ansiedad y alejan los fantasmas.

Y por último para el tacto, unas sábanas de 500 hilos de algodón egipcio remataban el escenario con su sedosidad de pétalos.

Todo estudiado, nada quedó al azar.

Había decidido que las 22 horas sería el momento apropiado para apagar la luz y despedir esa claridad vacua que se derramaba desde el cono de la lámpara y teñía de un tono amarillento el costado izquierdo de mi cama, el cual seguía ocupando con porfía como si nada hubiese sucedido.

Splo había que pulsar el interruptor y todos los factores concatenados harían que el sueño bajara como una riada, sin necesidad siquiera de cerrar los ojos, los que por olvido cualquier noche pudieran quedárase abiertos. Así de desconcentrada anduve en ese entonces.

El primer intento fracasó por un error de principiante. Cuando la somnolencia se acercaba, esperándola yo en mi bella oscuridad, una serie de notificaciones hicieron vibrar mi teléfono, por lo que no me quedó más remedio que encender la luz y responder la consulta de un colega de turno. Y todo volvió a fojas cero.

La solución era obvia: ir a ajustes y activar el modo no molestar, desde las 22 horas hasta las 7 de la mañana. Ya no volvería a suceder.

La segunda noche no pudo ponerse en práctica porque era viernes y había sacado entradas a una obra de teatro a la que asistí con unas amigas.

La tercera sería la vencida me dije, y a las 22 en punto di la partida. La oscuridad desplegó instantánea su densa túnica. Mi Alexa se encendió con el relato de “La pasión turca” de Antonio Gala. La temperatura era tibia y la lavanda flotaba en mis narices. Todo estaba en su punto cumbre, hasta que una discusión de las placas tectónicas justo debajo de mi cama, terminaron en una pelea descomunal que remecieron desde la cuarta a la sexta región, según cacarearon los noticiarios. Una trifulca de voces, movimientos y ladridos me espantaron toda intención de sueño. ¡Puro Chile es tu cielo azulado!, me levanté y me fui a la cocina a preparar una agüita de melisa.

Revolvía la taza esperando que las hojas que corté del minúsculo huerto de mi patio terminaran de entregar su sustancia y sin decidir aún si añadir o no una pinta de azúcar a la infusión (decisión no menor, ya que el hacerlo me obligaría a lavarme los dientes por segunda vez), escuché unos sonidos extraños. No eran los de siempre ni venían del vecindario, sino de un rincón cercano y desconocido.

Miré el reloj, marcaba las tres.

Un ruido agudo como un pequeño chirrido me puso en alerta. Algo así como una emisora mal sintonizada que intentaba montarse en la banda correcta.

—Hola —dije sin darme cuenta.

—Hola —me respondiste con timidez. Y era tu voz. Un poco metálica y destartalada, pero era tu voz—. ¿Cómo estás?

—No puedo dormir— te conté enseguida, dejando establecido con rapidez el problema más relevante, temiendo un súbito corte de la comunicación a juzgar por el chirrido de fondo que se hacía más intenso.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes, me has visto? ¿Me estás viendo ahora?

—Sí y no.

Sentí curiosidad y quise preguntarte detalles del “sí” y los impedimentos del “no”... —¿se ve en colores? ¿puedes adelantar escenas? ¿Tal vez intervenir?—. Muchas preguntas brotaron de mi cabeza aturdida, pero concluí que dado que era el primer contacto, mejor no perder tiempo en pormenores. Además, seguro que ya estabas al tanto de todo lo que había ocurrido en tu ausencia.

—¿Qué me aconsejas? —Te pregunté, con el mismo tono con que lo había hecho, en esta misma mesa, tantas veces, solo que ahora eran las tres de la mañana y yo miraba el espacio vacío que se posaba sobre la silla que tenía enfrente. Los años van acumulando repeticiones que luego nos afloran en forma tan natural.

—Que tengas paciencia, ya viene.

—Nada viene —acoté con flojedad y estiré la mano hacia el azucarero.

—Hay un lugar donde ir a buscarla.

Me quedé expectante. Quería mirarte a los ojos, así que apunté mis pupilas a la altura y la distancia correspondiente y en mi memoria se dibujaron lentos tus grandes pozos oscuros. Estuve a punto de abrazarte.

—Vuelve donde estuvimos la última vez.

La visión entró como una ráfaga. Vi las hojas de los árboles languidecer, el agua inmóvil y en el fondo el valle y los cerros terrosos. Fue época de sequía extrema «ahora todo debe estar más verde», pensé.

—Tengo que recordar el camino, ya sabes que nunca he tenido buena orientación.

—Lo harás —dijiste con la sonrisa cómplice que usabas en esas ocasiones. Yo también sonreí.

—O sea, tú lo sabes.

—Sí.

—El domingo iré, te lo prometo.

Fue sucediendo de a poco, imperceptible, como ocurre con las cosas que llegan y se instalan. Un día me sorprendió una especie de cosquilleo interno, una agitación diferente a la máscara diaria de la risa fácil.

Esta mañana me despertó el graznido del pavo real que circula como mascota colectiva por el condominio donde vivo. Miré la hora y me asombré. Había permanecido más de ocho horas en las profundidades del descanso, cerrados los ojos entre mis algodones egipcios, de los que emergí con esa especie de bocinazo desafinado con que el ave anuncia que amaneció hace mucho rato.

Ahora, hay noches en las que verdaderamente duermo como un ángel.

## EL FUTURO DE LA MEDICINA SOBRE LA ELÍPTICA

Perla Calderón Herschman

Mientras apuraba los pasos en la máquina elíptica del gimnasio y su corazón empezaba a alcanzar la frecuencia adecuada para optimizar la tan ansiada quema de grasas, buscó entre las charlas TED de su teléfono móvil algún tema interesante para que transcurrieran más rápido los tediosos treinta minutos necesarios para quemar tan solo doscientas cincuenta calorías, una verdadera miseria para tanto esfuerzo. Le llamó la atención una charla sobre inteligencia artificial (IA), tema tan apasionante como aterrador. En este caso un investigador que hablaba inglés con pesado acento indio y que pudo comprender solo gracias a los subtítulos, explicaba que la mayoría de los pacientes que consultaban a un médico para diagnosticar alguna enfermedad grave, requería una serie de exámenes, los cuales eran luego interpretados por otro especialista y con toda la información, algún otro médico se reuniría con el paciente para darle a conocer resultados y curso de acción.

En su opinión este era un proceso largo y costoso, de difícil instauración en países del tercer mundo. Allí, los pacientes con enfermedades graves no podían ser diagnosticados y tratados de manera oportuna con un procedimiento que requería tantas etapas y tiempo.

Empezó a notar cierta inquietud, mientras sudaba al ritmo de los ciento veinte latidos por minuto que mostraba la pantalla gris.

Hacía tiempo que los médicos se tranquilizaban diciendo que eran imposibles de reemplazar por computadoras, por su toque humano e intuición. Y allí estaba este investigador del prestigioso MIT demostrando que su programa de IA era mucho menos costoso, más rápido y preciso para diagnosticar un centenar de graves enfermedades de lo que cualquier médico humano pudiera ser. Costo efectivo y preciso fueron sus palabras exactas.

La pantalla de la elíptica le mostró ciento cincuenta latidos por minuto, mientras pensaba que el futuro estaba prácticamente al frente y se acercaba el día en que esa noble profesión fuera descargable también, como lo era todo el mundo que habíamos creado. Negó con la cabeza incrédula y siguió pedaleando de pie. Quedaban pocos minutos para terminar su tiempo sobre la elíptica e intentó imaginar cómo sería el mundo en treinta años más. Parecía tan corto lapso de tiempo, pero este avanzaba raudo e implacable y hasta hacía poco resultaba inimaginable que tendríamos en nuestras manos dispositivos tan poderosos de los cuales nos haríamos tan dependientes a un precio tan accesible, como lo eran los teléfonos inteligentes. Era difícil adelantar cómo se practicaría la medicina en un futuro cercano. ¿Los médicos operarían a pacientes desde un teléfono inteligente a miles de kilómetros el uno del otro? ¿O las cosas serían aún más descabelladas y la medicina como la conocemos dejaría de existir para ser reemplazada por cuestionarios de IA que analizarían todos los síntomas y exámenes de cada paciente en unos segundos sin siquiera tocarlo? ¿Tendrían todos una aplicación del celular que poniendo la huella digital analizaría patrones de los latidos y otros elementos para apoyar el diagnóstico? Y *Voilà*... ¿todo el diagnóstico y tratamiento listos de inmediato con altísima posibilidad de apuntarle?

Tal vez fuera una exageración, pero sintió una enorme ansiedad. Detuvo la máquina a los veinticinco minutos y bajó corriendo de ella. Mientras sudaba, tomó su celular y marcó temblorosa el número de la consulta de su querido médico de cabecera para pedir una cita urgente. Pronto, el Dr. Ricardo Larralde podría desaparecer para siempre y le entraron unos deseos irrefrenables de sentir su mirada aguda e inquisitiva mientras palpaba su abdomen con suavidad, buscando algo, pensando en su caso, aunque solo fuera para pedirle al final una larga lista de exámenes que resultarían todos normales.

## UN CAFÉ CON LAS CHICAS

Perla Calderón Herschman

Cecilia es la más sociable y quien cita todas las reuniones de "las chicas", un grupo de amigas que ronda los sesenta. De las ocho integrantes, solo dos trabajan. Las otras disfrutan de una vida sin sobresaltos dedicada a cuidar nietos, participar en alguna que otra beneficencia y tiempo de sobra para leer, hacer deportes y reunirse a media tarde con amigas para un café.

Esa tarde de martes, sentadas alrededor de una mesa decorada con delicias, tales como salmón ahumado, pasta de huevo con ciboulette, palta, quesos variados y diferentes tipos de panecillos, pasteles y frutas frescas de primera, discurren las conversaciones triviales de siempre.

—¿Quién quiere un trozo de pastel? —interrumpe Cecilia, pero todas niegan, excepto dos, las más rellenitas del grupo, que acercan sus platos felices. Las demás las observan, en silencio, intentando evitar decir lo que piensan: que Haydee y Lucero están gordas, que no deberían comer del pastel, que cómo es posible que no puedan mantener la boca cerrada. Sus miradas críticas, casi imperceptibles, se funden con el orgullo que siente cada una por sus cuidadas figuras. Compararse con las rellenitas les produce una enorme sensación de superioridad. Saberse poseedoras de tan elevado grado de autocontrol las sitúa muy por encima de tantas mujeres.

Rosario se jacta de haber bajado ocho kilos gracias a que no compra casi nada en el supermercado ahora último, mientras fuma un cigarrillo tras otro, como si el humo aliviara el hambre. Todas la felicitan, admiradas.

El tema del peso y la comida surgirá en reiteradas ocasiones durante la reunión, haciendo sentir a las rellenitas inadecuadas e inseguras.

—Mi marido me quita la comida si me ve comiendo más de lo adecuado, a veces lo hace frente a los invitados —declara Patricia, como consignando un hecho de la causa. Una sonrisa asimétrica impide descubrir si lo dice con orgullo o como protesta.

Haydee medita en lo terrible que debe ser tener una pareja que controle todo cuanto entra en tu boca. ¿Controlará también lo que debe salir por el otro extremo? Piensa, riendo para sí misma. Agradece estar soltera con un profundo suspiro, elevando su mirada al cielo. Jamás ha tolerado ser mandada, menos por un hombre.

La competencia entre las asistentes no da tregua:

—¡Escuchen esto! Se me metió en la cabeza probarme mi vestido de novia y... ¡aún me entra! —cuenta Rosario extasiada. Todas aplauden con real admiración, boquiabiertas. Las más rellenitas no, cruzan una corta mirada algo impacientes porque en realidad quisieran evitar esos temas de conversación.

Luego, Cecilia cuenta que en su casa se come solo proteínas con ensaladas los últimos meses, que los carbohidratos están prohibidos, ya que todos están a dieta y ríe sonoramente.

—¿Supiste que la hija de la Magdalena Carreño esta con anorexia? Dicen que tiene llena de heridas la garganta de tanto meterse los dedos para vomitar y que ya casi no puede caminar —cuenta Patricia—, qué enfermedad tan terrible —suspira.

—Es la enfermedad del momento... tal vez por el culto a la delgadez y a la perfección del cuerpo tan presentes en nuestra sociedad —reflexiona Haydee, profunda, intentando variar un poco el enfoque.

Se hace un incómodo silencio. ¿Será que tienen algún grado de conciencia de sí mismas sobre la fijación que exhiben con el tema de la delgadez?, medita Lucero. Pero no es así, Cecilia interrumpe el breve silencio:

—¿Y si hacemos un grupo de caminatas? Nos ayudará a quemar calorías y de paso es una actividad divertida para todas.

Muchas asienten entusiasmadas. En cambio, las rellenitas piensan en cuanto les han estado doliendo las rodillas y cuanto aire les hace falta cuando ejercitan apenas algo.

Leonor, que no había intervenido hasta entonces, recoge la reflexión de Haydee y dice:

—Es verdad lo que dijiste, no está bien preocuparse tanto del aspecto físico, pero tampoco está bien despreocuparse.

Las rellenitas sienten que este ha sido el golpe de gracia y el comentario se percibe como una estocada al abdomen. Todas las excusas que se dan a sí mismas para no bajar de peso han sido demolidas. Que no importa el aspecto físico, que lo importante es la persona interior, que la comida es tan rica y que disfrutarla es parte de la vida, que les resulta imposible controlar sostenidamente lo que se llevan a la boca y que nada pueden hacer al respecto excepto conformarse, porque ya lo han intentado todo, menos la cirugía bariátrica, no, eso sí que no, cortar una tripa para desnutrirse y luego recuperar el peso, a eso ninguna de ellas está dispuesta.

A medida que transcurre la reunión, ambas se van hundiendo en la silla como si no quisieran ser vistas y desaparecer, ajenas a las conversaciones incansables sobre la dieta, el peso y el ejercicio.

Hacia el final de la tarde, Cecilia ofrece otra apetitosa torta de merengue frambuesa.

Esta vez nadie acepta.

## LA INYECCIÓN LETAL

Ricardo Sepúlveda Bagú

Javier nació en Guatemala, la pobreza lo llevó a emigrar al norte en busca de mejores condiciones de vida, pero encontró la muerte de una manera no natural, tal como él la provocó en otras personas antes de que estas llegaran a una decadencia biológica.

Su trágica vida transcurrió entre bandidos, quienes lo obligaron a prestar servicios a criminales que lo condujeron a matar o morir de manera lenta y dolorosa en manos de expertos torturadores contratados por la mafia, si no cumplía con las órdenes recibidas.

Mientras tanto, en un hermoso parque de Londres, Michel juega con sus hijos: Maud, una hermosa niña de nueve años, y Donald, un esbelto adolescente de 14. Sabe que su esposa ha estado decaída durante algún tiempo y no los acompaña en el paseo, ya que está a la espera de los resultados de unos análisis de laboratorio que puedan aclarar su malestar.

Javier lleva a cabo su misión como mula: atravesar la frontera con Estados Unidos cargado con tabletas de metanfetamina fabricadas en México, una tarea que ha realizado con éxito en varias ocasiones. Sin embargo, esta vez los controles en la frontera han aumentado y hay guardias civiles que colaboran en el control del muro para evitar la entrada de inmigrantes clandestinos.

Estaba muy confiado, ya que había cruzado varias veces por el mismo lugar que los coyotes le recomendaban. Pero esta vez se encontró con dos muchachos que lo esperaban y le apuntaban con sus armas.

Eligieron un mal momento. Javier, entrenado en la escuela de delincuentes en México, no titubeó en usar sus habilidades. En un pestañeo, dejó a los dos en el suelo, con el cuello cercenado. Un tercero, que estaba más alejado, huyó disparando, pero ninguna bala lo alcanzó. Con precisión, Javier lanzó su navaja, que voló por el aire y le perforó el tórax. Luego corrió a rematarlo, dejando el paso libre para continuar, pero los disparos alertaron a la guardia fronteriza y fue capturado, comenzando un largo periplo que lo llevaría al corredor de la muerte.

Alison, junto a su esposo, ha recibido el resultado de sus análisis: tiene un linfoma. Debe comenzar tratamiento y sus expectativas de vida pueden ser de cinco años o superar ese plazo si la respuesta al tratamiento es favorable.

La familia inicia un largo trayecto con un horizonte de muerte que puede o no superarse. En silencio, en el refugio de su habitación, reflexionan sobre su futuro y el de sus hijos, con la ilusión de verlos crecer, madurar, estudiar en la universidad, formar una familia. ¿Tendrá Alison tiempo para ver estas realizaciones? Está entrando en un corredor con un horizonte incierto.

Javier recibe la visita de un abogado asignado por el estado de Texas para su defensa. A este se le ve poco entusiasmado con la tarea, aún más sabiendo que no le beneficiará en su carrera profesional, pues el caso es poco defendible y lo más probable es que sea una derrota más en su oficio de defender a miserables inmigrantes, que no les importan a los traficantes que lo reclutaron, salvo por la indignación por la pérdida del cargamento que llevaba.

El proceso es largo y pasarán muchos años entre juicio, sentencia y la pena dictada por el juez, una vez que el jurado lo encontró culpable de tres homicidios y tráfico de drogas. Fue condenado a morir por la administración de una inyección letal, el método utilizado en el estado de Texas.

Javier pasa varios años en el corredor de la muerte, esperando que se cumpla la sentencia, tras apelaciones y súplicas al gobernador. La vida transcurre en una celda, aislado, sin visitas ni contacto con nadie. Los guardias no deben hablarle, pero aun así siente apego a la vida y en su interior espera que algo suceda y lo libere de la ejecución.

Alison ha iniciado sus terapias, arropada por familiares y amigos, mientras los feligreses de la iglesia de su comunidad le dan ánimos. Ella siente que debe luchar para compartir el futuro de sus hijos.

Han pasado cinco años. Las terapias han surtido efecto y Alison se ha mantenido muy activa, aunque siempre con el temor de recaer. Asiste al cumpleaños de su padre y, de pronto, se siente mal. Va al baño y presenta un sangrado nasal. Espera que la hemorragia se detenga y regresa con el grupo, pero algo la alerta. En la semana asiste a su control médico y lo que temía se confirma: ha recaído y esta vez las opciones son menos favorables.

Después de ser estudiada, le indican solo terapia paliativa y su pronóstico de vida es de solo algunos meses. Probablemente comenzará a sentirse más decaída hasta que su cuerpo se apague. Para evitar dolores, se le administrará morfina.

Ella no quiere pasar por las etapas finales de su enfermedad en malas condiciones, sufriendo. Decide conversar con su familia y expresar su deseo de programar su muerte asistida, pero de forma consciente, para despedirse de sus seres queridos.

El dolor en la familia es inmenso, y para ella también. Le duele en lo más profundo no poder ver a sus hijos llegar a la adultez. Los abandonará cuando aún son adolescentes.

Su esposo está abrumado, pero entiende su decisión, aunque no le resulta fácil aceptarla y mucho menos ayudarla sin sentirse culpable de contribuir a su muerte.

Con dolor, pero con entereza, Alison decide entrar a la clínica de la muerte de forma voluntaria y solicitar la inyección letal.

En otro lugar lejano, un hombre es arrastrado por el corredor hacia un pabellón, donde le administrarán la inyección para cumplir la sentencia de un tribunal. Él no quiere morir. Está solo, no le permitieron visitas y su cuerpo será el de un muerto anónimo, sin recibir una flor ni una plegaria de sus familiares.

## **MONÓLOGO DE UN CONDENADO**

Ricardo Sepúlveda Bagú

Se ha dictado mi sentencia y he sido condenado a morir por la acción de una inyección letal. Me han traído a una celda de dos por tres metros. Hay solo una cama metálica con una colchoneta, un retrete y un lavabo. Este es mi nuevo mundo de miseria.

Desde mi humilde cabaña en el pueblo campesino, donde compartíamos una choza de paredes de barro y techo de hojas de palmera, recuerdo el fuego central, las cobijas que compartía con mis siete hermanos y mis padres. No había privacidad, pero sí el calor del fuego y de nuestros cuerpos, olores, respiración, y los sonidos del campo.

Ahora tengo este espacio solo para mí, sin contacto humano, sin palabras, sin sonidos... solo el eco de mi mente y los recuerdos que trato de revivir.

La pobreza me obligó a emigrar, a descargar mi familia de mi presencia, a buscar cómo ganar algo de dinero para ayudarles. La ilusión de un mejor futuro me llevó a atravesar selvas, a enfrentar alimañas, serpientes y, sobre todo, bestias humanas que trataban de obtener beneficios de mi necesidad.

Llegué a México, donde me ofrecieron repartir droga a domicilio. Escalé posiciones hasta ser guardia del jefe, cumpliendo labores de sicario, eliminando a vendedores de la competencia. Quise

huir de ese ambiente, junté dinero para pagar mi pase a Estados Unidos, pero fui sorprendido en la frontera. Me enfrenté a los guardias y los maté. Luego fui arrestado. Un juicio breve y mi condena.

¿Cuántas muertes he provocado? Ya perdí la cuenta. La miseria no me permitía muchas elecciones y en esas condiciones me vi obligado a sobrevivir. Elegí este camino y supe que no había vuelta atrás.

La vida no tiene nada que ver con lo que nos predicaba el pastor en la iglesia del pueblo. ¿Dónde estaba el amor de Dios por los pobres? ¿Fue él quien me puso todas estas pruebas? ¿A un ser tan miserable como yo, con tan pocas opciones? ¿Fue él quien me condujo a los vendedores de droga que me amenazaron con matarme o devolverme a la selva?

Mis padres solo conocieron sufrimiento y trabajos mal pagados, pero hicieron esfuerzos por darnos cariño y comida. Tal vez si hubiera seguido su vida, mi existencia no habría sido tan corta.

A mis veintitrés años, enfrente la muerte. Este encierro y aislamiento insoportable me hacen desear que llegue pronto. Criado en el campo, viendo salir el sol, oliendo el café aguado del rancho y el aroma de las tortillas de maíz que hacía mi madre, este encierro es peor que morir.

Trato de pensar en los consejos del pastor, pero parece que Dios no conoce lo que creó. Quizá está ocupado creando otros mundos y se olvidó de este. Si me ama, ¿por qué me hizo la vida tan difícil?

Es cierto que maté, pero también liberé a esas personas de los sufrimientos que he tenido que soportar.

He comenzado a marcar los días, pero aquí da lo mismo. No me importa si esto dura semanas, meses o años. Ya estoy muerto, pero sin el alivio de no sentir nada.

Los guardias también viven este encierro, pero ellos pueden salir al aire libre, ver a sus familias, sentir un beso, un abrazo. Yo solo tengo los recuerdos del calor de mis hermanos.

Creo que me inyectarán un medicamento para matarme. Pero los remedios son para curar y los médicos estudiaron para salvar vidas. ¿Cómo es que participan en esto? ¿Y si los jueces se equivocan o los abogados retuercen tanto la verdad que condenan a un inocente? ¿Sufrirá tanto como yo aquel que se vio obligado a matar?

La diferencia es que ellos eligieron este trabajo y les pagan por hacerlo. Yo no tenía opciones: mataba o moría. Y aquí estoy ahora. En nuestros enfrentamientos, uno veía a su verdugo oponente, también tenían la opción de matarme. Fui más rápido y certero. En eso, Dios me dio habilidades. Tal vez, desde que me creó, me asignó este oficio y ahora me pone en manos de un médico para que me mate de manera cínica: no verá mis ojos ni se enfrentará a mis destrezas.

Me gustaría hablar con mi verdugo, saber cómo se siente con su trabajo. ¿Cree que Dios le asignó esta tarea? ¿Por qué no se encarga Dios mismo de eliminar a los malos o simplemente no crearlos?

¿Por qué me dio la opción de ir hacia el norte y no hacia el sur? Tal vez así no habría enfrentado a estas mafias de drogas y muerte. El pastor decía que era el libre albedrío, pero ¿qué libertad tenía yo si apenas podíamos comer?

Quizás debí haber seguido a mis primos, que iban a una pequeña mezquita que se levantó en el pueblo. Allí les ofrecían un cielo mejor, con siete vírgenes esperándolos y eran premiados si mataban a los que el imán indicaba. Ni siquiera para eso tuve suerte. Hasta me equivoqué de religión.

Han pasado muchos días o meses o años. Mi abogado apeló, lo que prolonga mi agonía. Estoy como un hámster en una jaula, pero sin vista ni rueda para correr. El castigo ha sido peor que la noticia de mi condena. Estoy muerto desde el día en que me encerraron, solo con mis recuerdos y pensamientos. Espero que sea pronto y que el médico verdugo cargue en su conciencia la muerte de un hombre joven al que Dios no le dio oportunidad.

## EL PEDAZO DE PAPEL

Rodrigo Narváez Moreno

Estaba sentado en la sala de espera de un aeropuerto cualquiera, en un tiempo de los de antes, sin celulares, sin pantallas. Era época de luces, villancicos y guirnaldas. Gentes por doquier, en parejas, en grupos pequeños, en grupos grandes. Había ruido, mucho ruido. Había abrazos, despedidas y encuentros. Los besos se sucedían por ahí y por allá, los había protocolares, como esos que se dan a la pasada, incluso con disgusto; había besos cortos en la frente, en las mejillas, en la boca. Y también había besos descarados, húmedos y sinuosos.

Era la sala de espera del sector internacional de una noche de un veintitrés de diciembre. Pululaban las maletas, las mochilas, las cajas y las mascotas. Los brazos de la gente no daban cabida a algo más, eran como árboles navideños caminantes cargados con regalos, sombreros, bolsas y bolsitas de sus ramas.

Los pocos que parecían solos, miraban con ansiedad a uno y otro lado, con rostros de ¿dónde está que aún no llega? ¡Mierda, sino se apura vamos a perder el avión!, pero en un abrir y cerrar de ojos ya iban asiendo otra mano con sus manos y sus rostros se transformaban en: qué bueno que llegaste..., vamos rápido que nos están esperando solo a nosotros...

Poca gente sola, muy sola.

Y él.

Ahí estaba.

Con su vuelo atrasado.

Sentado con desgano.

Casi ausente.

Su mirada vagaba sin rumbo —porque no tenía otra cosa que hacer— y se detenía erráticamente en anuncios, piernas, zapatos, sombreros, abrazos, manos que se estrechaban, lágrimas de adioses, pero a él, la emoción no le alcanzaba ni para la envidia.

Un gran ventanal robó su atención por unos instantes. En el juego de luces y sombras, se vio reflejado como en un espejo. Estaba sentado, se veía displicente. Se miró una eternidad. A lo lejos retumbó el anuncio inentendible de un vuelo. Se hizo una pregunta. ¿Por qué nunca se entiende lo que dicen por los altoparlantes? Y a su mente que iba de aquí para allá, se le ocurrió otra pregunta, de esas que tampoco tienen explicación lógica. ¿Por qué nunca se entiende la letra de los médicos?

Ahí seguía perdido, llevaba una chaqueta al brazo, una mochila y un gorro con su visera muy caída hacia adelante que parecía esconder su rostro al escrutinio.

Se volvió a mirar y seguía ahí perdido, con su chaqueta y su mochila. Llevaba una gorra con visera tan caída hacia adelante que parecía querer esconder su rostro de las miradas indiscretas. Quiso preguntarle —preguntarse—: ¿A dónde viajas? ¿Por qué vas solo? ¿Por qué nadie te despide?

Afuera, un pedazo de papel se bandeaba con el viento. De pronto se agitaba, sin rumbo. Se quedó quieto, muy quieto y entonces un zapato lo pisó sin siquiera tomarlo en cuenta y pegado a su suela caminó un corto trecho con él, pero más adelante quedó otra vez abandonado. Sus ojos quedaron atrapados a ese trozo de papel.

Ahí seguía sentado, con los afectos extraviados. Sintió que era el extremo de una hebra que estaba a merced del destino, a merced de lo que suceda en el minuto y la hora y el día siguiente. Era una hebra que ansiaba y necesitaba volver al ovillo, a su ovillo. Cerró los ojos y sintió que era un niño acunado por los brazos de su madre.

En el juego de las luces y las sombras, volvió a entrever el espejo. Se buscó, pero ya no estaba.

## EL SEMINARISTA

Rodrigo Narváez Moreno

En la penumbra del atardecer estaba con su cuerpo aterido y su espíritu derrotado, las altas columnas, las esculturas adustas de los santos que vigilaban desde lo alto oscurecían aún más sus sentires y sus pensares. Para colmo, en el cenit estaba la imagen del Todopoderoso que con su mirada escrutadora y juzgadora no le daba tregua, lo seguía así se arrojara en el extremo derecho o en el extremo izquierdo de las primeras bancas. Decidió mirarlo sin tangentes y se prosternó frente a él sobre la fría baldosa.

Apretada contra el pecho llevaba su Biblia. Cada vez que había recurrido a ella, encontraba respuestas a sus tribulaciones. Esta vez tenía heridas en el cuerpo, pero lo que más le dolía era el alma. Abrió el bendito libro en una página al azar esperando encontrar luz en medio de la oscuridad.

Salmos 94.1

“Oh SEÑOR, Dios de las venganzas, oh Dios de las venganzas, ¡resplandece!”.

Sintió una bofetada en la mejilla. Esa oración gatilló una retahíla sinfín de recriminaciones y empezó a recitar palabras que ni siquiera alcanzaban a pasar por sus neuronas.

¡¡Oh mi Dios vengativo!!

Has dejado sentir todo tu odio y tu venganza contra la humanidad. Te solazas por doquier. Estás en los cerebros que dan las órdenes de matar, estás en los dedos que tiran del gatillo. Encumbras la venganza a niveles divinos en tu famoso libro y ni siquiera tienes una pizca de vergüenza.

¡¡Oh mi Dios narciso!!

Oh mi Dios, quejumbroso, incoherente. Te quejas de las mentiras, de los crímenes, de las masacres. Claro, a menos que sean cometidas en tu nombre y con tu nombre.

¡¡Oh mi Dios autoritario!!

Solo tu voz debe ser escuchada, solo tu camino ha de ser seguido, solo tus enseñanzas deben ser aprendidas. ¿Quién te dio el señorío de la verdad?!

¡¡Oh mi Dios sordo!!

Cerraste tus oídos a los gritos de las mujeres violadas, a los gritos de los miles que mueren por ráfagas de ametralladoras, de misiles, de bombas; cerraste tus oídos a los millones de niños que mueren de hambre minuto a minuto y a los cientos de seminaristas sodomizados.

¡¡Oh mi Dios ciego!!

¿Acaso no ves toda la miseria que corre como la cascada de un río apestoso con miles y miles de afluentes por todos los confines del planeta?

¡¡Oh mi Dios todopoderoso!!

Te vanaglorias de tu supremacía, de tu poder omnímodo, de tu control total desde el inicio de los tiempos. Tu soberbia te ha cegado, porque tu obra es una mierda. Es cosa de mirar hacia el lado, hacia el derredor, hacia el pasado lejano y al reciente.

Mientras se desahogaba, el joven volvió a sentir el peso, el ardor y el dolor del abuso en sus carnes. Apretó los ojos, cerró la Biblia y la golpeó con el puño apretado. Después de un tiempo que pareció eterno, la abrió al azar nuevamente.

Éxodo 7:17-18.

“¡Ahora vas a saber que yo soy el Señor! Con esta vara que llevo en la mano voy a golpear las aguas del Nilo y el río se convertirá en sangre. Morirán los peces que hay en el río; entonces el río apestará y los egipcios no podrán beber agua de allí”.

Estás pintado de cuerpo entero, empujando a miles a la sed y el hambre. No te importaron ni los viejos, ni los niños, solo te importó que el Faraón no diera curso a tus deseos. ¿Cómo puedes ser el supremo hacedor y a la vez, ser el supremo exterminador?! ¿Cómo puedes dormir tranquilo Dios soberbio?!

Si quieres sentir ese placer destructor, deberías volver en gloria y majestad y con tu espada vengadora, de un solo tajo partir en dos a los apóstoles que ataviados de fastuosos trajes, usan tu palabra, tus salmos y tus enseñanzas, para abusar de los ingenuos y los pobres de espíritu.

La mirada estupefacta de los santos encumbrados en sus altas plataformas lo llenó de más bríos.

Y mirando al Todopoderoso con arrogancia, le gritó: ¿Por qué no te alejas de una vez?!

Por qué no te alejas de una vez y te llevas a los santos y las vírgenes contigo. Váyanse a fornicar a alguna parte, pero dejen de joder al mundo. Sin ustedes habrá menos muertes y menos pueblos se matarán por un pedazo de tierra santa.

Se levantó, tiró la Biblia tan lejos como pudo y salió apresurado.

## NOS PERDIMOS EN EL FRAGOR URBANO

Rubén Escobar Ramírez

Yo estaba allí, parado frente al semáforo que me ofrecía su menú de colores para que pudiese tomar una decisión. Con el verde frente a mí decidí caminar y atravesar la avenida Bernardo O'Higgins de sur a norte. Los pitazos de los policías del tránsito, las bocinas de los microbuses, los automóviles con el ruido de sus motores y el cañonazo de mediodía, todo en conjunto, en perfecta armonía, parecía ser la verdadera sinfonía del caos y la legítima voz de la ciudad de Santiago.

El fragor urbano, la batalla de muchos como yo por avanzar en la vereda repleta de brazos y piernas, de cabezas que se balanceaban como ensartadas en una pica de huesos y pellejos. Así llegué al cerro Santa Lucía, esquivando, escapando, sorteando todas las trampas del camino. Subí con parsimonia por las escaleras, hasta llegar a la terraza Caupolicán, con la intención de preparar el examen de anatomía descriptiva de mi primer año en la carrera de Medicina.

Cuando la vi, pareció que hubiera despertado de un sueño extraño, porque me encantó como si se tratase de una bruja o de una hechicera. Sus ojos almendrados color miel; su cabellera negra de combate, enrulada, danzando suave con la brisa; su perfil tunecino; su boca de finos labios, dueña de una enigmática sonrisa; su figura a contraluz, maravillosa, como si hubiese emergido misteriosamente de una de las más connotadas escenas del teatro negro de Praga. Allí estaba ella contemplando el horizonte del sur de la ciudad capital, contemplando el *skyline* desde esa altura atractiva y privilegiada.

Al interior del bolso de cuero que colgaba de mi hombro izquierdo estaban mis apuntes manuscritos, fotocopias de esquemas de biología celular y el compendio de anatomía de Testut Latarjet.

Me acomodé, sentándome en un espacio de pasto verde y húmedo, sin dejar de ver su maravillosa silueta que continuaba de pie observándolo todo. De pronto se desplazó hasta sentarse en el extremo de un escaño, donde extrajo un libro de un bolso de género estampado con imágenes de Mafalda. Desde mi posición, con mi sobrado interés, pude ver la cubierta, era *Los hombres que no amaban a las mujeres*, una novela de Stieg Larsson. No me pude contener más, me puse de pie y con decisión me acerqué a ella.

—¡Hola!, disculpa, pero he notado que lees a Stieg Larsson, es un autor sueco muy especial, lástima que haya fallecido a los cincuenta años. Este libro me encantó —le dije sin dejar de mirar sus bellos ojos color miel.

—Espero con ansias que no se te vaya a ocurrir comentarme el final —me dijo esbozando una sonrisa.

—Me llamo Felipe —le dije extendiendo mi brazo.

—Mi nombre es Nadia —me respondió poniéndose de pie y estrechando mi mano.

De pronto estábamos sentados, compartiendo un espacio de pasto verde y húmedo, hablando de todo, de su afición por la literatura y su interés por incursionar en la medicina en un futuro cercano. Yo le conté de mi pasado repleto de estrellas, planetas, galaxias y agujeros negros, temas propios de la astronomía y mi periplo por esa disciplina, y que en ese momento mi interés era absorbido por los doctores Testut y Latarjet.

De pronto, algo así como a las cuatro de la tarde, las campanadas de un templo nos devolvieron a la realidad. No habíamos leído a Larsson ni estudiado a Testut Latarjet, nos miramos con intensidad, como si ambos cayéramos en la profundidad de nuestras pupilas, como en un pozo sin fondo o simplemente en el agujero negro del centro de nuestra galaxia.

Nos besamos y nos volvimos a besar una y otra vez, luego guardamos libros y apuntes en su bolso de género y en mi bolso de cuero. Nos cogimos de la mano y nos dispusimos a caminar como un par de turistas repletos de curiosidad por las distintas vistas del Santa Lucía: por sus escalinatas, sus estructuras arquitectónicas tipo mausoleo, sus miradores, esculturas, rincones y recovecos. Luego se me ocurrió la brillante idea de descender y adentrarnos en el caos para ir por un café, un helado o un pastel en algún local del centro.

Siempre cogidos de la mano, nos adentramos en el mar humano, intentando avanzar por la vereda norte de la Alameda en dirección al paseo Ahumada. Hombres y mujeres, en número interminable, caminando en todas direcciones, empujando, dando codazos a diestra y siniestra pretendiendo imponerse en la selva de cemento. Yo aprisionaba con mi mano derecha, con fuerza, la mano izquierda de Nadia, tratando de avanzar entre la marea humana, acto que por momentos parecía imposible en ese infierno de golpes e imprecaciones. Al llegar a la entrada del paseo, nos enfrentamos a la masa de gente que salía de la estación del metro y que se sumaba a la anterior, ahí con desesperación sentí cómo su mano se separaba de mí, escurriéndose sus dedos por entre los míos.

—¡Nadia!, ¡Nadia! —exclamé con fuerza mientras era arrastrado por la marea de transeúntes.

—¡Felipe!, ¡Felipe! —Alcancé a escuchar a mis espaldas.

Como una marioneta fui empujado para allá y para acá y terminé agarrado de un poste del alumbrado público. Llamé a Nadia con toda la fuerza de mis pulmones, como un loco abrazado al poste, sin escuchar respuesta alguna. No quería abandonar ese lugar porque ahí por lo menos podría recuperar fuerzas para lanzarme de nuevo a aquel maremágnum, también porque podría encaramarme para mirar de mayor altura y poner atención con mis oídos ante la posibilidad de escuchar su voz llamándome.

A las seis de la tarde me separé del poste. Rehíce el camino volviendo al cerro Santa Lucía, con la esperanza de verla con sus rulos y el bolso lleno de Mafaldas. Pero nada, Nadia no había vuelto. Era posible que todavía estuviese inmersa en ese caos de extraña violencia.

A las nueve de la noche abandoné el cerro con un manto de angustia torturando mi cerebro y una daga de aflicción enterrada en el pecho. Así como estaba, decidí regresar a mi casa.

A la segunda semana de esperar y observar con mucha atención en el mismo lugar donde vi a Nadia por primera vez, sin resultados alentadores, comencé a perder la esperanza de volver a encontrarla. Así, decidí que lo mejor para mí sería pensar que todo fue un sueño repleto de incongruencias, como en general son la mayoría de los sueños. De pronto, desde la altura del Santa Lucía, la vi caminando por la vereda, no cabía duda de que era ella, otras vestimentas, pero eran sus mismos rulos, el mismo bolso repleto de Mafaldas.

Bajé del cerro corriendo como un energúmeno, chocando con la gente, empujando y gritando que me dejaran pasar. Así llegué a la vereda y corrí en dirección poniente, pero la perdí, demonios, la había perdido una vez más. Decidí ingresar a la estación del metro Santa Lucía maldiciendo mi suerte. El tren estaba cerrando sus puertas. Justo cuando los vagones comenzaron a entrar en movimiento la vi, era ella sentada junto a la ventanilla. Desde mi lugar en el andén pude ver perfectamente que estaba leyendo. Corrí junto al tren haciéndole señas con un gran movimiento de brazos, pero ella nunca separó los ojos del libro. El tren penetró en el túnel oscuro y yo también penetré en un túnel, pero de obscuridad mental, inmóvil, con el ruido de las ruedas del tren entre pecho y espalda.

Cuando se cumplieron tres meses de esperar y vigilar en el cerro Santa Lucía y en la estación del metro, la vi subir a uno de los carros del tren con destino a San Pablo, al poniente de la ciudad. La vi a unos treinta metros de donde yo estaba en el andén, salté con agilidad al carro más cercano

justo cuando ya se estaban cerrando las puertas. Los vagones no se comunicaban entre sí por el interior, por lo que tuve que estar atento en las paradas por si la veía salir, así llegué hasta la estación final sin atisbar jamás su figura abandonar el tren. La había perdido una vez más.

Un luminoso sábado de diciembre estaba con dos amigos de la facultad en la estación del metro Puente Cal y Canto. Acabábamos de rendir con éxito el examen de Anatomía Patológica, correspondiente al cuarto año de la carrera de Medicina. En el andén de la estación conversábamos animosos, sosteniendo nuestros delantales blancos doblados en el antebrazo, cuando la vi a bordo del tren que comenzaba a moverse con lentitud en dirección al sur de la ciudad. Era ella, sin lugar a duda lo era y también demostraba la sorpresa de haberme visto, haciéndome señas con las manos, mirándome con los ojos muy abiertos. El tren se la llevó de nuevo, yo solo me quedé muy cerca del oscuro túnel con un corazón en el pecho que amenazaba con destruir a golpes violentos su jaula de huesos.

Diez años después, una tarde de diciembre, descendí del tren subterráneo en la estación Santa Ana para dirigirme al Instituto Traumatológico Dr. Teodoro Gebauer, donde entre otras cosas debía implantar una prótesis de cadera. De nuevo mi corazón se aceleró al máximo cuando la vi de pie en el otro andén, saludándome con la mano izquierda, con sus rulos danzando al compás del gran ventilador que disparaba aire con finas gotitas de agua. Sus bellos ojos color miel mostraban un brillo, mezcla de alegría y tristeza, detrás de los lentes ópticos. Sus labios esbozaron una sonrisa y me lanzó un beso con la punta de los dedos. El monstruo metálico llegó avasallador y se interpuso entre ella y yo. Luego se marchó con un gran chirrido y ella ya no estaba, solo estaba su imagen en mi recuerdo inmediato, fragmentándose como un cristal quebrado con violencia, como si no hubiese sido real y su recuerdo tuviese sabor a ilusión de los sentidos, asemejando una dolorosa fatamorgana.

Las hojas del calendario se fueron cayendo como en un otoño interminable, barridas por las tenues brisas de la memoria. La vi muchas veces en muchas estaciones diferentes, como pasajera de un tren con un libro en las manos, o de pie en un andén con una elegante cartera de cuero y una carpeta de un congreso acaecido en alguna parte del mundo.

Estación del metro Universidad de Chile, las cinco de la tarde de un sábado de cálido verano. Veo al cantante desgarbado al final de las escaleras, interpretando «Los sonidos del silencio». Mi nieto de veinticuatro años me observa con curiosidad, mientras mi espíritu se estremece con «*The words of the prophets are written on the subway walls*». El músico me sigue estremeciendo con su magnífica interpretación, pero no tanto como cuando la veo descender de uno de los trenes y caminar acercándose a mí. Ella, Nadia, la de los bellos ojos color miel, con sus hermosos rulos canosos moviéndose al compás del tiempo carretero infatigable. La veo a un metro y ella me ve, nos miramos a los ojos como si nos hubiésemos visto toda la vida, en cada segundo de nuestras vivencias. Es ella, sin duda, con un libro en las manos, *La mujer rota* de Simone de Beauvoir y dedicándome una sonrisa amable y maravillosa. Es ella tal y como la vi en la terraza Caupolicán del cerro Santa Lucía o escapando de mí, ahora a pasos cortos y calculados. Es ella que una vez más se desvanece ante mis ojos mezclándose como una imagen más de los murales de Mario Toral.

La mano de mi nieto presionando mi hombro me devuelve a la realidad, para comprender que aquellos preciosos rulos canosos se elevan como nubecitas de algodón en la escalera mecánica. Yo ya no puedo seguir esas pinceladas de lo que pudo ser y no fue, ya estoy atrapado por el agujero negro del centro de la galaxia de mi azaroso presente. En mis oídos, aún, «Los sonidos del silencio», en mis húmedos ojos, ella, su perfil tunecino.

## SEFENÍAS, COSITA RARA DE LA NATURALEZA

Rubén Escobar Ramírez

En un cálido verano sudamericano, en que los rayos del sol parecen freír los senderos del valle del Huasco, Sefenías Hipólito del Carmen Mendieta Alzamora, con las manos en los bolsillos, observa con paciencia los balcones del segundo piso de la casona erguida en la calle Serrano de la ciudad de Vallenar.

—¡Sefenías, hijito de tu mamita, sobrinito de tu tiiíta!, ¡venga a mis brazos, amorcito, cabecita montañosa!, ¡venga a mis brazos, cosita rara de la naturaleza! —dice la mujer desde el balcón, mientras acaricia los largos bigotes de obscena impudicia que su gato Felinacho le restriega por entre los vericuetos de señora de la cuarta edad.

Es su tía Albertina la que le habla, acompañada de su felino, sus pájaros y sus plantas.

La misma tía Albertina fue la primera persona que lo llamó «cabezón», Sefenías eso lo tiene demasiado claro, porque fue en otro verano muy lejano, plagado de angustias termométricas, cuando le lanzó la palabra sin anestesia, sin eufemismos de ninguna especie.

En ese otro verano, él caminaba tranquilo, casi inocente, cuando una voz venida desde lo alto, como una voz celestial, con mucha potencia, exclamó: «¡cabezón!». Miró hacia las alturas y solo vio unos balcones de madera, repletos de trapos de muchos colores secándose bajo el implacable sol de mediodía, y muchas jaulas abarrotadas de pájaros, todas rebosantes de trinos y colores. «¡Cabezón!», repitió la voz, que Sefenías ya había entendido que no era celestial, era la voz de su tía Albertina. Efectivamente, allá en las alturas, entre sábanas y ropa interior descolorida y agujereada, la mujer lo observaba con aquellos ojos de extravío senil que la caracterizaban, mientras apretujaba contra sus sudorosos pechos al infeliz Felinacho, que, entre gemidos lastimeros y maullidos amenazantes, luchaba por zafarse de la anciana que lo atenazaba hasta la asfixia.

Ahora, en este nuevo verano, su tía repite:

—¡Cabezón!, ¡cabezón! —Él se hace el desentendido—. ¡Cabezón, te estoy hablando! —exclama, afirmada en la baranda metálica de la terraza, haciendo bocina con sus manos. Entre tanto, Felinacho, equilibrándose en la barandilla, se lame el pecho, la panza y las manos de gato.

Sefenías, disgustado, sabe que no puede eludir esa afrenta verbal. Atraviesa la calzada y se para en la vereda de enfrente, dando la espalda al boliche de don Pitágoras.

—¡Tía Albertina! ¡Basta!, ¡no me digas cabezón!, llámame por mi nombre: Sefenías Hipólito del Carmen Mendieta Alzamora, tu sobrino Sefenías, tía, ¡por lo que más quieras! —expone a toda voz en dirección al balcón de la casona.

—¡Apúrate, cabezón del diablo!, y sube de una bendita vez —replica ella, noqueando a Felinacho con un sonoro y largo beso en el morro.

Sefenías va a repetirlo todo en forma textual, con gesto de desesperación e impotencia, cuando lo interrumpe don Pitágoras:

—La pura y santa verdad, Sefenías, que no te llamas cabezón, pero en lo que a mí concierne así debieras llamarte. Tienes una cabeza descomunal, enorme, impresionante calabaza —le dice, mientras le saca los hongos a una pieza de queso gouda, disfrazada de roquefort—. Nadie puede discutir tu calidad de cabezón, ni siquiera tú, porque estoy seguro de que te has mirado alguna vez en un espejo, pero otra cosa es que te lo digan a la cara una y otra vez. Yo que tú, Sefenías, subiría hasta ese balcón y le sacaría la cresta a tu tía, porque esa vieja endemoniada ya se lo tiene ganado. De paso, agarraría ese gato de mierda para metérselo por el trasero a la vieja. Creo que es la única manera de lograr que no le queden más deseos de decirte así. Por otro lado, yo, en lo per-

sonal, le tengo hartas ganas a ese animal, hijo de la que lo parió, porque todas las mañanas lo pilló en el local intentando robarme los chorizos.

Sefenías mira a don Pitágoras con un tremendo signo de interrogación dibujado en el rostro, lo que irrita demasiado al comerciante, que aún lucha con el verdor del queso gouda.

—¡Sube, Sefenías!, rápido, que te estás demorando mucho, seguro tu tía necesita urgente seguir llamándote cabezón en tu propia cara, sube para que de paso le limpies el trasero a su Felinacho —le dice el hombre, ahogándose en su propia risa.

Don Pitágoras, en realidad, no se llama de esa forma, sino Adalberto y no tiene nada en común con aquel griego antiquísimo. Es nada más y nada menos que un ciudadano nacido en el puerto de Huasco, que con el paso de los años se afincó con un almacén en la calle Serrano de Vallenar. Lo de «Pitágoras» le cayó un día en que ni el mismo comerciante se acuerda, pero que sí guarda estricta relación con las matemáticas y la filosofía. Sobre todo, con la filosofía de las matemáticas aplicadas y demostrativas, aun cuando don Pitágoras, o Adalberto, nunca se relacionó con catetos ni hipotenusas de ninguna especie, ni menos con la suma de los cuadrados ni hierbas parecidas. Su filosofía de las matemáticas se desarrolló en su negocio, en su propio boliche, donde demostró, sin desfallecer en el intento, empíricamente y con gran éxito, que el kilo siempre tuvo, tiene y tendrá ochocientos gramos y no mil, como dicen por ahí los aficionados de siempre.

Sefenías se desentiende de don Pitágoras y atraviesa la calzada como un veloz energúmeno. Sube la escalera enceguecido de rabia, de dolor, de indignación, sorteando de tres en tres o de cuatro en cuatro los escalones de madera crujiente. Llega a un recinto al aire libre, repleto de jaulas llenas de pájaros bulliciosos, de los más diversos colores y múltiples orígenes de la geografía sudamericana, y flores asemejando una acuarela de colores entre hojas verdes colmadas de frescor. Entre todo aquello puede ver a la anciana sonriente, desdentada, desafiante, con una luz de extravío brotándole a raudales desde las negras pupilas. Felinacho ya ha perdido la esperanza de liberarse del sofoco que le provocan los pechos resecos, duros como pergaminos, y se deja mecer como un peluche condenado al despellejamiento.

—¡Cabezón de mierda!, ¡mírame cuando te hablo, espanto de sobrino mío...! —le dice su tía al verlo llegar.

«Sobrino mío», siempre lo llamó así desde que la conoce. Desde aquella época en que se decía que a esa gran cabeza se le auguraba una enorme inteligencia, un poderoso intelecto. Sus padres se aprendieron de memoria un largo listado de nombres de cabezones famosos por la capacidad intelectual y los repetían cada vez que se les solicitaba hacerlo, sin equivocarse jamás. Sin embargo, en el registro civil, padre y madre se miraron con desconcierto y cuando el oficial civil preguntó, «¡Sefenías por mi padre!», dijo él; «¡Hipólito por el mío!», dijo ella, y «¡del Carmen por la virgencita!», dijeron los dos.

Su tía Albertina, la coleccionista de flores y pájaros, era el único ser viviente en la familia que ponía en duda la existencia real de dicha inteligencia, y se preguntaba si no sería agua la que se acumulaba adentro de esa cabeza «de espanto», como decía cada vez que se refería a la voluminosa prominencia de su sobrino.

—¡Cabezón del diablo!, ¿trajiste lo que te encargué? —dice la mujer, clavando sus negras pupilas dilatadas de furor en los temblorosos ojos de Sefenías.

—No tía, se me olvidó —responde él, encogiéndose de hombros.

—¿Que se te olvidó?, pero si te lo di todo anotado, en varios papeles diferentes, que guardaste en cada uno de tus bolsillos de imbécil —replica ella, zamarreando a Felinacho como si se tratara de un gato de trapo relleno con aserrín.

—Es que se me olvidó para qué me había dado todos esos papeles escritos, tía, y como yo no sé leer —dice él, encogiéndose de todas partes.

—Desmemoriado, analfabeto, imbécil, espantoso y ¡cabezón! —exclama la anciana, riendo a carcajadas, brotando convulsa su risa de una boca babeante y huérfana absoluta de piezas dentales.

Ambos se encuentran en el balcón, repleto de prendas de vestir que se secan bajo el implacable sol de verano. Los dos, frente a frente, como en muchas otras oportunidades, durante años. La tía Albertina, hilarante y sarcástica, dibujada su figura de huesos, entre calzones y sostenes achicharrándose por el calor estival, rodeada de numerosas plantas en maceteros y jaulas llenas de pájaros cantantes. Sefenías, frente a ella, rojo de vergüenza, balanceando su descomunal cabeza con desesperación. Aprieta con fuerza la mandíbula y los puños, con los ojos inundados de lágrimas, de súbito se abalanza como un toro en el ruedo sobre su tía y la empuja con violencia suficiente para que, con el gato en sus brazos, salga volando como una extraña ave que no para de reír, elevándose por sobre la baranda del balcón y cayendo destartaladamente de cabeza, justo en el borde filudo de la cuneta. Su cráneo se parte como una olla rebotante de cazuela o arroz a la valenciana al impactar en el cemento.

Felinacho no entiende lo que está pasando, solo intuye que la vida se le escapa del cuerpo peludo al notar que sus ojos se apagan, poco a poco, aplastado hasta la muerte por el cuerpo inerte de la anciana.

Sefenías se apoya en la baranda, agotado, respirando con dificultad, pero muy emocionado. Se siente libre, feliz, idea triunfante que se repite una y otra vez.

Desde este momento de liberación, a sus setenta años de vida, a Sefenías Hipólito del Carmen Mendieta Alzamora, nadie, en lo absoluto, le dirá cabezón, en este barrio y en ningún otro lugar del valle huasquino.

## ¿SON MALAS LAS BRUJAS?

Valerio González Rodríguez

En lo más profundo del inmenso bosque, donde por senderos ocultos solo podían llegar iniciados o los locos más perdidos, en la cima de una colina, vivía Dábreda, joven, hermosa y terriblemente bruja. Su casa, de troncos negros, de recias ventanas y de alta chimenea, era intimidante pero atractiva. Su madre fue muerta cinco años antes por un cazador de brujas y ella la vengó transformando al asesino en un buitre que vagaba ahora por las montañas en busca de carroña. Por eso no tenía compañía, se sentía sola.

Su cuerpo reclamaba por apetencias normales a los veintidós años. Sabía que sus fascinantes curvas provocaban descargas hormonales en los pocos hombres que la habían visto. Sus ojos chispeantes, su boca de labios rojos y su nariz ligeramente afilada, valga la redundancia, de verdad embrujaban. De los pocos hechiceros que conocía ninguno le resultaba atractivo y rechazó de plano las insinuaciones de Safina, la bruja de edad mediana que era propietaria del bosque situado hacia el norte.

Conocía, por supuesto, hechizos para hacer aparecer apuestos galanes, pero el conocimiento de que no eran reales la desilusionaba, mas un día, en la marmita de visión a distancia por la que espiaba a los habitantes del pueblo situado un poco más allá de donde terminaba el bosque, vio saliendo de su taller a Simón, el hijo del herrero, veinte años de cuerpo musculoso, cabello ensortijado y ojos claros. Verlo y decidir que lo quería para ella fue algo instantáneo.

En el límite del bosque y mucho menos oculto, estaba el hogar de Dafnae, el hada del lugar. Cuidaba las flores silvestres de los prados que descendían con suavidad hacia el poblado y hacía pequeñas obras benéficas, en especial a las madres y niños que acudían a ella con problemas, por suerte casi nunca graves. Era simpática, bonita y algo regordeta, lo que no le impedía volar con gracia agitando sus transparentes alas. Se había fijado también en el atractivo Simón pero sin las urgencias que se le producían a Dábreda.

La bruja llamó a Fogueteiro, su dragón, para que acechara la herrería y apenas saliera el muchacho lo atrapara. Después de algunas horas y al caer la tarde el joven apareció en la puerta, por desgracia para el animal con un gran atizador de hierro en la mano, con el que se defendió, haciendo huir herido al fracasado raptor.

Enterada Dafnae de lo sucedido, logró crear una protección sobre el cuerpo de Simón que hizo que en el siguiente intento de llevárselo, las garras del dragón resbalaran sin poder atraparlo. En otra ocasión unos alambres invisibles tendidos entre los árboles anteriores a la casa hicieron chocar a la pobre bestia y, así, se sucedieron varios intentos fallidos durante todo un año, tiempo en el que se hizo un hábito que el aprendiz de herrero fuera a la casa de la hada para agradecerle. No sabemos todas las formas en que lo hacía, pero en una ocasión, al calor de unas cervezas gustadas con sus amigos, contó que, frotarle una crema de hierbas aromáticas en la base de las alas, la llevaba al éxtasis.

Cansada e impaciente, le hermosa hechicera decidió que la misión tendría que llevarla a cabo ella misma. Para empezar, preparó un exquisito brebaje que contenía adormidera y otras sustancias hipnóticas, y las mezcló en un hidromiel imposible de resistir. Encantó a una paloma que lo llevó a Dafnae, simulando ser un obsequio de Ariela, una prima, hada de un lago cercano. Apenas lo be-

bió, Dafnae cayó en un profundo sueño en el que permaneció exactamente siete días, dos horas y veintisiete minutos.

Sin perder tiempo. Dábreda voló hasta la herrería, tocó en la puerta con energía hasta que apareció Simón, el que quedó mudo y hechizado nada más verla. No opuso resistencia cuando ella lo condujo hasta su escoba, lo hizo subir detrás y le dijo que se sujetara con firmeza de sus maravillosos pechos. No fuera a suceder que después de tantos esfuerzos, la expedición fracasara por un cráneo roto. Llegaron sin incidencias hasta la casa de la colina, donde el joven disfrutó de la más maravillosa noche de su vida, imaginando después todo tipo de improperios contra el hada por haberle retrasado en un año el conocimiento de esta dicha.

No queda mucha más que contar. Simón y Dábreda vivieron muchos años juntos. El ocio y la buena comida condicionaron en él una cierta tendencia a engordar, pero gracias a los encantamientos de ella siempre recuperaba la forma y la energía para satisfacerla.

En cuanto a Dafnae, encontró consuelo enseñando al cartero que le llevaba la correspondencia, a frotar de manera eficiente con la crema aromática el nacimiento de sus alas.

## **COPUCHA CÓSMICA**

Valerio González Rodríguez

Krisppina era una figura más bien decorativa en el palacio. Como hija de un hermano del Emperador, hermosa y con grandes deseos de grandeza, trataba siempre de estar cerca del poder y había escuchado sin querer a Treppor, el Magnífico, conversando con su primer consejero cuyo nombre era Drappor, que era necesario separar el Imperio Galáctico en dos, ya que su tamaño con gran cantidad de mundos y billones y billones de habitantes, lo hacía muy difícil de manejar.

—Por el momento —dijo Treppor— es solo una idea. En el mejor de los casos, esto se realizaría en unos cuatro años. Hay que considerar las consecuencias económicas, sociológicas y políticas. Por ahora, nadie debe saberlo.

—¿Y quién sería el Emperador del nuevo Imperio? —preguntó Brappor.

—Por supuesto que sería mi hijo —el emperador suspiró—, sé que no es muy brillante, pero a él lo podemos manejar y seguir aumentando nuestra riqueza y poder.

«También podría ser yo», pensó Brappor, pero por supuesto no lo dijo.

Entretanto, Krisppina, también imaginaba que su padre podría ser el nuevo gobernante del segundo imperio galáctico, pero antes de conversarlo con él, en uno de sus apasionados encuentros, se lo dijo en voz baja a Crappor, el teniente de la guardia e hijo del general en jefe del ejército y este a su vez, lo contó a su padre y también se vio a sí mismo como hijo del nuevo emperador.

El teniente, bien parecido y vividor, se reunía con unos amigos regularmente para beber y jugar. Con el efecto de varias libaciones con tequila Margarita, bebida muy popular importada desde la Tierra, planeta lejano ubicado en un brazo de la galaxia, se jactó de que en pocos años más podría

ocupar un muy alto cargo en un gobierno imperial. No reparó en que entre sus amigos, estaba el secretario de la juventud del principal partido político opositor al emperador.

Por supuesto, el secretario se lo dijo al presidente del partido y este a su vez lo comentó en la noche con su esposa. Krappora (este era su nombre), en la partida semanal de carioca, juego también importado desde la tierra, les dijo a las otras señoras que, con la condición de que nunca lo contaran a nadie, les tenía la mayor noticia del último tiempo.

El general en jefe, Lopper, convocó al día siguiente a los altos mandos más cercanos a él. Tenía el oficial ambiciones militares y también políticas. Les ordenó ubicar en los otros mundos a uniformados y parlamentarios que pudieran ser unidos a un movimiento para llegar al poder. Que no escatimaran, les dijo, promesas en cargos y dinero.

En este momento, ya muchas más personas que solo el emperador y su consejero sabían la noticia, pero cuando estalló como una bomba, fue cuando una de las tertulias de Krappora, se la contó a su hijo, director de un gran complejo informativo (prensa, televisión, comunicación interplanetaria, etc.), que se jactaba de ser independiente y que la hizo pública por todos sus medios, solicitando la opinión de grandes personalidades y de ciudadanos comunes, para lo cual desplegó a todos sus periodistas indicándoles que no dejaran mundo sin visitar.

Resumiendo, algo que nadie debía saber todavía, en menos de un mes ya era conocido por toda la galaxia, y en un plazo de veinte años, esta no se había dividido en dos, sino que en más de treinta pequeños imperios, cada uno gobernado por un caudillo regional.

## TURBULENCIAS

Walter Brokering Alacid

El remezón fue feroz y mortal. De pronto la casa entera parecía galopar sobre la pampa ondulante que se sacudía como el caballo salvaje que intenta desprenderse de su molesto jinete. El pavimento de la calle de enfrente se abría y agrietaba, los árboles se cimbraban azotando sus copas contra el césped, aguas burbujeantes y vapores malolientes afloraban desde el fondo de la tierra. En el silencio de la noche el ruido era ensordecedor. El estruendo de copas, vajilla y cristales cayendo de las estanterías retumbaba por toda la morada. No había tiempo que perder. Apenas despertó, el Dr. Fritz Brockstreck se calzó sus viejos bototos alemanes de cuero, se enfundó en su raído mame-luco que usaba para picar leña y, tras comprobar que su esposa, Beate, dormía profundamente, como cuando era niña y mucho antes de dar a luz a su nutrida prole, bajó corriendo las escalinatas de su desvencijada vivienda, constatando que esta aún se mantenía en pie, a pesar de los sacudones de la bestia telúrica.

Raudo se dirigió al muelle para ver con sus propios ojos el nivel de las aguas del río Guadalafquen. Lo que vio lo dejó estupefacto. Cientos de remolinos agitaban el caudal, el que ora corría río arriba, ya hacia el mar. Desconcertados, los tiuques, treiles y cisnes volaban en todas las direcciones, graznando espantados. Un par de lobos marinos, de esos que alguna vez, huyendo quién sabe de qué hambruna, habían nadado en contra de la corriente para afincarse en las inmediaciones de la costanera ainilense, resoplaban despavoridos, asomando fuera del agua sus hocicos y aletas. De súbito, como si alguien hubiese quitado el tapón de la bañera, el nivel de las aguas empezó a descender con una rapidez asombrosa. En cosa de minutos el lecho quedó a la vista, apareciendo un cúmulo de botellas vacías, latas viejas, neumáticos apolillados y un sinfín de trastos arrojados alguna vez al fondo del río por aquellos irresponsables que lo tomaban por un basural. En medio de la oscuridad, iluminada de manera tenue por una luna menguante que ya se retiraba, el Dr. Brockstreck pudo distinguir los restos de una casa de madera que, desprendida de una de las laderas del río, flotaba rumbo al mar. Entonces cayó en cuenta que la destrucción en la ciudad debía ser catastrófica. Se acordó de sus padres y de sus pacientes hospitalizados. ¿Qué sería de ellos? Respiró aliviado al recordar que sus hijos hacía tiempo que se habían marchado a la gran capital, por lo que se encontrarían a salvo de tamaño cataclismo. Y los nietos tampoco estaban, pues lo visitaban ‘tarde, mal y nunca’, en parte por su fama de abuelo estricto, y por las dificultades para volar desde la metrópoli. Las proverbiales turbulencias derivadas de las malas condiciones climáticas sureñas amilanaban a la mayoría de los pilotos. La única manera de pasar una temporada en el campo con los niños era que el ‘Opa Fritz’, como con cariño le decían sus nietos, los fuera a buscar a la ‘capital del reino’ y volara de regreso con ellos. Pero siempre, irremediablemente, poco antes de aterrizar el Opa Fritz ‘caía en los brazos de Morfeo’, sucumbiendo a un sueño inevitable.

Tras asegurarse de que su mujer se encontraba a buen resguardo, el Dr. Brockstreck se encaramó en su vieja bicicleta, su querida ‘chancha’, y se puso a pedalear por la carretera que conducía a la ciudad. Un trayecto que por lo habitual le tomaba no más de media hora, esta vez le significó algo más de una hora de duro pedaleo esquivando troncos, zanjas y rocas caídas desde la cima de los cerros. A su alrededor el panorama era dantesco. Buena parte de las casas de su condominio y de los aledaños, exhibían enormes grietas en sus fachadas y no pocas estaban a medio caer. La vieja mansión del director del hospital parecía despanzurrada y mostraba su destartalado interior. Los vecinos se apresuraban en salir y socorrerse unos a otros, por lo que prefirió no detenerse y seguir

su camino hacia la ciudad. No podía sacarse de la cabeza el destino de sus padres y sus pacientes. Tenía que llegar cuanto antes para prestarles ayuda. Todo hacía presagiar una tragedia. Así, pedalearlo a todo pulmón, como cuando de niño salía con sus compañeros de la 'Schule' a jugar en bicicleta, compitiendo por quién hacía las piruetas más osadas, el Dr. Brockstreck enfiló con su armatoste por la avenida principal de la isla de Valenzuela hacia el casco histórico. Al pasar por la gran intersección de avenidas perpendiculares, la primera en ser semaforizada décadas atrás, le asaltó una duda. ¿Podría atravesar el único puente que unía la isla con el centro urbano? La respuesta estaba solo unos metros más adelante. Cuál no sería su sorpresa cuando comprobó que el viaducto aún se mantenía erguido, a pesar de los desniveles que ostentaba su calzada. De pronto, una nueva y brutal sacudida lo hizo caer de su bicicleta. Desde el suelo pudo observar cómo se bamboleaba ese viejo puente, tan antiguo que ya nadie recordaba la fecha de su construcción. Como esas cintas de colores atadas a un listón de madera con que antaño hacían gimnasia sus compañeras del colegio, rítmicamente se ondulaba la loza del puente, impidiendo a los aterrados transeúntes noctámbulos mantenerse en pie. Pero no tenía alternativa, debía cruzarlo a cómo diera lugar. No soportaba la incertidumbre de ignorar el estado de sus padres y de sus pacientes. Le empezaba a carcomer la culpa. No solo quería ser un buen hijo, que retribuyera los desvelos de sus abnegados progenitores, sino que muchos años atrás había prestado un solemne juramento que lo impulsaba a socorrer a quienes habían confiado en sus manos su salud, bienestar y recuperación. ¿Qué sería de aquel retirado profesor universitario que yacía casi inerte en una cama del hospital, afectado por un estupor melancólico que lo mantenía paralizado desde hacía meses? Enflaquecido y debilitado por semanas de inapetencia, no sería capaz de levantarse y huir de la hecatombe. ¿Y qué pasaría con aquella muchacha casi esquelética que había dejado de alimentarse tiempo atrás en solapada rebeldía a los intentos de su controladora madre por inmiscuirse en su vida privada? De seguro se opondría a dejar el refugio que había logrado en su habitación hospitalaria, donde conseguía burlar la vigilancia de las enfermeras escondiendo la comida entre medio de las cortinas, para luego alimentar con ella a las palomas que se acercaban a su ventana.

No había opción, tenía que llegar pronto a la ciudad. No lo pensó dos veces, se encaramó de nuevo en su 'panzer' a pedales y tomó velocidad para saltar por encima del terraplén que conectaba el tembloroso puente con tierra firme. Sabía que el esfuerzo físico sería enorme, pues los sesenta años recién cumplidos le pesaban en el cuerpo. Hacía rato que le dolían las rodillas y la espalda, pero porfiadamente evitaba buscar ayuda médica para aliviarse de estos achaques. Había perdido la agilidad de su juventud, la de aquellos años escolares en que remaba por el Club Alemán. Pedalearlo enérgico y saltó con su pesada bicicleta. El costalazo fue monumental, pero las magulladuras no hicieron mella en su espíritu. Había forjado el temple a lo largo de muchos años de arduos estudios en la facultad de Medicina y de cientos de turnos en el gigantesco manicomio de la capital, donde había 'visto de todo'. Tenía que seguir adelante. El deber lo llamaba. El de hijo y el de médico. En cualquier caso, estaba obligado a pasar por la remozada Plaza de la Libertad, el principal centro cívico de la histórica ciudad, a la que había llegado en su infancia con su madre, cuando aún corría raudo el ferrocarril tirado por unas viejas, pero maravillosas locomotoras a carbón. Al clarear el alba, el espectáculo que vio el Dr. Brockstreck era espeluznante. A todo lo largo de la avenida principal, otrora el lugar de reunión de la alta sociedad citadina, los elegantes edificios de estilo neoclásico, construidos en el siglo anterior gracias a las inmensas fortunas amasadas por los inmigrantes venidos de Europa, yacían derrumbados sobre las aceras de ambos costados. Todo el tendido eléctrico chisporroteaba a medio caer pendiendo de los postes, inclinados cuales 'torre de Pisa'. Múltiples chorros de agua se elevaban desde las cañerías rotas, provocando un efecto de

cortina, como aquel que hacían los bomberos en sus desfiles y que tanto gustaba a los niños. Por todos lados se abrazaban los parroquianos, consolándose, contándose sus pellejerías y preguntando por vecinos y vecinas. Los primeros y tímidos rayos del sol permitieron dimensionar la calamidad. Los habitantes de la que era una esplendorosa y moderna urbe no podían creer lo que veían. El campanario de su catedral, tantas veces reconstruida tras diversos desastres, estaba a punto de derrumbarse otra vez. Los feligreses oraban arrodillados en la mitad de la plaza, implorando a su Dios por un milagro.

De pronto, un agudo e intenso dolor transfixiante le cruzó el pecho y le hizo recordar que su madre había muerto hacía ya casi dos años, tras una larga y misteriosa enfermedad que fue afectando progresivamente su memoria, pero dulcificando su rebelde e indómito carácter mediterráneo. Con una sonrisa apenas insinuada en sus labios, el Dr. Brockstreck rememoró con ternura aquellos años de travesuras infantiles junto a su madre y abuelos, fallecidos cuando eran muy joven. La deuda de gratitud con su madre se encontraba saldada. Ahora debía preocuparse de su anciano padre y de sus pacientes. Pero a dónde dirigirse primero, se preguntaba. Mientras pedaleaba con furia por las calles cubiertas por una fina humedad matinal, cavilaba con desesperación. Se hallaba ante una dolorosa e insoluble disyuntiva. ¿Acudir primero al hogar para adultos mayores donde vivía su octogenario padre desde hace un par de años o encaminarse hacia el hospital psiquiátrico a socorrer a sus indefensos pacientes? Durante muchos años había impartido clases de bioética a los estudiantes de medicina, en las que analizaba con ellos las múltiples encrucijadas que ponían en jaque las decisiones médicas. Y siempre había logrado encontrar soluciones salomónicas que permitían conjugar de manera razonable y equilibrada los principios bioéticos con las expectativas de los enfermos y las obligaciones de los médicos. Siempre había una opción intermedia entre el bien y el mal. Pero ahora parecía no encontrarla. La angustia empezó a crecer y a apoderarse de sus miembros que, entumecidos, temblaban y no respondían a las instrucciones cerebrales. Como una bestia hambrienta, la angustia le apretaba la garganta hasta dejarlo casi sin respirar. La agitación lo asfixiaba y le nublaba la vista. Todo se hacía borroso y difuminado. La disyuntiva entre su padre y sus pacientes no tenía salida. Su conciencia no encontraba una respuesta satisfactoria. ¿Ser hijo o ser médico? Nunca pensó en que la vida le podría deparar una alternativa tan desgarradora. No había opción que permitiera conjugar ambas posiciones. ¿Serían capaces las enfermeras de la residencia de atender a los acongojados ancianos, muchos de ellos postrados en sus camas? ¿Podría el personal sanitario de turno en el hospital psiquiátrico contener la huida de los atemorizados pacientes que no sabrían distinguir entre sus alucinaciones y las réplicas telúricas? Las cada vez más gruesas gotas de sudor perlaban su frente, las palpitations de su corazón retumbaban en sus sienes, la boca se le reseca hasta partirle la lengua. De pronto comenzó a sentirse mareado, con la visión borrosa, las piernas inseguras y las tripas inquietas. Como si de trompetas en sordina se tratara, las voces de los peatones con los que se cruzaba en su camino se iban haciendo más lejanas e inaudibles. A punto de desfallecer y cogido por una insoportable angustia que lo volvía loco, pues no sabía a dónde dirigirse primero, volvió a sentir unas violentas sacudidas, como si unos poderosos brazos lo atenazaran. Unas voces infantiles se hicieron cada vez más agudas y penetrantes, hasta que con los ojos apenas entreabiertos y la visión borrosa pudo escuchar que unos rubicundos niños, tomándole con ternura la cara, le decían: ¡Opa, Opa! ¡Despierta, despierta! ¡Estamos por aterrizar! ¡Opa, te perdiste unas tremendas turbulencias! ¿Estabas soñando?

# **RELATOS BREVES**

## **SENSACIONES**

Abidel

En la hora de la siesta sobrevuela en el aire el sonido del silencio.

En la habitación en penumbras irrumpe el murmullo de las ansias de apresar el tiempo.

Son dos abuelos consumidos por una pasión anacrónica y nada convencional. Sus cuerpos desnudos no tolerarían un espejo sincero, pero en el fragor de la batalla entre las sábanas, se hace realidad volver a los diecisiete.

Besos intensos y abrazos de fuego, consumen su invierno. Desaparecen las estaciones y bailan sobre un arco iris de sensaciones perfumadas y frescas. Inocencia y lujuria en una isla desierta, suspendida en el tiempo.

Libres y sin culpas se entregan al dulce remolino, sobre la cama deshecha.

Un aquí y un ahora de “te quiero, te deseo”, sinceros porque los que hablan son sus cuerpos.

Y cuando en esa danza se entrelaza el alma, temerosa y frágil, vislumbra el abismo, pero gozosa se deja inundar por la inmensa marea.

## **TANGO**

Abidel

Se conocían mucho en miradas y palabras. De cuerpo, nada. La orquesta irrumpe, con la sensualidad de un tango. Le ciñe muy fuerte la cintura, las manos entrelazadas.

Bandoneón, violín y guitarra. En ajuste perfecto, al son del dos por cuatro. Se ha encendido toda al calor del volcán, prohibido, que la abraza.

## **INOCENCIA**

Alicia Montano

En el círculo estrecho de un abrazo ahí están, acariciando un amor borrado en la adolescencia, renacido en el ocaso. Amor entre adultos ya vividos que se encuentran, se estremecen, saben por qué. Amor añejo. Temblando y llorando agitan la bandera de cuerpos cansados de muchas batallas. Corren por los cuartos, se besan en los bares, escupen burlas obscenas en el pecho de la gente que se resiste a creer, que aún se puede, que está bueno. Se aman como antes, más que antes, tan distinto. Más ese amor tan golpeado que arrastra abandonos, ¡qué horror! Se asustó, gimió y voló aterrado. Y acá están, otra vez dispuestos a renunciar a un amor fuera de tiempo que volvió para morir.

## **LINOTIPISTA**

Alicia Montano

Abro la caja de lata que en mi infancia se usó para guardar galletitas. Azul con un paisaje florido con muchos dibujos, con un castillo inglés con trazos repujados. No sé qué huelo primero, qué me emociona después. Si el olor de esas letras de plomo o la visión de tus manos que en las noches abrían esa caja para dejarme de regalo esas figuras imperfectas. Esas que ya no servían para escribir las noticias en el diario. Eran las que usabas para enseñarme a escribir, primero sílabas y después palabras. Dicen que las ediciones de los libros nacieron en las imprentas pequeñas. Papá, ahora que crecí, te quiero decir lo que aprendí.

Que el plomo es malo y te alejó de mí, a los cincuenta años. Que tu voz, tibia y libre, ronronea cuando se echa a volar cada vez que abro esa caja de lata. Que esas letras de niñez feliz, grabaron en mi mapa emociones sin faltas y perfectas, igual que las mejores noticias que vos escribías para el diario de la noche. Igual que el mejor poema que yo, usando esas letras, algún día, voy a escribir.

## **YAPER**

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

Tomás de seis años se acercó sigilosamente a su tío abuelo de sesenta y casi en secreto le dijo: tío necesito decirte algo.

El tío se acercó con cara de curiosidad, se agachó a la altura de Tomás y en voz baja le preguntó. ¿Qué será Tomás?

–Tío. ¿Conoces a Yaper? –Dijo Tomás con mucha seriedad, en acción de sigilo.

–No hijo, no tengo idea de quién es.

–Pues ya perdiste tío. –Y salió corriendo.

## SOFTWARE SOBREVIVENCIA

Angélica Monreal

Atravesó a tropezones el pasillo, hasta llegar a la plataforma. Trató de orientarse, observando con ansia los escritorios vacíos, las pantallas apagadas. Se sentía igual que estos aparatos inertes. Desesperado inició la búsqueda bajo las mesas. Escudriñó los conectores, todos eran de placa, no daba en vistas con uno cilíndrico. Se sentía a desfallecer, cuando sobre un notebook vislumbró el viejo cargador HP, un escalofrío metalizado le recorrió el cuerpo. Ávido lo enchufó a la corriente eléctrica y levantando la tapa de su pecho, acopló el otro extremo en el orificio conector. Miró la señal en la mini-pantalla de la cara interna del antebrazo y sintiendo que la carga le volvía al cuerpo, vio como la barra de la batería empezaba a latir. Fue como dar de beber al sediento. De a poco volvió la energía y la silicona empezó a aceitar sus articulaciones.

Durante la noche completó la carga de sus baterías. En la madrugada, antes que los androides del piso llegaran a sus puestos, desconectó el enchufe, metió el cargador al bolso y arrancó veloz, con los cables colgando.

Se lo vio abandonar el edificio sonriente. El software no está programado para escrúpulos ni remordimientos.

## CITA ESPECIAL

Angélica Monreal

Un restorán pequeño, noche de sábado.

Él pensó que era propicio. Las nueve, una mesa aislada en el rincón, ambiente íntimo.

Ella llega arreglada, alegre, con un dejo de suspicacia.

Se sientan enfrentados.

“Debo hablar ahora” piensa él.

Champagne, menú exquisito.

Ella habla y habla.

Él escucha callado.

Sigue un prolongado silencio.

—¿Qué ibas a decir? ¿Por qué esta cita especial?

¿Quieres dejarme? Te juro que hablaré. A tu mujer, a tus hijos, en el trabajo. ¡Será vox populi! —

Grita ella entre carcajadas, fuera de sí—. Te aseguro que perderás tu prestigio y tu honra de padre de familia y esposo fiel—.

Callar, callar otra vez. Con ansiedad recuerda lo que le dijo el facultativo.

“La verdad es mejor, le queda muy poco tiempo hombre. Si no, será más duro”.

## **CUANDO LA PUERTA SE ABRE, EL AMOR REGRESA**

Camila Paz Gallardo Gómez

La vida es muy corta, más aún si mides 80 cm y todo te queda lejos. Miro, aprendo, muerdo, pruebo, todo es brillante, oscuro y desconocido, pero interesante. Curiosidad y miedo, alegría y rabia. Calor y frío. Quiero hablar, llorar, correr, volar, ¿lo lograré algún día?

¡Claro que sí! Con mamá, todo es posible: comida, abrigo, amor. Pero ahora no siempre está y el tiempo sin ella se alarga. ¿Qué será más importante que yo? ¿Estará cuidando a otras personas?

Quiero mi tetita, ¡podría morir de sed! Tengo menos de un año y solo la quiero a ella.

Pero entonces, la puerta se abre y mamá vuelve otra vez, su voz, su olor, todo lo que me hace sentir segura. Mamá me sonrío y en sus ojos veo el mismo amor de siempre. Me toma en sus brazos y mientras me acuna en su pecho, comprendo que, aunque a veces se vaya, siempre vuelve. Y eso, por ahora, es todo lo que necesito.

## **SE IBA A PARTIR EN DOS**

Catherine Fieldhouse

Cuando el mundo se iba a partir en dos, las palabras se alborotaban y giraban revolviéndose en confusos sentidos que tiraban finalmente hacia lados opuestos.

No estaba el ambiente para escucharse.

No estaba el tiempo para pensar, sopesar, imaginar o ver lo que ya estaba siendo presente en el futuro.

Unos cerraban los ojos, otros miraban el cielo sin verlo y los más, culpaban a los opuestos, siendo iguales.

Había algunos que miraban y temían, que soñaban, que trataban de escuchar, sin entender apenas y capturaban o descolgaban palabras del cielo y del aire, las pescaban y recogían del campo y el agua. Las trataban de unir, las compartían, las leían, las escuchaban y cerraban sus ojos, no para no ver, sino para mirar desde otra parte, todas las palabras encontradas y dichas, que querían seguir girando alborotadas.

Los poetas, con alguna esperanza, las lanzaban en versos.

¿Se podría atar las raíces de uno y otro lado del mundo que se partía, para unirlo, con las cadenas de palabras mezcladas por la poesía? Se preguntaban y las seguían lanzando.

## **DAME UN BESO Y NADA MÁS**

Catherine Fieldhouse

"Dame un beso", le dije, mientras se lo llevaban los carabineros por chocar mi auto y ponerse a alegar de un modo exagerado. Ante su desubicación, al gritarme desaforado que tenía que parar en el disco pare y ponerse a patear mi auto y poco menos que a mí, me desquité con él y le dije sería y suave mirándolo a los ojos casi en un susurro al pasar esposado a mi lado guiado por carabineros "dame un beso". Quería ofenderlo, quería pasarlo a llevar y que sintiera que no me intimidaban sus aires...

Quería que me diera un beso.

Siempre me gustó y lo choqué.

## **CÓMO-ESTÁS Y CÓMO-TE-SIENTES**

Enrique Fullá Capurro

Sentados a la mesa del café, departían Cómo-Estás y Cómo-te-Sientes, nombre que se ganaron por su forma de saludar y sus actitudes y mientras consumían su tentempié, el primero rompió el silencio, inquiriendo:

—¿Cómo estás? —, con una sonrisa acogedora.

Como-te-Sientes levantó su mirada que tenía fija en su taza y contestó mecánicamente.

—Bien —recibiendo por respuesta una sonrisa distraída, pero luego recapacitó y continuó—. Bueno, no tan bien... —pero decidió no continuar con más explicaciones, al notar que Cómo-Estás ya dejó de atender a su respuesta y entonces acometió él:

—Y tú, ¿cómo te sientes? —Y ese fue el gatillo para que Cómo-Estás se explayara en detalles sobre sus sentimientos y las circunstancias que los provocaron, mientras Como-te Sientes escuchaba atentamente.

## **CORAZONCITO QUIERE UN SOFÁ**

Enrique Fullá Capurro

Se acercaba la Navidad y Corazoncito entregó a su mamá su cartita escrita al Viejo Pascuero para llevarla al correo.

Mamá Corazón prometió enviarla y curiosa, esa noche leyó su contenido:

“Viejito: Quiero que me regales un sofá, de esos que pueda poner dentro de mí”.

Ella, intrigada ante tan insólita petición que no lograba entender y deseando cumplir con la petición de su hijito, al día siguiente, como al pasar, preguntó a Corazoncito qué había solicitado al Viejito y él, sin vacilar, le contestó:

—Un sofá, para tenerlo dentro de mí.

—¿Y cómo es eso? —preguntó intrigada— ¿Dónde has visto esos sillones?

—No, no los he visto, pero el Viejito debe de saber, porque él es muy sabio.

Mamá Corazón no deseaba defraudar la creencia inocente de su hijito y menos, desilusionarlo en su petición, así que intentó demostrarle lo absurdo de su solicitud, preguntándole:

—Pero, ¿dónde piensas poner ese sofá, si tú no tienes espacio libre con tu tarea de bombear sangre?

Y él contestó muy ufano:

—Pienso dejar un espacio libre, donde pondré el sofá, para que tú puedas entrar y descansar dentro de mí... Tal como tú lo hiciste conmigo.

## **CAPERUCITA ROJA**

Fernando Díaz Grez

Atrae al lobo con su cuerpo casto y florido, con dulzura lo degüella, besa su aguda boca silenciosa.

## **JB**

Fernando Díaz Grez

Con permiso para matar y seducir.

## **COSTA DEL SOL**

### **G**

Tiempo atrás, poco después de que sol emprendiera su incursión a las alturas del firmamento, dejaste caer tu anillo en la playa. Una maniobra desafortunada, el mar se encargó del resto. Tuve que prometerte que te ayudaría a buscarlo. Que iría hasta allá y me quedaría contigo escarbando la arena, que no me iría de tu lado hasta encontrarlo.

Tardé tiempo en entender que el desconsuelo de tu llanto no era a causa de tu anillo. Que esa tarde, junto con él, me perdiste a mí también. Que decidiste dejar que las mareas de tu pecho me sepultaran en el fondo de tu corazón.

Yo, por mi parte, sigo sacudiendo la arena de mis libros, de las cajas apiladas en una esquina de mi habitación, ventilando la fragancia inconfundible que la brisa marina imprime en todo lo que toca.

Un viento de océano acaricia mi ventana. Ha venido a decirme que tu anillo sigue enterrado en algún sitio de esa playa lejana, que sigue esperando que alguien vaya a buscarlo.

## **JUGARRETAS**

Guillermo Witto

No fue una medida muy inteligente haberme escondido de la muerte aquel día que vino a buscarme. Era la época en que la tercera guerra mundial llegaba a su fin. Se le notaba en el rostro el agobio y el cansancio que le producía tanto trabajo. Yo creo que se percató de mis artimañas, pero, ese infausto día no estuvo para jugarretas y me ignoró cínicamente. Desde entonces han pasado milenios. Ahora vago viejo y solitario por un mundo casi vacío donde, de vez en cuando, encuentro algunos mutantes de lo que, alguna vez, fueron seres humanos, peleándose por vísceras de cadáveres o algunos insectos nauseabundos. En todos estos años transcurridos he sido lapidado, acuchillado, mordido, envenenado, pero mi cuerpo permanece inmutable curándose, de manera espontánea, cada una de las heridas que recibe. Ya no soporto esta existencia miserable en que el único patrimonio que poseo es un cuchillo algo mellado, que ya ni siquiera sirve para cortarme las venas. No ceso de buscar la muerte, pero es ella la que, ahora, se esconde de mí.

## **RUTINAS**

Guillermo Witto

Una tarde como esta agobia. Hay calor y ruido. Nada en especial sucede y no logro acostumbrarme. Varias veces ha entrado a mi oficina la misma mujer, de la misma edad y con el mismo dolor en la misma rodilla. Sé que, en definitiva, no es la misma, porque se llaman diferente. No he visto entrar ningún enanito verde cabalgando un unicornio azul. Eso me hubiera sorprendido y me hubiera sacado del marasmo, sobre todo, si lo hubiera hecho cantando el "I va pensiero" del Nabucco de Verdi. Nada especial sucede, las cosas diferentes y sorprendentes solo pasan en los periódicos y en las películas. Esta tarde es, exactamente, como todas las tardes, pero no termino por acostumbrarme, como sí me he acostumbrado a que no aparezcan los desaparecidos, al abuso de los poderosos, a la violencia de género, al hambre en África, al Smog, a los campos de concentración, a esa bonita lámpara hecha con piel de judío y al tráfico lento de las calles, cuando regreso a mi hogar todas las tardes. Y si, así ha sido, ¿por qué no logro acostumbrarme a una tarde como esta?...

## **HISTORIA REPETIDA**

Katia Velásquez Martínez

La princesita era feliz, mas añoraba al príncipe.

Cuando este llegó a su vida exultaba alegría. Las más hermosas flores crecieron en el jardín de su palacio. Un principito nació para multiplicar la dicha.

Avanzó el tiempo en unos meses y aparecieron las voces ásperas, silencios colmados de dolor. Un día cualquiera la confianza en un traspies, se desplomó escaleras abajo hasta quedar destrozada.

La princesita entendió que era tiempo de quedarse sola con su retoño.

En el otro extremo, el supuesto príncipe huía como un cobarde, gordo y huraño, llevándose el escudo que fuera de ambos, todos los ahorros y hasta el último de los sueños.

## AUTO LIMPIO

Laura Caballero Canales

Andar con el auto recién lavado, aspirado, con olor a lavanda, siempre me ha dejado una sensación de primer día de clases, de cuadernos por estrenar y lápices de mina con la punta fina. No tiene los cachureos habituales, la botella de agua para hidratar a las perras, los WIP ni las maderas que recogí porque “para algo me van a servir”.

Mi Toyota limpio, sobre todo después de volver del campo y ver que le sacan kilos de tierra, me da una sensación de poder infinito. Podría casi crear un mundo nuevo. Me da por pensar que aquel narciso ex habría tenido arreglo si yo hubiera jugado las cartas de otra manera. Me da por decirme a Mí Misma que debería mantenerlo así, impoluto.

Pero desengáñate, Misma, no sueñes despierta. Al RAV4, ponle una cajita plástica de esas que te regalan en la feria, y ahí vas poniendo los “por si acaso”. El cuaderno de la básica, pese a los muchos “sin tarea”, nos sirvió para inventar cosas entretenidas, historias, sudokus. Lo que nunca tendrá arreglo es pensar en aquel narciso. Porque, date cuenta amiga, los narcisos no tienen remedio, nunca cambian.

## MIS VECINOS DEL CAMPO

Laura Caballero Canales

Cuando el vecino del frente falleció a los noventa, se supo, recién, que tenía dos familias.

Conocía a la oficial, formalita, porque el sábado iban con los nietos pulcramente vestidos a la misa quincenal, sin misa, estaban en la pastelería comiendo helados o en la plaza paseando los perros.

Apareció luego la segunda familia. Llegaban tocando bocinas, con reguetón a todo volumen. Venían en un taxi y un transporte escolar amarillo. La abuela teñida demasiado rubia, con ropa demasiado ceñida para tantos nietos. Los varoncitos con infaltable corte de pelo futbolista. Se dice que hubo una pelea con cuchillos, pero no me consta. Una vez el Yorkshire, de sospechosa cola enroscada entró a mi casa y tuve que devolverlo.

–Muchas gracias, dama. Pase a servirse un completito con nosotros, o un “combinado” para la sed, para *la calor*...

Al bautizar al nieto menor, se volvieron *cristianos*. Nos compartieron con generosidad todo un domingo su arrepentimiento con parlantes.

Ahora pusieron la casa en venta. ¿Dónde se llevarán al tío borrachín que salía a comprar un litro de pan por las mañanas? ¿Quién me convencerá ahora que Cristo rompe todas las cadenas?

## **UN GUERRERO INAGOTABLE**

Luis Enrique Mendez Duarte

Hay que buscarle el significado a la vida, aunque a veces no pareciera tenerlo, en aquellos momentos donde estés solo y tus amigos estén ausentes, tú eres tu mejor amigo. Cuando la vida se te desmorona y sientes que nada peor puede pasar, te sientes miserable, sin valor, recuerda a aquellos que están peor que tú, que aún siguen en pie, la rutina nos aprieta hacia la esquina del olvido, crees no ser importante para nadie y por fuera das una sonrisa a la vida. Busca actividades donde ejerzas superación personal, al final crees que tu mundo es el único que existe y quizá a tu lado, tengas otra persona peor que tú, pero hay que ser un guerrero inagotable, romper la monotonía vacía, los amigos irreales. Corre veloz, no desmayes, lucha sin excusas, da el corazón por una causa, recuerda que de nada vale estar siempre bien, hay que caerse un par de veces, para tener un poco de realidad y disfrutar la felicidad.

## **PLACIDEZ Y PAZ**

Marco Antonio Medina

La placidez del sueño profundo reflejaba el cansancio y también el intenso placer de una noche de pasión desenfrenada. Se levantó sigiloso para no interrumpirla y avanzó hasta la habitación contigua. Allí, desnudo y apoyado entre las dos camas, hizo sus flexiones habituales. Estaba seguro de que ella ya no tenía sospechas y sus dudas se habían disipado por completo.

Ingresó al baño y se sentó con la tranquilidad de la rutina matinal, con la cabeza apoyada entre las manos y la vista fija en los dibujos de las baldosas. No alcanzó a percibir la apertura de la puerta, que dejó entrar la frágil figura de la mujer.

El destello de la luz reflejada en un bruñido elemento metálico le hizo levantar la cabeza, pero ya era muy tarde. Sintió un roce profundo en el cuello mientras el hilo rojo que surtía copioso hacia adelante sería la última visión que tendría.

—Maldito animal, ¿creíste que no me enteraría que tú violaste a mi pequeña?

## **COMUNICACIÓN**

Marco Antonio Medina

El brillo en sus pupilas iluminó las sombras de la noche, mientras miraba la pantalla de su celular y sentía la certeza que los dos ticks resaltaban al término de su último mensaje. ¡Sí, al parecer lo había visto!

Restregó sus ojos somnolientos para comprobarlo, pero la decepción volvió a su rostro, los ticks seguían inmutables.

La comunicación silenciosa continuó su curso, como en los días anteriores. Infinidad de razones podían explicarla.

Entonces, el timbre del teléfono rompió el crudo silencio a su alrededor, cuando el reloj del muro marcaba la medianoche.

—Aló —contestó, medio adormecido.

—Miguel, te llamo desde el hospital y te confirmo una vez más: ella ha muerto.

## **SUPERPODER ADQUIRIDO**

María Norambuena de Papel

Desperté y el café de una taza olvidada en mi velador inundó mi nariz. Caminé por Matucana y a la distancia olí comino, que vendían en unas bolsas sobre un paño en el suelo de la esquina. Más tarde, percibí el humo de un cigarrillo en el callejón vacío por el que acorté distancia para llegar pronto al paradero. Al abrir la puerta de la cocina, sentí olor a carne cruda proveniente de una gota roja olvidada en la esquina del mesón. Sin duda tenía un superpoder. Esa tarde, antes de que llegaras, lo comprobé. Dos rayas marcaron intensamente positivo.

## **MAGIA**

María Norambuena de Papel

En el quiosco de afuera del hospital la señora Raquel tiene un cartel que dice: "Té - Café- Leche - Milo". No saben que eso ahí significa "recomposición del alma" varias veces al día y para diferentes circunstancias. Comprobado.

## ESCAPE

Nedy Varela

Algo o alguien escapó del libro. Parecía un terrible cascarudo: enorme, inmundo, pero increíblemente triste.

Huía de algo y me llevó por delante, empujando mi cuerpo abultado bajo las frazadas. Sus patas velludas me rozaron la cara.

Por un instante, creí reconocer un rostro, pero preferí seguir durmiendo.

Dormía, o fingía dormir. Era la forma de evitar que mi padre me humillara o me golpeará como siempre.

No esperaba que unas manos grandes y poderosas tomaran mi libro y lo arrojaran a la vieja estufa encendida.

Cuando me levanté, en la estufa, quedaban solo las cenizas.

Sonreí.

El increíble e inmundo cascarudo, había burlado a mi padre, había logrado huir.

Yo también huía con él, de alguna forma.

## LA OTRA MITAD

Nedy Varela

No vamos a estar más juntos. Nada será igual que antes. Creo que él piensa lo mismo que yo. No queremos separarnos. En realidad, no sabemos cómo hacerlo.

Somos dos seres unidos en uno solo. Compartimos las miserias de comer en el mismo plato y satisfacer nuestras necesidades en el mismo baño.

Estamos tan conectados que nadie se atreve...

Recuerdo que, al principio, nos gustaba que nos tuvieran en consideración. Fuimos motivo de extrañeza, hasta que esta unión se tornó insostenible. Las miradas de asombro, se transformaron en expresiones de lástima, a veces, hasta de horror. Decían que separarnos era muy difícil.

No sé si él se da cuenta, porque casi nunca me habla. Lo único que hace, a veces, es elevar los ojos y llorar. Cuando le preguntaba por qué, me respondía —¿Te parece poco lo que nos pasa?

Como consuelo, trataba de abrazarlo, pero no encontraba mi brazo derecho. Cuando intentaba ponerme frente a él, para mirarlo, mis piernas tampoco aparecían, entonces le decía —Lo que importa es que estamos juntos.

Hoy supe la verdad, pero no pienso decírselo: en la operación, quizás sobreviva uno solo.

## **ADN**

Oriana Valenzuela Castro

Un hombre seguía a una niña, solo quería mirarla de lejos. Pero lo vio, a él, al otro, junto a ellas, felices, riendo. La tristeza le cayó como un alud. Dobló la esquina y lloró.

## **HOGAR**

Oriana Valenzuela Castro

Le decían Berta, aunque nunca supe si era su nombre verdadero. Todos allí guardan parcelas de misterio.

Cuando llegaban las visitas Berta se levantaba solícita a saludar y acercarnos una silla.

Todos la conocían y a veces le daban caramelos. Ella se los comía gustosa a pesar que le hacían mal. Será que no sabía o se hacía la lesa o simplemente por soledad.

Yo prefería llevarle cintillos o trabas para cogerse el cabello. Su mayor dicha era cuando le cortaban y le pintaban las uñas. —¿De qué color las quieres Berta?

A pesar que era muy coqueta y enamoradiza (en cuatro años le conocí a varios pololos) se resistía al baño. Una resistencia testaruda que se fue acrecentando en gestos y palabras cada vez más sonoras, más soeces, palabras que un día colisionaron con otras de mayor escalafón y fueron a dar al duro piso de baldosas. ¡Lástima que estaba mojado!

Hoy conocí por fin a su hijo. Era verdad. Un hombre elegante vestido de traje oscuro que le daba indicaciones al funcionario del servicio fúnebre.

## TARDE EN LA MORGUE

Ricardo Sepúlveda Bagú

Un cuerpo sin vida me provoca desazón, asombro y preguntas. ¿Será el espíritu lo que da sentido a la expresión en un rostro?

Aquella tarde, solo en la morgue, me encontré entre hileras de cuerpos sobre mesas de mármol blanco. El frío, el ruido de los refrigeradores y el olor químico acentuaban la inquietud. Sentía miradas en mi espalda mientras avanzaba por el pasillo, como si algo misterioso pudiera ocurrir, tal como en los relatos de mi infancia.

Con el tiempo, establecí mi ánimo y comencé a observar los cuerpos, que un día albergaron pensamientos, deseos y emociones. Levanté una sábana y vi un rostro vacío. Descubrí luego el de una anciana, su estado me pareció natural, como si la vejez preparara para la muerte.

Levanté otra sábana: una mujer joven de expresión apacible. Me quedé mirándola, sin comprender cómo la muerte se llevó aquel cuerpo lozano. Entonces, una lágrima rodó por su mejilla. ¿Era posible?

¿Quedaba algo de espíritu en ella? ¿Lloraba por los hijos que dejó, por un amor perdido? Reflexioné sobre los lazos que ni la muerte puede romper.

Absorto, me pregunté: ¿pueden los muertos también llorar?

## EL OLOR DE LAS GARDENIAS

Rodrigo Narváez Moreno

—¿Dónde pongo el ramo?

—Delante de los otros.

Cuando la hermana de la finada sintió el envolvente perfume que despedían esas flores se puso nerviosa. Miró de reojo a su cuñado. Él se veía inmutable.

Se acercó con el pretexto de reordenarlas, aunque en realidad quería tomar la tarjeta que venía con ellas.

—¿Quién las envió? ¿Trae alguna dedicatoria? —preguntó el viudo.

—No, vienen sin tarjeta —contestó la cuñada.

La mujer se retiró apresurada al baño y cerró la puerta tras de sí. Ella cuidaría la memoria de su hermana. Recordó que cada quince días cuando el marido salía de viaje, la ahora difunta se ponía bonita y usaba ese perfume con olor a gardenias que su amor clandestino le había regalado.

Abrió la mano, la tarjeta estaba discretamente impregnada a ese mismo aroma floral. La recordó alegre y feliz.

En letra cursiva decía: *“Por siempre, por siempre”*. Nada más.

Cerró los ojos y supo lo que tenía que hacer. Volvió al ataúd, abrió la tapa, y se acercó a darle un beso mientras le escondía la tarjeta bajo la blusa.

El viudo que estaba cerca, con la mirada aguada de tristeza y resignación, murmuró:

—Siempre se amaron.

## LA UBICACIÓN

Rodrigo Narváez Moreno

Después de varias llamadas al celular, el viejo contestó:

—¡¡Aló, alóó!! —, gritaba como si el interlocutor estuviera a kilómetros.

—¿Dónde está papá?

—¡No tengo idea!

—¿A qué hora vuelve?

—¡No sé! —Contestó con una exasperante economía del lenguaje.

—Papá está oscureciendo.

—Salí a comprar, pero no encuentro...

—Es tarde papá, tiene que volver.

—Parece... es que..., no sé dónde estoy y el celular se me va a morir.

—¡¡Pero papá!! —Lo imaginó con la mirada confundida, caminando sin destino de arriba abajo en medio de extraños, con un celular casi sin batería.

Se hizo un silencio que le pareció eterno.

—Papito entre a una tienda, envíe su ubicación y no se mueva de ahí.

—Tranquila... tranquila. —En la ausencia de entonación y parsimonia, se reflejaba que no aquilataba la gravedad de la situación.

El viejo empezó a manipular el celular para enviar su ubicación. ¿Dónde diablos estaré? Se dijo. Y a modo de respuesta y petición se contestó: Si tan solo lo supiera.

Unos gritos se escuchaban lejanos desde el móvil.

—¡¡Papá, papá!!

Y cuando iba a hacer clic con su dedo índice para mandar su ubicación, la pantalla se tornó negra.

## **MENTIRAS**

Valerio González Rodríguez

### 1.-PRIMERA MENTIRA: POLÍTICO

El joven diputado, cara honesta, mirada franca, visiblemente afectado, se dirige a los periodistas en la puerta del congreso y les dice:

—Por más que me esforcé, no pude evitar que la sesión aprobara un aumento de nuestra dieta parlamentaria.

### 2.-SEGUNDA MENTIRA: MUY CRISTIANO

El capitán Rodrigo Díaz y Saavedra, al mando de su destacamento, se adentró por la península de Yucatán y al encontrarse con un grupo de nativos, aunque estos no le entendían, les dijo:

—En nombre de Dios, infinitamente justo y piadoso, tomo posesión de estas tierras para gloria del reino de España.

Acto seguido, con un golpe de su espada, decapitó a dos aztecas.

## **NECESIDAD VITAL**

Valerio González Rodríguez

La nave extraterrestre se acerca a la atmósfera de nuestro planeta. Proviene de la constelación de la Osa Mayor, de un mundo gemelo de la tierra, pero mucho más antiguo, por lo que alberga una civilización extraordinariamente más avanzada. Su tecnología le permite ser invisible a nuestros sistemas de detección. La vida en su mundo de origen está muy amenazada y han recorrido la mitad del universo buscando una solución. Sus poderosos telescopios enfocan la Tierra, Japón, Tokio y los juegos olímpicos, justo cuando la competencia es la de natación artística, ocho mujeres hermosas por equipo haciendo preciosas acrobacias y figuras en la piscina. Una exclamación que en idioma español podría traducirse como ¡Guauu!, recorre toda la tripulación.

Se van, habiendo abducido los conjuntos de Ucrania, Japón y España. Hace más o menos cincuenta años que en su mundo, las hembras son estériles.

## **LA SELFIE**

Víctor Molina Fuente-Alba

–Con esta selfie nos vamos a inmortalizar... ..

En ese tiempo los teléfonos móviles estaban haciendo su aparición en el despliegue de recursos de la comunicación social, y desde aquello nunca volveríamos a ser los mismos.

A partir de esa tarde, en algún lugar del ciberespacio y en jpg, quedarían archivadas nuestras mejillas pegadas por primera vez, en una comunión licenciosa que ambos estábamos buscando. La doble sonrisa era por lo demás la señal unívoca del roce deseado, de la pulsión de dos cuerpos conmovidos con lo que podría venir después.

La fotografía era perfecta, no requirió repetirla. Quedó compartida en ambos móviles sellando una promesa, la sinonimia del deseo, la obra sempiterna del demiurgo, la vasta constatación de un espacio novedoso y desconocido que sería, desde ese momento, nuestra propiedad privada.

Éramos sencillos y perfectos, y esa dulce constatación de las almas había quedado impresa, tal como si fuese una criatura infranqueable al olvido.

–Con esta selfie nos vamos a inmortalizar...

Tantas veces recordaríamos juntos ese instante como una inflexión definitiva en nuestras vidas.

Aún hoy día, 186 años después.

## **PASADO TOESCA**

Víctor Molina Fuente-Alba

Siendo las 17:42 en su iWatch, el persecutor fue notificado del incidente veinte minutos después de ocurrido, mediante mensaje de texto.

Según las redes sociales el desastre en la línea dos del metro de Santiago, entre las estaciones Toesca y Rondizzoni, había ocurrido por un descarrilamiento, aunque otras fuentes informaron de una explosión gigantesca, y algunas otras de un tiroteo contra un controlador del flujo de trenes, a manera de un ajuste de cuentas.

Tiktok ya registra escenas desde un andén del metro de Praga, e Instagram se llena de sangre de procedencia incierta.

Lo único consistente y confirmado hasta ahora, es que los equipos de rescate remueven miles de celulares en busca de sobrevivientes.



# ENSAYOS

## **HISPANOAMERICANAS**

### **Amparo Aurora Ramírez Tamayo**

De Guatemala a la Patagonia, médicos aguerridos, poetas, soñadores, psicólogos y muchos otros profesionales que nos acompañan año a año para darnos el abrazo, compartir impresiones y leer nuestro producto literario puesto en escena y compilado en el libro de memorias del evento en curso, sin aporte científico médico y en el que hay jurado calificador para dar premio de acuerdo con la categoría y el género enviado por los asistentes, han dejado huella indeleble en nuestros corazones.

Hoy año 2025 en Valdivia es el XXVI Congreso Nacional, después de haber celebrado el XXV 2024 en Pucón de Chile. Los internacionales han dejado huella en Guatemala (Guatemala y Antigua), Chile (en varias ciudades), Argentina (Misiones), Colombia (Santa Marta) y Uruguay (Montevideo). Veinticinco años ininterrumpidos de maravillosos y fraternales encuentros.

Con WhatsApp grupal denominado “Sueños” en el que nos comunicamos a diario para el saludo cordial y las novedades personales, internacionales, que a veces se convierten en discusiones políticas y en las que se termina diciendo “no política, no religión, no fútbol”.

Pero hay otros grupos de WhatsApp como “Sueños de Bohemia”, donde de manera sagrada, salvo circunstancias especiales, nos reunimos cada dos semanas, el sábado, para leer la tarea propuesta con anterioridad y el tema elegido y aceptado democráticamente por la asamblea. Nació en pandemia con la dirección del médico Juan Serrano, asesorado y acompañado por su esposa Julieta.

La trayectoria ha dejado la huella literaria entre los diferentes profesionales de la medicina y la literatura. Huellas de amistad, fraternidad, familiaridad consolidada, hermandad, confidencialidad anecdótica, histórica. Cada detalle por intrascendente que parezca, a la hora del trueque, por ejemplo, es tan significativo que guarda un espacio particular en la habitación, en la sala o en el mejor rincón de la casa de cada uno de nosotros.

Huellas por tierra, mar y aire, horas de viaje atravesando países, selva, cañones, montañas, para encontrarnos en un aeropuerto, en un hotel, en una cabaña, en una casa amiga. Abrazos, compartir diálogos, paseos, aprendizaje de unos a otros y creatividad, mucha creatividad literaria.

## **LA MEDICINA DEL MAÑANA: RESCATANDO LA HUMANIDAD PERDIDA EN LA ERA DE LA TECNIFICACIÓN**

Camila Paz Gallardo Gómez

En un CESFAM abarrotado de personas, el médico teclea rápidamente en su computador, revisando protocolos y llenando formularios. La usuaria frente a él, que para lograr conseguir esa hora de atención se levantó a las cinco de la mañana para hacer fila y tenía muchas consultas, apenas logra explicar sus síntomas antes de que le entreguen una receta y se le indique que la consulta ha terminado. Esta escena, cada vez más común en el sistema de salud, refleja el distanciamiento entre los y las profesionales y las comunidades que atienden. La medicina, que alguna vez fue un arte profundamente humano, parece haberse transformado en un mecanismo frío y despersonalizado.

¿Es culpa del profesional que se esmera por teclear rápido para realizar todas sus responsabilidades administrativas en tiempos acotados, de la usuaria que esperó demasiado para consultar por tantas cosas o del sistema y su forma de funcionamiento?

Un ejemplo claro del clima laboral adverso en el sistema de salud chileno puede verse tras los primeros informes de la Ley Karin, en donde a cinco meses de su implementación se han registrado más de cinco mil denuncias en el sector público relacionadas con condiciones laborales insostenibles, incluyendo jornadas extenuantes, falta de recursos y presión administrativa excesiva, de las cuales 3.290 tienen su origen en el sector salud (Radio Bío Bío, 2025). Esto no solo evidencia la crisis al interior del sector, sino también un entorno que dificulta a los profesionales brindar atenciones de calidad y establecer vínculos humanos con personas usuarias.

La institucionalidad en salud ha evolucionado bajo la presión de estandarizar y optimizar los procesos. Aunque esta evolución ha traído avances significativos, también ha generado desconexión entre los sistemas de salud y las realidades específicas de los territorios que buscan atender, además del colapso de la red de atención y junto con ello del personal de salud. Los modelos centralizados, tecnocráticos y mercantilizados han fallado en considerar las particularidades culturales, sociales y ambientales de las comunidades, dejando a muchas personas usuarias sintiéndose invisibles dentro de un sistema que debería cuidar de ellos.

Sin embargo, la medicina no siempre estuvo tan distanciada de la humanidad. Durante los siglos XVIII y XIX, emergió una visión de la salud centrada en la persona y su entorno, dando origen a la medicina social. Esta perspectiva reconoció que las enfermedades no solo eran fenómenos biológicos, sino también expresiones de desigualdades sociales y culturales. Médicos como Rudolf Virchow identificaron cómo las condiciones de vida influían de manera directa en la salud de las personas, argumentando que la medicina debía intervenir en la vida política y social para eliminar los obstáculos que impedían el bienestar (Rosen, 1985). Esta época enfatizó la necesidad de abordar la salud de manera integral, considerando factores como el acceso a agua potable, vivienda digna y educación, sentando las bases para entender la salud como un derecho humano y un reflejo de la justicia social.

El cambio hacia un modelo centrado en metas y productividad en el sector tuvo sus orígenes en las reformas neoliberales implementadas a finales del siglo XX. Estas reformas, impulsadas por la necesidad de optimizar recursos y reducir costos, introdujeron indicadores de gestión como eje central del funcionamiento de los sistemas de salud. En este modelo, la eficiencia operativa se

midió en términos cuantitativos: número de consultas atendidas, procedimientos realizados o metas cumplidas, dejando en un segundo plano la calidad de la relación médico-paciente o la importancia del entorno. Este enfoque fragmentó la atención, priorizando el cumplimiento de objetivos administrativos por sobre las necesidades reales de las personas, lo que ha contribuido al distanciamiento entre los profesionales de salud y sus pacientes, debilitando la confianza en el sistema (Waitzkin, 2001; Navarro, 2007), modelo que perdura al día de hoy.

Por otro lado, la organización del sistema de salud en Chile está muy segmentada, reflejando las desigualdades socioeconómicas de la sociedad. El subsistema FONASA, financiado en su mayoría por gasto público, atiende al 77% de la población (Ministerio de Salud, 2023), mientras que el subsistema privado (ISAPRES), cubre solo al 18% (Superintendencia de Salud, 2023) y se caracteriza por altos gastos de bolsillo que excluyen a gran parte de la población. Esta segmentación perpetúa las diferencias de clase con el sector público enfrentando una demanda sobrecargada y recursos insuficientes, mientras que el privado atiende a un segmento reducido con mayores privilegios.

A nivel de salud pública, el sistema vive colapsado y sobreviviendo con escasos recursos para la cantidad de personas que recurren a él, lo que produce que quienes están en el box luchan día a día con la frustración de no poder dar respuestas oportunas ni proteger a la población como corresponde. Por su parte, muchas personas se ven obligadas a recurrir al sistema privado cuando la demanda supera la oferta de profesionales, infraestructura y recursos, perpetuando un sistema de salud desigual.

En los territorios rurales y comunidades marginadas, dichas problemáticas son particularmente evidentes. Estas poblaciones enfrentan largas distancias para acceder a centros de salud, con falta de transporte público adecuado, insuficiencia de profesionales especializados y escasez de insumos médicos básicos. Además, las barreras económicas y culturales, junto con la burocratización de los servicios, dificultan aún más el acceso oportuno y efectivo a la atención sanitaria. La falta de participación activa de las comunidades en la planificación y gestión de la salud ha decantado en servicios que no responden a sus necesidades reales. En muchas zonas, el conocimiento local sobre salud y el acceso a terapias tradicionales son ignorados o subestimados por un sistema que privilegia la tecnología y los protocolos estandarizados, distanciando a la institucionalidad de salud del saber ancestral y popular.

Este alejamiento tiene consecuencias graves. La crítica constante al sector no solo refleja las deficiencias en la calidad de la atención, sino también una pérdida de confianza en las instituciones. Las personas usuarias sienten que no son escuchados ni comprendidos y los equipos profesionales de la salud, agobiados por la carga administrativa y la falta de tiempo, se ven forzados a priorizar la eficiencia sobre la empatía. Este círculo vicioso perpetúa la deshumanización del acto médico.

Y las instancias de escucha a la población parecen no ayudar. En Chile, la participación en salud ha sido promovida a través de iniciativas como los Consejos de Desarrollo Local (CODELO), creados de manera oficial en 2006 como un espacio para la colaboración entre equipos de salud y la comunidad organizada (Aedo y otros, 2020). Además, las oficinas de informaciones, reclamos y sugerencias (OIRS) y las cuentas públicas participativas también buscan incluir a la comunidad en la gestión de la salud. Sin embargo, estas instancias han sido criticadas por ser limitadas y excluyentes, ya que los CODELO en general restringen la participación a miembros organizados, dejando fuera a una gran cantidad de usuarios del sistema. Este modelo tiende a instrumentalizar la participación, enfocándose más en el cumplimiento de metas administrativas que en la verdadera expresión de

las necesidades y demandas sociales, generando tensiones entre la comunidad y las instituciones de salud (Bolados, 2009; Merino & Torres, 2015).

Sin embargo, hay alternativas. A lo largo de la historia de Chile, las comunidades han desempeñado un papel crucial en el cuidado de la salud. Por ejemplo, en el siglo XX, durante los años de mayor pobreza y desigualdad, las ollas comunes no solo atendieron la necesidad alimentaria, sino que también fueron espacios para la prevención de enfermedades y el cuidado colectivo, como lo documenta María Angélica Illanes (Illanes, 1993). En materia de salud, se pueden mencionar el Movimiento de Artesanos y Sociedades de Socorros Mutuos que surgió como una respuesta popular a su radical experiencia de ausencia de Estado en materia de salud en plena República en el año 1853 o las Brigadas de Salud que eran el "ojo clínico" de la población en el contexto del gobierno de la Unidad Popular (Illanes, 2010).

En comunidades donde se ha promovido la participación activa de los habitantes en las decisiones sobre salud, se observan resultados positivos. Por ejemplo, los huertos terapéuticos han demostrado ser espacios donde se promueve tanto la salud física como mental, fortaleciendo los lazos entre los miembros de la comunidad y su entorno, lo que ha evidenciado beneficios significativos en la salud mental y espiritualidad de los participantes, además de fomentar la socialización y el aprendizaje de técnicas agrícolas (Saldías, 2024). En Brasil, el modelo de Estrategia de Salud de la Familia ha mejorado indicadores como la reducción de hospitalizaciones por enfermedades prevenibles y un aumento en la cobertura de vacunación (Macinko & Harris, 2015). Estas experiencias subrayan que el protagonismo comunitario no solo mejora la calidad de vida de las personas, sino que también contribuye a la sostenibilidad y eficacia de los sistemas de salud.

Incluso dentro del hogar la población despliega en forma cotidiana estrategias de protección de la salud que desde la institucionalidad muchas veces no se reconocen. Peor aún, se tiende a deslegitimar dentro del box de atención por parte de los equipos de salud, cualquier otra fuente de conocimiento que posea el territorio que no sea concordante con el modelo médico hegemónico (Méndez, 2020). Los saberes ancestrales o los cuidados domésticos heredados y aprendidos son prácticas que han sido invisibilizadas, no solo por la práctica médica, sino por las políticas y programas en salud pública que se despliegan en la población. Eso se ve reflejado, por ejemplo, en que los perfiles epidemiológicos y análisis de situación de salud que se realizan "sobre" las poblaciones son más bien análisis de situación de enfermedad y no visibilizan los procesos que las familias y colectivos promueven para mantener y cuidar su salud (Cuyul, 2012).

La promoción de la salud desde la Atención Primaria de Salud (APS) es clave para fortalecer la autonomía de las comunidades y descongestionar el sistema sanitario. Integrar saberes ancestrales y prácticas de autocuidado, como el uso de plantas medicinales, permite reducir la demanda en los servicios de salud primaria. En Argentina, por ejemplo, el proyecto de "Huertas Medicinales Comunitarias" ha evidenciado impactos positivos en la promoción de la salud, fomentando la autogestión en el uso de plantas medicinales y fortaleciendo la participación comunitaria en el autocuidado. Este enfoque ha permitido mejorar la prevención de enfermedades y reducir la demanda en centros asistenciales, promoviendo una visión integral y sustentable del bienestar (Costaguta et al., 2015). Experiencias que destacan la importancia de la educación en salud y la participación comunitaria para construir un sistema más sostenible y equitativo.

Imaginemos una medicina del futuro que recupere estos principios. Una medicina que valore tanto los avances tecnológicos como el conocimiento local; que fomente la colaboración entre profe-

sionales y comunidades; que integre la diversidad cultural y ambiental en la práctica clínica. Que entienda que el bienestar de las personas está ligado al bienestar de sus ecosistemas y a la participación activa en las decisiones que afectan sus vidas.

Es imperativo que como sociedad revisemos cómo la institucionalidad de salud puede adaptarse para ser más inclusiva y participativa. Esto requiere un cambio de paradigma: pasar de un modelo jerárquico, centralizado y mercantilizado a uno colaborativo, descentralizado y humanizado, donde las comunidades sean verdaderas protagonistas de su salud. ¿Cómo lograrlo? A nivel de los profesionales, trabajar desde la educación en salud fomentando la trasmisión de saberes en forma bidireccional, la promoción de espacios de diálogo entre profesionales y comunidades y la inclusión de saberes tradicionales en las políticas de salud.

Pero, ¿quién cuida la salud del personal del sistema? Para mejorar el clima organizacional en el sistema de salud, es fundamental que el Estado asuma un rol activo en la asignación de más recursos, asegurando mejores condiciones laborales. Una estrategia clave es promover la participación de los trabajadores en la gobernanza del sistema, permitiendo que quienes viven a diario la realidad del sector sean parte de las decisiones sobre planificación y ejecución de políticas. Modelos como el del Sistema Nacional Integrado de Salud de Uruguay han demostrado que la incorporación de consejos consultivos con representación de trabajadores mejora la eficiencia y equidad del sistema (IMPO, 2008). Además, garantizar la estabilidad laboral, el fortalecimiento del bienestar psicosocial y la implementación de medidas de protección contra el desgaste profesional son acciones necesarias para recuperar la confianza en la institucionalidad y garantizar una atención más humana y sostenible.

Para recuperar la confianza de la sociedad en el sistema de salud, es fundamental abordar soluciones en forma integral. La autogestión en salud a través de la educación, considerando la promoción de alimentación saludable, actividad física, gestión del estrés y el fortalecimiento del tejido social son claves, garantizando que la participación comunitaria esté en el centro de las estrategias de salud. Por otro lado, se debe velar por que el Estado avance en asegurar una seguridad social efectiva que garantice el acceso equitativo a los servicios básicos y derechos sociales fundamentales. En este contexto, el personal médico y sanitario puede desempeñar un papel clave en la mejora de las políticas públicas al incorporar una visión integral, basada en la evidencia científica y en el conocimiento del territorio.

La medicina del mañana debe aspirar a algo más que curar enfermedades: debe sanar relaciones, recuperar confianzas y construir puentes entre la ciencia y la humanidad. En este camino, no solo encontraremos un sistema de salud más efectivo, sino también una sociedad más justa y conectada. Al final del día, la medicina del futuro no necesita más máquinas, necesita más humanidad.

## Referencias

- Bolados, P. (2009). ¿Participación o pacificación social? La lógica neoliberal en el campo de la salud intercultural en Chile: el caso Atacameño. *Estudios Atacameños*(38), 93 - 106.
- Costaguta, M., Linneo, L., Gabucci, L., Rodríguez Morcelle, M., & Lus, B. (2015). *Plantas medicinales: promoción de la salud comunitaria desde una perspectiva intercultural*. E Revista de Extensión Universitaria, 1(4). <https://doi.org/10.14409/extension.v1i4.4594>

Cuyul, A. (2012). *Epidemiología Sociocultural: Los procesos protectores de la salud y el conocimiento en salud de las comunidades*.

Illanes, M. A. (1993). *Cuerpo y sangre de la política: La construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*. LOM Ediciones.

Illanes, M. A. (2010). *En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia,... Historia social de la salud pública, Chile, 1880-1973* (Segunda ed.). Santiago, Chile: Ministerio de Salud.

IMPO. (2008). *Decreto N° 269/008: Creación de Consejos Consultivos y Asesores en el Sistema Nacional Integrado de Salud de Uruguay*. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/decretos/269-2008>

Macinko, J., & Harris, M. J. (2015). Brazil's family health strategy--delivering community-based primary care in a universal health system. *The New England journal of medicine*, 372(23), 2177–2181.

<https://doi.org/10.1056/NEJMp1501140>

Menéndez, E. (5 de Mayo de 2020). *Modelo médico hegemónico: tendencias posibles y tendencias más o menos imaginarias*. Obtenido de Salud Colectiva [online]. v. 16: <https://doi.org/10.18294/sc.2020.2615>

Merino, C., & Torres, M. (2015). Participación en salud y desarrollo territorial: experiencia sanitaria en una comuna del sur de Chile. *Ciencia y Enfermería XXI*, 1, 115-125.

Ministerio de Salud. (2023). *Estadísticas de cobertura en salud en Chile 2023*. Gobierno de Chile.

Navarro, V. (2007). *Neoliberalism, globalization, and inequalities: Consequences for health and quality of life*. Baywood Publishing Company.

Radio Bío Bío. (2025, enero 24). *Servicio público suma más de 5 mil denuncias por Ley Karin a cinco meses de su implementación*. Recuperado de

<https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2025/01/24/servicio-publico-suma-mas-de-5-mil-denuncias-por-ley-karin-a-cinco-meses-de-su-implementacion.shtml>

Rosen, G. (1985). *De la policía médica a la medicina social. Ensayos sobre la historia de la atención a la salud*. Mexico: Siglo XXI.

Saldías, G. (2024). *Huertos comunitarios y su impacto en la salud mental y bienestar social*. Documento Universitario de Políticas, Universidad Central de Chile. Recuperado de

[https://dup.ucentral.cl/dup\\_31/gabriela\\_saldias.pdf](https://dup.ucentral.cl/dup_31/gabriela_saldias.pdf)

Superintendencia de Salud. (2023). *Informe anual sobre el sistema de salud privado en Chile*. Gobierno de Chile.

Waitzkin, H. (2001). *The second sickness: Contradictions of capitalist health care*. Rowman & Littlefield.

## LA REVELACIÓN DE LA LENGUA REBELADA

Eduardo Prado Jeanront

Hay muchos dichos populares que expresan el efecto emocional que nos genera el hecho de oír hablar en distintos idiomas. Ya en el mundo antiguo, en el Talmud, se hacía referencia a este asunto. Se decía que el griego era la lengua para el canto, el latín lo era para la guerra, el sirio era para el lamento y el hebreo servía para la conversación cotidiana. Durante los años del imperio donde no se ponía el sol, Carlos I de España, también conocido como Carlos V de Alemania, decía que el español era para hablarle a Dios, el italiano para dirigirse a las mujeres, el francés para comunicarse con los hombres y el alemán para gritarle al caballo. Los tiempos fueron cambiando y se hizo justicia de esto con otro dicho popular, que afirma que el alemán es el idioma de la filosofía, el inglés es el de los negocios, el francés es el de la diplomacia, el italiano es para cantar, el portugués es para seducir y el castellano es para rezar. Personalmente pienso que hay un idioma que agregar, el criollo haitiano. Éste fue hecho para rebelarse.

Se escucha decir que la noche es joven. En Brasil a noite é uma criança. Se entiende, pero no se traduce. De regreso al castellano, sonaría muy extraño lucirse diciendo que la noche es un niño. Mil veces repetido: traduttore é traditore. Toda traducción implica conocer the language glass throughout we look and think. El idioma implicará siempre una forma de ver, pensar y sentir. Como decía Fernando Pessoa y luego cantaba Caetano Veloso: Minha pátria é minha língua. El criollo haitiano es patria y lengua.

El negro atrapado desde diferentes selvas y desde diferentes costas, que se rebela por la injusticia ante el lazo y la cadena, que es empujado al barco desde donde se rebela intentando lanzarse al mar, que es esclavizado en una nueva tierra y escucha al blanco codicioso, al hijo del codicioso y a los amigos y enemigos del codicioso, como ellos nombraban las cosas: la vie (lavi), la nuit (lannwit), la rue (lari). Y él cree que el artículo definido va unido al concepto expresado en el nombre sustantivo y después lo arregla con una sintaxis y una fonética más cómodas para su lengua más gruesa y su ritmo más poderoso. Juega y se divierte con estas denominaciones y, haciéndose el tonto como siempre supo y sabrá hacer, se rebela y engaña al déspota, enredándole las frases para preparar la emboscada. El criollo haitiano nació para rebelarse y para guardar los secretos del vudú, y persistirá para dejar la presencia de un alma colectiva que se manifiesta y grita su existencia en los letreros del aeropuerto de la isla de origen, en una compuerta del metro de la ciudad de Boston o a la entrada de la sala de partos de un hospital en Santiago de Chile.

Llegó al Caribe una semilla congoleña para mezclarse con otras guineanas, taínas, germánicas, latinas, árabes y eslavas. La semilla ahora se esparce y va con cuerpo e idioma. Y ese cuerpo deja su semilla por doquier. Y ese idioma es nación. Y esa nación ya no le pertenece sólo a la parte montañosa de una isla. Está resonando rápidamente en los tímpanos confundidos en cualquier esquina de este confuso mundo. Haití es un país, el criollo es una nación. Ayiti se yon peyi, kreyòl la se yon nasyon.

## EL SIGNIFICADO ES INSIGNIFICANTE

Luis Enrique Mendez Duarte

Desprecio por lo indeseable, inconformidad hacia lo anormal, lo desagradable, lo que creemos está mal. Hemos creado un mundo lleno de racismos tácitos, por la simple creencia de que tenemos que ser normales, hacia alguna discapacidad, excentricidad, un poco de nuevas ideas, diferentes, controversiales, fuera de regla. Simples estúpidos somos, por dejarnos llevar por las costumbres, por las reglas de la sociedad, vemos y medimos a todos con la misma balanza, malditos en otras palabras, son pensamientos errados que, a lo largos de los siglos, han sido más que vicios mundanos que nos carcomen.

Alguna vez te has sentido diferente por una u otra razón, y has sido objeto de odio, reproche, reclamo, insulto, miradas, señalizaciones, todos han pasado por ello, pero porque somos parte del problema y no de la solución, por ser inútiles en ese vacío mundo, que sigue su ciclo interminable y absurdo.

No entrar entre los cánones, es de por sí, inaceptable. En el pasado, dicho sacrilegio era pagado horrorosamente, con penas físicas, verbales, mortales. Hoy en día, quizá algo haya cambiado son simples miradas, reproches verbales, acercándose algunos a la violencia, pero quién nos dice qué sintieron nuestros antepasados y en qué se diferencian lo que se siente ahora, a fin de cuenta sigue siendo el mismo concepto, de desacuerdo hacia lo anormal.

Envueltos en tanta insignificancia, ideas sin sentido, reglas absurdas, miradas vacías, pensamientos inconcebibles, mentes enredadas en su propia red de espejismos, atrasos al reloj que dirigen el tiempo hacia otra dirección, la calidad de vida inexistente, fácil decirlo, pero difícil aplicarlo. Somos todos unos hipócritas, viviendo de caretas, controladas ni por sí mismos, ni por quién sabe quién, títeres de la costumbre, con poca capacidad de análisis, sin pensar en más que en sí mismos, arropados por la codicia, el poder, la satisfacción, todos sin presencia alguna, sin poder mirarse a sí mismos como monstruos creados por la pérdida de la conciencia.

Si cada uno fuera un ente aislado y naciera y viviera en una isla diferente, sin comunicación alguna con nadie, quizá los suicidios aumentarían, ya que muchos parasitan de los demás, para un sinnúmero de beneficios, tanto, materiales, monetarios, intelectuales, como de sentido de la pertenencia, poder, control, sentirse superiores. El no tener esa posibilidad acabaría destruyendo su mente y a sí mismo, empezaría a verse anormal, se criticaría, gritaría y despreciaría, pero solo en las situaciones más extremas el ser humano se da cuenta de algunas realidades, aunque quizá en esos momentos ya sería demasiado tarde.

Si cada uno comenzara a verse en el espejo, sin presiones, a autoevaluarse, criticarse, entenderse, conocerse de verdad, quizá aprendería la humildad, la igualdad, la paz. Llegar a ello es difícil, mas no imposible, se sufre en el camino, se cae y se levanta, al llegar a la meta podrían haber recaídas, pero siempre que se tenga intelecto, se llega a la solución.

Las sociedades han enseñado a lo largo de los siglos, los que ellos creen importante dejar saber a su descendencia, pero han errado en el camino, nos han creado con cánones absurdos, tácitos, vacíos, que quizá nos acompañen otros siglos más, la importancia radica en ser diferente, sin im-

portar nada más, no dejarse arrastrar por la marea oscura que nos ahoga y sumerge en un abismo sin fin, que nos amarra a las cadenas de los cánones, que nos hace esclavos de la idiotez, convirtiéndonos en robots sin cerebro, mentes sin vida, agonizando lento, subjetivando la alegría, creyendo que la felicidad de lo material nos va a comprar una nueva vida.

Es trascendental la visualización, meditación, relajación, marcar la diferencia. Son idiotas aquellos que desprecian a un ser humano por el simple hecho de su color de piel, por razones políticas, por creencias religiosas, una discapacidad física, una cicatriz, un defecto o malformación morfológica, que desechan los ideales de otros por estar en desacuerdo, las infinitas razones de señalamientos. Ensuciándose las manos de la sangre, de las lágrimas, del sufrimiento de su semejante. “No me importa nada, solo todo”.

## EL MALTRATO DE CETÁCEOS EN LOS PARQUES ACUÁTICOS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ÉTICA Y EL SUFRIMIENTO ANIMAL

Shirly Nahomi García García<sup>1</sup>, Nayely García Méndez<sup>1,2</sup>, María Fernanda  
García Aguilar<sup>2, 3,4</sup>, Edgardo Álvarez Muñoz<sup>5</sup>

### Adscripción

<sup>1</sup> Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México, México

<sup>2</sup> Doctorado en Ciencias Médicas, Universidad de La Frontera. Temuco, Chile.

<sup>3</sup> Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Central del Ecuador. Quito, Ecuador.

<sup>4</sup> Hospital Oncológico SOLCA Núcleo de Quito. Quito, Ecuador.

<sup>5</sup> Programa de Doctorado en Ciencias de la Enfermería. Facultad de Enfermería, Universidad de Navarra. Pamplona, España.

### Resumen

El presente ensayo aborda la problemática del maltrato que sufren los cetáceos en los parques acuáticos, centrándose en cómo dichas instalaciones afectan su salud y bienestar. A pesar de que promueven una imagen de conservación y educación, la realidad es que son sometidos a condiciones de vida deplorables, alejadas de sus hábitats naturales y de sus necesidades biológicas básicas. A través de un análisis crítico, se busca exponer el sufrimiento oculto detrás de estos espectáculos y generar conciencia sobre la necesidad de proteger a las especies involucradas.

**Palabras clave:** Maltrato animal, parques acuáticos, cetáceos, conciencia, bienestar animal.

### Introducción

En la actualidad, los parques acuáticos se han posicionado como una de las principales atracciones de entretenimiento a nivel global. Entre sus atracciones más destacadas se encuentran los espectáculos con especies como delfines (Delphinidae), orcas (*Orcinus orca*), belugas (*Delphinapterus leucas*) y marsopas (latín, “cerdos de mar”), las cuales realizan saltos y acrobacias que cautivan al público. No obstante, tras la aparente inocuidad de sus shows, se esconde una realidad de sufrimiento y maltrato sistemático de sus protagonistas. El objetivo de este ensayo es exponer las condiciones de vida de los cetáceos en cautiverio, analizar las prácticas que los afectan y reflexionar sobre la ética de utilizar animales para el entretenimiento humano. A través de un enfoque argumentativo, se busca cuestionar la moralidad de estos centros y proponer alternativas más respetuosas con la vida animal.

### *El maltrato latente en los parques acuáticos*

El maltrato oculto en los parques acuáticos es un tema de preocupación ética y de salud pública. Los cetáceos son mamíferos muy inteligentes y sociales, diseñados por la naturaleza para vivir en vastos océanos, donde pueden nadar con libertad y desarrollar comportamientos complejos. Sin embargo, en los parques acuáticos, dichas condiciones se ven reducidas de manera drástica. Según la Real Academia Española (2023), el maltrato animal se define como cualquier conducta que cause lesiones o menoscabe gravemente la salud de un animal bajo control humano. Bajo esta definición, estos centros son, sin duda, espacios de maltrato. En ellos los cetáceos son confinados en tanques de ta-

maño insuficiente, donde no pueden nadar a la velocidad o profundidad que necesitan. Además, se les priva de estímulos naturales, lo que afecta a su desarrollo físico y emocional (Lafuente, 2014). Como señala el autor, en cautiverio, los cetáceos no emiten los sonidos que usarían en estado salvaje, no pueden cazar ni interactuar de forma adecuada con otros miembros de su especie, lo que genera estrés y agresividad.

Un ejemplo ilustrativo de este sufrimiento es el denominado “síndrome de la aleta doblada”, una condición común en orcas mantenidas en cautiverio. Un fenómeno, según lo reportado por Experto Animal (2018), causado por la falta de natación en aguas profundas, la deshidratación y el sobrecalentamiento. En contraste, las que habitan en su hábitat natural rara vez exhiben este trastorno, lo que sugiere una incompatibilidad entre las condiciones de los parques acuáticos y sus necesidades biológicas fundamentales.

### ***La falsa imagen de conservación en parques acuáticos: una revisión crítica***

La narrativa predominante entre los parques acuáticos suele enfatizar su contribución a la conservación de especies y a la educación del público. Sin embargo, es una narrativa engañosa, como señala Montaner (2019), ya que los animales en estos centros se perciben como «activos» que trabajan para el entretenimiento humano, en lugar de ser vistos como sujetos con un valor intrínseco para su propia conservación. Además, estando en cautiverio no pueden reproducir sus comportamientos habituales, lo que resulta en una distorsión de sus naturalezas en estado salvaje. Además, las prácticas de los parques se encuentran en una posición ética cuestionable. En el caso paradigmático de *SeaWorld*, se han documentado múltiples casos de maltrato, incluyendo la administración de fármacos para controlar el estrés y la separación forzada de crías de sus madres (PETA, 2020). Lo que no solo es cruel, sino que también tiene un impacto negativo en la salud mental y física de los cetáceos.

### ***El caso de Rusia: Abordando antecedentes***

Algunos antecedentes para considerar es el reciente y alarmante ceso de la captura de orcas y belugas en dicho país para su venta a parques acuáticos en China. En 2019, la organización *Dolphin Project* obtuvo imágenes mediante un dron que mostró a once orcas y noventa belugas encerradas en pequeños corrales en la bahía de Nakhodka, que fueron capturadas en el mar de *Okhotsk* y que estaban destinadas a ser vendidas por millones de dólares, lo que evidencia cómo el lucro prevalece sobre el bienestar (Ballenas, 2019). Caso que no solo expone la crueldad inherente a la captura y venta de cetáceos, sino también la falta de regulación y control en la industria. A pesar de las campañas emprendidas para la liberación de estos animales, muchos continúan siendo explotados en condiciones deplorables.

### **Conclusiones**

En conclusión, los parques acuáticos son espacios que, lejos de contribuir a la conservación y educación, perpetúan el sufrimiento y el maltrato de los cetáceos. Su explotación con fines lucrativos no solo es éticamente cuestionable, sino también incompatible con sus necesidades biológicas y emocionales.

En este sentido, se plantea la necesidad imperante de un cambio de conciencia que permita una relación respetuosa y responsable con estas especies. Se sugiere que, para fomentar un aprendizaje significativo sobre los cetáceos, es fundamental observarlos en su hábitat de origen, donde pueden vivir libres y desarrollar su comportamiento de manera natural. En conclusión, se invita a la reflexión

colectiva sobre nuestra relación con los animales, dejando de percibirlos como meros objetos de entretenimiento. Se destaca la importancia del respeto, cuidado y libertad de los cetáceos y el de todos los seres vivos.

### **Referencias**

- Animanaturalis. (s.f.). Delfinarios: Cárceles acuáticas. Recuperado el [fecha de acceso], de <https://www.animanaturalis.org/p/1450/delfinarios-carceles-acuaticas>
- Cortes Toro, F. (2022). Los Cetáceos y otros mamíferos marinos de Chile. Libro Verde.
- Experto Animal. (2018). ¿Por qué las orcas en cautividad tienen su aleta dorsal doblada? Recuperado el [fecha de acceso], de <https://www.expertoanimal.com/por-que-las-orcas-en-cautividad-tienen-su-aleta-dorsal-doblada-23769.html>
- Lafuente, A., Ruiz Riera, E., Sala, A., & Vieira, M. (2014). Cetáceos en cautividad: Normativa y situación actual.
- Montaner, L. P. (2019). El sufrimiento animal presente en los zoológicos y acuarios.
- PETA. (2020). ¿Es malo SeaWorld? Datos sobre la crueldad y el maltrato animal. Recuperado el [fecha de acceso], de <https://www.petalatino.com/blog/es-malo-seaworld-datos-crueldad-maltrato-animal/>
- Real Academia Española. (2023). Diccionario de la lengua española (23ª ed.).

### **Agradecimientos:**

Universidad de la Frontera, Doctorado en Ciencias Médicas. Temuco, Chile

### **Financiamiento:**

Universidad de La Frontera, Support PP240024

### **Conflicto de intereses:**

Los autores declaran no tener conflicto de intereses

### **Aspectos éticos:**

Este ensayo no contiene ningún estudio con participantes humanos o animales realizado por alguno de los autores.

## ROSALÍA DE CASTRO LA PRIMER MUJER FEMINISTA EN GALICIA

Nedy Varela

Al final de la etapa medieval (s. XIV-XV), la más gloriosa de las letras gallegas, el idioma y la literatura entran en un periodo de decadencia. Entramos así en los siglos XVI, XVII y XVIII, en los denominados “siglos oscuros”, en los que Galicia permaneció en silencio. En ellos se remarca la decadencia de su literatura en su dimensión cultural y científica. En estos siglos oscuros, el Reino de Castilla afianzó su poder y marcó al castellano como idioma de poder a todo nivel.

Ya entrado el siglo XIX, una voz de mujer se eleva: la de María Rosalía Rita. Nace el 23 de febrero de 1837, en Santiago de Compostela y fallece en Padrón, el 15 de julio de 1885. Su obra es un grito que reclama justicia, en una época en la que la mujer no tenía derechos; ella exigió para la mujer dignidad, civilización y libertad para soñar y luchar sin miedo.

Rosalía de Castro merece ser explicada y reivindicada como feminista avanzada y artífice esencial de la historia contemporánea de Galicia. Ella fue su voz e intérprete principal. A su patriotismo se une una preocupación constante por la condición y la suerte de las mujeres, que se hace medular en toda su obra. Su feminismo es el correlato de su posición vital, filosófica y política en la vida.

Es preciso desentrañar los motivos de una falsa leyenda de “Santiña” que todavía la envuelve, y devolverla a la verdad de su producción, su radicalidad y su transgresión como librepensadora y poeta. Ella representa, en suma, el inicio de la modernidad gallega. Rosalía muestra una inteligencia poco común, una gran sensibilidad, una profunda y variada formación cultural, un sentido patriótico agudo y una viva y persistente obsesión por la condición y suerte de las mujeres, tratando por todos los medios que se reconociera su posición. Esta preocupación feminista es medular en su obra, de principio a fin. Constituye una especie de columna vertebral alrededor de la cual se articulan sus discursos poéticos y narrativos.

Si bien Rosalía es con todo mérito conocida por su obra poética, que es, sin duda, pionera de la poesía moderna, esta eclipsó su producción en prosa, casi desconocida hasta el siglo XX a excepción de sus dos títulos de novelas más destacados: “La hija del mar” (1859) y “El caballero de las botas azules” (1867). Siempre fue señalada por su condición de ser hija de madre soltera (y de un sacerdote), situación que fue siempre motivo de crítica y burla de la sociedad. Su obra también está marcada por ser “escritora” en el siglo XIX, un oficio en el que los hombres eran los que dominaban. Tuvo que luchar incansablemente para dar a conocer su obra. Tampoco es desconocida, para los estudiosos, la persecución y acoso sufridos por Rosalía por sus dudas en relación a la religión, que también se imponía con firmeza en esa época. Rosalía fue la primera escritora gallega del siglo XIX que trató los temas de la sexualidad y del poder patriarcal.

Su voz se une a la de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814), Concepción Arenal (1820), Delmira Agustini (1886), Juana de Ibarbourou (1895), Gabriela Mistral (1889) y Alfonsina Storni (1892).

¿Cuáles fueron sus recursos? Una gran voluntad de narradora que supera su éxito literario (como poeta lírica y melancólica). Ella supera su condición de mujer encarnándose en un caballero extraño y fantástico, como lo hace en la novela “El caballero de las botas azules”, considerada una de las primeras novelas fantásticas que es, además, urbana, social, satírica, cervantina, realista, rupturista y proteica. En ella niega lo plañidero y lanza un mensaje de protesta y libertad. ¿Y cuáles son los resultados? Una vinculación de compromiso con la mujer.

La obra de Rosalía destruye mitos caros al romanticismo. Su “morriña” o nostalgia de Galicia, es principio patriótico que organiza, en buena parte de su obra, como principio activo.

Es importante poner de relieve su condición de mujer ilustrada, para conocerla y valorarla a cabalidad. Dentro de sus novelas, se destacan también "La hija del mar" y "Flavio".

Rosalía de Castro aceptó ser mujer escritora porque, como ella misma dice: «No les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben».

El joven periodista Manuel Murguía, que luego sería su esposo, con franqueza confiesa: "Ella es mujer en sus sentimientos, hombre en la franqueza con que los expresa; ¿por qué ha de cubrirse con un velo de hipócrita silencio lo que puede decirse? ¿Acaso una mujer no puede amar y decirlo?". "Reúne lo viril de la inspiración a la ternura del sentimiento".

"Lieders" es un artículo escrito por Rosalía de Castro y publicado, por primera vez, en El Álbum del Miño, en Vigo en 1858. Este artículo es considerado el primer manifiesto feminista publicado en Galicia. En él escribe esa breve prosa lírica a los veinte años de edad, el mismo año que se casa con Manuel Murguía. Por este motivo, Xosé Ramón Barreiro, lo interpreta como una especie de contrato matrimonial público en el que deja claro, a su futuro marido, su condición de mujer insumisa. Pero, sobre todo, es una declaración de libertad como creadora y, por lo tanto, una proclamación de su condición de escritora.

Los lieder son canciones compuestas en estrecha relación con el poema que les sirve de letra. Su vínculo reivindica el canto con la cultura popular y con la música, que es el idioma del espíritu. Estas canciones tuvieron un fuerte éxito dentro del Romanticismo, considerando las obras de los románticos alemanes y en especial de Heine.

El título escogido por Rosalía crea una expectativa en el lector y lo desconcierta, porque piensa en poemas para ser cantados y encuentra un texto en prosa radicalmente crítico y subversivo. Eso podría estar relacionado con la rebelión contra todas las normas del arte que declara justo en la primera línea de Lieders (1858, "El Álbum del Miño", Vigo). En ese texto ella dice: "Yo soy libre. Nada puede contener la marcha de mis pensamientos y ellos son la ley que rige mi destino". «¡Oh mujer! ¿Por qué siendo tan pura vienen a proyectarse sobre los blancos rayos que despide tu frente las impías sombras de los vicios de la Tierra? ¿Por qué los hombres derraman sobre ti la inmundicia de sus deseos...?».

En esta explosiva pieza, titulada "Lieders", podemos leer declaraciones como estas: "Solo cantos de independencia y libertad han balbucido mis labios, aunque alrededor hubiese sentido, desde la cuna ya, el ruido de las cadenas que debían aprisionarme para siempre, porque el patrimonio de la mujer son los grillos de la esclavitud. Yo, sin embargo, soy libre, libre como los pájaros, como las brisas, como los árboles en el desierto y el pirata en el mar. Libre es mi corazón, libre mi alma y libre mi pensamiento, que se alza hasta el cielo y desciende hasta la tierra, soberbio como Luzbel y dulce como una esperanza". Y agrega:

"Cuando los señores de la tierra me amenazan con una mirada, o quieren marcar mi frente con una mancha de oprobio, yo me río como ellos se ríen y hago, en apariencia, mi iniquidad (maldad) más grande que su iniquidad. En el fondo, no obstante, mi corazón es bueno, pero no acato los mandatos de mis iguales y creo que su hechura es igual a mi hechura y que su carne es igual a mi carne. Yo soy libre. Nada puede contener la marcha de mis pensamientos, ellos son la ley que rige mi destino".

Este artículo se revela como el auténtico documento de identidad de la autora, por tanto, como matriz y guía de toda su obra posterior.

Sienta las bases, pues, de una transgresión inicial, de que va a derivar su obra posterior, poética, narrativa, ensayística y periodística.

Las novelas rosalianas tratan los temas con una hondura singular. Cuentan con numerosas protagonistas femeninas que, incluso tras haber sufrido abusos o malos tratos, siguen cerca de los hombres que perpetran tales hechos.

Cuando habla de uno de sus personajes dice: «una mujer que padece los efectos del abuso del patriarcado, tanto en el aspecto político como emocional».

No debe engañarnos la dulzura y modestia del carácter natural de Rosalía, no cabe duda su osadía como escritora en esa época, que la sitúa como una de las poetas y narradoras de la historia con más conciencia de los abusos que la mujer de su tiempo sufría y que por desgracia, aún hoy sufre.

Rosalía de Castro ingresa como novelista al campo cultural español en 1859 a los 22 años con su primera novela *La hija del mar*, tanto en el texto como en el paratexto, intenta inscribir su identidad como mujer escritora. Esta novela acompaña el nacimiento de su primera hija. El prólogo construye una imagen de sí misma, víctima de maltratos por su oficio. Utiliza una serie de estrategias discursivas y, de este modo, justifica su «atrevimiento» al ingresar a un campo vedado a las mujeres.

Para presentarse en sociedad con su primera producción narrativa lo hace desde la humildad, falsa modestia e incluso, con ironía, pidiendo perdón por su atrevimiento.

Por otro lado, la autora se permite la defensa de las mujeres reconociendo sus potencialidades y otorgándoles y otorgándose un lugar diferente al propuesto por las normas vigentes. Esta obra representa la fuerza (y el castigo) de la solidaridad entre mujeres.

Paradójicamente en el prólogo se señala que «todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben».

Rosalía escribe una novela cuya historia está atravesada por dos mujeres con una gran fuerza vital y, además, construye una voz narradora que expresa lo que siente y lo que sabe, por lo tanto, no hace otra cosa más que demostrar que sabe lo que hace y da por tierra la imposibilidad que tienen las mujeres de «escribir lo que sienten y lo que saben».

Está presente su idea de modestia al señalar que no hay vanidad en su accionar, que su obra es un «libro más en el gran mar de las publicaciones», que fue escrito al azar y sin ninguna pretensión. Palabras difíciles de creer cuando vemos su preocupación en llamar la atención del lector utilizando múltiples tácticas narrativas. La narradora demuestra «lo que sabe», por lo tanto, está exponiendo su capital simbólico lo que forma implícita le permite igualarse a otros escritores.

Nos muestra a las mujeres que sufren marginación relacionada con la viudez, pero también lo que sufren las mujeres huérfanas, haciéndose eco Rosalía de lo que ella misma había experimentado.

En “La hija del mar” sorprende el atrevimiento de la joven escritora presentando un argumento plagado de situaciones lamentables, pues se trata de un caso de abuso en la intimidad del reducto familiar, siendo la víctima una niña que se presenta como hija adoptiva. El protagonista masculino es presentado como un depravado amoral que se ha enriquecido con el comercio de esclavos y que no tiene más límites en su conciencia que el logro del placer propio. Se remarca en su obra cómo Rosalía se adentra en la psicología de cada personaje y cómo denuncia las consecuencias del imperio machista.

Queda clara la defensa que realiza de, lo que hoy denominaríamos, familia monoparental, así como del amor igualitario, donde la mujer pueda tomar la iniciativa.

En el prólogo a su obra dice: Antes de escribir la primera página de mi libro, permítase a la mujer disculparse de lo que para muchos será un pecado inmenso e indigno de perdón, una falta de que es preciso que se sincere (Castro, 1977:258). Más adelante agrega: *Ellos protestaron eternamente contra la vulgar idea de que la mujer solo sirve para las labores domésticas y que aquella que,*

*obedeciendo tal vez a una fuerza irresistible, se aparta de la vida pacífica y se la lanza a las revueltas ondas de los tumultos del mundo, es una mujer digna de execración general.*

Si bien la novela nada tiene de religioso, en su prólogo habla de «pecado» que necesita de un «perdón», términos marcados por el fuerte peso de la tradición cristiana. Es consciente de los límites que está transgrediendo y tiene el valor para «confesar» la falta cometida. Podemos inferir un tono irónico ya que son los otros quienes consideran la falta, no ella.

Esta novela y sus personajes sirven para legitimar su verdad y como fuerte estrategia para construir su identidad de mujer escritora o, mujer y escritora, que se atreve a salir al medio cultural. Realiza una defensa reivindicativa de los derechos de la mujer a la vida intelectual, citando predecesoras destacadas tanto del mundo de las artes como de la política, incluyendo algunos ejemplos de mujeres luchadoras, reformadoras y poderosas en diferentes ámbitos de la vida pública, como: Madame Roland, cuyo genio fomentó y dirigió la revolución francesa en sus días de gloria; madame Stael, tan gran política como filósofa y poeta; Rosa Bonheur, la pintora de paisajes; Jorge Sand, la novelista profunda, que está llamada a compartir la gloria junto a Balzac y Walter Scott; Santa Teresa de Jesús, ese espíritu ardiente cuya mirada penetró en los más intrincados laberintos de la teología mística; Safo, Catalina de Rusia, Juana de Arco, María Teresa de Austria...

Esta elección no es inocente, las seleccionadas pertenecen a distintos ámbitos culturales y sociales con lo que se quiere demostrar que la mujer es apta para ejercer actividades en diferentes espacios sociales, culturales y políticos, pero, además, pueden ejercer su naturaleza, es decir, ser madres, ya que muchas de ellas lo fueron.

Si todas estas mujeres fueron valoradas por sus méritos y la «historia las registra en sus páginas», la inquietud que late es por qué no podrían otras mujeres seguir haciendo la historia. También de esa manera quedan expuestos los conocimientos de Rosalía, que demuestra una base firme y variada de lecturas.

Con ironía afirma que pasaron aquellos tiempos «en que se discutía de manera formal si la mujer tenía alma y si podía pensar». De algún modo Rosalía nos está diciendo que la mujer tiene un «ser», «un saber» y un «saber hacer» por lo tanto puede ser y es un sujeto activo en la historia. En las grandes ciudades españolas, el siglo 19 encuentra una sociedad más atrasada que el resto de Europa. En lo cultural, los ateneos, cafés y liceos se van abriendo a las nuevas tendencias del arte y la literatura, pero con exclusividad para un público culto y masculino. Estos no eran espacios femeninos ni para el pueblo que, en general, era inculto. En las pequeñas poblaciones del interior la situación era más grave ya que aún, a mediados de siglo, la economía tenía características rurales, el índice de analfabetismo era altísimo sobre todo en la mujer, que estaba relegada a espacios domésticos y tareas manuales en el campo, y el poder eclesiástico aún gozaba de fuerza.

El tono social de Rosalía está presente a lo largo de la obra y son varias las referencias a quejas y denuncias sobre la situación de la mujer reclamando que esta debía ser libre y no esclava. La apelación al lector, y específicamente, al lector masculino es una estrategia que le permite mantenerlo atento y, por otro lado, lo invita a la permanente reflexión, además, de responsabilizarlo por la consecuencia del estado actual de las cosas.

Esta interpelación demanda los derechos prometidos en el discurso de los hombres de la Ilustración que hablaban de «civilización», «libertad» y en forma implícita su referencia a la «igualdad» de derechos, nunca alcanzados porque los hombres ilustrados solo concibieron al sujeto como varón, blanco, racional, libre y guiados por normas patriarcales y a las mujeres como sujetos domésticos, dueñas del ámbito privado y excluidas de lo público y del derecho prometido. Demuestra así la falsedad del discurso patriarcal. Es apenas su primer trabajo publicado y en calidad de «mujer».

Vemos una apelación a las lectoras: *A vosotras, hermanas mías en sexo y corazón; a vosotras las de tiernos sentimientos y alma compasiva, es a quienes suplico que tendáis la mano a esos desamparados seres (...) Tendámosles la mano todas las mujeres (...) ¿No son ellos el fruto de nuestra debilidad o de nuestro crimen?* “La narradora apela a la experiencia de la maternidad como fuente de verdad y, por otro lado, la identificación la realiza desde el afecto.

Visibiliza la situación de desamparo, no solo de ella, sino del colectivo mujer. Pide a todas las mujeres que tiendan la mano a las desprotegidas.

Sabemos de la juventud de Rosalía al comenzar a escribir, de su escasa trayectoria y que lo hace usando una lengua sin prestigio literario, la lengua gallega, pero ella comenzará su lucha para posicionarse en un campo cultural dominado por lo masculino y lo hace en esa novela con temática femenina: la/s mujer/es abandonada/s.

Rosalía termina marcando un espacio fundamental como escritora socio-crítica, consciente de una realidad desfavorable.

La situación de Rosalía se transforma, de condición femenina a condición feminista.

La imagen que aparece en sus cartas nos ofrece el retrato de una mujer enérgica, decidida, tan consciente del valor de su obra como distante de la pompa y gloria mundano-literarias.

Un grupo de 200 seminaristas de Lugo apedrearon la imprenta que publicaba el Almanaque de Galicia por aceptar una colaboración de Rosalía publicada en El Contemporáneo (Madrid), el 30 de agosto de 1864, en la que criticaba la hipocresía de algunos religiosos. Publicó también en El Imparcial de Madrid un artículo relatando la inaceptable y machista costumbre llamada "prostitución hospitalaria", que todavía perduraba entonces en algunos lugares de la costa gallega, que consistía en que los hombres ofrecían, a los marineros que recibían en sus casas, el regalo de pasar la noche manteniendo relaciones sexuales con sus esposas o hijas. Los "rexionalistas" se lanzaron contra ella diciendo que quería desprestigiar a Galicia difundiendo mentiras. Rosalía dirá: Me indigné, pero no pude hacer nada contra ellos.

Recordemos el “derecho de pernada” de los señores feudales, también relatado en “Fuentovejuna”. La acción se desarrolla en la España de finales del siglo XV, con exactitud en 1476.

“¿Por qué, aunque haya Dios, vence el infierno?”, verso de uno de los poemas de su libro testamentario, *En las orillas del Sar*, que sirve como ejemplo mínimo de muchos más poemas donde la autora, librepensadora, expresa su pérdida de fe o, en todo caso, su religiosidad más que problemática que la expone al rechazo del clero y la enfrenta a la fuerza que tenía en esa época la religión.

Es en efecto la condición de casada (y, más aún, madre), añadida a la ya desventajosa condición de mujer a la que se suma el de ser hija de padre desconocido, la que en principio crea problemas a Rosalía en su deseo de abrirse paso en el mundo de las letras. En efecto, Cantares gallegos publicado en 1863, es su libro de poemas más conocido, traducido a muchas lenguas y representante del resurgimiento gallego, pero hay que recordar que cuando aún no había cumplido sus veinte años publica su primer libro de versos, La flor. He aquí las muestras de una clara, precoz vocación literaria

Aspectos relevantes, en este poemario, relacionado con el feminismo de la autora han merecido suficiente atención, como su original enfoque del problema de la emigración gallega. Más que la pena del emigrante, a Rosalía le interesa la de la mujer que queda abandonada por el hombre por dos motivos: porque se marcha para buscar mejor futuro o porque muere en la guerra, convirtiéndose en “viudas de vivos y muertos”.

Pero el feminismo de la poetisa galaica muestra además su hermandad con otras mujeres escritoras, quienes conquistaron una autoridad literaria auténticamente femenina por medio de la aceptación y subversión simultáneas de modelos literarios patriarcales.

El lector de la obra rosaliana deberá ser sensible a esta condición de la autora, para entenderla a cabalidad, para entenderla en su humanismo.

Aún hoy, día tras día, muchos de los derechos de la mujer son violentados y cuando los hombres se marchan buscando nuevos horizontes o mueren por conflictos armados, “las viudas de vivos y muertos” están presentes.

#### BIBLIOGRAFÍA

-Contexto histórico-político de la primera mitad del Siglo XIX – Autor Honorio Ferreiro Delgado

-DE ROSALÍA DE CASTRO A RUTH MATILDA ANDERSON.

FEMINISMO E PARATRADUCCIÓN de Alba Rodríguez-Saavedra. Universidade de Vigo

Grupo de Investigación Traducción e Paratraducción

-LA CONDICION FEMENINA COMO SUPERACION DE LA NOVELA DEL ROMANTICISMO (ROSALIA DE CASTRO) de *Pablo del Barco*

-Rosalía de Castro: una mujer del XIX. Autor: René Aldo Vijarra. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.

- Rosalía de Castro: na feminista en la sombra. María Pilar García Negro. Universidade da Coruña.

## LA IMAGINACIÓN DE LOS NIÑOS ANTE LAS CARICATURAS

Verónica Garay Moffat

Si pudiéramos a través de historietas, comics y cuentos infantiles, dar un giro opuesto a esos otros contenidos y formas que han jugado un rol determinante en la concientización de las almas infantiles preparándolas para perpetuar formas de dominación, tal como lo expuso ya en los años setenta Ariel Dorfman en su libro *Como leer al Pato Donald*, quizás los niños aparte de diversión podrían contar con orientaciones formativas de valor. Otras publicaciones de distinta línea, como fueron revista *Mampato* en Chile, *Ásterix* y *Óbelix*, o *Tin Tin*, por ejemplo, solo por mencionar algunas, lo entendieron así.

*Mampato* reflejaba mejor nuestra idiosincrasia, su personaje principal era un chico colorín con espíritu investigativo capaz de dialogar con la naturaleza representada a través de su amigo Ogú, un cariñoso y solidario simio capaz de protegerlo de los más increíbles peligros, usando su garrote de madera. Desde el pasado este curioso niño se trasladaba en un capítulo hacia el futuro mediante su "*cinto espacio temporal*", con el que viajaba por distintas épocas de la humanidad. Estas entretenidas y educativas alternativas desarrollaban el gusto por la literatura infantil permitiendo que los niños pudieran identificarse con valores solidarios y menos hedonistas que los mostrados por otras historietas como *Pato Donald*, *Mickey* o *Tribilín*, donde el gancho era más la rivalidad, competencia o consumo, junto a gratificaciones apuntando a un condicionamiento básico, con ausencia de padres o figuras ejemplares a quienes seguir como modelo y gozando de divertidos antihéroes.

En la actualidad el consumo de entretenimientos del tipo animé o comics provenientes de Japón, Corea y China principalmente, llegan también por otras vías como juegos audiovisuales y comics que se pueden conseguir con facilidad en internet, por redes o la misma televisión. Grandes armas de concientización penetrando fuerte en los hogares.

El medio más poderoso de las caricaturas infantiles es digital, no tanto el papel, salvo ciertos sectores de elite donde aún se les privilegia. Lo que ayuda hoy a adquirir las primeras es su "gratuidad", pues quien quiera puede subir su material a internet. Hay que considerar sí, que tal como la basura generada por productos desechables, la información almacenada también ocupa un espacio real en bytes o memoria física siendo sostenidos por coins y páginas web. Todo allí en red, listo para ser copiado y pegado, como también promocionado a través de un panóptico algorítmico de super estimulación visual, difícil de poder evitar. Estos espacios virtuales no son tan inocentes como parecen, pues ocupan lugares reales y concretos negociados por oferta y demanda a través de likes o preferencias de consumo. Poseen su respaldo ocupando datos a distancia, tal como funcionan todavía los bancos con su equivalencia en oro. Toda una nueva economía derivada de medios digitales. La misma reciente pandemia del coronavirus dio la posibilidad de desarrollar a gran escala una comunicación instantánea vía plataformas, tal como alguna vez lo anticipara el cine en películas *Odisea en el Espacio* o *Star Wars* y ahora la apocalíptica *Duna*. Así vemos como el ser humano se adecúa a las dificultades, a partir de la ciencia aplicada gracias a lo que va inventando a través de una imaginación infinita.

Pero si no fuera por los tiempos bélicos que corren, en vez de estar sumidos en el miedo constante que esto ocasiona, podríamos atender mejor al arte, la música y la literatura con su consabida facilitación de la creatividad y serendipia, generando ya sea de manera intencionada o accidental, una solución de ensayo infantil imaginaria para varios problemas que hoy acechan.

El ser humano parece que en su fuero interno es el mismo de hace millones de años, pero también, el único capaz de involucrar y autodestruirse por ambición. Esto ocurre pienso porque la muerte es su gran límite y pese a haber conseguido longevidad, aquella no ha sido superada y aunque no se quiera, seguimos siendo simples mortales con retorno a la tierra, tal como cualquier otro ser orgánico con sus respectivos elementos y huella carbónica constituyentes. Ese el gran tema de la literatura de todos los tiempos, lo que nos sostiene desde lo simbólico. La única gran memoria humana superando esa frontera inevitable, es la palabra con su espíritu inmortal, permaneciendo en la cultura. La literatura infantil resulta entonces muy determinante como primera aproximación del niño para acercarse a sus sueños e integrar lúdicamente ese saber a la humanidad, sin un afán de dominio de unos sobre otros.

## ¿ES LA MEDICINA UN ARTE?

### Una aproximación a la dimensión artística del ejercicio de la medicina

Walter Brokering Alacid

#### INTRODUCCIÓN

Pudiera parecer un despropósito pretender establecer algún nexo entre disciplinas aparentemente tan disímiles, como la medicina y el arte, en los tiempos postmodernos actuales, en los que la profesión médica se ha visto invadida por un despliegue científico y tecnológico que amenaza con sustituir la singularidad viva del encuentro médico-paciente y reemplazarlo por una interfase cibernética y digital. Sin embargo, este ensayo busca indagar en la existencia de una dimensión artística en la praxis médica, entendiendo que esta es una actividad humana que efectúa sus determinaciones en contextos de habitual incertidumbre y en circunstancias únicas que no pueden ser estandarizadas ni protocolizadas en su totalidad, por lo que siempre hay un margen para la creatividad del médico, quien debe poner al servicio de cada consultante un conjunto variado de conocimientos, habilidades, competencias y destrezas para explorar e intervenir de manera original en el mundo singular y excepcional de cada paciente, de un modo semejante al de un artista (artesano) elaborando una obra de arte.

#### DESARROLLO

En el ‘Breve diccionario etimológico de la lengua castellana’ (Corominas, 1997), encontramos que “arte” proviene del latín “ars” y “artis”, vocablos que remiten a “habilidad”. La expresión engloba aquel “conjunto de preceptos para hacer bien algo” (Corominas, 1997, p. 65). De aquí derivan otras palabras emparentadas, como artesano, artesanía, artista y artístico. A su vez, el ‘Diccionario de la lengua española’ [RAE] (s.f.), ofrece varias acepciones de la palabra “arte” (del latín ars, artis y estos del griego téchné, del que derivan técnico/a y tecnología), una de las cuales dice relación con la capacidad o habilidad para hacer algo, mientras que otra alude a la creación de obras que, por medio de recursos plásticos, visuales, sonoros o literarios producen estimulación estética.

Un análisis etimológico y semántico sorprende por el parentesco de vocablos que, en su uso cotidiano, parecen alejados unos de otros. Así, derivando del mismo origen griego encontramos la palabra artesano, que alude a aquella persona que hace objetos domésticos imprimiéndoles un sello personal, lo que le diferencia del obrero fabril encargado de la producción industrial de artículos manufacturados en serie. Similar raíz etimológica tiene la palabra artista que, por un lado, remite a la persona dotada de la capacidad o habilidades necesarias para cultivar alguna de las denominadas bellas artes, mientras que, por otro lado, refiere a la persona que hace algo con suma perfección. Como contrapartida, con el mismo origen etimológico encontramos las palabras técnico/a y tecnología. Por técnico/a se puede entender la habilidad para ejecutar cualquier cosa, o para conseguir algo. En esa acepción, técnico/a resulta una expresión próxima a pericia o destreza, pero también emparentada con especialista, experto y perito. Por su parte, tecnología puede entenderse como el conjunto de teorías y técnicas que permiten el aprovechamiento práctico del conocimiento científico, pero también, como el conjunto de instrumentos y procedimientos industriales de un determinado proceso productivo estandarizado (RAE, s.f.).

Dejando de lado las acepciones del vocablo arte que remiten a las bellas artes, no deja de sorprender la similitud de significados con que aquel está emparentado a la palabra técnico/a. Así, nos encontramos con que ambas voces –arte y técnico/a– se refieren a la habilidad necesaria para hacer bien algo, sin especificar con exactitud qué, por lo que cabría incluir las obras manuales, creadas por un artista, o bien las artesanías elaboradas de manera particularizada por un artesano, así como también las obras cognitivas, producidas por un literato, un intelectual o un médico. Asimismo, la expresión artista señala a la persona que hace algo con suma perfección, o sea, alguien diestro y hábil, mientras que técnico indica aquella persona especialista o experta que, gracias a las habilidades que domina, tiene la pericia para ejecutar bien una acción o lograr algo. Del mismo modo, arte y técnico son expresiones que refieren al variado conjunto de preceptos y procedimientos que es recomendable observar para el logro adecuado de ciertos fines.

Otra fuente para orientar esta indagación es la consulta de la entrada del vocablo arte que ofrece el ‘Diccionario de Filosofía’ de Nicola Abbagnano (2004), y que dice “en su significado más general, todo conjunto de reglas idóneas para dirigir una actividad humana cualquiera” (Abbagnano, 2004, p. 104). Agrega que Platón no habría hecho mayor distinción entre arte y ciencia, pues habría considerado como arte toda actividad humana ordenada, incluyendo dentro de las artes a la poesía, la dialéctica, la política, la justicia y la medicina. A su vez, Aristóteles habría restringido el concepto de arte al sustraer de su ámbito lo científico, definiendo arte “como el hábito de producir cualquier cosa, acompañado de la razón” (Abbagnano, 2004, p. 104), e incluyendo a la arquitectura, la retórica, la poética, las manualidades mecánicas y la medicina. Mientras que, Plotino, principal representante de la escuela neoplatónica en la Grecia antigua (Giannini, 2019), habría mantenido la diferenciación aristotélica entre ciencia y arte, distinguiendo a las distintas artes según su relación con la naturaleza. Así, distingue dentro de las artes aquellas consistentes en la fabricación de un objeto, como la arquitectura; aquellas otras que se limitan a ayudar a la naturaleza, como la medicina y la agricultura, y, por último, las artes prácticas que, como la retórica y la música, obran sobre el ser humano influyendo en su manera de comportarse y ser (Abbagnano, 2004). Más tarde, se hizo conocida la distinción entre artes liberales (ejercidas por hombres libres) y artes manuales, siendo incluida la medicina dentro de las primeras. Como puede apreciarse en esta sucinta revisión filosófica e histórica del vocablo arte, queda a la vista que se trata de una voz que no tiene una significación unívoca y que ha sido conceptualizada de diferentes maneras en distintas épocas, ampliándose o restringiéndose su ámbito, incluyendo o excluyendo determinadas disciplinas, lo que ha contribuido a la ambigüedad de la noción arte (Jiménez, 1999). Sin embargo, para los propósitos de este ensayo, resulta destacable que, más allá de la mayor o menor amplitud de lo que ha sido considerado históricamente dentro del campo del arte, la medicina suele ser incluida en su ámbito.

Esta primera parte de la indagación permite proponer la comprensión de arte y de lo artístico como aquel conjunto de atributos y cualidades que debe reunir una persona y su quehacer productivo, en la creación original y singular de obras únicas e irrepetibles, sean estas de índole manual o intelectual, o sus respectivas combinaciones. La propuesta enfatiza el carácter singular, particular e irreproducible que tienen las obras creadas de manera artística, en virtud de un proceso de elaboración reglado y ordenado que demanda altos, complejos y variados niveles de talento, habilidad, destreza, competencia y pericia por parte del creador, el que entonces imprime su sello personal, tanto en ese quehacer original, como en la obra única así producida. La noción antinómica de lo artístico será, en consecuencia, aquella actividad manufacturera masiva de productos en serie, indistinguibles unos de otros, que carecen de la particularidad y singularidad –sello propio–

que permita identificarlos como únicos e irrepetibles. Propongo comprender lo artístico como sinónimo de lo artesanal y esto, a su vez, como sinónimo de lo original, singular e irrepetible de una creación habilidosa, ordenada y esmerada que porta el sello personal único del artista, a diferencia de lo tecnológico entendido como la manufactura industrial y masiva de productos estandarizados e idénticos.

Premunidos de estas significaciones, se indagará ahora en la existencia de una dimensión artística en el quehacer médico. Antes, habrá que recordar que como profesión tiene sus orígenes en tiempos prehistóricos y fue practicada en un principio por brujos y chamanes. A pesar de los posteriores desarrollos que la actividad chamánica fue adquiriendo en el antiguo Egipto y en Mesopotamia, no es sino hasta alrededor del siglo V a. C. que aparece, en la antigua Grecia, una práctica médica que va adquiriendo unas características, unos procedimientos, una racionalidad y una ética que terminaron siendo los antecedentes más inmediatos de la moderna medicina (Gargantilla, 2011). La escuela hipocrática expresa una entre varias otras formas de entender, pensar y ejercer esta disciplina, que se caracterizaron por rechazar las connotaciones mágico-religiosas de la salud y la enfermedad y sustituirlas por la observación empírica de los enfermos, dejando registro de las diversas circunstancias biográficas, geográficas, climáticas, dietéticas y naturales que pudieran estar asociadas al proceso de enfermar (Gargantilla, 2011). A partir de la escuela hipocrática se produce la consolidación de ciertas prácticas médicas que permiten abordar de manera racional y estructurada la recogida de antecedentes relevantes (anamnesis), así como la exploración física ordenada y sistemática del cuerpo del enfermo (examen clínico), configurándose entonces los clásicos tres momentos que son propios del quehacer médico, a saber: 1) diagnóstico, 2) tratamiento y 3) pronóstico de las enfermedades.

La indagación por la dimensión artística de la medicina continuará analizando si en las definiciones habituales de este vocablo aparece algún indicio que justifique la hipótesis de este ensayo. Según el diccionario de la lengua española, ya citado, por esta habrá de entenderse el conjunto de conocimientos y técnicas aplicados a la predicción, prevención, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades humanas, y a la rehabilitación de las secuelas que puedan producir, cuando corresponda (RAE, s.f.). A su vez, el ‘Diccionario terminológico de Ciencias Médicas’, de Navarro-Beltrán (1993), señala que la medicina es el arte y ciencia de conocer y tratar las enfermedades. Pero donde es posible encontrar un apoyo más sólido para sostener la hipótesis respecto de la presencia de una dimensión artística, es en la vasta obra del Dr. Alejandro Goic (1929-2021). En ella reflexiona sobre la vigencia de la racionalidad hipocrática en la enseñanza y práctica de la medicina contemporánea, concluyendo que, más allá de los progresos científicos y tecnológicos, sigue teniendo plena validez la mentalidad hipocrática centrada en la rigurosa y meticulosa observación de las particularidades propias y singulares con que se presentan las manifestaciones clínicas de las enfermedades en cada paciente concreto, incorporando siempre la consideración de aquellos antecedentes biográficos, familiares, laborales y socioeconómicos que individualizan a ese caso específico y lo distinguen de otros. En los textos de Goic se encuentran variadas afirmaciones que apuntan a caracterizar la praxis médica como una delicada y desafiante actividad, reglada y ordenada, que pone en juego la capacidad creativa del médico en la compleja integración y síntesis de los múltiples y diversos antecedentes surgidos de la historia clínica, así como del examen físico (mental) del paciente, para lograr una formulación diagnóstica válida, una proposición terapéutica racional y conjeturar un pronóstico certero de la enfermedad que aqueja a ese enfermo en particular. Al valorar la relevancia histórica que ha tenido la concepción hipocrática de la medicina, Goic define esta disciplina como “un saber técnico, un arte y una ciencia positiva y aplicada” (Goic, 2014, p.7).

Resultan iluminadores los comentarios que Goic hace de varias citas de los tratados hipocráticos referidas al denominado ‘arte de la medicina’. Así, dice que “los médicos hipocráticos consideraban la medicina como una *téchné*” (Goic, 2014, p. 14), palabra que, a su juicio, era usada “con el sentido de ‘arte manual’ u ‘oficio’”. Según él, los médicos hipocráticos concebían el arte médico como un saber práctico, sujeto a un método que permitía dar razones de su actuación y decisiones, las que debían tomar en cuenta las particularidades valóricas y culturales de cada paciente (Goic, 2014). Al respecto, no debe olvidarse que un aspecto central del quehacer médico está definido por su finalidad: la asistencia oportuna, diligente y adecuada al enfermo, según sea la naturaleza de la dolencia que lo aqueja y las características personales y contextuales que individualizan a cada enfermo en particular. La medicina se trata, pues, de una profesión al servicio del prójimo que implica un creativo y flexible despliegue de capacidades, habilidades, pericias y destrezas por parte del médico para elaborar un diagnóstico, un tratamiento y un pronóstico, atendiendo a las circunstancias propias y distintivas de cada enfermo, lo que exige la integración siempre original de un amplio conocimiento de la patología humana y de la naturaleza antropológica, psicológica y cultural del ser humano. Goic llama a esa medicina “que coloca al ser humano al centro de su quehacer técnico” como ‘buena medicina’ y considera que “la única realidad tangible, concreta, es el individuo” (Goic, 2012, p. 14). En relación con el aforismo ‘no hay enfermedades sino enfermos’, Goic estima que se trata de un recordatorio respecto de que la primera realidad es el enfermo, mientras que la enfermedad es una abstracción de la inteligencia médica, muy importante por los fines operacionales que tiene, pues le permite al médico intervenir sobre ella. Por lo tanto, la realidad de la enfermedad, derivada de la realidad del enfermo, es más restringida y debe ser explorada en el contexto de las más amplias circunstancias personales, únicas e irrepetibles, de cada paciente. El desafío de integrar ambas realidades –la del enfermo con la de la enfermedad– demanda del médico una elaboración creativa siempre inédita y original, aunque para ello se auxilie de conocimientos científicos universales y de recursos tecnológicos estandarizados. La aplicación al caso particular de esas herramientas científicas y tecnológicas será siempre una creación novedosa y única. A juicio de Goic, una parte muy relevante del saber médico está dado por la adquisición de habilidades y destrezas técnicas necesarias para la ejecución reglada y ordenada de actos médicos específicos, “lo que le confiere a la medicina su condición de arte” (Goic, 2012, p. 34). Como podrá suponerse, tal diversidad de actos médicos será difícil de estandarizar y no se ejecutará jamás del mismo modo, incluso aquellos que son reglados por medio de algoritmos, toda vez que ningún médico actúa igual que otro ni un paciente es idéntico a otro, lo que también es válido para un mismo enfermo en distintos momentos evolutivos de su enfermedad o de su ciclo vital. Parece improbable que se pueda protocolizar y homogenizar la exploración y pesquisa clínica de las múltiples variables personales y circunstanciales de las que depende el desarrollo de un proceso patológico, en un sujeto particular, en un momento determinado, y desde ahí estandarizar o parametrizar todos y cada uno de los diversos componentes y elementos que pudieran jugar un rol etiopatogénico en el desencadenamiento y evolución de una dinámica morbosa en esa singular persona. Al respecto, Goic afirma que “la enfermedad no es tan simple como pueda reproducirse en el laboratorio. En la realidad de la naturaleza la situación es por cierto muchísimo más compleja” (Goic, 2012, p.46). El gran desafío para el médico es, en mi opinión, identificar e intervenir de manera oportuna y eficaz sobre esa diversidad de factores etiológicos, en un individuo que tiene una cierta configuración somática y psicológica peculiar. Se trata de un ejercicio creativo complejo, de composición y síntesis holística de la realidad sanitaria de una persona y sus circunstancias que, pudiendo –debiendo– apoyarse en saberes científicos y en el uso de tecnologías que disminuyan el

margen de error, sigue siendo cada vez original y único, dadas las particularidades que individualizan a cada paciente.

Lo expuesto hasta aquí permite delinear lo que sería la medicina como ocupación humana, en la búsqueda de esa dimensión artística que se insinúa en algunas de sus definiciones. Así, entiendo su práctica como el cuidado del enfermo, singular y concreto, ejercido por quien se ha adiestrado en la adquisición de un vasto conjunto de conocimientos científicos (naturales y sociales), además del desarrollo y aprendizaje de variadas competencias, habilidades y destrezas manuales y comunicativas, para atender al prójimo sufriente de manera oportuna, diligente y eficaz, buscando con esmero, prudencia y paciencia, la desaparición de la enfermedad, cuando eso es posible, pero al menos el alivio del sufrimiento y el dolor. Al respecto, dice Goic “el arte de la medicina consiste, precisamente, en el conjunto de actos que, en su condición de clínico, realiza el médico: entrevistar, examinar, diagnosticar, tratar, pronosticar y educar a los pacientes”, agregando que “todo en el ejercicio de la medicina clínica es arte, es decir, habilidad sustentada en sus elementos esenciales: conocimientos, habilidades y destrezas, enriquecidas por la experiencia y la intuición, en un ambiente de incertidumbre” (Goic, 2012, p. 91). Citando al fisiólogo Claude Bernard, afirma que “ni la ciencia ni la tecnología reemplazan el arte de la medicina” (Goic, 2012, p.92). Goic justifica su afirmación señalando que mientras la ciencia implica un razonamiento más bien analítico –siguiendo el método cartesiano– el arte es un conocimiento más bien sintético –en mi opinión, fenomenológico– por lo que la medicina aprovecha conocimientos que le aportan las ciencias (naturales y sociales), en un oficio de constante creación intelectual, que exige un complejo proceso integrador de datos, antecedentes y percepciones, en circunstancias siempre inciertas, únicas y novedosas, para cuya aprehensión y posterior intervención no hay estandarización ni parametrización suficientes, razón por la cual, la praxis médica no puede asemejarse a la producción fabril mecanizada de prestaciones sanitarias, conservando esa cuota de originalidad en cada acto clínico, en el que cada médico deja su sello propio. El proceso terapéutico pone en juego no solo al paciente en su individualidad propia, sino que también a la persona del médico y el prestigio que tenga ante el enfermo, fenómeno eminentemente interpersonal que se despliega en la relación médico-paciente, que es insustituible por una prescripción estandarizada a través de un algoritmo.

## CONCLUSIONES

Luego de revisar la etimología y significados de los vocablos derivados de la voz ‘arte’, de considerar algunos aspectos filosóficos e históricos de dicha expresión, de incorporar las enseñanzas de uno de los más importantes profesores chilenos de medicina y de intentar caracterizar los distintos momentos del quehacer médico, estimo razonablemente logrado el propósito del presente ensayo, cual es visibilizar la dimensión artística inherente a la praxis médica, si es que se acepta una acepción de lo artístico como aquella creación cada vez nueva, única, original e irrepetible que, en el caso del ejercicio de la medicina, resulta de la integración criteriosa, armónica, prudente, oportuna y diligente de conocimientos, habilidades, destrezas, experiencia e intuición, con la finalidad de auxiliar a quien está afectado por una condición mórbida. En virtud de esa concepción de lo artístico, se ha podido apreciar que la ponderación de los múltiples factores que intervienen en el diagnóstico de una enfermedad, en una persona particular y en un momento dado, así como la prescripción racional, fundada y oportuna de un tratamiento, exige de un conjunto singular de actos clínicos de elaboración personalizada y adecuada para cada enfermo. Esa ductilidad requerida para que los actos del quehacer clínico se adapten a las particulares circunstancias de cada pa-

ciente guarda, a mi juicio, mayor semejanza con la actividad creativa de un artesano que con la producción fabril de una industria. Vista así la praxis médica, cabría reconocer que esta tiene una importante dimensión creativa, única y original, de actos clínicos personalizados, que llevan el sello distintivo y propio del médico en un quehacer singular e irrepetible, que surge de la integración y síntesis particular de los variados elementos personales, constitucionales, psicológicos, biográficos, socioeconómicos, geográficos, medioambientales, valóricos y culturales que individualizan a cada paciente como una totalidad con características propias, que no pueden ser estandarizadas ni parametrizadas para una producción masiva de prestaciones sanitarias. Mientras la medicina siga siendo ejercida por personas al servicio de personas, mantendrá esa dimensión artística que se ha pretendido indagar en este ensayo.

### Referencias bibliográficas:

- Abbagnano, N. (2004). *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Corominas, J. (1997). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.
- Gargantilla, P. (2011). *Breve historia de la Medicina, del chamán a la gripe A*. Ediciones Nowtilus.
- Giannini, H. (2019). *Breve historia de la Filosofía*. Catalonia.
- Goic, A. (2000). *El fin de la medicina*. Mediterráneo.
- Goic, A. (2012). *El paciente escindido*. Mediterráneo.
- Goic, A. (2014). *La herencia de Hipócrates*. Mediterráneo.
- Jiménez, M. (1999). *¿Qué es la estética?* Éditions Gallimard.
- Navarro-Beltrán, E. (1993). *Diccionario terminológico de Ciencias Médicas*. Salvat.
- Real Academia Española [RAE], (s.f). *Diccionario de la lengua española*. Consultado en internet el 20 de diciembre de 2024.



**ANEXO**

## GLOSARIO DE AUTORES

### A

Abidel May Llanes  
abidelm@gmail.com  
Psiquiatría  
Montevideo, Uruguay

Adela del Barrio  
adelbarriog61@gmail.com  
Medicina interna y Gastroenterología  
Santiago, Chile

Alba Testart Tobar  
albatest@yahoo.fr  
Otorrinolaringólogo  
Con Con, Chile

Alicia Montano  
fermont1193@gmail.com  
Pediatra  
Montevideo, Uruguay

Amparo Aurora Ramírez Tamayo  
artamayo\_244@yahoo.com  
Profesora Historia de la Medicina  
Cartagena de Indias, Colombia

Angélica Monreal Urrutia  
amonrealur@gmail.com  
Psiquiatra  
Santiago, Chile

### C

Camila Paz Gallardo Gómez  
camila.pgg@gmail.com  
Medicina General  
Los Lagos, Chile

Carlos Arturo Narváez Moreno  
carlosnarvaezmoreno@gmail.com  
Anestesiólogo  
Valparaíso, Chile

Carlos Alegría Jaque  
alegriajaque@gmail.com  
Cirugía  
Peñaflor, Chile

Catherine Fieldhouse Alarcón  
catherinefieldhouse@gmail.com  
Psiquiatría  
Rancagua, Chile

### E

Edith Cecilia Contreras López  
edithcontreras@ug.uchile.cl  
Médica general  
Valdivia, Chile

Eduardo Prado Jeanront  
eduardopradochile@hotmail.com  
Oftalmología  
Santiago, Chile

Emanuel Mellado Villegas  
e.mellado.villegas@gmail.com  
Medicina General  
Iquique, Chile

Enrique Fullá Capurro  
enrique.fulla@gmail.com  
Médico Radiólogo y Terapeuta Familiar Sistémico  
Valdivia, Chile

### F

Felipe Zúñiga Herranz  
felipezh@gmail.com  
Psiquiatría  
Los Andes, Chile

Fernando Díaz Grez  
ferdigrez@gmail.com  
Neurólogo  
Santiago, Chile

### G

Gonzalo Eduardo Villarino Herrería  
gvillari@yahoo.com  
Economista  
Santiago, Chile

Guillermo Arturo Castro Contardo  
gcastrocontardo@gmail.com  
Cirugía  
Talca, Chile

Guillermo Concha Grossi  
gconchagrossi@yahoo.com  
Cirugía Infantil  
Rancagua, Chile

Guillermo Witto Arentsen  
gwittoa@hotmail.com  
Traumatólogo  
Viña del mar, Chile

## I

Ivo Sazunic Yáñez (Plutón)  
ivoenlacripta@gmail.com  
Dermatopatólogo  
Santiago, Chile

## J

Javier Díaz Grube  
escritoenelaire@gmail.com  
Psiquiatría  
Osorno, Chile

Javiera Vergara Gajardo  
javi.ignacia.vergara@gmail.com  
Interna de Medicina, séptimo año -  
Universidad Autónoma de Chile -  
sede Talca  
Linares Chile

Juan Carlos Bustos Vidal  
jcbustosv@yahoo.es  
Ginecología  
Santiago, Chile

Juan Ricardo Kelm  
juanricardokelm@gmail.com  
Traumatólogo  
Misiones, Argentina

Julio Gastón Contreras Muñoz  
juliocont@hotmail.com  
Medicina General  
Punta Arenas, Chile

## K

Karina Jiménez Salazar  
kjimenezsalazar@gmail.com  
Psiquiatra  
Santiago, Chile

Katherin Carvajal Carlos  
kathy.carvajal.c@gmail.com  
Medicina Familiar  
Con Con, Chile

Katia Velásquez Martínez  
kvelasquezm@gmail.com  
Medicina Interna  
Chiloé, Chile

## L

Laura Caballero Canales  
doctoracaballero@gmail.com  
Pediatria  
La Reina, Chile

Luis Méndez Duarte  
luismen87@gmail.com  
Cirugía General  
Venezuela / Santa Cruz, Chile

## M

Marco Antonio Medina Molina  
mam2001\_cl@yahoo.com  
Radiología  
Santiago, Chile

María Francisca Derderian Bahamondes  
franderde@gmail.com  
Psiquiatría  
Valdivia, Chile

María Francisca Norambuena Pape  
frannorambuena@gmail.com  
Radiología Pediátrica  
Santiago, Chile

## N

Nayely García Méndez  
nayely.garcía@ufrontera.cl  
Anestesiología  
México / Temuco, Chile

Nedy Varela Cetani  
nedy2317@gmail.com  
Especialista en Laboratorio de Análisis Clínicos  
Montevideo, Uruguay

## O

Oriana Valenzuela Castro  
orianavalenzuela@hotmail.com  
Cirugía General  
Quillota, Chile

## P

Perla Calderón Herschman  
perlacalderonh@gmail.com  
Dermatología  
Santiago, Chile

## R

Ricardo Héctor Sepúlveda Bagú  
rsepba@gmail.com  
Cirugía Infantil  
Antofagasta, Chile

Ronald Kauffmann Quezada  
roka1953@gmail.com  
Cardiología  
Santiago, Chile

Rubén Antonio Escobar Ramírez  
rantoniex@gmail.com  
Pediatria  
Vallenar, Chile

## S

Sofía Padilla Bafalluy  
spbafalluy@gmail.com  
Anestesiología  
Chile/Puerto Rico

## V

Valerio González Rodríguez  
valeriog@hotmail.cl  
Broncopulmonar  
Temuco, Chile

Verónica Garay Moffat  
psicosaludvg@gmail.com  
Psicóloga  
Quillota, Chile

Víctor Molina Fuentealba  
vimimofa@hotmail.com  
Pediatria  
Santiago, Chile

## W

Walter Brokering Alacid  
drbrokering@gmail.com  
Psiquiatría  
Valdivia, Chile

## TRABAJOS PREMIADOS DE LA COMPETENCIA LITERARIA

Previo al desarrollo del XXVI Congreso Nacional de Médicos Escritores, todos los trabajos presentados en los géneros de Relato Breve, Cuento y Poesía fueron evaluados por un jurado externo, compuesto por el destacado crítico literario nacional Camilo Marks, el académico de la Universidad Austral de Chile, Dr. Juan Omar Cofré y la escritora y presidente del Colegio de Periodistas de la Región de los Ríos, Sandra Leiva. Ellos determinaron los tres primeros lugares y algunas menciones honrosas en cada categoría.

A continuación, se detallan los trabajos premiados en la competencia literaria, con un breve comentario realizado por los jurados a cada obra galardonada.

### RELATO BREVE:

#### 1º LUGAR - EL ÚLTIMO PASILLO - Del Verde Gabán

Dr. Juan Carlos Bustos Vidal  
Ginecología  
Santiago – Chile

“Un doctor reflexiona en torno a su pasado, el último día antes de jubilar. Muy buen relato con uso adecuado del lenguaje y un desenlace coherente”.

#### 2º LUGAR - MENTIRAS – Hipnos

Dr. Valerio González Rodríguez  
Broncopulmonar  
Temuco – Chile

“Muy cristiano relato que entrelaza mentiras en políticos de hoy y asesinatos de aztecas por españoles. Presenta una narrativa original y definida, con introducción clara, desarrollo progresivo y cierre irónico. La propuesta articula una crítica a través de la sátira, con lenguaje adecuado”.

#### 3º LUGAR - BOURNOUT – Emanuel

Dr. Emanuel Benjamín Mellado Villegas  
Medicina General  
Iquique – Chile

“Alguien sin nombre piensa acerca de su vida arrasada. Presenta una configuración narrativa coherente, con un conflicto interno que se desarrolla mediante una voz introspectiva que avanza desde la incertidumbre hacia una resolución conclusiva. El uso del lenguaje permite entender la carga emocional y simbólica del relato, destacando la recurrencia temática del fuego como representación del desgaste”.

**1ª MENCIÓN HONROSA – SENSACIONES – Jazmín**

Dra. Abidel May Llanes  
Psiquiatría  
Montevideo – Uruguay

“Texto en que dos ancianos experimentan goces de adolescentes. Muestra una buena configuración narrativa, con personajes, espacio y tiempo bien definidos, y un desenlace claro. En el plano lingüístico, se aprecian recursos expresivos y una propuesta creativa”.

**2ª MENCIÓN HONROSA – PASADO TOESCA – Magyar Posta**

Dr. Víctor Molina Fuente-Alba  
Pediatría  
Santiago – Chile

“Un accidente en la línea 2 del metro, entre las estaciones Toesca y Rondizzoni, da lugar a situaciones apocalípticas. Presenta una serie de versiones contradictorias del incidente, difundidas a través de redes sociales, incluyendo diversas teorías. El cierre del relato se centra en una imagen visual: los equipos de rescate removiendo celulares, como una metáfora sobre la digitalización de la presencia humana”.

**CUENTO:**

**1º LUGAR - NOS PERDIMOS EN EL FRAGOR URBANO – Letras Atacameñas**

Dr. Rubén Antonio Escobar Ramírez  
Pediatría  
Vallenar – Chile

“Bello relato de un estudiante de medicina que se enamora de Nadia y la pierde en sucesivas ocasiones. Presenta la búsqueda persistente de un encuentro interrumpido por la dinámica de la ciudad, articulando tiempo, espacio y memoria mediante una estructura lineal con saltos temporales. Los tiempos de la ciudad condicionan los vínculos, mientras el narrador proyecta su experiencia a través del tránsito urbano. El cuento se cierra con una escena que sugiere la permanencia del recuerdo frente a la pérdida. Excelente”.

**2º LUGAR - DOS COMA NUEVE – Lalo**

Dr. Eduardo Prado Jeanront  
Oftalmología  
Santiago – Chile

“Relata la historia de un médico obsesionado con clasificar el físico de las personas, asignándole puntaje en un sistema pseudocientífico. La narración fluye con coherencia, mostrando el descenso del personaje en su obsesión, que culmina en un momento tragicómico. Buen dominio del lenguaje, usando un tono clínico para describir una obsesión emocional. Tiene ritmo, humor negro, introspección y una estructura bien definida, transmitiendo una crítica social de manera sutil y elegante”.

**3º LUGAR - SEFENÍAS, COSITA RARA DE LA NATURALEZA – Letras Atacameñas**

Dr. Rubén Antonio Escobar Ramírez  
Pediatría  
Vallenar – Chile

“Simpático texto, situado en Vallenar sobre un hombre que posee una cabeza descomunal. Bien escrito, usando humor negro e ironía, con desarrollo coherente, arco narrativo y cierre efectivo. Construye una historia cerrada, con progresión emocional y clímax potente”.

**1ª MENCIÓN HONROSA – UN CAFÉ CON LAS CHICAS – Estela Hirschmann**

Dra. Perla Calderón Herschman  
Dermatología  
Santiago – Chile

“Logrado relato corto, con acertados diálogos femeninos acerca del tema de la delgadez y la apariencia física. Retrata un encuentro social aparentemente inofensivo que revela tensiones y exclusiones basadas en el culto a la delgadez. El cuento evidencia cómo las formas sutiles de juicio y competencia afectan la autoestima y generan silencios culpables. La escena final, resume el conflicto sin necesidad de explicarlo”.

**POESÍA:**

**1º - TE MENTÍ – Narcán**

Dr. Carlos Arturo Narváez Moreno (Rodrigo Narváez Moreno)  
Anestesiología  
Viña del Mar - Chile

“Bella elegía en torno a una amiga que falleció por COVID. Expone una experiencia personal desde la práctica clínica durante la pandemia, articulando una voz que recuerda una situación crítica y su desenlace irreversible. El cierre conecta con el título, completando un ciclo de sentido con una carga ética y humana.”

**2º - EL GRITO** – Román Viator

Dr. Guillermo Witto Arentsen

Traumatología

Viña del Mar -Chile

“Emotivo y estupendo homenaje al pintor expresionista Edvard Munch. El poema es una experiencia poética atravesada por la intertextualidad, el cuerpo y el trauma. Utiliza una estructura repetitiva centrada en la vocal “A” como eje simbólico y sonoro, lo que permite articular una poética del grito que remite tanto al cuadro de Munch como a la vivencia de lo inenarrable. Se establece un vínculo entre arte, lenguaje y dolor.”

**3º LUGAR - CASUALIDAD . . . CAUSALIDAD (1)** – Escriba y **TE AMARÉ (2)** – Escriba

Dr. Marco Antonio Medina Molina

Radiología

Santiago – Chile

(1) “Excelente poema en rima consonante con bellissimo uso del lenguaje español, cuyo final explica por sí solo la conexión entre los dos vocablos del título.”

(2) “Poema en rima consonante, de notable factura.”

**1ª MENCIÓN HONROSA – ODA A LA ESPERANZA** – Antonio Domingo

Dra. Katia Alexandra Velásquez Martínez

Oncología

Ancud – Chile

“Muy lograda poesía, en verso libre y rima consonante, acerca del valor de la esperanza.”





*En el ejercicio del lenguaje, a través de la prosa y la poesía, tenemos la oportunidad de manifestar la esencia de nuestro ser, transmitir nuestro mensaje íntimo y conmover las fibras más sensibles del alma de nuestro interlocutor o lector.*

*Como afirmaba el filósofo alemán Martin Heidegger, el lenguaje no es un instrumento que utilice el "ser", sino el lugar en el que habita, la relación misma entre el hombre y su ser. En su morada habita el hombre y los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. El filósofo consideraba que la poesía ha cuidado de manera exquisita el lenguaje: "Liberar al lenguaje de la gramática para ganar un orden esencial más originario es algo reservado al pensar y poetizar".*

*Siguiendo la expresión del poeta alemán Friedrich Hölderlin, para el lenguaje, "el hombre vive como poeta".*

*"Pero el lenguaje debe permanecer en la verdad de su esencia y no deteriorarse hasta el punto de convertirse en un mero instrumento de comunicación, en cuyo caso el destino del hombre de hoy seguiría estando sin guardia, sin verdad y sin nombre, en la medida en que la palabra ha dejado de ser nuestro hogar y se ha convertido en una herramienta", concluía Heidegger.*



**PRIMEROS PASOS**  
EDITORIAL



**COLEGIO MÉDICO**  
**SANTIAGO**